

A close-up photograph of a woman with long, wavy brown hair, smiling warmly. She is wearing a grey knit turtleneck sweater and a dark blue winter jacket. Her right hand is raised to her chin, wearing a grey knit glove. The background is a soft-focus snowy landscape with falling snowflakes.

LOLA MUÑOZ

UNA CASA

AL SUR DE

MÚNICH

EL VIAJE QUE
CAMBIARÍA SU DESTINO

Una casa al sur de Múnich

Lola Muñoz

Una casa al sur de Múnich

© Lola Muñoz, 2018

Primera edición digital: abril de 2018

Diseño de portada: Lola Muñoz, 2018

Todos los derechos reservados

*A mis padres, por hacer posible la experiencia.
A Luis, por su apoyo durante los momentos de incertidumbre.
A Mozart, por su irreemplazable compañía.*

ÍNDICE

- [Capítulo 1. El comienzo](#)
- [Capítulo 2. Descubriendo cosas](#)
- [Capítulo 3. Recelo](#)
- [Capítulo 4. Indagando](#)
- [Capítulo 5. La desaparición](#)
- [Capítulo 6. El diario](#)
- [Capítulo 7. Gerhard](#)
- [Capítulo 8. Aileen](#)
- [Capítulo 9. Tiempo de Navidad](#)
- [Capítulo 10. El concierto](#)
- [Capítulo 11. El cuerpo](#)
- [Capítulo 12. La policía](#)
- [Capítulo 13. La investigación](#)
- [Capítulo 14. Fasching](#)
- [Capítulo 15. El reencuentro](#)
- [Capítulo 16. El cumpleaños](#)
- [Capítulo 17. Italia](#)
- [Capítulo 18. Encadenados](#)
- [Capítulo 19. La caja de música](#)
- [Capítulo 20. Podría ser el fin](#)
- [Capítulo 21. La resolución del caso](#)
- [Capítulo 22. La despedida](#)

Capítulo 1. El comienzo

Conservo en mi memoria las palabras de alguien que conocí: «Tienes toda una vida por delante, aprovéchala. Ahora te parece que nunca te harás mayor, pero ocurre, créeme. Entonces llega un día en que miras atrás y recuerdas con melancolía tu juventud y como sentías que el mundo giraba a tu alrededor». He de reconocer que en aquel momento no le presté atención, era demasiado joven y aun así creía saberlo todo. Vivía con la soberbia de quien carece de experiencia y confiaba en que podría moldear a mi medida cada paso que daba. El tiempo transcurría despacio, los días eran lo suficientemente largos como para suponer que no habría un final, y me gustaba soñar que las noches harían realidad lejanos cuentos de hadas. Hoy, el consejo de un casi desconocido me hace evocar con añoranza vivencias que marcarían mi destino y personas que formaron parte de mi vida en un país extraño y en una lengua que no era la mía. Tierra de poetas y pensadores, esperanza para emigrantes, líder tecnológico, y donde la que posiblemente sea la bebida más antigua de la humanidad era considerada una religión. Permítanme que me presente, mi nombre es Elena Morey, y todo comenzó una noche de principios de septiembre en la que jamás habría imaginado lo que el futuro reservaba para mí.

El tren reducía la velocidad, cruzábamos a través de un campo de luces que, suponía, sería la zona industrial que precedía a la ciudad. Era de madrugada y me tranquilizaba la quietud del vagón casi vacío. Había sido un bonito viaje; atravesamos zonas montañosas con paisajes espectaculares, circulamos al borde de peligrosos acantilados, pero había resultado agotador.

Almudena se encargó de conseguir los billetes. Recordaba haber insistido en que el trayecto desde Cádiz fuese lo más directo posible y cómo me aseguré que así se lo había garantizado un amigo suyo empleado en la agencia de viajes. En ese instante habría querido estrangular a alguien, a ella o al amigo, pero empezó a sollozar con un llanto nervioso; estaba emocionada ante la incertidumbre de lo que nos esperaba. Apenas me quedaban fuerzas para alterarme, me invadía el cansancio acumulado durante tres largos días de viaje, días en los que realizamos tantos cambios de trenes que mejor prefería olvidar. Sin perder el ánimo, habíamos bajado nuestros pesados equipajes por escaleras peatonales para luego volver a subirlos a pulso cambiando de andén; todo ello sin apenas tiempo, ya que cada nuevo enlace dejaba un margen de pocos minutos. Dormimos en incómodos sillones compartidos con otros pasajeros sin poder disfrutar del privilegio que suponía, en aquellas circunstancias, dejarse caer en el apoyabrazos. En cuanto al aseo, quizá lo peor, tuvimos que sufrir los lamentables servicios de estaciones que distaban mucho de lo deseable. Me puse de pie para intentar mirar a través de las ventanillas, pero la luz del vagón apenas dejaba adivinar algún edificio. Ya casi estaba parando, y como si se tratara de algo premeditado nos miramos las tres y comenzamos a reír.

—¡Ya estamos aquí! —se dejó oír Carmen entre un suspiro de entusiasmo.

Mi habitación se encontraba en la buhardilla de una amplia casa adosada de tres plantas y sótano en una urbanización a las afueras de Múnich. La gran ventana dejaba ver una calle tranquila de casas individuales con frondosos y coloridos jardines. Siendo benévola con la decoración bien podía afirmar que era ecléctica: se habían combinado piezas de diferentes estilos recuperando diseños de épocas pasadas. En realidad seguía escrupulosamente el concepto, la diferencia radicaba en que lejos de tratar de crear un escenario

de gran belleza su finalidad había sido sencillamente práctica. La holgada cama se encontraba situada donde el techo de madera era más bajo. Frente a ella, un televisor en blanco y negro descansaba sobre un pequeño soporte metálico con ruedas. A modo de vestidor se había aprovechado el hueco libre tras él, donde un insípido tocador con su correspondiente espejo era la pieza más destacable. Bajo la ventana, y como elemento central del dormitorio, una mesa de escritorio de madera maciza con una delicada lámpara antigua servía al mismo tiempo de mesita de noche. La acompañaba un confortable butacón de piel en color negro. La calidad y elegancia del conjunto contrastaba a simple vista con el resto. A la entrada de la habitación había un perchero de madera de pino y algunos cuadros apoyados sobre la moqueta, desconocía si el motivo era que acababan de llegar allí o por el contrario llevaban tanto tiempo que los dueños habían perdido interés en buscarles un sitio adecuado. En la otra parte el mobiliario había sido colocado, sin lugar a dudas, por no encontrar otro lugar mejor en la casa y de paso ocupar el espacio vacío. Se trataba de una vitrina que guardaba algunas copas y tazas sueltas, seguramente las últimas piezas salvadas de una antigua vajilla; y una robusta cómoda negra con seis cajones, estéticamente horrible, pero al fin y al cabo muy útil para guardar todas mis cosas.

Acostada sobre mi nueva cama examinaba cada detalle. Una luz brillante y pajiza se filtraba a través de las cortinas blancas. Aún sin disposición para levantarme repasaba mentalmente lo ocurrido desde la llegada a la estación. Bajamos del tren sobre las tres de la madrugada y nos pareció una hora poco propicia para presentarnos en la casa de unos desconocidos. A fin de cuentas eso eran, extraños con los que unas chicas españolas iban a convivir durante un año cuidando de sus hijos. La Hauptbahnhof, la estación de ferrocarril principal de Múnich, estaba desierta. Los escasos viajeros que nos acompañaban rápidamente desaparecieron y nos quedamos las tres solas

rodeadas de maletas. La mejor idea que se nos ocurrió fue pasar la noche allí y esperar a que amaneciese. Dormir, dormimos poco o más bien nada, ya que temíamos convertirnos en víctimas propicias de algún descuidero. De modo que cuando bajé del taxi y llamé a la puerta de la casa en cuestión les debí parecer exhausta, porque tras las presentaciones me mostraron mi habitación y sugirieron amablemente que me acostase un rato a descansar.

Me incorporé y busqué mi reloj, había dormido varias horas y empezaba a atardecer. Tras asearme un poco bajé al jardín. En torno a una bonita mesa de resina trenzada tomaban la merienda: Ines, la madre; Marisa, la chica *au pair* a la que yo sustituía; Anna, la niña; y Maxi, el niño. El terreno se extendía en forma de «L» desde el fondo del garaje hasta cubrir la parte posterior de la casa. Habían crecido arbustos de jazmines y magnolias. Era una espléndida tarde de verano de temperatura agradable y un hermoso cielo azul intenso. Me senté con ellos y pude ver el Langenscheidt^[1] Alemán-Alemán de Marisa sobre la mesa. Había estudiado Traducción e Interpretación y finalizaba su segundo año con la familia. Pensé que en mi caso, con tan solo uno, no sería capaz de lograr su nivel, pero acababa de llegar y aún tenía por delante todo el proceso. Una leve brisa trajo hasta nosotros el delicado aroma del jazmín que para mí suponía ese encantador olor a oportunidad que tenían los comienzos.

Una vez superadas las primeras semanas de desorientación poco a poco me iba asentando en la casa y la ciudad, e iba conociendo mejor a la familia. Nos encontrábamos a mitad de septiembre y todo estaba preparado para la Oktoberfest, una de las mayores ferias populares del mundo. Tenía lugar en el prado conocido como Theresienwiese, en las inmediaciones de Hauptbahnhof. Desde mediados del siglo XIX los Wiesnwirte, los propietarios de las cervecerías, se reunían con los feriantes, acto que se

consideraba como la apertura oficial de la fiesta. En la actualidad el alcalde de la ciudad y un personaje que representaba el Münchner Kindl, figura que aparecía en el escudo oficial de Múnich, encabezaban la comitiva. Les seguían los carros de caballos con barriles de cerveza, los carruajes de los cerveceros y los comerciantes, acompañados por las bandas de música que luego tocarían en las carpas. Se dirigían desde el centro de la ciudad hasta el recinto ferial donde a las doce en punto el alcalde abría el primer barril de cerveza. Inmediatamente después se disparaban doce salvas de cañón como señal para que empezasen a servir.

El primer domingo acudí acompañada de Ines y los niños. El gentío era espectacular. Se celebraba el desfile de trajes tradicionales que transcurría desde el palacio Maximilianeum hasta el punto neurálgico del festival, lo que suponía un trayecto de varios kilómetros. Se podían ver a miles de participantes ataviados con sus ropajes, charangas, bandas musicales y abanderados, a los que se sumaban decenas de carruajes de caballo lujosamente adornados. Tanto la madre como los chicos se esforzaban por explicarme cada detalle, les gustaba cuidar de mí haciéndome sentir como una más de la familia. Marisa ya se había marchado, lo hizo al día siguiente de mi llegada, y no escatimó elogios al hablarme de ellos. Se veía que les había tomado cariño y por lo poco que los conocía empezaba a comprenderla. En cuanto a la ciudad no me cabía la menor duda de que se trataba de un lugar seguro, había podido comprobar cómo el garaje de la casa permanecía abierto incluso de noche sin que ningún amigo de lo ajeno se hubiese acercado por allí.

Varios días después me reuní con Almudena y Carmen para visitar de noche las Festhalle, las Carpas de la Oktoberfest. Había más de una docena de gran aforo con un número de asientos que podían superar los diez mil en algunos casos. La tienda se podía elegir en base a la edad del público, la

comida o la cerveza. El reglamento ordenaba que durante el evento solo estuviese permitido servir las producidas en cervecerías munitenses, siendo seis las que cumplían con los requisitos exigidos: Augustiner-Bräu, Hacker-Pschorr, Löwenbräu, Paulaner, Spatenbräu y Hofbräu-München, según la rígida normativa que marcaba desde el siglo XVI el Reinheitsgebot, la Ley de la pureza. Fue decretada por Guillermo IV de Baviera y establecía los tres únicos ingredientes con que se debía elaborar la cerveza: agua, cebada malteada y lúpulo. No mencionaba la levadura que sería descubierta siglos después por Luis Pasteur como parte del proceso de fermentación de la bebida. En algunas carpas se disfrutaba de una atmósfera relajada y familiar, otras eran frecuentadas por personalidades, y por último se encontraban las que ofrecían un ambiente desenfadado para jóvenes con ganas de marcha como la que nosotras elegimos.

Interminables hileras de mesas eran ocupadas por visitantes de todas partes, los cuales, alzando con brío sus enormes y rebosantes jarras, entonaban canciones populares entre bocado y bocado de succulentos platos de carne. Las camareras, cuidadosamente acicaladas con sus vestidos típicos, se movían con soltura por los largos pasillos llevando en cada mano media docena de las pesadas jarras. Comimos pollo asado para poder digerir tanta bebida y aun sin conocer las letras, el ambiente eufórico y el alcohol nos hacían sentir desinhibidas y unirnos con nuestras voces a la multitud. Un grupo de italianos literalmente nos absorbió y entre bromas, flirteos y risas transcurrió gran parte de la noche. Las largas colas en la puerta de los aseos hicieron que nos decidiésemos a buscar otro en el exterior. Tuvimos que alejarnos, había gente por cada rincón del recinto, hasta que al fin llegamos a una zona más tranquila desde donde pudimos ver a lo lejos el cartel que indicaba los servicios. Estábamos mareadas, ninguna de nosotras había ingerido nunca tanta cerveza en una sola noche, y nos dirigimos hacia una

especie de plazuela donde confluían varios caminos. Al acercarnos nos encontramos de frente con un grupo de hombres borrachos. No fue necesario decir una sola palabra, las tres nos miramos e invertimos el paso inmediatamente para alejarnos de allí, pero todo ocurrió tan rápido que no tuvimos posibilidad de reacción. Nos habían rodeado mientras proferían groserías en alemán de las que solo entendí parte.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Almudena asustada, pero apenas pude moverme cuando dos tipos me sujetaron mientras empezaban a manosearme.

—¡Dejadme en paz, cerdos! —intentaba liberarme pataleando desesperada, pero era inútil, mis fuerzas se desvanecían con cada intento y aquellos tipos parecían animarse unos a otros.

Buscaba a mis amigas sin conseguirlo. De repente un tercero, que se había limitado a mirar, dijo a los otros algo que no pude entender, pero parecieron ignorarle. Entonces, sujetándolos con firmeza los apartó de mí empujándolos a unos metros de distancia. Tuvo la intención de acercarse de nuevo, pero viendo que yo retrocedía asustada permaneció inmóvil y se disculpó en su idioma.

—Lo siento, hemos bebido demasiado.

Sin perder tiempo me giré intentando averiguar dónde estaban las otras, pero supuse que la pandilla las ocultaba. Estaba atemorizada. Grité sus nombres evidenciando mi nerviosismo y me respondió Carmen al tiempo que aparecía liberándose de los que la acosaban.

—¡Elena!, ¡vámonos! —gimoteó angustiada.

—¿Dónde está Almudena? —ante su negativa me dirigí en alemán al que me había hablado— ¿Sabes dónde está mi otra amiga?

—No lo sé, Elena —respondió con cercanía, como si me conociera.

—¡Vamos, Carmen! ¡Habrás que ir a buscarla!

Me deslumbraban las luces, abría y cerraba los ojos con fuerza, pero solo conseguía entrever rostros grotescos que murmuraban entre sí y reían escandalosamente. Una terrible angustia impedía que moviese un solo músculo. Me dolía todo el cuerpo. Recordaba que había ido con mis amigas a la Oktoberfest, pero ¿dónde estaban? Un hombre les dijo a todos que callasen y tomándome de la mano me ayudó a incorporarme. Entonces le miré y supe que le conocía, aunque no conseguía ubicarle. El hombre me hablaba pero no podía oírle, un sonido agudo y repetitivo me lo impedía. Cada vez era más fuerte e insistente. ¿Es que nadie podía pararlo? Tapaba los oídos con mis manos y sentía como mi cabeza estaba a punto de estallar. Entonces, poco a poco fui comprendiendo que allí no había nadie más que yo. Me encontraba en mi habitación, en mi cama cálida y segura donde no podían hacerme daño. Alargué la mano todo lo que pude y apagué el despertador. Al estirar los brazos pude ver algunos moratones. Sentía náuseas y un fuerte dolor de cabeza martilleaba mi sien izquierda, como de costumbre. Apenas había podido dormir y cuando lo había conseguido fue en forma de pesadillas. Pensaba en lo ocurrido, recordaba como Carmen y yo habíamos estado deambulando de un lado a otro sin saber por dónde empezar a buscar a Almudena. Nos acercamos a la carpa donde habíamos estado cenando y finalmente apareció como de la nada. Nos contó que huyendo de aquellos hombres había salido por la parte trasera de los servicios y se había dirigido hacia una zona iluminada cerca de la policía. Tuvo la intención de denunciarles, pero pensó que después de todo se encontraba bien y era mejor pasar página; para nosotras, recién llegadas, aquello se podía convertir en un infierno. Ella era quien lo había pasado peor y si había tomado esa decisión nos parecía bien. Permanecimos un rato en el recinto hasta tranquilizarnos y luego fuimos hasta una parada de taxis. Al despedirnos nos comprometimos a no volver a mencionar el tema. Pensamos que ignorándolo evitaríamos que

el incidente nos afectase. No sería fácil, y para mí tampoco lo sería olvidar al hombre del sueño.

Vuelta la ciudad a la normalidad mi jornada laboral consistía básicamente en la misma rutina cada día. Después de que Anna y la madre se hubieran marchado levantaba a Maxi, el pequeño. Le ayudaba a lavarse la cara, cepillarse los dientes y por último lo peinaba. Cuando llegaba el momento de vestirse empezaban los problemas: no le parecía bien la ropa que Ines le había dejado preparada. En principio trataba de convencerle, pero la mayoría de las veces terminábamos haciendo algún cambio ya que de lo contrario no había forma de hacerle salir a la calle. Caminábamos hasta la parada dónde tomábamos el autobús hacia el Kindergarten, la guardería. Al volver a casa desayunaba y subía a las habitaciones de los niños para hacer las camas y agrupar los juguetes en sus respectivos cajones. Luego bajaba al sótano donde tenía preparada una cesta con la ropa lavada para planchar, doblar y guardar. Entre tanto era la hora de recoger a Maxi de nuevo. Antes de entrar extraía la correspondencia del buzón y cocinaba algo sencillo para el almuerzo de los niños y para mí. En el momento en que Anna llegaba del colegio nos sentábamos los tres a comer mientras la mayor nos contaba la última anécdota de su clase, y el hermano, para no ser menos, amenizaba los postres imaginando historias que nunca parecían tener fin. Al principio me resultaba difícil entenderles porque tenían la mala costumbre de hablar con la comida en la boca, pero con el tiempo me acostumbré, jamás conseguiría que masticasen bien antes de hablar. Cuando terminaba de dar un fregado a la cocina Ines ya estaba de vuelta del trabajo y solíamos charlar un rato.

Maxi tenía cuatro años y su inteligencia e ingenio destacaban sobre todo lo demás. Desde el principio hubo entre los dos una conexión especial y aunque los primeros días fue difícil hacer respetar mi autoridad sobre él, nuestra

relación pronto mejoró. Era menudo, delicado, tenía el cabello rubio y liso y unos traviesos ojos marrones. Aparte de lo camelador que podía llegar a ser lo que me desarmaba era su apego a mí. Su dormitorio y el de su hermana ocupaban gran parte de la primera planta. En realidad se trataba de dos habitaciones de formas irregulares unidas entre sí, con grandes ventanales que permitían el paso de abundante luz. La de Maxi estaba justo debajo de la mía, ambas miraban hacia la calle, el resto al jardín. No era preciso estar constantemente pendiente de él, se distraía solo. Podía pasar horas jugando con el barco de piratas de elementos desmontables sin hacer el menor ruido, llegando en ocasiones a preocuparme su silencio.

La vecina de la casa adosada a la nuestra, Aileen, tenía una hija de la edad de Maxi, Eva. Ambos acudían a la misma guardería y alguna vez, menos de lo que yo hubiera deseado, recogía a Maxi en su coche. Acostumbraban a jugar juntos en una u otra casa, como ocurrió aquel día. Solíamos tener alguna conversación superficial mientras esperábamos a que los niños terminasen de corretear o de recoger el juguete de turno. Resultaba agradable, aunque a veces parecía algo inquieta. Eva se parecía mucho a ella: una fina muñeca cuyo encanto radicaba precisamente en su fragilidad. Ambas tenían un bonito cabello rubio, la pequeña lo llevaba sobre los hombros y la madre muy corto, tanto que dejaba ver un cuello largo y ligero, como todo en ella. Era una mujer muy bella, aunque sus brillantes ojos de un intenso color azul mostraban a menudo tristeza. Calculaba que tendría algunos años menos que Ines, aunque tal vez era su aspecto aniñado lo que le hacía parecer más joven. Cuando tuve la comida preparada fui a buscar al pequeño. La puerta de entrada estaba situada contigua a la nuestra, por ello, incluso los días más fríos, me acercaba en pantalón corto y camiseta, como acostumbraba a estar en casa. Toqué el timbre, no se oía nada, los niños debían estar jugando arriba. Esperé, volví a llamar y oí unos pasos que se acercaban.

—Hola, Aileen. ¿Está Maxi por ahí?, hora de comer —anuncié sonriente, pero advertí que algo le pasaba, tenía los ojos hinchados y enrojecidos—. ¿Estás bien? —le pregunté acercándome un poco a ella, era evidente que había estado llorando.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, debe ser la alergia —se apresuró a decir.

Llamó a Maxi que bajó enseguida y nos dispusimos a marcharnos, pero antes insistí con la puerta entreabierta:

—Si me necesitas estoy aquí cerca.

Hizo una mueca a modo de sonrisa y con un hilo de voz respondió:

—Gracias.

Volví de nuevo a mis asuntos y no pensé más en ello. Esa tarde tenía clase en el centro, en la Volkshochschule^[2]. Asistía algunas tardes a la semana para perfeccionar mi alemán, el resto del tiempo lo pasaba «diccionario en mano», tanto que era lo primero que buscaba por las mañanas antes de bajar a conectarme con el mundo. A la escuela acudíamos italianos, checoslovacos, indios, turcos, yugoslavos y españoles. Con un alumnado tan heterogéneo nuestra lengua común era el alemán, eso sí con una pronunciación de lo más variopinta. En su mayoría eran trabajadores inmigrantes con acceso a empleos no cualificados, que se habían establecido en un momento en el que la integración de estas familias aún no se trataba como una prioridad. Además del idioma nos impartían someros conceptos sobre historia, política y economía del país con el fin de conocer mejor su idiosincrasia.

Tras la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial Alemania se encontraba ocupada por las tropas aliadas victoriosas. Convertido en un botín de guerra, el país fue repartido entre Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética. La ciudad de Berlín, capital de Alemania que había quedado comprendida en el territorio de la URSS, también fue dividida en

cuatro. Para administrar esta nueva Alemania se decidió desarrollar un sistema político descentralizado. Bajo procedimientos democráticos se eligieron consejos que quedaron bajo el control de las potencias ocupantes. Poco después EE.UU., Francia y Gran Bretaña fusionaron sus territorios en la Bundesrepublik Deutschland (BRD)^[3] o Alemania Occidental. La Unión Soviética reaccionó creando la Deutsche Demokratische Republik (DDR)^[4] o Alemania Oriental. La ciudad de Berlín fue bloqueada, pero la BRD lo resolvió instalando un puente aéreo que mantenía la comunicación con Berlín Occidental. Se inició un periodo de gran complejidad en la historia de Alemania y del pueblo alemán, cuya vida se fracturaba quedando divididas familias enteras y amistades. En la década de los cincuenta las tensiones entre ambos bloques crecieron y se comenzaron a poner guardias fronterizos que vigilaban el acceso de un bloque a otro. Las fuerzas de seguridad del Berlín Oriental comenzaron a perseguir a aquellos que querían pasar al otro lado. El plan para construir el Muro se fraguó en total secreto por parte de la DDR y el proceso se llevó a cabo en tan solo dos días. Se dispusieron por parte de Berlín Oriental diferentes fuerzas del orden y del ejército soviético y se suprimieron todos los canales de comunicación. Este hecho ejemplificó las diferencias y las tensiones entre ambos bloques, que dieron lugar a lo que se conoció como Guerra Fría: probablemente los años en los que el mundo estuvo más cerca de enfrentarse a una Tercera Guerra Mundial.

El Checkpoint Charlie fue el más famoso de los pasos limítrofes del Muro de Berlín. Se encontraba en la Friedrichstrasse y abría el paso a la zona de control estadounidense con la soviética. Su uso estaba restringido a militares, empleados de embajadas de los aliados, extranjeros, trabajadores de la delegación permanente de la BRD y funcionarios de la DDR. La denominación Charlie procedía del alfabeto fonético de la OTAN y era su tercera letra. Checkpoint Alpha era la entrada por la autopista en Helmstedt y

Checkpoint Bravo, en Dreilinden. Pero ésta era solo una pequeña parte de la vasta frontera inter alemana que separaba dos mundos, el capitalista y el comunista. Existían centenares de kilómetros de linde fortificada menos conocida, pero donde murieron gran número de personas. Esta línea formada por vallas, muros, alambradas, campos minados, zanjas y otros obstáculos, discurría desde Lübeck en la costa báltica hasta la triple división con Checoslovaquia y cortaba en seco cientos de carreteras, caminos y vías fluviales. Miles de personas fueron expulsadas de sus casas por hallarse demasiado cerca y realojadas a kilómetros de distancia. El principal objeto de todo ello no era otro que impedir la salida de los súbditos de Alemania Oriental.

Hasta principio de los setenta el trabajo duro a pleno rendimiento y la mano de obra extra ofrecieron una base vital para la recuperación económica, dando lugar al fenómeno histórico conocido como el milagro económico alemán. La calidad de los productos alemanes nunca perdió su renombre a nivel mundial. Pero existía una importante diferencia en el crecimiento de las dos zonas. En la Alemania Occidental no solo se recuperó el nivel económico previo a la guerra, sino que se mejoró adoptando medidas económicas más propicias al florecimiento del mercado y a la democracia. En la Alemania Oriental las instituciones políticas coartaban el crecimiento económico y esto trajo como consecuencia un deterioro también de la tecnología. Su población se redujo debido a una constante emigración hacia la otra parte, la Occidental, capitalista y democrática a la que Múnich pertenecía. En este contexto histórico me encontraba, tras haber transcurrido más de veinte años desde la construcción de la muralla y con anterioridad a que se iniciasen los cambios políticos y sociales que concluirían con la reunificación de Alemania y la caída del Muro de Berlín.

Desde que llegué a la casa apenas había visto a Harald, el marido de Ines y padre de los niños. No vivía allí, solo había estado en dos ocasiones y se había quedado a dormir en la buhardilla frente a mi habitación, en calidad de huésped. Era obvio que estaban separados, aunque nadie me había hecho ningún comentario al respecto. Cada viernes que él venía a cenar, Ines, que habitualmente se prodigaba poco en la cocina, pasaba todo el día preparando canapés, asado y dulces, sin olvidarse de poner vino a enfriar. Yo disponía de los fines de semana libres y solía quedar con amigos, por lo que nunca estuve en ninguna de sus veladas familiares. No por ello dejaba de sentir curiosidad sobre el ambiente en el que transcurrían, suponía que era la forma en la que ambos trataban de solucionar sus diferencias.

Harald era encantador, siempre amable, risueño y bromista. Alto, corpulento, de cabello castaño no muy corto y con un bigote cuidado, podía ser muy seductor y los niños lo adoraban. Por la documentación que recibí para los trámites de mi contrato supe que su profesión era la de neurocirujano.

Cuando regresé aquel viernes de madrugada la casa estaba en silencio, pero había luz en la planta baja. Como de costumbre cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido y al girarme le vi en la entrada del salón con su eterna sonrisa y una copa de vino en la mano.

—Buenas noches.

—Buenas noches —saludé quitándome la chaqueta.

—Veo que vuelves de pasarlo bien con tus amigos.

Se había apoyado en la puerta y cruzando las piernas me miraba como si la situación le resultase divertida.

—Sí, bueno, hemos estado en el centro, solemos quedar los fines de semana —respondí sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué tal te va? ¿Contenta?

—Sí, mucho. Hago turismo todo lo que puedo, me gusta esta ciudad.

Mi comentario pareció alterar su imperturbable buen humor.

—Puede ser un lugar fascinante... depende de lo que hagas y con quién — permaneció como ausente unos segundos—. Pero tú acabas de llegar, ya lo descubrirás por ti misma. ¿Te apetece una copa? —dijo alzando la que sostenía entre sus dedos.

Me pareció que estaba un poco más alegre de lo habitual.

—Gracias, pero ya es muy tarde y estoy cansada, voy directa a dormir. Buenas noches.

Empecé a subir las escaleras mientras él permanecía bajo el dintel. Cuando había ascendido varios peldaños oí como me daba las buenas noches.

Al llegar a mi habitación y cerrar la puerta sentí alivio y a la vez temor. ¿Nos habría oído Ines? ¡Qué tontería estaba pensando!, el hombre solo me había ofrecido una copa por amabilidad. Pero yo sentía que si me hubiese quedado habría propiciado una situación que a Ines no le habría gustado en absoluto: los dos bebiendo y charlando a solas en mitad de la noche. A los pocos minutos de estar en la cama oí sus pasos por la escalera. Se detuvieron un momento en el descansillo mientras yo contenía la respiración y finalmente noté como cerraba la puerta de su habitación. Esta no sería la única noche, pero yo aún no lo sabía.

En la Escuela de Turismo de Jerez el inglés era una asignatura obligatoria y como segunda lengua se podía elegir francés o alemán. En principio me decidí por francés y asistí a las primeras clases, pero el grupo de alumnos con el que había congeniado mejor me convenció para que me cambiase a alemán. La profesora, Brigitte, era una nativa estricta y de mucho carácter, pero si estudiabas y percibía tu interés incluso podías conseguir sacarle una sonrisa. Al terminar el tercer año la mayoría había resuelto irse a Alemania a

perfeccionar el idioma; yo no estaba segura de qué camino tomar en aquel momento, pero me dejé persuadir con facilidad. De modo que me encontraba entre alemanes pero a la vez rodeada de conocidos con los que hablar en español y ese era exactamente el problema. No me sentía sola y además lo pasábamos genial, pero debía restringir un poco mis salidas con ellos o pasado el tiempo me arrepentiría. Necesitaba tomar una determinación, pero mientras me decidía cada fin de semana acudía a encontrarme con el grupo.

Vivíamos muy alejados unos de otros y buscamos un lugar a medio camino donde quedar. Optamos por Marienplatz, la plaza central de Múnich, en el corazón de la ciudad. El ambiente festivo era una constante, innumerables artistas callejeros se daban cita a diario, y nunca faltaban grupos de turistas venidos de todos los rincones del mundo consultando sus planos o manipulando sus cámaras fotográficas. En el centro se erigía la Mariensäule o Columna de María, levantada en su día como celebración del fin de la invasión sueca. Rodeándola, cuatro ángeles simbolizaban las victorias frente a la guerra, la peste, la herejía y el hambre. Su pequeña fuente, conocida como Fischbrunnen o Fuente del Pez, había servido a los vendedores del mercado para mantener fresco el pescado, y en la actualidad se había convertido en uno de los lugares de reunión más populares, pero no el nuestro. El omnipresente edificio del Neues Rathaus o Nuevo Ayuntamiento, con sus gárgolas neogóticas, máscaras y dibujos alegóricos, albergaba en su fachada principal el famoso Glockenspiel o Carrillón. Este congregaba a decenas de visitantes a ciertas horas del día para ver lo que sin duda era el espectáculo más esperado: cómo una treintena de figuras de cobre de tamaño natural representaban mediante complejos movimientos relevantes escenas de la historia de Múnich y Alemania. Acompañando su danza decenas de campanas hacían resonar sus melodías en toda la plaza. A los pies del inmueble diversos comercios se extendían al abrigo de robustos

soportales. Junto a ellos, en el lateral de la base del carrillón, dos cabinas de teléfono se habían convertido en nuestro particular punto de encuentro, y sus respectivas guías, en una prematura red social: si alguien llegaba tarde se le dejaba anotado en un papel, escondido entre las páginas de la letra E, el lugar donde podía encontrar al resto.

Esperábamos con afán cada día de asueto para continuar descubriendo los sitios más interesantes que no había que perderse, lo que en alemán se conocía como Sehenswürdigkeiten. Un local cercano que visitábamos con regularidad era la Hofbräuhaus, una famosa cervecería donde degustar sus fabulosas creaciones se consideraba una tradición gastronómica. Sentados en sus largos bancos de madera veíamos acudir a pintorescos muniqueses vestidos con trajes tradicionales, a turistas ávidos de compartir auténticas costumbres bávaras y a forasteros algo más relajados como nosotros. Entre todos los tipos de cerveza mi preferida era la Weissbier, que se caracterizaba por estar fabricada no sólo con malta de cebada, sino con una elevada proporción de malta de trigo que le daba un aspecto turbio y un sabor suave. En cuanto a los platos, salchichas, carnes asadas, codillos y purés de buena calidad eran su especialidad y además a unos precios razonables. La comida era amenizada por bandas populares de la ciudad que se disponían en un espacio central. Pero este lugar también era conocido por su historia. El primitivo edificio, convertido en centro de la vida política y popular de la ciudad, contó con importantes personajes como clientes asiduos, entre los que se encontraba Lenin. También fue testigo de importantes acontecimientos como el que tuvo lugar cuando el Partido Obrero Alemán, que luego añadiría el término Nacionalsocialista, reunió en su piso superior a un nutrido grupo de simpatizantes. En aquella sala, de la mano de un entonces desconocido Adolf Hitler, fue establecido el programa de los veinticinco puntos por el que se regiría el Partido Nazi hasta su prohibición.

El grupo de Cádiz lo componíamos además de Almudena, Carmen y yo, Paco y Rosa, una pareja que había llegado unos meses antes. Todos comenzamos como *au pair* y nos iba bien, excepto a Paco. Había cambiado varias veces de casa y no terminaba de adaptarse a ninguna. Las familias con las que había trabajado eran, por decirlo de algún modo, un tanto peculiares. Lejos del patrón estándar de padre, madre e hijos, estaban formadas por otras uniones menos estereotipadas. Lo cierto era que los padres preferían que fuese una chica quien cuidase de sus hijos. En consecuencia, Paco empezaba a pensar en buscar otro tipo de trabajo. Al llegar nosotras la pareja nos llevó a algunos lugares que ya conocían, pero al poco tiempo comenzamos a explorar juntos nuevos rincones donde nos relacionamos con otra gente. Pilar, una chica madrileña también *au pair*; Manolo, un periodista de Barcelona que acababa de finalizar la carrera; Alberto y David, hermanos alemanes de madre española; dos amigos también hijos de parejas mixtas, Josef y Hugo; y Gunther, un alemán conocido de Pilar. Había más, pero al resto lo veíamos esporádicamente.

Para regresar a casa desde el centro tenía que tomar el U-Bahn, el metro, hasta la estación de Harras, y desde allí un autobús a Solln, distrito de Múnich en el que yo vivía. Me bajaba en la parada Krankenhaus Marta María, Hospital Marta María. Luego acertaba camino atravesando un descampado por el que llegaba hasta mi calle. Cierta día recuerdo que volvía agotada, me dolía la cabeza, y cuando por fin me senté en el autobús solo pensaba en llegar lo antes posible. En la siguiente parada un hombre ocupó el asiento contiguo, me sonrió y mencionó algo sobre el tiempo; tema de conversación por otra parte muy común en autobuses, paradas, ascensores y demás lugares donde se permanecía por un corto espacio de tiempo. Yo me limité a sonreír y continué mirando a través de la ventana; en aquel momento

me era totalmente indiferente la temperatura, las nubes, la lluvia, el viento o si brillaban las estrellas, solo conseguía visualizar mi cama que me esperaba con los brazos abiertos. A continuación hizo un nuevo comentario, pero en esta ocasión pensaba en mis asuntos y tampoco le oí. No me apetecía pedirle que me lo repitiese, supuse que se trataría de algo trivial y que al ver mi desgana, desistiría. ¡Pero cuál sería mi sorpresa cuando aquel hombre inició un monólogo que parecía no tener fin! Ya no sobre el tiempo, seguro, a no ser que fuese meteorólogo, redactor de la página de previsiones atmosféricas de un periódico o estuviese preparando una tesis sobre el clima del país germano. Lo cierto es que cuando intenté prestarle atención ya era demasiado tarde, realmente no sabía de qué hablaba. De modo que yo me limitaba a asentir con la mejor expresión de conformidad que era capaz de interpretar, en espera de que terminase, porque a esas alturas de su larga disertación me avergonzaba sobremanera confesarle que no me había enterado de nada. Esperaba con ansias el anuncio de mi parada, nunca había deseado tanto oír aquella encorsetada voz que anunciaba «Krankenhaus Marta María», pero no llegaba, y ocurrió lo que temía. Lo anterior debía haber sido solo la introducción, ahora se iniciaba el diálogo en el que yo debía participar, pues tras su última palabra me cedió el turno, supongo que en espera de conocer mi opinión sobre todo aquello. Tal vez habría podido salir del paso con un «estoy totalmente de acuerdo», pero posiblemente solo hubiese conseguido prolongar más la bochornosa situación. En definitiva, no tuve otra salida que disculparme y decirle que no le entendía, no hablaba alemán. ¡Pobre hombre!, su expresión se debatía entre «no me lo puedo creer» o «tierra, trágame». Bien podría haber dicho lo que le viniese en gana ya que supuestamente no le iba a entender, pero enormemente prudente, su silencio fue absoluto. Miró al frente y así permaneció hasta que abandoné el autobús o quizá incluso después, por si alguien más nos había oído. No tenía la más

remota idea de cuál sería el tema de la charla que me había dedicado aquel buen señor, posiblemente algo interesante. Al llegar a casa aún estaba perpleja y ¿por qué no admitirlo?, intrigada; pero aquel suceso me sirvió para proponerme algo importante: estudiar más y esforzarme en prestar atención a todo lo que oyese, por si acaso.

Capítulo 2. Descubriendo cosas

Ines era profesora de Gymnasium o Educación Secundaria. Al nacer Anna había pedido una excedencia para poder dedicarse a ella. Luego vino Maxi y esta se prolongó, pero ahora que ambos iban creciendo se había incorporado de nuevo a su trabajo. En el sistema educativo alemán el recorrido para poder estudiar en la Universidad partía de la Grundschule o Primaria que duraba cuatro años. A continuación había que pasar otros nueve en Gymnasium antes de realizar la prueba de Abitur, semejante a la Selectividad en España. Una vez superada los alumnos podían estudiar en cualquier Universidad europea sin examen de ingreso.

Si había algo que identificaba a Ines era su forma de hablar. Solía hacerlo de manera pausada y cordial, aunque su discurso fuese propio de una persona asertiva, como si aún siguiera en clase. Sabía estar al mando y se notaba. Cuando surgía algún tema que era nuevo para mí disfrutaba describiendo cada detalle de un modo tan ameno que conseguía despertar mi interés. Al principio insistía en hablarme en inglés porque la entendía mejor, pero le pedí que solo lo hiciese como último recurso y eso hacía, o al menos lo intentaba. Su natural empatía y sentido del humor me hacían sentir cómoda, como en casa. Rondaba el metro setenta, algunos centímetros más que yo. Lo sabía por las marcas en la moldura tras la puerta de la habitación de Anna, donde se mostraban las distintas alturas de los miembros de la familia: una única muesca de papá, otra de mamá y el sucesivo progreso de los niños. Aunque de complexión media, se había propuesto adelgazar y apenas comía en casa, suponía que lo hacía en el trabajo. Pero en cambio tomaba a todas horas una bebida edulcorada de naranja e iba dejando botellas a medias por cada rincón de la casa. Llevaba el cabello con un corte un tanto masculino, pero no le

sentaba mal. Sin que destacase especialmente ningún aspecto de su anatomía, en conjunto resultaba atractiva.

Desde que llegué me hizo ver que aquel era mi hogar a todos los efectos. Los primeros días era ella quien me preparaba la cena, imaginaba que por cortesía. Se conocía como Abendbrot y consistía en diversos tipos de pan con lonchas de embutidos y queso junto a un vaso de su bebida de naranja. Lo colocaba en una bandeja que yo me subía a la habitación donde estudiaba o veía la televisión. Luego debió advertir que era poco para mí y me pidió que yo misma me sirviese. Lo cierto era que a lo largo del día subía y bajaba las escaleras tal número de veces que al llegar la noche estaba hambrienta. Solíamos charlar en torno a la mesa redonda del comedor, una hermosa mesa de cristal en cuyo centro siempre había una vela calentaplatos sobre la que colocaba el soporte para la cafetera. Yo le comentaba mis excursiones, mis incidentes con el idioma y las absurdas anécdotas que me ocurrían, y ella lo pasaba bien, al menos la hacía reír. A veces me parecía que estaba triste, de hecho en alguna ocasión oí como se lamentaba con alguien por teléfono de encontrarse demasiado sola con los niños. Me hubiese gustado que se sincerase conmigo, pero no lo hizo. Tenía treinta y cinco años, como Harald, y supongo que a mí me consideraba demasiado joven, yo tenía veintiuno.

Me parecía un acierto el ambiente creado por ella en aquel espacio diáfano a doble altura donde predominaba el blanco. La zona más elevada la ocupaba el comedor, contiguo a la cocina. Varios armarios empotrados se extendían a lo largo de toda la pared hasta el acceso al sótano. La frescura y sencillez de líneas únicamente había sido alterada por la elección de un antiguo escritorio de caoba y dos coquetos muebles auxiliares que aportaban la nota clásica y artesanal que rompía la uniformidad. A Ines le gustaban las plantas y las cuidaba con esmero. No pasaba un solo día sin examinar con detenimiento el altísimo pino Norfolk situado junto a una de las puertas del jardín y que casi

rozaba el techo. A través de un escalón de piedra se accedía al salón, donde se habían emparejado dos sofás de diseño con armoniosos sillones combinados en fina madera de color miel. El tapizado, como no podía ser de otro modo, lo había elegido en un exquisito blanco roto como protagonista indiscutible. El sobrio conjunto de mesitas accesorias y de centro permitía el paso de la luz a través de su material translúcido. Un exiguo televisor, dadas las dimensiones de la habitación, pasaba desapercibido sobre las despejadas estanterías de madera. Desde cualquier punto se podía contemplar el jardín del que solo nos separaban unas cristaleras panorámicas. Cerca de ellas una espigada Yuca absorbía cada pequeño rayo de sol. A modo de curiosidad personal había podido observar cómo las visitas se contemplaban con mal disimulada actitud crítica en el enorme espejo situado junto a la puerta. Lo hacían todas, sin excepción.

De la limpieza de la casa se encargaba Berta, la Putzfrau. Venía dos veces a la semana e incluso arreglaba mi habitación. Cuando se le hacía tarde y tenía que dejar algo por hacer ese era mi cuarto, pero a mí no me importaba pasar la aspiradora de hecho siempre lo hacía en casa de mis padres. Era una buena mujer y congeniamos bien. Cada día sacábamos tiempo entre faena y faena para nuestros pequeños ratos de charla. Solía hablarme de sus orígenes en Checoslovaquia y de cómo había emigrado a Alemania con su marido e hijos hacía ya varios años. Algo que había despertado mi curiosidad era por qué en un país tan avanzado no había fregonas como las que conocíamos en España, asociadas a un cubo provisto de un mecanismo escurridor. Para fregar el suelo utilizaban una mopa que tras remojar y exprimir manualmente se sujetaba de nuevo al palo. Alguna amiga la había buscado por infinidad de comercios, pero se trataba de un producto exótico, por no decir desconocido. Investigando descubrí que la fregona había sido inventada en España por Manuel Jalón en 1964 y por algún motivo que desconocía no había sido

importada por Alemania.

Una tarde, al terminar en la Volkshochschule fui a encontrarme con Paco, Carmen y Manolo en una cafetería de la calle Leopoldstrasse, en el barrio de Schwabing. Era conocido como el barrio de los artistas, donde resultaba muy agradable pasear por sus aceras repletas de cafés y restaurantes. Paco venía acompañado de sus dos inseparables amigos alemanes. Por fin había encontrado otro trabajo como recepcionista en un pequeño hotel donde tenía solucionado el tema del alojamiento, ocupando una pequeña habitación en la última planta. Hablaba alemán bastante bien y disfrutaba iniciando enrevesados debates filosóficos y literarios. A veces podía resultar intratable, rozando la pedantería, pero yo prefería ver más allá e intentaba descubrir su verdadera personalidad que a todos se nos escapaba. Le gustaba vestir de un modo relajado, bohemio. Su ondulado cabello que llevaba un poco largo y una cuidada barba le daban cierto aire intelectual. De gran estatura, a través de sus vaqueros se podían adivinar unas piernas largas y delgadas.

Al salir de la cafetería nos dirigimos al hotel donde le habían contratado y subimos a su habitación. No ocultaba su emoción mientras nos mostraba un estrecho y alargado habitáculo donde apenas cabíamos los seis. Me alegraba por él, aquello suponía una nueva oportunidad de conseguir cierta estabilidad que seguramente era lo que más necesitaba. Aún no se había terminado de establecer, pero se las ingenió para ofrecernos una deliciosa crema de chocolate a la que nos invitaron sus compañeros del bar. Le noté especialmente atento conmigo, pero pensé que se trataba de uno de sus habituales cambios de humor. Llegada la hora de marcharnos insistió en que me quedase; en aquel momento no me apetecía y le puse como excusa que debía llegar a casa temprano para quedarme con los niños. Cogió su chaqueta y nos acompañó hasta la salida, aún debía recoger algunas cosas de su

anterior casa y argumentando que la mía estaba de camino, me acompañó. Nos despedimos de los otros y durante el trayecto a pie no paró de hablar. Se enzarzó en un razonamiento metódico sobre las relaciones de pareja, la banalidad del enamoramiento y las ventajas de la libertad. No sabía muy bien a dónde quería llegar, pero no le interrumpí. Al subir al despejado vagón del metro lo descubrí: trataba de proponerme que tuviésemos una relación abierta.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté con la incredulidad de quien resulta pillado desprevenido.

—Me niego a estar limitado a una sola persona. Necesito ser libre para relacionarme con quien, cuando y como quiera sin tener que elegir, tomar decisiones o pensar en el futuro. Tú eres alguien que no se deja llevar por las opiniones de los demás y creo que podía ser bueno para los dos —sentado frente a mí unía los extremos de sus largos dedos mientras hablaba. No reaccioné, me limitaba a observarle sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Ante mi silencio decidió continuar—. Me gustaría tener contigo una relación sin exclusividad, cada uno podría tener al mismo tiempo otras parejas.

—¿Has bebido? —alcancé a decir.

Sonrió, miró unos segundos hacia abajo y levantando la cabeza con un amago de solemnidad dijo al fin:

—Me siento atraído por ti, me gustas mucho en todos los aspectos y...

—¿Rosa sabe esto? —pregunté sin dejarle terminar.

—No —dijo secamente.

—Quiero decir, ¿tienes con ella ese tipo de relación?

—Aún no, pero es lo que hay y si quiere seguir conmigo no tendrá más remedio que aceptar —respondió con voz áspera.

La serenidad con la que había expuesto el tema se difuminó en el

momento en que mencioné a su novia. Antes de hablar y decir algo de lo que pudiera arrepentirme, intenté analizar la situación. En primer lugar, no me sentía atraída por él. En segundo lugar, aquel no era el tipo de historia que yo deseaba. Por último, no participaría en esa especie de encerrona a Rosa, porque estaba segura de que no era lo que ella quería.

—Paco —comencé— creo que antes de nada deberías hablar con Rosa, tal vez ella no lo acepte. Y mi respuesta es no.

Pareció no tomárselo muy bien. Respiró hondo y apretó la mandíbula.

—Lo que hable o no con ella a ti no te tiene que importar —miró durante unos segundos a través de la ventanilla y añadió— Y ¿por qué no?

—Pues sí, me importa en cuanto me estás pidiendo que forme parte de esto. ¿Te has parado a pensar el daño que le puedes hacer?

Sentí sus ojos clavados como agujas. No encontraba en él ni un ápice de consideración hacia la que durante varios años había sido su compañera inseparable.

—¿Y qué hay de mí? ¿Es que yo no importo? No tienes que pensar en los demás, eres tú quien decide —se quejó furioso mientras se inclinaba hacia delante intentando controlar el volumen de su voz.

—Es cierto, yo decido sobre mi vida. Sé que me equivoco muchas veces y también que hago daño a los demás, sin proponérmelo, pero ocurre. Sé que tomo decisiones equivocadas y otras veces acierto, posiblemente por casualidad o por sentido común, qué más da. Sólo creo que antes de andar buscando opciones por ahí debes ser sincero con ella y sentarte a hablarlo. Si lo haces antes le dolerá, pero no se sentirá traicionada. Si lo haces después serás un...—callé, no quise decir la palabra—. Paco, os tengo cariño a los dos y contigo siempre he tenido afinidad, pero no confundas mis sentimientos —dije intentando suavizar la tensión que veía en su cara.

—Yo no hablo de sentimientos —aclaró riéndose— hablo de

independencia, de regeneración. ¿Por qué no lo quieres intentar? Pensé que serías de otra forma, pero veo que eres tan tradicional como las demás.

Me desagradaban sus aires de suficiencia. Parecía que se había contagiado de la vanidad de sus recientes amistades. Me estaba sintiendo mal con la conversación y el tono que estaba empleando.

—Porque no me gustas, ¿suficiente?

Hizo una mueca y simuló mirar al exterior. Enemistarme con él no entraba en mis planes, pero me temía que esta nueva situación iba a cambiar la buena relación que habíamos tenido hasta el momento. Intentando dar por zanjado el tema me levanté, estábamos llegando a mi parada. Mientras caminaba hacia la puerta del vagón le sugerí:

—Será mejor que olvidemos esto.

Él permanecía sentado fingiendo una indiferencia que seguramente no sentía. Se abrió la puerta.

—Yo no lo olvidaré —concluyó cuando me disponía a bajar.

Nos encontrábamos en mitad de noviembre y el otoño se manifestaba en todo su esplendor. El intenso colorido de árboles y jardines había mutado a tonos amarillentos, anaranjados y rojizos, pero no por ello resultaba menos hermoso. La lluvia que nos había acompañado desde que estaba allí se había tornado gélida a causa del considerable descenso de la temperatura que durante el día no solía subir de los siete grados. Al salir de la guardería a Maxi se le veía especialmente alegre. En principio supuse que habrían dedicado la mañana a uno de sus juegos favoritos, pero durante el camino de regreso pude saber que el motivo era bien distinto, su hermana y él pasarían todo el fin de semana en «la otra casa de papá», como él solía llamarla. Aprovechando la ocasión conseguí averiguar que Harald vivía cerca del centro donde trabajaba, das Universitätsklinikum Sankt Joseph, un hospital

universitario situado al sur-oeste de la ciudad. De paso también me había comentado que su amiga Eva se marcharía unos días a la casa de su abuela en Núremberg.

Esa tarde Ines fue al cine y me quedé con los niños. Estuve casi todo el tiempo jugando con Maxi en su habitación mientras su hermana veía una película en el sótano con una amiga. Anna tenía siete años y su imagen se ajustaba al estereotipo de niña alemana: una melena larga y lisa de un color rubio casi blanco, piel muy clara, mejillas sonrosadas y ojos azules. Pero en realidad todo ello unido a su nariz respingona y cara redonda me recordó desde el primer momento a la cerdita Peggy del Show de los Muppets^[5]. El personaje del show era arrogante, egocéntrico, dominante y temperamental; cuando fui conociendo a Anna comprendí que no solo se le parecía físicamente.

Al llegar la noche llené la bañera y les dejé un rato para que jugasen en el agua, entretanto me dediqué a observar detenidamente el estante de cristal que se extendía de pared a pared bajo el espejo. Prácticamente lo cubrían más de una docena de frascos de perfume entre los que se podían ver algunos lápices labiales y joyas. Elegí uno al azar y deposité unas gotas sobre el dorso de mi mano para conocer su aroma. Mi intención era que Anna hiciese algún comentario reprobando lo que acababa de hacer, algo habitual en ella, pero no dijo nada. Cuando estaba terminando de colocar a Maxi el pijama sonó el timbre de la puerta. Bajé a abrir, era Aileen, la vecina. Venía a pedirme que regase las plantas y recogiese su correo mientras estaba en Núremberg con su madre. Me explicó dónde estaban situadas cada una de las macetas y la frecuencia de riego. Parecía tener prisa, de modo que tras darme las gracias, me dejó ambas llaves y se marchó. Me extrañó que no preguntase por Ines y que esta no me hubiese comentado nada estando al tanto de su marcha, pero supuse que se le habría olvidado. Recordé que alguna vez me había contado

que el marido de Aileen era piloto de Lufthansa y siempre estaba fuera, de hecho yo aún no lo conocía.

Después de la cena y ante la insistencia de los niños recordándome que era viernes, permanecí algún tiempo en el salón mientras les oía corretear en el piso de arriba. Me distraje jugando al solitario y saboreando algún que otro bombón de licor de una caja que acababa de descubrir camuflada en la parte superior de la estantería. Luego subí a darles las buenas noches y me aseguré que se metían en la cama. Encendí la televisión, uno de los principales canales emitía un concierto de Julio Iglesias. Sabía que a Ines le gustaba, pero no era mi música preferida por muy español que fuese. A pesar de ello era consciente de que ahora que llevaba algún tiempo fuera de mi país todo lo nuestro lo veía con más cariño, suponía que la distancia le hacía a uno ser menos crítico. Seguí buscando hasta que encontré una película. Ines no tardó en llegar. Ella también se extrañó al saber que la vecina se ausentaba, sobre todo después de haberla visto justamente el día anterior. Me recomendó que guardase yo las llaves para evitar que los niños las extraviasen, y así lo hice.

Para el fin de semana habíamos organizado una excursión especial. Lejos de ser divertida se trataba de algo triste y sórdido, pero dada su implicación histórica nos atraía la idea de visitar uno de los lugares donde habían acontecido algunos de los hechos más trágicos del siglo XX, el Campo de concentración de Dachau. Se encontraba a trece kilómetros al noroeste de Múnich y permaneció abierto durante doce largos años hasta su liberación tras la guerra. Poco después de su apertura cayó bajo la autoridad de las Schutzstaffel o Escuadras de defensa, más conocidas como las SS^[6]. En la actualidad sus instalaciones cumplían la función de museo conmemorativo.

Quedamos en Karlsplatz para tomar el tren que nos llevaba hasta el campo. Entre otros también venían Paco y Rosa. Me incomodaba la idea de

encontrarme con él, no le había visto desde aquel día, pero me propuse actuar con normalidad. En cambio su actitud hacia mí fue en todo momento cortante y no me dejó otra opción que distanciarme en lo posible e ignorarle.

Me estremecí al atravesar la misma puerta por la que fueron internados más de doscientos mil prisioneros que tuvieron que soportar actos extremos de crueldad y sufrimiento. Una cuarta parte de ellos serían asesinados. Recorrimos la sala de ingreso y el patio de revista, lugar en el que eran contados todos los días por la mañana y por la noche. En la última estación del procedimiento de entrada los recién llegados eran rapados y sumergidos en un barril con insecticida, como paso previo antes de ser conducidos a las duchas. Luego se les hacía entrega de los uniformes. También visitamos la prisión y los barracones, e imaginé la agobiante sensación de estrechez ante el hacinamiento de personas. El recinto había sido concebido para seis mil prisioneros, pero con la llegada masiva de estos tuvo que ser alterado a fin de hacer caber a tantos como fuese posible. Las condiciones de vida fueron empeorando drásticamente a raíz del hambre y las enfermedades, de modo que el día en que fue liberado se encontraban aún retenidas en él más de treinta mil personas completamente debilitadas. El recorrido también incluía la cámara de gas y los hornos crematorios, los cuales servían para desechar los cadáveres. Estuvieron en funcionamiento prácticamente de día y de noche hasta que su capacidad ya no fue suficiente para incinerar a todas las víctimas. Al terminar la guerra se hallaron pilas de cadáveres amontonadas en su interior.

Fue el primer campo de concentración abierto y sirvió como modelo y prototipo para los que le siguieron. También se realizaron cientos de experimentos médicos ilegales e inhumanos. En este en concreto fueron concentrados religiosos, aristócratas, intelectuales y políticos. Dos puertas de hierro forjado mostraban la inscripción «Arbeit macht frei», el trabajo libera;

lema que fue colocado por el régimen sobre los accesos a muchos de ellos como cínica bienvenida a los presos allí emplazados. Se trataba de una frase intencionalmente ambigua: no solo sugería el trabajo llevado a cabo por las víctimas, sino el realizado por los nazis en su tarea de asesinar premeditadamente a enormes masas humanas. Muchos años después leería en un periódico del sur sobre el robo de una de estas puertas durante una madrugada, ignorándose si los autores podían tener vínculos neonazis o si se trataba simplemente de algún coleccionista perturbado.

Durante el régimen nazi fueron redactadas una serie de reglamentaciones con el fin de preservar la pureza racial. En ellas se impedía que los señalados como judíos se relacionasen racialmente con los alemanes «puros». Un estrecho colaborador de Hitler se encargó de difundirlas en su periódico «Der Stürmer», el atacante. De esta manera, con su vehemente discurso antisemita, ayudó a convencer a las masas de que esta comunidad era una lacra social insertada en el pueblo alemán, y debía ser extirpada como un tumor cancerígeno. Las Nürnberger Gesetze o leyes de Núremberg, supusieron el comienzo de la discriminación y persecución de este colectivo en Alemania. «Die Endlösung der Judenfrage», la solución final de la cuestión judía, fue el plan para llevar a cabo el genocidio sistemático de su población en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, sesgando millones de vidas como consecuencia de la perversa irracionalidad de un líder. La frase «Nie Wieder», nunca más, que sellaba las conciencias en los actuales museos del exterminio, había penetrado profundamente en la sociedad y se había convertido en advertencia.

A mi vuelta a casa intenté comentarlo con Ines, como hacía siempre que visitaba algún lugar. Pero al contrario que otras veces en que se mostraba deseosa de hablar, en esta ocasión, sólo con su gesto, comprendí que prefería obviar el tema. Las nuevas generaciones alemanas cuestionaban la conducta

de sus padres y abuelos durante los años del nazismo. Los juicios de la posguerra confirmaron el importante papel que ejerció la propaganda engañosa, como herramienta para obtener el apoyo de la mayoría del pueblo alemán que no había respaldado a Hitler en las urnas. Desorientaron a la población con atractivos mensajes de unidad nacional y un futuro utópico, a la vez que describían a su país como una víctima de los agresores extranjeros, obligada a tomar las armas para protegerse. Ejercieron un férreo control sobre el contenido de las noticias mediante el dominio de la prensa, y evitando que la gente de la calle tuviese acceso a las declaraciones de los líderes aliados y soviéticos en las que condenaban sus crímenes. Al mismo tiempo, como parte del engaño planificado, ideaban humanitarias historias sobre la construcción de hospitales y comedores comunitarios para facilitar la supervivencia de los judíos. Les recordaban que no debían creer las falsas atrocidades que la propaganda del bando opuesto difundía sobre ellos, como había ocurrido durante la Primera Guerra Mundial. Inventaban ficciones sobre los guetos, colocando en las entradas de los mismos letreros de cuarentena que advertían sobre el peligro de contraer enfermedades contagiosas si se traspasaban; de esta manera evitaban que se conociesen las pésimas condiciones en que vivían. Incluso cuando los líderes de las organizaciones de resistencia judía intentaron advertir a los suyos sobre las intenciones de los alemanes, en muchas ocasiones no tuvieron credibilidad: «No cabía en el sentido común que fuera posible exterminar a cientos de miles de judíos».

Era lunes y tenía examen de alemán en la Volkshochschule. Tras visitar Dachau había permanecido el resto del fin de semana en casa estudiando. Los niños no estaban y el silencio era absoluto. Ines aprovechó para salir con amigos y me quedé sin excusas para dejar de dar un último repaso al genitivo^[7]. Me dirigí hacia la parada de autobús un poco más temprano de lo

habitual tratando de evitar cualquier imprevisto.

Al terminar el examen decidimos ir a tomar algo. Habitualmente nos reuníamos cerca de la escuela en lugares sencillos donde tomar un simple refresco no desequilibraba nuestro presupuesto semanal. Pero ese día elegimos una elegante cafetería que se encontraba en la quinta planta de un edificio frente al ayuntamiento, desde donde se disfrutaba de una vista panorámica de Marienplatz. Me encontraba tan absorta en la conversación que ni siquiera me había fijado en la gente que había en el local. Arabela, una chica italiana con la que tenía cierta amistad, se inclinó hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—Hay un hombre detrás de ti que no te quita la vista de encima, pero no mires ahora.

Guardé la pose durante unos segundos, pero la curiosidad pudo más que aparentar indiferencia, así que me giré y miré. Era fácil saber de quién se trataba porque no disimulaba lo más mínimo, se encontraba de pie en la barra. «¡Dios mío, era él!». Me volví rápidamente entre avergonzada y confundida. Estaba completamente segura de que era el hombre de la Oktoberfest. Había reconocido su rostro en sueños, pero su aspecto era distinto de cuando le vi aquella noche. Ahora vestía traje y corbata, y parecía mayor. Arabela no dejaba de repetir que estaba buenísimo. Yo le aseguré que no lo conocía, pero ella no terminaba de creerme. Según me iba describiendo se hallaba en una reunión de hombres, también trajeados, y seguía observándome.

Odiaba estar en situación de desventaja, por lo que decidí cambiar mi posición y torcí la silla de forma que a un lado tenía la mesa y a mi grupo, y al otro, al tipo indiscreto. Ya no era una chica indefensa rodeada de borrachos en la oscuridad, ahora me encontraba tranquilamente sentada en un café donde nada malo podía ocurrirme; de modo que si él era descarado yo no me

dejaría intimidar. Miré de nuevo y vi cómo hablaba animadamente. No tardó mucho en dirigir la vista hacia mí una vez más y sostuve su mirada. El momento me pareció una eternidad. Era consciente de que en el lenguaje visual el hecho de mirar fijamente a otra persona era señal de que se respondía a una atracción, pero no me importó lo más mínimo. Un compañero me dijo algo y tuve que volverme. Cuando intenté buscarlo los demás continuaban allí, pero él ya no estaba. Un poco decepcionada retomé la conversación hasta que Arabela me pidió que la acompañase al aseo. En el momento en que salíamos del mismo apareció de repente y se situó ante nosotras.

—¡Hola Elena!, ¿te acuerdas de mí? —fue su saludo, en alemán.

Yo intentaba parecer altiva.

—Sí, me acuerdo.

—¿No vas a presentarme a tu amiga? —dijo mirando fugazmente a la italiana.

—Arabela éste es...

—Gerhard —se apresuró a decir—. Encantado Arabela.

Ella, tras responder al saludo y consciente de la situación, se despidió marchándose hacia nuestra mesa.

Él la siguió con la mirada.

—Tus colegas de clase de alemán ¿verdad?.. Os he oído antes como hablabais de un examen.

—Tienes muy buen oído.

—Os vi llegar, pasasteis junto a mí y no he podido evitar escucharos... Conmigo puedes practicar, hablo un perfecto alemán... mucho mejor que ellos —bromeó girando levemente la cabeza hacia donde estaban mis compañeros.

—No lo dudo, pero me parece que puede ser peligroso según de quien

estés acompañado.

—Touché —reconoció—. Me gustaría tener la oportunidad de disculparme y compensarte de alguna manera por la agresión que sufristeis —parecía sincero, de hecho aquel día me había defendido, no obstante no me fiaba de él. Esperaba alguna reacción por mi parte, pero viendo que esta no llegaba, prosiguió— ¿Te gusta la pintura? Esta semana se inaugura la exposición de un amigo, que no bebe... y es de fiar —observó en tono burlón—. Si quieres podemos quedar aquí en la plaza. Me gustaría mucho que vinieras —yo dudaba—. Lo pasarás bien, ya verás.

Era persuasivo y no parecía dispuesto a desistir.

—De acuerdo.

Me mostró su amplia sonrisa y quedamos para el jueves a las ocho de la tarde. Pero antes de despedirse me dio una tarjeta con su número de teléfono y añadió:

—Para lo que sea.

Llegué a casa excitada. Ya acostada comencé a analizar lo sucedido y leí de nuevo la tarjeta. Su nombre completo era Gerhard Huber. La empresa, BMW. Era Ingeniero Industrial, y su cargo, Director de Equipo del Departamento de Producción. La dirección, Olympiapark. Figuraban dos números de teléfono, profesional y particular.

Al principio de llegar a Múnich había buscado información sobre los museos. Supe que el de la BMW^[8] era uno de los más visitados de la ciudad. Se encontraba junto al complejo industrial y las oficinas centrales de la empresa de automóviles, cuyo edificio era conocido como BMW-Vierzylinder o Torre BMW. Tenía la forma de un inmenso motor de cuatro cilindros y lo componían otras tantas torres de color plata que simulaban, a vista de pájaro, un inmenso trébol de cuatro hojas. La fábrica, de estructura

plana, se encontraba a los pies de las mismas. Previa reserva anticipada se podía hacer un recorrido por la planta de producción para conocer las novedosas técnicas utilizadas en el día a día. Creía adivinar el motivo por el que me había dado su tarjeta: dada la extraña forma en que lo había conocido tal vez pensaba que me tranquilizaría saber quién era y dónde lo podía encontrar. Pretendía que cambiase mi opinión sobre él mostrándome a alguien muy distinto de lo que pareció ser aquel día. De paso, disponía de su número de teléfono por si decidía no acudir. Pero todo esto no me garantizaba nada, podía tener un buen empleo y en sus ratos libres ser un sinvergüenza. Intentaba convencerme a mí misma de que no había hecho mal aceptando acompañarle, tan solo era una exposición. Lo malo era lo que había sentido cuando se acercó, eso era lo realmente peligroso. Era muy atractivo; bastante alto, el cabello de color castaño oscuro lo llevaba corto y un poco despuntado en el flequillo. Sus ojos eran de un color verde intenso, similar a los míos, dejando entrever cierto aire nostálgico que me confundía con la expresión pícaro de su boca. Educado, de formas correctas y galantes, había tenido la sutileza de vocalizar y hablar lo suficientemente despacio para que le pudiese entender sin ser demasiado evidente. «Tal vez no era mal tipo», me dije, pero también cabía la posibilidad de que lo fuese en un cincuenta por ciento. Bueno, no era tonta y procuraría tener cuidado; además, era una oportunidad de conocer a alguien que me había parecido interesante. Al regresar a la mesa Arabela me había regañado por haberle mentido: «Sí que lo conocías —había dicho—. Pero no importa, siempre que me presentes a tíos tan guapos como este».

Me costó conciliar el sueño, pero una vez que lo conseguí, dormí toda la noche. Almudena me telefoneó temprano a la mañana siguiente, estaba alterada y ansiosa por contarme novedades. El domingo por la mañana se había presentado en su casa, sin avisar, un antiguo amigo de España. Habían

tenido una relación llena de altibajos que había concluido unos años atrás, pero un mes antes de nuestra partida se habían vuelto a encontrar. Solo había una diferencia, él tenía novia y planeaban casarse.

—Hay que reconocer que no le falta valor, hacer un viaje relámpago para estar dos días y vuelta a España.

—Además, no habla nada de alemán —añadió aún nerviosa.

—¿Y qué tal?

—Ha sido algo totalmente inesperado y hemos pasado dos días inolvidables, pero la situación sigue siendo la misma.

—No lo entiendo. Si hace esto por ti, entonces ¿por qué sigue con la novia?

—Se siente comprometido, además no está seguro.

—¿De qué no está seguro?

—Piensa que me voy a cansar de él y entonces se quedaría sin ninguna de las dos. Cree que encontraré a otro y tarde o temprano le dejaré porque soy demasiado para él.

Hablaba como alguien cansado de oír lo mismo una y otra vez.

—Con eso demuestra falta de decisión, además de poca confianza en sí mismo. Y si es así, ¿para qué ha hecho este viaje?

—Necesitaba verme... No sé, estoy confundida. Ahora que hemos estado juntos me iría con él sin pensarlo, pero luego pasan los días y no lo tengo claro.

—Entonces a lo mejor no le falta razón —sugerí.

—Tal vez, no lo sé.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?, dejarte llevar, seguro que conoces a alguien aquí y a lo mejor se aclaran tus ideas —dije intentando animarla.

—O me enredo aún más, seguro... Atraigo a todos los problemáticos. En fin, ya veré. Le he pedido que no me llame, ni me escriba, necesito

recapacitar sin que él interfiera.

—Sabes que no lo va a hacer...

—Lo sé, pero al menos que se entere de que tengo intención de seguir con mi vida, igual que él. Aunque no es tan fácil. Desde que se ha ido solo hago pensar en él, ha sido tan romántico...

Le notaba demasiado ilusionada para llevar a cabo lo que decía.

—Bueno, ya se verá, oportunidades no te van a faltar.

—Lo malo es que no me gusta nadie.

—¡Ja, ja, ja! ¿Has mirado a tu alrededor?

—Tienes razón. A ver... Y ahora vamos, que tenemos trabajo las dos. Luego hablamos.

—Vale, hasta luego. Anímate.

—Lo intentaré. Gracias por escucharme, Elena.

No había querido comentarle nada de mi encuentro del día anterior. Pensé que no era el momento. Ya lo haría la próxima vez.

Capítulo 3. Recelo

Por fin había llegado el jueves, temido y deseado a la vez. El día anterior había estado con las chicas de compras; no habíamos traído ropa de abrigo suficiente para el frío que ya empezaba a arreciar, sobre todo de noche cuando la temperatura bajaba de los cero grados. Nos probamos chaquetones de todo tipo y con la abrumadora variedad que había en el mercado en una sola tarde aprendí más sobre el tema que en toda mi vida. Los había de pluma y de fibra, ganando los primeros en cuanto a aislamiento térmico. La pluma a su vez podía ser de pato o de oca, siendo en general esta última de mayor calidad. Si además se pretendía que fuese impermeable el tejido exterior debía ser de un material que soportase al menos una hora de lluvia. Pero la desventaja no solo consistía en el precio, sino en que transpiraba menos que el tejido estándar y como consecuencia el relleno envejecería más rápido. En cuanto al aspecto estético, para nuestro infortunio, a mayor espesor mayor calidez y a estas alturas ya éramos conscientes de lo que nos esperaba. En consecuencia, fuese cual fuese la decisión si pretendíamos estar abrigadas debíamos olvidarnos de lo que más nos favorecía. El único parámetro en el que nos podíamos permitir ese gran lujo que empezaba a ser la coquetería consistía en elegir el color.

—¡El neumático viviente! —bromeaba Carmen mirándose en el espejo—. ¡Ja, ja, ja!, ¡con esto no voy a ligar en la vida!

Nos encontrábamos las cinco en un enorme probador.

—Je, je, ¡mirad, chicas! —Rosa se había cerrado la cremallera hasta arriba y con la capucha puesta no se le veía la cara— podemos cometer un atraco.

—Lo bueno es que no tienes que preocuparte si engordas —se consolaba

Almudena.

—Esto me recuerda —empezó Carmen— cuando era pequeña y mi madre insistía en vestirme con un abrigo de paño almidonado que daba mucho calor, pero era feísimo. Me gustaba un niño del colegio y prefería pasar frío a que me viese con él; así que cuando mi madre se daba la vuelta, me lo quitaba. Luego estábamos un rato en el patio mientras la profesora pasaba lista y cuando llegaba a la clase tiritaba.

—¡Pues sí que eras presumida! —apostilló Pilar.

—Cogí más de un resfriado y el niño nunca se fijó en mí.

—Por eso ahora te llevarás este y no te lo quitarás pase lo que pase —dije mientras le ayudaba a ponerse uno más ligero.

—Pues no está mal.

—¿Me dejas probarme el tuyo?, me gusta más que el que yo he cogido —preguntó Pilar dirigiéndose a Almudena.

—No es que sea más bonito, que lo es, sino que a ella todo le sienta bien —reconocía Rosa acariciando el cabello rubio de Almudena—. ¡Huy!, que mal ha sonado eso, no es que a ti no te quede bien, entiéndeme.

—No te preocupes, ya lo sé la percha es la percha.

—¡Eh!, ¡que parezco una bola! Además, creo que este pato murió de frío porque estas plumas son malas de cojones.

Almudena mostraba en su mano una que se había desprendido.

—En un pequeño comercio cerca de aquí he visto un abrigo negro precioso, pero me temo que no esté a mi alcance —lamenté mientras me quitaba el anorak—. Es bastante largo y podría usarlo los días menos fríos.

—Si puedes, cómpratelo —me animó Rosa—. Yo también quiero buscarme algo, para cambiar; aunque no puedo gastar mucho, Paco y yo intentamos ahorrar.

Lamenté lo que este planeaba hacer y pensé que bien podía ahorrarle el

disgusto a la chica asegurándose antes de lo que deseaba realmente, porque me daba la impresión de que andaba dando palos de ciego. Desde allí nos dirigimos a algunas zapaterías de la zona, necesitábamos unas buenas botas con suelas antideslizantes. Aún no había nevado, pero durante la noche el suelo se helaba y por la mañana temprano me resultaba imposible llegar con Maxi hasta la parada. Él se reía de mí mientras daba resbalones e intentaba sujetarme a todo lo que encontraba por el camino.

Regresaba de dejar al pequeño en la guardería y subí a mi habitación para coger las llaves de la casa de Aileen, me disponía a regar. Las había colocado en el bolsillo de una chaqueta que ya no usaba para que no la encontrasen los niños, sobre todo Anna, a quien le gustaba rebuscar en mis cosas. Ya se había llevado algo sin mi permiso en más de una ocasión. Primero abrí su buzón, había un par de cartas, de la compañía de electricidad y de un banco. La publicidad la doblé y guardé en mi bolsillo para tirarla tal como ella me había pedido. A pesar de haber entrado en la casa con anterioridad no terminaba de acostumbrarme al hecho de que era simétrica a la de Ines. Dejé el correo sobre el mueble de la entrada y fui a la cocina a buscar la regadera y el pulverizador. Decidí empezar desde dentro hacia fuera y de arriba abajo. Al subir por primera vez a la planta principal observé como terminaba allí la escalera. Entonces vi en el techo una escotilla a través de la que se debía abrir una escalera retráctil. En casa de Ines habían construido una solución para acceder a la buhardilla seguramente más costosa, pero mucho más práctica, colocando la misma escalera permanente que había en el resto de la casa. Me alegré de no tener que regar nada allí arriba, me daba aprensión aquel lugar. Me recordaba las previsibles películas de terror en las que un espíritu maligno había sido condenado a habitar entre sus paredes. Las plantas se encontraban agrupadas junto a las ventanas, donde había bellos ciclámenes

blancos, rosas y rojos. Entré en su dormitorio en busca de la orquídea de la que me había hablado. Abajo en el salón un par de hiedras voluminosas flanqueaban la entrada al jardín, y de nuevo orquídeas y ciclámenes de vivos colores lucían sobre mesas auxiliares cerca de la luz. Tuve que dar varios paseos rellenando la regadera, las macetas grandes absorbían mucha agua. Había decidido que este sería el último cuando advertí bajo el sofá un objeto marrón alargado. Me incliné y lo cogí. Se trataba de un estuche de gafas con el logotipo de Ray-Ban. Lo abrí. Contenía unas gafas de sol de la marca modelo aviador, doradas con lentes azules degradadas. En el interior de la patilla izquierda se podía leer un mensaje grabado: «In Liebe, deine I», que lo traduje como, «Con amor, tu I». Volví a colocarlas cuidadosamente en el estuche y lo dejé sobre la mesa junto al sofá. En un primer momento pensé que debía ser un regalo del marido de Aileen, pero luego recordé que según había podido leer en las cartas, su nombre era Gunther, Gunther Bauman.

Me costó decidir que ropa ponerme, en realidad era mi primera cita desde que estaba aquí. Elegí unos pantalones negros y las nuevas botas también negras. En la parte superior y para dar contraste, un jersey blanco roto y el anorak que me había comprado en el mismo color. Tracé una línea negra junto a las pestañas al estilo «ojo de gato», extendiendo el delineado ligeramente hacia arriba en el extremo superior del ojo, y me di un toque de color en las mejillas. Al despedirme de Ines le pareció extraño que saliese a esas horas un día entre semana.

—No quiero parecer maternal, aunque intuyo que has quedado con un chico. Estás muy guapa, pero ten cuidado. ¡Viel spass! —en español, ¡que te diviertas!

Conducía lentamente a través de las calles del centro mientras sonaba en el equipo el tema de Marvin Gaye, Mercy, Mercy me^[9]. El coche, un BMW — lógico, pensé— era de color azul marino con el interior tapizado en un impoluto cuero beige. Desconocía el modelo, además de la oscuridad tampoco entendía demasiado de coches. Había llegado puntual a la puerta de la cafetería donde él me esperaba. Me sonreía; el otro día tampoco había parado de hacerlo. Vestía chaquetón de piel marrón oscuro con vaqueros desgastados y botas también marrones. Al inclinarse a darme un beso en la mejilla me había dicho en un tono casi confidencial que se alegraba de que hubiese acudido. De camino hacia el coche me hizo las preguntas habituales, aquellas que había oído tantas veces desde que estaba en el país: de qué parte de España era, el tiempo que llevaba en Múnich y a qué me dedicaba. Escuchaba con atención y comentaba mis respuestas. Por mi parte, estaba sorprendida de que los primeros nervios de camino a Marienplatz hubiesen desaparecido. Su cordialidad hacía que me encontrase a gusto y hablara serena, despacio, para intentar no equivocarme, y cuando no recordaba alguna palabra él estaba atento para ayudarme. Le pregunté dónde se hallaba la exposición y me dio una serie de detalles precisos que no me sirvieron de nada porque no conocía los sitios de los que hablaba. Durante un momento me pasó por la cabeza la idea de que estaba con un extraño en un coche y no sabía adónde me llevaba. «¿Y tú eras la que sabía cuidar de sí misma?», pensaba cuando él, pareciendo conocer lo que pasaba por mi mente, me tranquilizó.

—Ya estamos llegando, no tienes nada que temer.

Me alegré al comprobar que habíamos aparcado cerca del local porque el frío era cortante. Al acercarnos una brillante luz emergía del interior de la galería de arte a través de enormes cristaleras. Se habían dado cita un gran número de personas que charlaban animadamente en pequeños grupos. Las

mujeres exhibían con total desenvoltura sus elegantes vestidos con modernas joyas de diseño y maquillajes sofisticados. Los hombres bromeaban junto a ellas con aire de suficiencia luciendo ropa y calzado de primeras marcas. En un primer momento me sentí insegura, para mí todos eran desconocidos incluso quien me acompañaba, y el hecho de no dominar el idioma me hacía sentir más vulnerable.

El local era minimalista al estilo de otras galerías que había visitado. Consistía en una gran sala con largas tiras de focos en el techo oportunamente orientadas para ofrecer un ambiente relajado a la vista. De las paredes de color beige colgaban alineadas por la parte superior las pinturas que componían la muestra enmarcadas por delicadas molduras doradas. Un aplique en el centro de cada cuadro atraía hacia sí las miradas acaparando el protagonismo. A través de los tres ventanales se mostraban al exterior sendas obras expuestas sobre caballetes de estudio en madera de haya. El suelo, de un mármol escrupulosamente brillante, reflejaba cada detalle como testigo silencioso del evento. Tras dejar los abrigo en la entrada, Gerhard me cogió de la mano y me llevó a través del local a la vez que saludaba brevemente a unos y otros. Finalmente nos acercamos a un corrillo.

—¡Todo un éxito por lo que veo! —saludó a uno de ellos dándole un abrazo—. Te presento a Elena. Elena, este es Alfred, ¡el artista!

—Encantado, Elena —empezó mientras me extendía la mano—. Gerhard me ha hablado de ti, ¿qué tal te va por aquí?, ¿qué te parecen estos alemanes cabezas cuadradas?, entre los que yo, claro está, no me incluyo —comentó de buen humor.

—Muy bien, pero lamento decirte que no es algo exclusivo de los alemanes, en mi país los hay casi tan cuadrículados como vosotros —bromeé esperando que captaran mi ironía y así debió de ser porque rieron.

Preguntó si habíamos tomado algo mientras miraba a nuestro alrededor.

Uno de los camareros se acercaba en ese momento con una bandeja. Gerhard me alcanzó una copa de vino blanco a la vez que cogía otra para él.

—Con tu permiso, vamos a dar una vuelta —decidió este mientras colocaba su mano en mi espalda.

Caminamos entre la gente hasta acercarnos a uno de los cuadros.

—¿Qué te parece?

—¿De verdad quieres saber mi opinión?

Pareció desconcertado con mi pregunta y extendiendo la mano respondió:

—Adelante.

—Por lo que he podido ver mientras cruzábamos tu amigo Alfred es un pintor impresionista, y como tal su máxima es trasladar sobre el lienzo la impresión visual subjetiva del objeto considerado. Intenta plasmar la luz y el instante más allá de las formas con identidad. Este propósito lo alcanza utilizando diversas técnicas, como por ejemplo el modelado de color, con el que consigue la ilusión de profundidad a través del contraste cromático. Para enriquecer el lenguaje plástico se separan los recursos propios del dibujo y se aplican los inherentes a la pintura, es decir, el color. Se recurre únicamente a su uso para definir las formas y crear volúmenes, consiguiendo luces dentro de las zonas de sombra y sombras dentro de las zonas iluminadas.

Me miraba incrédulo viendo cómo mis palabras fluían con facilidad. En ese momento la situación me resultaba divertida.

—Otra técnica —proseguí— consiste en el uso de pequeñas pinceladas que aisladamente sólo son partes inconexas, pero al ser percibidas de forma global, en su conjunto, adquieren la unidad necesaria para percibir un todo definido. Por otra parte los impresionistas tienen como reto buscar condiciones pintorescas de iluminación, recurriendo a estrategias de luz artificial para el interior y natural para el exterior. En este último caso la alternativa al sol directo se consigue filtrando el mismo entre hojas de árboles

o a modo de reflejos en el agua. Las formas se diluyen, se mezclan o se separan de forma imprecisa dependiendo de la luz a la que están sometidas, dando lugar a esa impresión como esencia de cada obra.

Le mostraba cada observación en el lienzo. Hice una pausa para comprobar que me seguía.

—Continúa, por favor.

—Este en concreto tiene cierta similitud con algunas de las obras del berlinés Max Liebermann. Representa una villa y su jardín, posiblemente inspirado en los óleos que Liebermann realizó de su casa de verano en el lago Wannsee. Utiliza un amplio abanico de colores en los geranios rojos, dalias y malvas. Expresa conceptos de libertad, renovación y sensaciones ligadas a la naturaleza, pero traídas hasta la ciudad. Alfred en este caso ha representado a las personas que trabajan en los jardines, gesto muy recurrente también de este autor. Para mi gusto no está mal, pero he visto otros por ahí que han llamado más mi atención.

Tras unos aplausos lentos y silenciosos exclamó:

—¡Muy bien!, veo que eres una experta.

—¡Qué va! ¡Para nada! He estudiado Historia del Arte y como me gusta la pintura y en particular el impresionismo he leído bastante sobre el tema, pero nada más.

Lo cual era cierto, lo que no le conté fue que en el último año de alemán tuvimos que exponer individualmente sobre un tema libre y yo elegí el impresionismo. Nunca habría imaginado que además de ayudarme a aprobar la asignatura me iba a resultar de tanta utilidad.

Continuamos desplazándonos por la sala mientras comentábamos la forma en que cada uno veíamos los distintos trabajos. Era muy hábil en la comunicación, transmitía sus ideas de manera divertida y ocurrente, pero también le gustaba escuchar. Mostraba interés por todo cuanto yo decía a

pesar de que a veces me quedaba un tanto bloqueada. Al cabo se acercó Alfred.

—Ahora que habéis tenido tiempo, ¿qué os parecen?

Gerhard y yo nos miramos y comenzamos a reír.

Le informé de mi interés por el arte, lo que despertó la curiosidad de su amigo. Comenzamos a intercambiar opiniones. Hablamos sobre Renoir, Van Gogh, Degas, Cezanne, Sorolla, etc. Alfred era sumamente culto y poseía ese toque delirante que tenían algunos artistas. Los rasgos de su rostro junto con su cabello y barba pelirroja le atribuían cierto parecido al gran maestro neerlandés, cuyo primer trabajo había sido precisamente en una galería de arte.

Hacia rato que Gerhard se había alejado para traer unas bebidas, y mientras mi interlocutor hablaba me fijé en la mesa donde habían colocado el catering. Estaba allí, solo, y me miraba pensativo. En ese momento llegó algún conocido y se saludaron, yo volví a la conversación. Estaba tan abstraída que no era consciente del tiempo que había pasado. No se trataba de que Gerhard no me interesara, lo hacía y mucho, pero debía concentrarme para hablar en otro idioma lo mejor posible y comprender todo lo que Alfred me decía. Cuando este hacía alusión al cuadro de Monet «Impresión, sol naciente», al que debía su nombre el movimiento, se acercó Gerhard con las copas que ya casi había olvidado. Tenía la sensación de que había acaparado al anfitrión, aunque pensándolo bien en realidad había sido al contrario. El protagonista, estando rodeado de todos sus amigos, había pasado casi toda la noche hablando con una desconocida. Algo se me escapaba, pero tampoco tenía mucha importancia. Lo cierto era que había quedado con Gerhard y apenas habíamos estado juntos. Al menos lo haríamos a la vuelta ya que llegada la hora de marcharme se había ofrecido a acompañarme.

—Me ha gustado mucho, Alfred, y ha sido un placer venir —dije al

despedirme— pero es muy tarde y mañana tengo que levantarme temprano.

—Gracias, ha sido muy entretenido hablar contigo —me dio la mano y añadió—. Espero volver a verte.

Al salir al exterior me estremecí, la temperatura debía haber descendido varios grados, y Gerhard me abrazó para darme calor. Pensé en lo típico de la escena, pero era reconfortante y me dejé abrigar. Ya en el coche encendió la calefacción y poco a poco dejé de temblar. Le expliqué que vivía en las afueras y nos pusimos en camino. Mi desconfianza del principio había desaparecido.

—Hoy he hablado... —empecé a decir, al tiempo que él también intentaba comentar algo. Callamos los dos de repente, nos miramos y sonreímos.

—Tu primero —dispuso con gentileza. Le comenté que en este día había hablado más en alemán que en todo el tiempo que llevaba aquí—. Ya te dije que en mi compañía practicarías mejor, aunque hoy no haya sido exactamente conmigo.

Nos desplazábamos despacio a pesar de que había poco tráfico y no existía limitación de velocidad. Le miré y pensé lo mucho que me gustaba. Debía estar atenta para que no se me notara demasiado. Con su aspecto y con todo lo demás no debía tener la menor dificultad para seducir a quien se propusiese.

—Ahora te toca a ti. ¿Qué ibas a decir?

—Nada importante, sólo que le habías gustado a Alfred y no es fácil conseguirlo, créeme.

Hablaba concentrado en la carretera.

—Me alegro, él también a mí, es muy divertido.

—Debes de ser muy joven —dijo de repente. Me miró unos segundos y volvió a dirigir la vista hacia delante.

—Tengo veintiuno, pero siempre he parecido más joven de lo que soy en realidad. ¿Y tú?

—Veintiocho, algunos más que tu —me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme en Múnich y le respondí que hasta después del verano, un año en total—. ¿Tienes libres los fines de semana?

—Habitualmente sí, aprovecho para hacer visitas turísticas. A fin de cuentas es mi profesión, aunque ahora estoy al otro lado.

—¿Sabes que posiblemente en un año vas a conocer sobre Múnich más de lo que muchos muniqueses se han preocupado de ver en toda su vida?

—Seguramente. Cuando viajamos queremos verlo todo, ir a todas partes; en cambio cuando estamos en casa, en nuestro día a día, nunca tenemos tiempo.

—Hay algunos lugares a los que yo aún no he ido y debo poner remedio a eso.

Le pedí que me dejase en la parada del autobús, luego yo cruzaría el descampado. Se opuso rotundamente y me rogó que le indicase exactamente donde vivía. Finalmente habíamos llegado.

—Bonita casa, ¿dónde está tu habitación? —quiso saber mientras curioseaba a través del parabrisas.

—Arriba, en la buhardilla... esa es mi ventana —le indiqué con el dedo.

Muy a mi pesar era hora de despedirme. Le aseguré que había pasado una noche interesante. Reconoció que él también.

—Tienes mi teléfono para cuando quieras llamar, ¿me das el tuyo?

—Sí, claro. ¿Tienes dónde anotarlo? —buscó en su cartera y me extendió una de sus tarjetas. Luego miró a su alrededor y extrajo un bolígrafo de un compartimento en el salpicadero. Anoté el número y se lo entregué—. Gracias por el paseo —dije antes de abrir la puerta del coche.

—Ha sido un placer.

Al llegar a la entrada de la casa no había oído aún el motor. Me giré y viendo que esperaba me despedí con la mano.

Al mediodía comenzaría mi fin de semana y decidí que me acostaría un rato a descansar, por la noche tenía cena con mis amigos. Maxi se había quedado en casa esa mañana, no se encontraba bien. Había comido chuches el día anterior y le dolía la barriga, de modo que me dediqué a mimarle y a distraerle. También telefoneé a mis padres. Ines me había dado permiso para hacerlo desde casa y les solía llamar por la mañana temprano una vez a la semana. Hablaba durante mucho tiempo con mi madre y nos poníamos al día de noticias y cotilleos. Desde bien temprano Ines se metió de lleno en preparar la cena y por las bolsas de comida que había traído supe que esa noche vendría Harald. Subí a mi habitación y me tumbé en la cama; mi último pensamiento antes de dormir fue que Gerhard no me llamaría.

Me desperté aturdida, había vuelto a tener otra pesadilla, de nuevo Gerhard y sus amigos, pero esta vez no era en la Oktoberfest. Gerhard, Gerhard, me había dormido y despertado pensando en él. Nunca me había sentido bien dormir la siesta, me levantaba con dolor de cabeza. Estaba oscuro, aunque no era de extrañar, a las cuatro y media de la tarde ya era de noche. Miré el reloj y me sobresalté, había estado durmiendo varias horas. Di un salto de la cama y me metí en la ducha. Antes de irme me acerqué a la habitación de Maxi; le encontré absorto en el montaje de su barco, ya recuperado. Le di un achuchón y me pidió que me quedase a cenar, pero al saber que había quedado aceptó resignado: «Otra vez será».

Elegir un lugar para comer sin que esto se convirtiese en un problema para reunirnos a todos podía tener cierta dificultad, dados los particulares gustos gastronómicos de algunos. Afortunadamente La Bella Italia, en Sendlinger

Str., se había convertido en el lugar ideal para nosotros; su ambiente relajado y un tipo de comida que a todos satisfacía habían hecho de él nuestro restaurante más frecuentado. Paco nos había convocado para celebrar algo importante. Me pareció pronto para que lo hubiesen ascendido en el trabajo, pero tampoco era imposible. Al llegar a Marienplatz comprobé que habíamos acudido todos. De camino al restaurante me había quedado rezagada con Almudena para hablarle de Gerhard.

—¡Hija de tu madre! ¿Ese es el que te defendió? ¡Qué casualidad volverlo a encontrar!

—¡Shh! Que te van a oír y de momento no quiero que lo sepan.

—Perdón —dijo casi en un susurro— ¿Y cómo es?

—¡Guapísimo! Alto, educado, simpático.

—¿Estás segura de que es real? ¿O lo has soñado?

Le había asegurado que dudaba volver a verlo.

Ya en la mesa y tras haber pedido los primeros platos, Paco se dirigió al grupo.

—Ahora que estamos todos reunidos...

Hubo risas y comentarios de guasa.

—¡Venga, Paco!, ¡que estamos expectantes! ¿Qué es eso tan importante que hemos venido a celebrar? —preguntó Alberto entre el entusiasmo general.

—He querido que nos reuniésemos hoy aquí —prosiguió— para celebrar nuestro aniversario, el de Rosa y mío —hizo una pausa. Los demás los felicitaron y aplaudieron. Hubo quien le dio el pésame—. Cinco maravillosos años en los que hemos sido muy felices y esperamos continuar juntos muchos más.

Rosa estaba radiante. Durante un breve momento Paco me miró. No sabría definir su expresión, ¿rencor tal vez? Se jactaba de algo que él y yo sabíamos

que no era así. ¿Qué sentido tenía engañar a los demás y sobre todo engañarse a sí mismo? No podía creer que por una negativa, la mía, desistiese de algo que había defendido con tanta vehemencia. En un primer momento no reaccioné, me limitaba a observar la representación surrealista desde el patio de butacas mientras los demás vitoreaban a los actores principales y brindaban con ellos. Dudaba entre alegrarme o compadecerme. Un poco más tarde, ya recuperada de la sorpresa inicial, me dirigí a Rosa para darle la enhorabuena; a fin de cuentas ella solo era una víctima ajena a los manejos de su novio. Le dije que me alegraba por los dos. ¿Qué otra cosa podía hacer? La cena transcurrió como siempre que nos reuníamos, divertida, amena. Disfrutaba mucho con ellos, era afortunada de haber conocido a gente tan loca y maravillosa.

Fuimos a tomar unos cubatas a un pub cercano. Cuando llegó la hora de recogernos Alberto se ofreció a llevarnos a casa a Pilar y a mí, y nos despedimos del resto en la puerta del local. Durante el camino hicieron comentarios sobre el aniversario de la pareja mientras yo me limitaba a escuchar. Tras dejar a Pilar, Alberto aprovechó para comentarme sobre lo extraño de mi reacción.

—No sé a qué te refieres.

—No te has pronunciado en toda la noche sobre estos dos —dijo sin desviar la atención de la carretera.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Algo, mujer!

—Ya los he felicitado —aclaré con voz cansada, sin querer entrar en la cuestión.

—A Paco no.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé que no lo has hecho.

Seguía sin mirarme.

—¿Ahora me vigilas?

—¿Te has fijado cuando vas por la calle y ocurre algo? Un accidente, alguien que grita con estridencia. ¿Qué hace todo el mundo? ¿Cuál es la actitud de la gente?

—¿Esto qué es?, ¿un juego?

—Contesta, por favor.

—La gente mira para ver qué ocurre —respondí confusa.

—Bien, pues tú hoy has mirado en la dirección contraria. Lo normal era sorprenderse, alegrarse, reírse, felicitarles, brindar; pero tú en cambio has permanecido impassible con cara de póker.

—Eso que dices es una tontería.

Los dos sabíamos que no lo era. Por alguna razón había estado observando mi comportamiento y yo no estaba dispuesta a desvelar mi conversación con Paco.

—Sabes que me estimulan las incógnitas y aquí tengo una, ante mis propias narices —reconoció mientras tomaba la última curva antes de entrar en mi calle—. También sé que no me lo vas a decir.

—Ya hemos llegado —respiré tranquila—. Y respecto a tus conjeturas, no hay nada que decir. Para mí no ha sido ninguna sorpresa. Llevan cinco años saliendo, son muy felices, ¿y qué? Me alegro por ellos. Tal vez en ese momento estaba pensando en otra cosa y siento mucho no haber saltado de alegría.

Se limitó a encogerse de hombros, pero no se iba a dar por vencido tan fácilmente, conocía lo obstinado que podía ser.

—Me he divertido mucho, siempre lo hago cuando estoy con vosotros. Buenas noches, Elena.

—Gracias por traerme a casa.

Le di dos besos y salí del coche.

Al entrar cerré con cuidado, como siempre, y advertí una luz tenue que provenía del salón. Me acerqué a la puerta y vi a Harald sentado junto a la mesa de cristal mientras expulsaba el humo de un cigarrillo. Me pidió que me quedase unos minutos ya que nunca tenía oportunidad de hablar conmigo. Me sentí comprometida y tuve que aceptar, aunque la situación me resultase incómoda.

—Esta vez tomarás algo, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose al mueble del que extrajo una copa que colocó frente a mí.

—Sí, claro.

Al servirme observé que la botella de Prosecco^[10] estaba casi vacía. Una melodía a ritmo de jazz sonaba de fondo a un volumen casi imperceptible.

—¿Sales con algún chico?, he oído que llegabas en un coche.

Pensé que para ser prácticamente la primera vez que hablaba con él la pregunta era cuanto menos inesperada. Le contesté que solía salir en grupo, recordando que eso mismo le había dicho en otra ocasión.

—¿Cómo te va con los niños? —continuó.

—Bastante bien. Con Maxi diría que tengo más conexión, pero supongo que es normal pasamos mucho tiempo juntos. Anna, en cambio, está en un momento en el que comparte más con sus amigas. Los dos son buenos chicos y obedientes.

En esto último mentía, la niña solía rebatir todo lo que yo decía, pero ese tema, de tener que hacerlo, prefería hablarlo con Ines.

—No te lo tomes como algo personal, Anna a veces es un poco engreída, ella es así, pero en el fondo tiene buen corazón. Por cierto, me dijo Ines que al principio te peleabas bastante con el idioma, pero veo que has mejorado —le respondí que era cierto y que con tiempo y esfuerzo lo iba consiguiendo—. Entiendo que debe ser complicado aprender una lengua tan distinta a la tuya.

En cambio, ahora que lo pienso, el portugués seguro que es fácil para ti... A lo mejor podías echarme una mano. Tengo un folleto en el trabajo que necesito traducir y sería genial contar con tu ayuda, te lo agradecería mucho.

—No hablo portugués, pero lo intentaré. Aunque la pronunciación es muy distinta por escrito seguro que lo puedo entender —dije intentando parecer resuelta, pero imaginaba que no sería tan sencillo como él creía, máxime si se trataba de un texto médico.

Poco a poco la conversación fue discurriendo de manera fluida y yo diría que incluso agradable. Después de las cervezas que había bebido, y ahora con el vino, notaba cómo mis palabras brotaban con espontaneidad, algo a lo que no estaba acostumbrada. Desde que había llegado a Múnich mi preocupación por expresarme correctamente hacía que estuviese siempre en tensión, solo conseguía relajarme con Maxi. Compartimos impresiones sobre música, sobre nuestras aficiones, le hablé de mi familia y de lo que pensaba hacer a mi regreso a España. Buscando algo que leer había encontrado en el ático algunos libros de neurología, pero me habían parecido demasiado complejos. Me comentó que en medicina, en general, nunca se investigaba lo suficiente y en su caso, como responsable del área, era lo que se esperaba de él. Observé que sobre la mesa había un estuche de gafas Ray-Ban marrón, como el que había visto en casa de Aileen. Contrariamente a lo que había pensado me sentía cómoda, pero recordé que Ines estaba arriba durmiendo o tal vez no; en cualquier caso era hora de retirarme. Me pidió que le esperase, él también subiría. Recogió las copas y el cenicero y apagó el aparato de música y la luz. Yo iba delante, con sigilo, pero era inevitable el crujido de los peldaños de madera bajo el peso de Harald. Al llegar a la buhardilla me despedí y entré en mi habitación cerrando la puerta. Él por su parte hizo lo mismo en la suya.

Me desperté sedienta en mitad de la noche, la pizza y la bebida formaban

una pesada combinación en mi estómago. Acostumbraba a tener agua en mi habitación para evitar bajar mientras todos dormían, pero había olvidado reponerla. Abrí la puerta con cuidado, permanecí quieta aguzando el oído y pude oír la respiración de Harald al otro lado. Empecé a descender lentamente intentando hacer el menor ruido hasta llegar a la planta baja. Solía abrir el frigorífico esperando encontrar una botella de agua que nunca había, ya que Ines había prohibido a los niños beber agua fría. Pero en esta ocasión, y para mi asombro, hallé una en la puerta. Mientras me servía en un vaso miré por encima de la barra de madera que separaba la cocina del comedor. El estuche de gafas seguía en el mismo lugar. Por un momento pasó por mi mente que podía tratarse del que había visto en casa de la vecina, pero pensé que tenía demasiada fantasía. A pesar de todo me dirigí a la mesa para abrirlo. La Elena atrevida me animaba a hacerlo y la otra más sensata censuraba la idea. En el momento en que extendía la mano para cogerlo oí un ruido en las escaleras. Me aparté rápidamente y me situé en la entrada de la cocina con el vaso de agua en la mano. Unos pasos sigilosos bajaban lentamente hasta que apareció Maxi con su pijama de ositos, el pelo revuelto y los ojos dormilones aún a medio abrir.

—¿Elena, qué haces aquí? —preguntó aturdido.

—Tenía sed, creo que lo mismo que tú.

—Ah, vale —murmuró acercándose hasta donde yo estaba. Le serví un vaso de agua de otra botella a temperatura ambiente—. Yo quiero de la misma que tú estás bebiendo —protestó.

—Está helada y te puedes resfriar.

—Tú no eres consecuente —dijo sin pestañear.

—¿De dónde has sacado esa palabra?

—La dice mamá y significa...

—Ya sé lo que significa —le interrumpí—. Me refería a lo que querías

decir con eso.

—Pues que si el agua está helada como para resfriarme, ¿por qué la bebes tú?

Ante su abrumadora lógica no me quedó más remedio que darme por vencida.

—Tienes toda la razón, Maxi. Yo tampoco debería hacerlo, de hecho esta botella no tendría que estar aquí —reconocí mientras la colocaba de nuevo sobre la encimera.

—¡No!, déjala dentro —replicó contundente.

—¿Por qué?

—Papá la bebe fría.

—Pero te dice a ti que no la bebas.

—Sí.

—Entonces él no es...

—Consecuente —apuntó levantando las cejas—. No, no lo es, eso dice mamá.

Cogió el vaso con sus pequeñas manos y comenzó a beber despacio. Comprendí que había dado por finalizado el tema. Cuando terminó, apagué la luz y subimos. Lo acompañé hasta su cama y continué hacia mi habitación. Ahora podía oír los ronquidos de Harald. Me metí en la cama y casi al momento me dormí, no sin antes pensar que mi facilidad para inventar historias me estaba haciendo perder la cordura.

Capítulo 4. Indagando

Me despertaron las voces exaltadas de los niños. Normalmente el fin de semana me quedaba un rato holgazaneando en la cama, pero recordé que debía avisar a Ines de que no vendría a dormir esa noche. Me cambié rápidamente y bajé las escaleras corriendo antes de que se marchasen. Los chicos desayunaban mientras la madre les apremiaba para ir al Tierpark, el zoológico. «Como no os deis prisa cuando lleguemos ya se habrían marchado los animales», les decía. Era uno de aquellos contados días en los que el astro rey brillaba majestuoso en un cielo completamente despejado. Mientras le comentaba a Ines lo de la noche, Harald entraba de la calle celebrando el tiempo tan maravilloso que hacía. Llevaba unas gafas Ray-Ban doradas modelo aviador con lentes de color azul degradado.

De repente reparé en que Ines me hablaba.

—Elena, ¿me estás oyendo?

—Sí, claro, perdona. Que disfrutéis, realmente hace un día espléndido.

Tras despedirme de ellos subí a mi dormitorio.

Pensaba en cuantas gafas de esas características habrían vendido en Alemania en el último año, tal vez cientos de miles. Terminé de meter en la mochila lo necesario para una noche y cuando me disponía a abandonar la habitación me giré hacia la chaqueta en cuyo bolsillo guardaba las llaves de la vecina. Estaba tentada de hacerlo, era sencillo. Hacía un rato que se habían marchado y tardarían varias horas en volver; solo tenía que asomarme al salón y mirar en la mesa junto al sofá donde había dejado el estuche. Una vez que comprobase que estaba en su sitio, cerraría y me marcharía reprochándome lo mal pensada que era. Cogí las llaves y bajé, dejé la

mochila en la entrada y salí a la calle. Miré a ambos lados, no había nadie. Me acerqué a la otra puerta, giré la llave y entré. Durante un momento me quedé cegada por la intensa luz que había en el exterior; cuando mis ojos se adaptaron, caminé hasta el salón y miré hacia la mesa. No estaba. El estuche de gafas no estaba. «Ya lo pensarás cuando estés fuera de aquí», me dije y salí rápidamente. Entré en casa y cerré la puerta.

¿Y si había vuelto Aileen y estaba dentro hacía un momento? No, no podía ser, no había visto su coche y tampoco había oído ningún ruido en la casa, además habría avisado de que estaba aquí. Esa opción no era posible. Otra opción era que hubiese venido el marido y las hubiese cogido, eso sí que era muy probable. ¿Estaría aún en la casa? En tal caso, si me había oído, siempre podía decir que entré a regar y al ver que había alguien me marché para no molestar. Pero había una última opción, que perteneciesen a Harald y al darse cuenta de que las había dejado olvidadas, las hubiese cogido. Pero, ¿cómo había entrado? ¿Tenía otra llave de la casa? Nadie sabía dónde yo la guardaba, tenía que ser otra. No era lógico que si ellos ya tenían una la vecina me hubiese dejado otra a mí, no tenía sentido. ¿Lo sabría Ines? Subí a mi habitación, volví a dejar el juego en el bolsillo y me marché; era tarde y había quedado con Almudena. Por el camino no paraba de pensar en lo sucedido y llegue a la conclusión de que estaba dejando volar mi imaginación; eran solo unas gafas, ¿qué importaba de quien fuesen? Pero tal vez sí que importaba.

El Englischer Garten, el Jardín inglés, era uno de los parques públicos más grandes del mundo. Se extendía desde el centro de Múnich hasta más de cuatrocientas hectáreas a través de praderas y bosques. Había sido diseñado a imagen de los paisajes ingleses, ocupando una alargada franja junto a la margen izquierda del río Isar^[11]. Existía una gran diferencia entre visitar el parque en verano y en esta época del año en la que a mí me parecía

especialmente hermoso. Sus extensos prados verdes salpicados por el dorado de las hojas caídas de los árboles componían la perfecta escena otoñal. Una de las mejores formas de acercarse a él era desde uno de los barrios más atractivos de Múnich, Schwabing. Después de encontrarme con Almudena nos perdimos deambulando entre sus calles. Ambas disfrutábamos con el arte en general; en mi caso, si tenía que elegir, me decantaba por la pintura, y a Almudena le apasionaba la arquitectura. Cuando estaba con ella me enseñaba a contemplar la personalidad de cada edificio y a identificar las distintas tendencias en que habían sido construidos. En esta zona en particular era fácilmente reconocible el estilo Art nouveau, en Alemania denominado Jugendstil. Un arte joven, libre y moderno que utilizaba materiales como hierro y cristal a la vez que se inspiraba en la naturaleza para dar asimetría y líneas redondeadas a sus elementos. Derivado de este, pero con diferente evolución, el Art déco estaba también presente con sus líneas aerodinámicas, elegante simetría, solidez de formas y monumentalidad.

De esta forma, casi sin darnos cuenta, nos adentramos en el parque. Habíamos comprado unos bocadillos que devoramos nada más llegar y luego seguimos el camino que solíamos hacer como terapia de relajación. Me encantaba pasear por la parte sur, una zona tranquila donde apenas se veía gente en otoño e invierno, y visitar en un claro del bosque la Nikolaikirche, la Iglesia de San Nicolás. La media luz que dominaba su interior la hacía sumamente acogedora para sentarse a descansar un rato al refugio del frío. Caminar junto al Isar era como una válvula de escape, que aceleraba el corazón por el ejercicio y a la vez despejaba la mente mientras atravesábamos sus puentes o admirábamos sus cascadas. Ya por la tarde al llegar a la parte norte, el corazón del parque, cientos de personas discurrían a pie o en bicicleta por la red de senderos que lo cruzaban. Otros descansaban sentados en el césped comiendo, charlando o simplemente disfrutando del tímido sol

ya casi rozando el horizonte. Había algunos que jugaban partidos de fútbol improvisados. Otra forma de practicar deporte era en el Eisbach, Arroyo helado; un canal artificial donde en determinadas épocas del año se podía hacer surf en su tramo con olas. La Chinesischer Turm, una pagoda china de gran altura, punto de referencia del parque y sede de su Biergarten^[12] más conocido, tenía ahora los bancos recogidos y los puestos cerrados dando al entorno un aspecto de bosque encantado.

Durante el largo paseo a solas tuvimos la oportunidad de hablar con tranquilidad sin las habituales interferencias de unos y otros. Me confesó que no había estado bien. Durante un tiempo no había logrado superar el incidente de la Oktoberfest. Entonces me detalló lo ocurrido cuando nos perdimos, algo que en el momento no se atrevió a hacer. La agresión sexual por parte de aquellos sinvergüenzas había sido mucho peor de lo que nos había contado. Las pesadillas y el miedo a salir a la calle la habían atormentado. Le recriminé no haberlo compartido con Carmen y conmigo, tal vez habría sido menos duro para ella, pero aseguraba que ya se encontraba mejor y creía haberlo superado. Yo me quedé preocupada.

El resto del fin de semana lo pasamos con las dos niñas que cuidaba. Cuando estas se acostaban jugábamos al póker. Almudena tenía cierta destreza en el manejo de la baraja y en concreto para las apuestas, algo que se le daba bien por naturaleza, y yo aprovechaba para aprender de ella. Me gustaba su compañía, era muy divertida, y cuando estábamos en petit comité le gustaba decir palabrotas; costumbre que contrastaba con el hecho de pertenecer a una familia burguesa venida a menos que aún se mantenía a flote entre lo más destacado de su ámbito social.

Al llegar a casa el domingo por la tarde Ines se encontraba en el salón viendo una película mientras se oía jugar a los niños en el sótano. Nada más entrar a saludarla me dijo que me había llamado Gerhard. Se veía que le

había causado buena impresión por la forma en que lo mencionó. Le resultaba simpático y el hecho de que fuese alemán le hacía ganar puntos ante ella. Le comenté que lo acababa de conocer y que se trataba del chico con el que había salido el otro día. Como era habitual hablamos sobre mi última visita al Englischer Garten y en esta ocasión me contó entusiasmada lo bien que lo habían pasado los niños en el Zoológico, aunque me pareció que su emoción era por algo más.

Me dediqué a deshacer lo poco que llevaba en la mochila y tras una ducha caliente me dejé caer en la cama con un libro. Tenía el diccionario al lado, pero en el caso de la lectura intentaba utilizarlo lo menos posible. Al cabo de un rato lo dejé, no me concentraba; pensaba en Gerhard. Contra mis pronósticos me había llamado y lo normal era que le devolviese la llamada, además era lo que estaba deseando hacer desde que había llegado y no sabía muy bien por qué lo estaba posponiendo tanto.

Me levanté, busqué la tarjeta que me había dado y salí de la habitación. El teléfono estaba sobre una cómoda en la entrada. Marqué.

—¿Huber?

En Alemania, al menos en esta zona, acostumbraban a contestar al teléfono con su apellido.

—Hola, Gerhard. Soy Elena.

—¡Qué tal, Elena! Te llamé esta mañana, bueno en realidad también te llamé ayer — reconoció sin problema.

—He estado fuera el fin de semana y hace un rato que he llegado.

—Sí, Ines me lo dijo, es muy agradable. Como no ha podido ser en estos días, ¿qué tal te viene que nos veamos mañana?

—Mañana voy a la Volkshochschule —respondí deseando que no fuese impedimento para quedar.

—¿Y a qué hora sales?

—A las seis.

—Pues te recojo allí, quiero llevarte a un sitio que te va a gustar.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa, vente abrigada y con ropa cómoda.

Intentaba disimular mi alegría.

—Ok, pero me dejas intrigada. Allí nos vemos, ¿sabes dónde es?

—Sí, te espero a las seis.

—Bien... Pues buenas noches.

—Buenas noches.

«¡Bien!, ¡bien!, ¡bien!» entré en mi habitación dando saltos. ¡Me había llamado y el sábado también! ¿Adónde pensaba llevarme? Abrigada y con ropa cómoda... No tenía ni idea, pero daba igual con tal de verle otra vez. En realidad había estado pensando en él desde la noche que me acompañó a casa, pero no quería obsesionarme; mi vida debía continuar independientemente de él o de cualquier otro, era una lección que ya había aprendido... Al menos eso pensaba. Lo que si había conseguido olvidar era el tema de las gafas y tal vez era lo mejor, le estaba dando demasiada importancia a algo que no la tenía en absoluto. Si eran o no de Harald no era mi problema y si lo que pasaba por mi cabeza era cierto y estaba teniendo un affaire con la vecina, tampoco lo era.

Pasé la mayor parte de la mañana a vueltas con el lavavajillas. Durante el fin de semana a Ines no se le ocurría introducir el detergente en el cajetín y activar el botón de encendido. Por lo que los lunes me encontraba con la máquina hasta arriba aún por lavar y en el fregadero todo lo demás que ya no cabía. Entre programa y programa me dediqué a planchar en el sótano. Ellos lo llamaban Keller y estaba distribuido como un apartamento. Al bajar la escalera un distribuidor daba paso a un espacioso salón. En este caso el

mobiliario en madera oscura era más tradicional, y las cortinas habían sido elegidas en tejidos de vivos colores. Solía colocar la tabla delante del televisor tratando de hacer más llevadera aquella tarea que me resultaba tan tediosa. Volviendo al distribuidor, desde un pasillo en forma de «L» se accedía al resto de habitaciones. Una de ellas se utilizaba como cuarto de lavado con su correspondiente lavadora, secadora, pileta, cestos para la ropa y varios tendederos. Otra se usaba como almacén de alimentos: los productos que no necesitaban refrigeración se guardaban en estanterías bajo las que se ubicaban cajas de bebidas, y dos congeladores grandes de tipo industrial acumulaban alimentos precocinados. Por último, en un vestidor donde se guardaba ropa fuera de temporada, gruesos anoraks y botas de nieve para toda la familia esperaban la llegada del inclemente invierno. Durante el día no tenía ningún problema en permanecer allí durante horas, pero en la oscuridad de la noche la sola idea de bajar me ponía nerviosa. Cuando no había otra opción encendía la luz desde arriba y comenzaba a descender los escalones lentamente hasta llegar al final. Una vez abajo no tardaba un segundo más de lo estrictamente necesario, y a continuación iba apagando las luces sin mirar hacia las sombras que dejaba a mi espalda. Subía de nuevo tan rápido como me era posible y ya arriba, a salvo, presionaba el interruptor devolviendo a aquel lugar su siniestra negrura. No del todo conforme cerraba la ligera puerta de cristal que nos mantenía al otro lado del temible hueco tenebroso. Se trataba de un miedo irracional y lo sabía, pero no lo podía evitar.

Nos encontrábamos en una pista de hielo, la Prinzregentenstadion. En Múnich existían diversas alternativas para los amantes del patinaje tanto al aire libre como cubierto. Solían abrir desde esta fecha hasta mediados de enero como una atractiva alternativa de ocio durante el invierno, y en algunas

se podían tomar clases a todos los niveles

—No sé patinar —dije preocupada al cruzar la puerta de entrada.

—No importa, yo te enseño. Ya verás, es muy fácil —me animó Gerhard.

—Es que no he patinado en mi vida, ni siquiera sobre ruedas.

—Alguna vez tenía que ser la primera.

Ambos mirábamos hacia la concurrida cancha de grandes dimensiones.

Creo que estaba muy convencido de mi habilidad, pero yo no lo estaba en absoluto. Fuimos a las taquillas donde poder dejar mi bolso y su mochila y a continuación nos dirigimos a alquilar los patines. El encontró rápidamente su número, pero yo tuve que buscar unos de niño porque todos me quedaban grandes. Le advertí que era un desastre para estas cosas, pero no me hizo caso e insistió en que todo iría bien. Nada más llegar a la pista se colocó sobre el hielo y empezó a patinar.

—Mira, ¿ves? Así —se deslizaba con tal facilidad que parecía sencillo—. ¡Venga!, ahora tú —me cogió las manos con fuerza mientras entraba con mis patines. ¡Me mantenía en pie!—. Ahora empieza a deslizarte despacio pero con determinación —dijo sin dejar de sujetarme.

Solo pude dar dos pasos cuando ambos pies se resbalaban hacia delante y caía sentada sobre el hielo.

—¿Te has hecho daño?

—No, no es nada, lo intentaré otra vez.

Me ayudó a levantarme y empecé con decisión. Dos pasos, a lo sumo tres, era todo lo que conseguía avanzar antes de perder el equilibrio. Seguía sus consejos sobre la colocación de los pies y la inclinación del cuerpo, pero solo era cuestión de segundos el acabar una y otra vez por los suelos.

—¡Venga, Elena! ¡Ánimo, no desistas! —eran sus palabras de aliento cada vez que tendía su mano para socorrerme.

Patines colocados, cuerpo hacia adelante y ¡zas! No había forma de

mantener las malditas cuchillas donde yo quería. Lo intentamos colocándose delante de mí, yo daba dos pasos y me lanzaba sobre él que me sujetaba con fuerza. Le resultaba divertido e incluso decía que iba mejorando, pero yo sabía que no era cierto y en más de una ocasión le hacía caer a él también. Me solté de su mano y sujetándome al borde de la pista intenté desplazarme, pero aquello no era patinar, me aferraba a la valla como si me fuera la vida en ello. Se acercaron unos chicos y me rodearon formando una barrera de protección; finalmente caímos todos. Me dolía el coxis de tantos golpes y empecé a maldecir en español, al menos me desahogaba. Gerhard no se daba por vencido, se había obcecado en que debía aprender a patinar.

—Creo que lo voy a dejar —dije con voz cansada.

—No te desanimes, una vez más.

Ya no era capaz de sentir vergüenza por el espectáculo que estaba dando. Me dije que lo intentaría por última vez y conseguí dar cuatro pasos torpes hasta que caí de nuevo y esta vez me lastimé de verdad.

—¡Bien, Elena!

Intentaba ponerme de nuevo en pie, pero no me quedaban fuerzas ni ánimo.

—Lo dejo, no puedo más. Lo mío no es el patinaje, desisto.

—Venga, no te agobies es normal si nunca has patinado. Puedes tomar clases.

—¡No! ¡Ni puedo ni quiero patinar! ¡Soy así de torpe! ¡No insistas! —grité sin poder disimular el enfado—. Ve tú y patina un poco para que el viaje no haya sido en balde. Así te veo.

En realidad lo que deseaba era quedarme sola por un rato, respirar hondo y calmarme.

—Está bien —dijo mientras se acercaba y rodeando mis mejillas entre sus manos me dio un suave beso en los labios—. Doy una vuelta y nos vamos.

Se lanzó a la pista como el que lleva haciéndolo toda la vida, algo que seguramente así sería. Era correcto de natural. En lo poco que le conocía había sabido encontrar la palabra adecuada para cada momento. Le seguí con la vista hasta un lateral donde hizo un par de piruetas y regresó.

—Lo haces muy bien —le felicité para no parecer antipática.

—Gracias. Siento que te hayas lastimado, pero quiero que sepas que has sido muy perseverante y me he reído mucho contigo a pesar de no haber entendido nada de lo que has estado refunfuñando.

Trataba de ser amable, suponía que se sentía culpable por haberme llevado allí. Fuimos a devolver los patines y recoger nuestras cosas de la taquilla. Cuando pensaba que nos marchábamos me cogió de la mano.

—Todo no va a ser malo hoy, te lo prometo. Ven.

Cruzamos el hall de entrada hasta una zona más reservada. En un cartel se podía leer: Wellnessanlage, Zona termal.

—¿Qué tal un poco de sauna y después un baño? Te relajará —propuso mientras retiraba un mechón de pelo de mi cara.

—Pero yo no traigo ropa de baño.

—Yo la he traído por ti.

A continuación sacó de la mochila un bañador negro de mujer con la etiqueta colgando de uno de los tirantes.

—¿Has comprado un bañador para mí? —pregunté sin creerlo del todo.

—Así es, espero que sea de tu talla... creo que sí —dijo mirándome de arriba abajo. Yo me sentía un poco incómoda—. Déjame resarcirte por el mal rato que te he hecho pasar, por favor.

Prefería pensar que se trataba de él, que era muy convincente, pero supongo que era yo quien me dejaba llevar con facilidad.

Sentada sobre una toalla del centro con el bañador negro trataba de evitar

la presión sobre la base de la columna. Al salir del vestuario Gerhard me había dicho en tono adulator: «No estás nada mal», mientras me miraba con gesto de aprobación. Yo le respondí con algo similar. Descansaba a mi lado con un bañador también negro. No había nadie más en la sauna y manteníamos los ojos cerrados mientras hablábamos. Era agradable sentir el calor seco después de haber pasado tanto tiempo sobre el hielo. Me había pedido que le tradujese las palabrotas que había dicho en la pista, pero me negué. Le dije que así podría desahogarme a gusto si me enfadaba con él. De vez en cuando le observaba de reojo; su cuerpo sudoroso se veía relajado, el torso y los hombros estaban musculados, aunque no demasiado. Cerraba de nuevo los ojos para que no me descubriese. Se interesó sobre mi vida en España y le pareció extraño que aún conviviese con mis padres, para ellos a esa edad lo normal era estar independizado. No le había hecho preguntas sobre él, sólo sabía lo que decía una tarjeta, nada más. A pesar de ello lo prefería así, lo que tuviese que saber de su vida surgiría de manera natural.

Hacía demasiado calor para mí y me cambié al escalón más bajo donde la temperatura descendía. Pero tras resistir unos minutos empezaba a estar sofocada y le pedí que saliésemos a tomar un baño. Me dirigí hacia una piscina pequeña de agua helada. Sentía que se me estaba bajando la tensión y necesitaba estimularme. Me sumergí rápidamente y salí estremecida y tiritando.

—¡Venga! ¡Atrévete! —dije casi sin poder articular palabra.

Se mostraba reticente, pero le recordé lo que acababa de hacer por él en la pista de patinaje y este era su turno de complacerme. Tuvo que pensárselo dos veces, pero finalmente se zambulló con firmeza y en apenas un par de segundos emergió exhalando un suspiro y dando saltos para entrar en calor. Yo temblaba y reía. Avanzó hacia mí y empujándome suavemente contra la pared, me besó. Su beso era dulce pero a la vez enérgico y cautivador.

Rozaba con sus labios mi cuello y de nuevo volvía a mi boca con más fuerza. Resultaba incitante, sentía que mi cuerpo se dejaba llevar y los segundos parecían detenerse. Acaricié su nuca y su cabello respondiendo con mi boca que tomaba la iniciativa. Separándose de mí lo justo para poder hablar, susurró.

—Eres preciosa —mientras me miraba a los ojos y acariciaba mi cabello mojado de color avellana.

Capítulo 5. La desaparición

Había amanecido con el cielo cubierto de nubes grises que presagiaban tormenta y un viento fuerte hacía golpear contra mi ventana las ramas del árbol de la entrada. Me levanté temprano y aproveché para ordenar la habitación mientras esperaba la hora de despertar a Maxi. Era jueves y estábamos a principio de diciembre. Recordé que luego tendría que regar las macetas de la vecina. Los días posteriores a mi cita con Gerhard no había dejado de pensar en él. Me estremecía recordando ese beso en la semioscuridad y como me había tenido que esforzar para pedirle que me trajese a casa al salir de allí. Por el camino me había explicado que tenía una presentación en Avignon de dos nuevas motocicletas: la BMW R 80 GS y la BMW R 100 GS; al parecer, más confortables y con mejores prestaciones que anteriores modelos de la gama. En ellas el cambio más destacable consistía en la incorporación del brazo basculante posterior que conseguía eliminar las molestas reacciones del cardán al acelerar con fuerza. Por el entusiasmo con que comentaba cada detalle era evidente que le apasionaba su trabajo, y yo le oía embelesada aunque apenas comprendiese de lo que hablaba. «Cuando mejore el tiempo te llevaré en la moto», había dicho. Estaría fuera hasta el domingo y al despedirse dijo que a su vuelta me llamaría. Me acerqué a la ventana. Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. No habían transcurrido ni tres días y ya le echaba de menos.

Nos calló un aguacero al regresar y el pequeño y yo llegamos a casa empapados. En días como este Aileen solía recoger a los niños en su coche. Hacía ya dos semanas que se habían marchado. Imaginaba que en Núremberg, con los abuelos, ambas se sentirían más acompañadas; pasaban demasiado tiempo solas. Nos secamos y nos cambiamos de ropa. Luego

estuve hablando por teléfono con Paul, mi antiguo profesor de alemán.

Mi salida de España coincidió con la fecha de renovación del D.N.I., por lo que no pude tramitar el visado. Tuve que entrar en Alemania con un permiso de tres meses, como turista, a la espera de que el consulado me remitiese el visado por correo antes de que expirase el plazo. Pero en la oficina, lejos de facilitar las cosas, se habían dedicado a poner inconvenientes a través de un papeleo interminable que hacía difícil encontrar otra solución que no fuese ir yo misma hasta Sevilla a recogerlo personalmente. Mis padres se habían desplazado hasta allí y después de hablar con unos y otros, con la ayuda de Paul, finalmente consiguieron que se lo entregasen. Mi profesor era un alemán jubilado que se había trasladado a Cádiz después de que su mujer lo abandonase por otro. Me había contado que la estuvo siguiendo durante días hasta que los descubrió juntos en un coche. Se había acercado a pedirle explicaciones, pero ella, muy nerviosa, subió a toda prisa la ventanilla mientras que su acompañante ponía en marcha el vehículo y desaparecían para siempre. Daba clases particulares durante la semana, y en sus días libres se marchaba a Zahara de los Atunes donde había comprado una casa en la playa que estaba terminando de rehabilitar. Me gustaba su capacidad de autocrítica sobre su país, sin desmerecer el orgullo que sentía por la facilidad para la recuperación de los suyos. Me había prevenido sobre la importancia de huir de los tópicos tal y como él había hecho al llegar a España.

Ines no llegaría hasta la noche. Anna tampoco estaría para comer, lo haría en casa de una compañera del colegio. Por la tarde aproveché un rato en que había cesado la lluvia para recoger la correspondencia de la vecina y regar. Todo estaba tal como lo dejé la última vez, parecía que nadie había estado allí. Las plantas seguían bien, así que continuaría regándolas con la misma frecuencia, una vez a la semana. Cuando hube terminado dejé a Maxi jugando en su habitación y subí a acostarme un rato. Algo de lo que había

comido me debió hacer daño, sentía náuseas. Almudena solía disgustarse por el hecho de tener un estómago resistente, decía que todo le caía bien y por eso engordaba. Tuve que salir corriendo al baño a vomitar, parecía que tenía fiebre. Regresé a la cama y encendí la televisión, pero no había nada que me resultase entretenido. Creo que me quedé dormida, recordaba de manera fugaz haber tenido pesadillas. Al poco tiempo subió Maxi, quería que bajase a jugar con él, pero al ver que estaba enferma se quedó a hacerme compañía. Pasó el resto de la tarde conmigo en la cama. Repasamos los números en inglés y nos entretuvimos identificando las banderas de los países en un libro que le había regalado su padre y del que no se separaba. Sentía curiosidad por todo lo que le rodeaba y le gustaba hacer preguntas y aprender cosas nuevas. Al anoecer llegó Ines y subió a buscarle. Le pidió que bajara a tomar el baño y la cena, y me dejara descansar. No demasiado convencido me dio «un beso grande», como solía llamarlo, y se marchó. Me recosté pensando en la bonita tarde que había pasado con él, a pesar de las náuseas, y en el cariño que le estaba tomando.

Al día siguiente por la tarde estuve abriendo las cartas que había recibido de España. Leí por encima algunas de mis amigas, pero no encontré nada que llamase mi atención. Luego bajé por el diccionario que había dejado olvidado en la cocina. Los niños habían ido a una fiesta de cumpleaños e Ines ojeaba algunas revistas mientras hacía tiempo para ir a recogerlos. Llamaron a la puerta y fui a abrir. Un hombre alto y bien parecido esperaba en la entrada con gesto serio.

—Grüss Gott!^[13] ¿Está Ines? —preguntó al tiempo que ésta se acercaba.

—¡Hola, Gunther!, ¡cuánto tiempo sin verte! Pero entra, no te quedes ahí... Esta es Elena, Aileen te habrá hablado de ella.

El hombre hizo un breve gesto con la cabeza mirando hacia donde yo

estaba y sin cambiar el semblante empezó.

—Traigo malas noticias, Aileen ha desaparecido —Ines y yo nos miramos con asombro; él continuó—. Desde ayer por la mañana no sabemos nada de ella, salió a dar un paseo y no ha vuelto. He estado todo el día buscándola y he pensado que podía estar en casa. No habréis tenido noticias, ¿verdad?

Se le veía agotado y ojeroso. En un principio me pareció que Ines dudaba.

—Ninguna desde que se marchó. Ni siquiera la vi, cuando se acercó a despedirse yo no estaba.

—Yo tampoco sé nada desde que me dijo que se iban a casa de su madre —lamenté decir. Imaginaba su desesperación.

Nos contó que dos días antes ambos habían tenido una discusión y él había pasado la noche en un hotel en espera de su próximo vuelo que salía mañana. Se sentía culpable por las cosas que se dijeron y ahora no sabía que había sido de ella. Era enternecedor ver como caían lágrimas de los ojos de aquel hombretón.

—Ya no sé dónde buscar...

Ines le ofreció una tila y le pidió que se sentase. Mientras iba a la cocina a prepararla le pregunté por Eva. Parecía que estaba bien, le habían dicho que mamá estaba de viaje y regresaría pronto. Le temblaba la voz al hablar de su hija. Lo habían notificado a la policía, pero en principio no le habían dado demasiada importancia; se trataba de un adulto y posiblemente no tardaría en comunicarse con ellos. Ines, intentando encontrar una explicación, argumentó que seguramente se había tomado unos días para meditar tras la discusión y esperar a que se calmasen los ánimos. Él negó tal posibilidad; Aileen nunca se iría sin Eva. Nos dijo que permanecería en Núremberg cerca de su hija que de momento se quedaría con la abuela. Nos dejó el número de teléfono por si tuviésemos alguna noticia y se marchó sin apenas probar la tila.

Durante unos segundos desfilaron ante mis ojos determinados momentos,

como el día que me abrió la puerta con los ojos enrojecidos, su extraña despedida sin decir nada a Ines, y las gafas que encontré en el suelo y que extrañamente ya no estaban. Ines dijo algo que no oí y se marchó a recoger a los niños, no sin antes expresar su desolación por lo ocurrido. Mi cabeza era un hervidero de ideas intentando componer una historia para todo aquello, y cada vez cobraba más fuerza la suposición que había intentado rechazar: la dedicatoria «In Liebe, deine I» bien podía corresponder con la inicial de Ines si es que aquellas gafas pertenecían a Harald.

A la noche llamó Gerhard. Me había acostado temprano, la noticia de la desaparición de Aileen me inquietaba y cuanto más lo pensaba más pesimista era sobre lo que podía haberle ocurrido. Cuando Ines estaba en casa yo no solía contestar el teléfono, habitualmente era para ella, pero al oír que le nombraba al pie de la escalera di un salto de la cama.

—Hola, Gerhard.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Estaba tumbada en la cama vagueando un poco ¿Qué tal la presentación?

—Muy bien. Aunque algunos se han apuntado un tanto a costa del trabajo de otros, pero se puede decir que hemos triunfado, estamos celebrándolo. He subido un momento a la habitación y antes de marcharme de nuevo quería desearte buenas noches... Regreso mañana, pero será ya tarde. ¿Qué te parece si te recojo el domingo y pasamos el día juntos?

Me parecía genial, maravilloso, estaba deseándolo; pero sólo dije:

—Bien, de acuerdo.

—¿Te encuentras bien?, pareces cansada.

—Sí, sí, estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza, pero con un buen sueño pasará.

—Entonces te dejo que descanses. Te recojo el domingo a las once... Un

beso.

Sé que se lo había pensado antes de decir esto último.

—Hasta el domingo, buenas noches.

Los primeros rayos de sol de la mañana auguraban un bonito día de otoño. Perfecto para la visita que habíamos previsto, el Palacio o Schloss Nymphenburg. Antes de salir de casa, y aprovechando que los niños jugaban en el jardín, estuve hablando con Ines sobre la vecina. Ella, que era una mujer muy positiva, tenía la esperanza de que no le hubiese ocurrido nada malo y que sólo se hubiese alejado unos días tras el altercado con el marido. Según el propio Gunther la bronca habría sido fuerte y por experiencia sabía que a veces era mejor tomar distancia y reflexionar con tranquilidad. Yo apenas la conocía y por tanto no sabía que pensar.

La visita al palacio fue como un bálsamo. No solo por lo extraordinario de la residencia sino por el remanso de paz que suponían sus jardines. Quedamos todos los españoles además de Alberto y David que aunque habían estado allí siendo niños ya no lo recordaban. Me alegré cuando supe que venían, me divertía mucho con sus bromas. El palacio había sido la residencia de verano de los gobernantes del Reino de Baviera. El cuerpo principal se componía de varios pabellones cuadrados unidos entre sí por galerías rectangulares, que ofrecían al visitante una vista panorámica espectacular a la que no estábamos acostumbrados. Al entrar en la primera dependencia nos encontramos con el vestíbulo de piedra o Steinerner Saal, un salón de más de tres pisos de altura con extraordinarios frescos y decoraciones en el techo. En este punto comenzamos a dividirnos ya que cada uno llevaba un ritmo diferente durante el recorrido. Almudena y yo nos retrasamos del resto junto con los hermanos. Un antiguo comedorcito del pabellón sur albergaba la Schönheitengalerie, la Galería de bellezas de Luis I.

Se trataba de treinta y seis retratos de mujeres consideradas por la corte del rey las más bellas de su tiempo. En una de las alas laterales se situaba el patio de los establos, donde se conservaba una colección de fastuosos carruajes históricos y trineos.

Al terminar nos reunimos con el resto del grupo y mientras dábamos un paseo por los jardines estuve conversando con Alberto. Sabía que estudiaba medicina, pero desconocía que ya se había licenciado y su propósito era doctorarse. Para ello se encontraba en un internado de dieciocho meses que se conocía como AIP, Artz im Praktikum, médico en prácticas. Según me explicó debía permanecer como mínimo seis meses en servicios quirúrgicos y nueve meses en servicios no quirúrgicos, siendo este periodo remunerado. Las prácticas se ejercían bajo la supervisión de médicos de experiencia reconocida y se incluían como parte de la especialidad. Las realizaba en el Hospital Universitario Sankt Joseph, el mismo donde trabajaba Harald. Le pregunté si lo conocía y efectivamente así era; como jefe del departamento de neurocirugía era muy popular. Pero no solo por eso, también por ser el principal candidato para sustituir al actual director del centro. Según se rumoreaba, el gerente era un hombre muy religioso y de ideas extremadamente conservadoras que ponían en difícil situación a su sucesor. Harald, a pesar de tener una estrecha relación personal con este, no compartía sus creencias. En el hospital se practicaban abortos en los casos en los que había sido legalizado desde hacía años, pero el director, contrario a ello, ponía todas las trabas que estaban a su alcance. Llegamos hasta uno de los lagos donde nos esperaban para hacernos fotos junto a los cisnes, uno de los principales reclamos de aquel inmenso bosque de ochocientos mil metros cuadrados. Era un parque urbano menos concurrido que el Englischer Garten y un lugar de privilegio para tomarse un respiro y perderse en él.

Las notas de la guitarra acústica de Earl Klugh^[14] sonaban impresionantes en el tema Low Ride.

—Me encanta esta música —fue mi saludo al entrar en el coche.

Gerhard bajó el volumen. Estaba especialmente atractivo. Se había quitado el anorak para conducir y vestía una camisa negra que dejaba adivinar el recio torso que ya había visto en la sauna. Por mi parte, a lo largo de estos meses había aprendido a vestirme adecuadamente para el clima de aquí; la cuestión era colocar capa sobre capa y así evitaba asfixiarme de calor cada vez que entraba en algún sitio. El viento que aumentaba por momentos presagiaba un empeoramiento del ya desapacible domingo. Mientras pensábamos adónde ir me propuso hacer un poco de ejercicio. Me negué en rotundo a terminar arrastrándome por el hielo y riéndose me aseguró que nada tendría que ver con nuestra última cita. Aparcamos en las inmediaciones de Marienplatz. Al salir del coche me protegió bajo su paraguas y aligeramos el paso hasta llegar a la Iglesia de Sankt Peter, la más antigua de la ciudad.

Tras sacar los tickets comenzamos a subir por unas angostas escaleras y me retó a que le siguiese. Comencé muy decidida, sin dejar que me sacara ventaja, pero conforme ascendía me daba cuenta que no conseguiría mantener aquel ritmo durante mucho tiempo. Poco a poco se fue distanciando de mí hasta que le perdí de vista. Cuando por fin llegué arriba casi sin aliento tuve ante mis ojos la mejor vista panorámica que habría imaginado. Gerhard apareció de repente y me acercó a un extremo del mirador. Abajo, una diminuta Marienplatz con el Nuevo Ayuntamiento, y la Catedral en primer plano. También se avistaban otros barrios, el río Isar y el Parque Olímpico. Era una lástima que la lluvia no nos permitiera ver con claridad, pero a cambio el oscuro día esbozaba un paisaje fascinante, nostálgico. Nos encontrábamos solos en aquella atracción turística, a nadie se le había ocurrido ir hasta allí en un día como hoy; a nadie excepto a Gerhard. Me

explicó que nos encontrábamos a noventa y un metros de altura y que habíamos subido más de trescientos escalones. Su habitual sonrisa fue desapareciendo y rodeando mi nuca con su mano me besó con suavidad, sin prisa, con un beso intenso y prolongado mientras el imperturbable sonido de la lluvia caía sobre el tejado.

A pesar de estar concurrido en aquel distinguido local se respiraba un ambiente tranquilo. Al entrar nos habían indicado una mesa situada en un ángulo reservado. Estaba cubierta por un delicado mantel de lino en color marfil adornado con un festón bordado del mismo color. La tenue luz cenital mostraba un espacio discretamente iluminado, haciéndose acompañar por coquetas lamparillas en cada mesa que propiciaban la intimidad y las confidencias. Tras la visita a la torre habíamos caminado bajo la lluvia hasta el restaurante. Gerhard me observaba, solía hacerlo. A veces podía ver en sus ojos esa atracción que me hacía sentir la mujer más hermosa sobre la tierra, y en otras ocasiones lo hacía como quien aguarda la imprevisible reacción de una cría. Ahora me miraba así y me incomodaba.

—Bonito lugar —empecé intentando disimular.

Sonreía en silencio sin dejar de mirarme. «Pretende intimidarme», pensé. Los siete años de edad que nos separaban, que entonces eran evidentes, le otorgaban la ventaja de ponerme a prueba a menudo. Yo era joven e inexperta, pero tenía cierta destreza para salir de mejor o peor manera de situaciones como esta.

—¿Tratas de impresionarme? —añadí con suficiencia arrancándole una sonrisa aún mayor.

—Este es uno de mis lugares preferidos, por eso te he traído aquí, quería que lo conocieras y lo disfrutaras conmigo. En cuanto a tu pregunta, sí; trato de hacerlo desesperadamente todo el tiempo.

Me parecía muy hábil, más de lo que yo hubiera deseado. Me gustaba controlar la situación y con él ese control se me escapaba.

El camarero nos había traído la carta y nos dejamos llevar por sus recomendaciones. Había algo de lo que aún no le había hablado y consideré que era el momento oportuno, además creía que se lo debía a Almudena. No sabía cómo empezar, de modo que lo hice como primero se me ocurrió.

—Esta es la tercera vez que nos vemos.

—La quinta —puntualizó—. Perdona que te haya interrumpido, continúa por favor.

—Es cierto —reconocí— y en cada momento has sido educado y correcto conmigo. Pero la forma en que nos conocimos fue en cierto modo violenta, no por tu parte, sino por los que te acompañaban. De hecho mi amiga Almudena fue atacada sexualmente por algunos —él me escuchaba con interés—. Desconozco que tipo de relación te une a ellos y si se trata de un comportamiento habitual. La segunda vez que nos vimos, en la cafetería, me pediste que te permitiese compensarme por lo ocurrido. Bien, pues desearía conocer las respuestas.

Pareció respirar tranquilo, como si hubiese estado esperando algo peor de lo que acababa de oír. Apretó los labios durante un instante y colocó las manos sobre la mesa.

—Tienes toda la razón. Siento no haber abordado antes este tema que para mí resulta vergonzoso, y no puedo evitar sentir parte de culpa, a fin de cuentas íbamos en el mismo grupo... Los dos que te agredieron son antiguos compañeros de universidad, hacía tiempo que no los veía y quedamos esa noche para ir a la Oktoberfest. Después de haber estado bebiendo toda la noche nos encontramos con unos conocidos de mis compañeros. Decidimos ir a otra carpa juntos, y en el camino nos encontramos con vosotras. El resto ya lo conoces.

—Fue horrible. Pasé miedo, y gracias a que interviniste no me sucedió nada más. En cambio para Almudena fue mucho peor. Hace poco me contó lo que le habían hecho y ahora pienso que debimos denunciar, pero supongo que pudo más la vergüenza y el querer olvidar.

—Lo siento mucho —dijo con gesto de desagrado—. Estoy indignado de lo que algunos tíos pueden llegar a hacer. Seguramente tendría que haber defendido a tu amiga, pero sinceramente no la vi; de hecho, después de marcharte no seguí con ellos. Yo también estaba bebido y no controlaba mucho, me fui directamente a casa.

En ese momento el camarero se acercó para servir el vino. Cuando se hubo marchado decidí que lo mejor era dejar el tema y así se lo hice saber. No tenía sentido continuar dando vueltas a algo que inevitablemente ya había sucedido y ninguno de los dos podía cambiar. El resto de la comida transcurrió en un tono totalmente distinto, entre bromas y conversaciones ingeniosas con las que tanto disfrutaba. Luego fuimos a un pub donde la camarera no paró de lanzarle miradas insinuantes. Bebimos Vodka con Martini y mi alemán fluyó con facilidad como venía siendo habitual cada vez que bebía alcohol.

Salimos del pub cuando ya había anochecido. Era la primera vez que decía tonterías en alemán y me temía que habían sido unas cuantas, pero no me importaba lo más mínimo. En el coche la música era suave, dulce y embriagadora, y sin decir nada había conducido hasta su casa. Mientras el ascensor subía hacia el noveno piso su mirada de deseo disipaba mi estudiado propósito de prudencia. Yo le aguardaba mientras él se aproximaba despacio, tanto que creí que jamás llegaría junto a mí.

—No sabes lo que me haces sentir —su voz brotó pausada, sugerente.

Amaba su juego de seducción y el poder que tenía sobre mí. Anhelaba su contacto, pero se hacía esperar. Estaba tan cerca que casi nos rozábamos. La

visión de su rostro excitado hacía que todo lo demás careciera de interés, solo era capaz de sentir como mi sangre palpitaba. Deslizó su dedo por mis labios lentamente, había tiempo, el resto del mundo había dejado de existir. Mientras intentaba domar mi incontrolada respiración acercó su boca a la mía con cautela, como si temiera quemarse, a la vez que en mí crecía la necesidad de arrastrarle conmigo a un hervidero de sensaciones. El ascensor había llegado y entramos en su casa. Con manos serenas bajaba la cremallera de mi chaquetón y lo dejaba caer a mi espalda. Luego me llevó hasta el dormitorio. Su tacto voluptuoso empezó a recorrer mi cuerpo, pero le detuve. Vi como aparecía la duda en sus ojos. Me separé y comencé a desvestirme; sin prisa, me recreaba en lo que hacía, ahora era yo quien marcaba el ritmo. Dejaba caer al suelo cada prenda, los tejidos que antes habían velado mi piel la exhibían ahora límpida, confiada, ansiosa. Se acercó, solo me miraba, pero mis labios impacientes acudieron en su busca. El instinto pudo más que ningún ritual, y nos entrelazamos con vehemencia fundiéndonos en la oscuridad. Aquella atracción reprimida en cada uno de nuestros encuentros se liberaba con cada beso ardiente, cada roce impetuoso y cada grito ahogado.

A través de la ventana se podían ver en la distancia las farolas de un parque. El sonido de su voz me pareció grave y rugoso.

—¿Sabes que me gustas mucho?

—Ahora que lo dices...

—¿Y tú?, ¿qué piensas de mí? —preguntó en el mismo tono.

La tenue luminiscencia de unas velas me permitía distinguir cómo me observaba con el cuerpo recostado sobre su brazo.

—Muchas cosas.

—¿Puedo saber alguna?

—Besas muy bien —me limité a decir consciente de que esperaba algo

más.

—Supongo que eso me salva de la mediocridad... Yo además pienso que eres maravillosa.

Fijé la vista intentando descubrir la expresión de su rostro, pero entre las sombras solo conseguía imaginar su silueta. Sin poder contener la risa, susurré:

—Yo también.

—También piensas que lo eres, ¿no?.. ¡Pero mira que eres creída! —se quejó lanzándome su almohada.

Comenzamos a reír abiertamente. Y allí, en aquel delicioso tálamo de amantes, permanecimos tumbados sin apenas vernos, compartiendo frivolidades en voz baja y callando verdades a gritos.

Capítulo 6. El diario

Kinder stellt die Stiefel raus

Morgen kommt der Nikolaus!... [\[15\]](#)

Era el principio de la canción infantil que los niños coreaban la víspera de Sankt Nikolaus. En la noche del 5 al 6 de diciembre un obispo con una mitra roja y larga barba blanca iba por las casas con un saco a la espalda dejando chocolates, caramelos y frutos secos en los zapatos de los niños buenos. Existían diversas hipótesis sobre el origen de esta tradición, pero la mayoritaria, que se había extendido desde los Países Bajos hasta Bélgica y Alemania, suponía que era la imagen de San Nicolás de Bari, de origen turco. El personaje habría fallecido un 6 de diciembre del año 342 d.C., motivo por el que se asignó esta fecha para homenajear al predecesor de Papá Noel.

Desde primera hora de la mañana me habían despertado las voces de Anna y Maxi entonando la canción; era el comienzo de la Navidad. Me esperaba un largo día; trabajo por la mañana, Volkshochschule por la tarde, y luego había quedado con Ines para cocinar dos tipos de galletas típicas de esta época del año: las Plätzchen, a base de masa quebrada extendida con un rodillo y cortada mediante moldes de diferentes formas; y las Zimtsterne, estrellas de canela y almendra decoradas con una capa de azúcar glas. Estos dulces se podían encontrar en las Konditoreien o pastelerías, pero era tradición hacerlas en casa siguiendo escrupulosamente la receta familiar que iba pasando de una a otra generación. Estaba encantada de que me hubiese pedido que la ayudase, desde niña disfrutaba con cada uno de los ritos de la Navidad. Por mi parte debía haber sido buena, ya que Sankt Nikolaus me

había traído de su paso por Avignon una enorme caja de pasteles de chocolate rellenos.

Se había hecho tarde cuando terminamos de hornearlas, y las dejamos enfriar un poco. Tenían ese sabor especial que yo identificaba con el país, el gusto intenso de la mantequilla y el aroma de las especias que lo hacían inconfundible. Compartí mi caja de chocolates con ellos antes de que los niños se fueran a dormir. Habían dejado todo un muestrario de calzados en la puerta de su habitación que Ines y yo nos encargamos de llenar con golosinas y pequeños regalos. Insistió en que me subiese una bandeja de las pastas recién hechas y me obsequió con un bonito adorno navideño para mi habitación.

Cuando estaba a punto de acostarme llamó Gerhard. Me alegré de que no pudiera verme, me había sonrojado con tan solo oír su voz. Me avergoncé de sentirme como una colegiala después de su primera vez, aunque era así como lo vivía, como si no hubiese habido nadie antes que él. Su tono era distinto al de las otras veces o a lo mejor solo me lo parecía, pero se dirigía a mí como si yo aún estuviese en su casa y en su cama. A pesar de haber tenido una jornada muy ocupada a ratos me acordaba de nuestro encuentro de anoche. Repasaba mentalmente cada caricia, cada beso... No veía el momento de estar de nuevo con él. Desconocía cuales eran ahora sus sensaciones, pero me gustaba creer que él también había sentido algo especial. Sea como fuere, en este instante podía oír su recia voz masculina confesar que para él fue como convertir días de fantasía en un instante único e inolvidable. Me contó que le esperaba una tediosa semana de trabajo; una delegación de la BMW de Stuttgart pasaba unos días en Múnich y tendría que acompañarles. Quedamos en vernos el sábado.

No llevaba mucho tiempo en la cama cuando volvió a sonar el teléfono. Salí a cogerlo lo más rápido posible para que no se despertasen los niños,

pero justo al llegar junto al aparato dejó de sonar y oí como Ines hablaba desde el salón. En el momento en que iba a cerrar la puerta de mi dormitorio advertí que nombraba a Aileen y permanecí escuchando. Narraba su desaparición y como se había enterado. Mostraba su pesar por Eva y aunque su opinión en un principio había sido que se hubiese marchado voluntariamente, empezaba a pensar en algo peor. A ratos permanecía en silencio y en ocasiones confirmaba o desmentía a su interlocutor. Entonces le nombró, hablaba con Harald.

Los días transcurrían entre plancha, cocina, niños y algo de estudio. El miércoles por la noche le recordé a Ines que al día siguiente tendría que regar las macetas de la vecina, pero dada la situación no sabía si debía hacerlo. Me pidió que aguardase unos minutos mientras telefoneó a casa de la madre en Núremberg. Desgraciadamente no había noticias de Aileen, y la mujer estaba abatida. La policía había iniciado la investigación, pero aún no tenían nada. Sobre el tema de las plantas su respuesta fue rotunda: «Por supuesto, cuando mi hija vuelva todo debe estar como siempre». Tras darle ánimos se despidió de ella.

—Pobre mujer —hizo un ligero movimiento de negación con la cabeza—. Preferiría creer que no está pasando, pero es real. El otro día se lo conté a Harald y se llevó un disgusto enorme; quieras o no somos vecinos desde hace unos años y esta situación es muy triste.

Antes de dormirme pensé en Gerhard. Lo imaginaba de copas con los compañeros tras haber cenado en algún conocido restaurante. Al llegar a casa entraría en aquel dormitorio infinito terminando de quitarse la ropa. Luego se deslizaría bajo la ducha caliente y cerrando los ojos dejaría caer el agua jabonosa por su cuerpo. Ya en la cama, y tras leer unas líneas del último libro que pasaba por sus manos, se sumergiría bajo las escurridizas sábanas hasta

dejarse llevar por un placentero sueño... Al menos eso era lo que deseaba suponer.

El autobús iba casi vacío. Acomodada en el asiento que había elegido al entrar intentaba poner orden en la discusión mental que me inquietaba. La Elena responsable y equilibrada decía que después de regar las macetas, cerrase la llave dejando cada cosa en su sitio y no volviese hasta dentro de una semana. La otra Elena, esa que a ratos se dejaba ver, acusaba a la primera de ser previsible y aburrida y le instaba a actuar alguna vez al margen de lo meramente correcto. No era la primera ocasión en que tenía lugar este enfrentamiento y casi siempre esta segunda Elena se disipaba ante la concluyente sensatez de la primera. Disponía de tiempo suficiente para hacerlo y recoger al niño. Era una soleada y fría mañana que me obligaba a frotar las manos constantemente para que entrasen en calor. Me tocaba la punta de la nariz con el guante para comprobar que seguía allí, ya que hacía tiempo que había dejado de sentirla. Al llegar a casa subí a mi habitación, cogí las llaves, un par de guantes de látex, de los que utilizaba para lavar en agua fría mis jerséis de lana, y me dirigí a casa de Aileen. El silencio y la tranquilidad que se respiraban seguramente distaban mucho de la inquietud que se debía vivir en la casa de Núremberg. El mero pensamiento de la tragedia hizo que un escalofrío recorriese mi espalda, pero debía empezar con la tarea que me había llevado allí. Fui vaciando la regadera una y otra vez en cada una de las plantas a la vez que rociaba sus hojas con el pulverizador, esta vez con mayor cariño que las anteriores. Dejé en la cocina ambos objetos, y con la determinación que da el haber meditado algo lo suficiente, subí a la primera planta. Tras colocarme los guantes me alcé sobre una silla, tiré del asa de la escotilla y bajé la escalera retráctil. Comencé a ascender por los peldaños sin poder evitar la idea que me asaltó la primera vez que estuve

allí: «el espíritu maligno habita entre sus paredes». Al asomar la cabeza mis miedos se disiparon. Esperaba encontrar un desván desordenado que almacenara viejos recuerdos cubiertos de polvo, pero era todo lo contrario. Impecable, alegre y soleado, había sido decorado con delicadeza en suaves y cálidos colores. Una alfombra a rayas desiguales cubría el suelo de parqué y en una de las paredes se mostraban seis cuidadas fotografías de grandes atracciones turísticas: la Torre Eiffel, el Puente de Londres, el Taj Mahal, el Coliseo Romano, la Estatua de la Libertad y las Pirámides de Egipto. Estaban situadas a la misma distancia entre ellas y en idénticos marcos formando un grupo homogéneo.

Era evidente que Aileen había convertido aquella buhardilla en su refugio. Todo lo que allí había debía pertenecerle: coquetas cajitas de madera, algunos libros, lápices y bolígrafos en cubiletos de colores, pequeñas figuras de porcelana que representaban bailarinas en distintas posiciones, velas perfumadas, y un sinfín de detalles que no dejaban lugar a dudas. En especial llamó mi atención una bonita caja de música; al abrirla una bailarina comenzó a girar mientras se reproducía el tema Moon River^[16]. En su interior un par de fabulosos pendientes resplandecían sobre el terciopelo negro. Cada uno constaba de cinco brillantes alineados y rematados con una esmeralda en forma de lágrima. Eran espectaculares. Recordaba haber leído alguna vez que la esmeralda era para los alquimistas la piedra de Venus, la diosa romana del amor. Suponía que por su valor y simbolismo habría sido un regalo especial, de algún aniversario. Pero no era este el motivo que me había llevado allí, de modo que empecé a abrir cajones cuidando de no alterar el orden. En realidad no sabía lo que buscaba, alguna pista, un objeto, una carta, algún detalle que pudiera arrojar luz. Sentía pudor al curiosear entre sus objetos personales, formaban parte de su intimidad, pero alejé de mí ese pensamiento y me centré en lo que estaba haciendo. Había sobre todo carpetas con documentos,

libretas y varios sobres que estuve ojeando superficialmente ya que habría necesitado varios días para mirar a fondo todo aquello. Las cartas eran de familiares y amigos; los documentos, de todo tipo, extractos bancarios, pólizas de seguros, facturas, etc. Estaba segura que la policía no tardaría en registrar la casa, podía haber información importante entre aquellos papeles. En el fondo me sentía un poco decepcionada al no encontrar ninguna pista que la relacionase con Harald, motivo principal por el que me encontraba allí. En cualquier caso debía alegrarme, mejor si no tenía nada que ver con él. De repente me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Si yo tuviese algo que ocultar a mi marido no lo dejaría en un cajón, lo disimularía entre algo inofensivo, cotidiano. Comencé a mirar bajo la alfombra buscando alguna lámina suelta del parqué, tras los cuadros, en las lámparas, en los cojines... Y por fin encontré algo. Uno de los cojines parecía más rígido que el resto. Deslicé la cremallera de la funda y a su vez una segunda, y allí estaba. Un libro con tapa de color verde. Lo abrí. Leyendo entre sus páginas comprendí que se trataba de un diario. Me fui a la última página escrita y veía que su autora era una persona desesperada. Me desplazaba hacia el principio y cada párrafo que leía parecía más intrigante. Había mucha información y necesitaría más tiempo para leerlo del que disponía en aquel momento. Volví a cerrar las cremalleras del cojín y me guardé el diario bajo el jersey. Repasé visualmente la buhardilla para comprobar que todo estaba como lo encontré. A continuación bajé las escaleras, cerré la trampilla y coloqué la silla en su sitio. Descendí a la planta baja, y tras quitarme los guantes y guardarlos en el bolsillo, me marché.

Ese día todo iba con retraso o así me lo hacía percibir mi impaciencia. Maxi tardó una eternidad en salir, habían confundido los anoraks en la guardería y otro niño se acababa de llevar el suyo. Menos mal que al darse cuenta por el camino habían vuelto. El autobús se eternizó, precisamente hoy

se detenía en todas las paradas. Finalmente, cuando habíamos terminado de comer a Anna le apetecía charlar. Tuve que oírla hasta que llegó la madre. Le dije a Ines que me acostaría un rato a intentar dormir porque había pasado mala noche y me despedí deseando que no ocurriese ningún otro imprevisto. Al llegar a mi habitación cogí los guantes que había guardado en el bolsillo del suéter y extraje el diario de su improvisado escondite bajo el colchón. Me metí en la cama y me dispuse a leerlo.

Debía de ser muy tarde y no había parado ni para cenar. Tenía los ojos irritados de forzar la vista intentando descifrar la letra ilegible de algunos párrafos. Dejé el diccionario sobre la mesa, en realidad apenas lo había necesitado. Salí de la cama, coloqué el diario de nuevo bajo el colchón y me quité por fin los guantes. Hacía tiempo que se me habían quedado pegados a las manos. Me las lavé con agua templada y bajé a buscar algo de comer. Todos dormían. Me puse en la bandeja una rebanada de pan con queso y un vaso de leche y regresé a mi habitación. No dejaba de pensar en Aileen, no me sentía precisamente orgullosa de lo que acababa de hacer, pero ya no había vuelta atrás. Había traicionado su confianza invadiendo su intimidad. Posiblemente este diario se había convertido en su confidente, lejos de los juicios de los demás. Nadie sabía de sus alegrías o tristezas, de sus ilusiones o desengaños, pero yo ahora sí, y tenía la obligación de guardar su secreto. Mañana devolvería el diario a la intimidad de su escondite, esperando, como su dueña, que nunca fuese encontrado.

Nada más despertar pensé en Gerhard, echaba de menos oír su voz. Sólo habíamos tenido tres citas y aunque lo sentía cercano su lado más personal seguía siendo una incógnita para mí. Era el principio de no sabía bien qué. A menudo pensaba en lo que estaría haciendo y yo misma me respondía que vivir, igual que antes de conocerme y de la misma manera que debía hacer

yo. Aunque tuviera sexo con él, porque lo deseaba sobre todas las cosas, no podía dejar que afectase al resto de mi vida. Por otra parte, si a mí me intrigaba lo que no podía controlar, debía encontrar la forma de estimular su imaginación. Si quedaba o no con otras era una duda que tenía que asumir. Entonces ¿por qué no hacer que él también dudase? En este momento era consciente de que su compañía no la cambiaba por ninguna, pero eso solo lo sabía yo. La otra Elena estaba apareciendo últimamente más de lo habitual y tal vez no estaba tan mal. Pero ahora tenía cosas importantes que hacer y ya tendría tiempo de pensarlo luego.

Me vestí, hice lo mismo con Maxi y salimos a la calle. Ese día tenían preparado algo especial que les haría mucha ilusión a los niños, pero era una sorpresa y me fui sin saberlo. Al llegar a casa abrí el buzón y dejé la correspondencia sobre la mesa de la entrada; no había nada para mí. Desayuné algo rápido. Me coloqué unos nuevos guantes de látex para coger el diario y lo sujeté con el cinturón del pantalón. Dejé que el suéter se deslizase hasta cubrirlo por completo. Guardé los guantes en el bolsillo y tras coger las llaves me dirigí hacia la casa de al lado. No debía tentar a la suerte, así que me di prisa y volví a dejar el diario en su sitio, bajé las escaleras y cerré la escotilla. Cuando me disponía a colocar la silla en su lugar oí girar la llave en la cerradura de la puerta principal. No tenía tiempo de nada más, solté la silla donde pude y entré de puntillas en la habitación más cercana, la de Eva. Busqué un lugar donde esconderme y lo hice tras un baúl rosa de Minnie Mouse. «Esto no me podía estar ocurriendo, me descubrirían allí escondida sin tener ninguna explicación para ello». Sentía los latidos del corazón bombeando con fuerza. Tras un momento de sigilo había movimiento en la planta baja. Quien fuese parecía dudar; daba dos o tres pasos y se detenía, de nuevo avanzaba y otra vez el silencio. De repente empezó a subir por la escalera y comencé a temblar. Lo había hecho hasta

ahora de frío, pero nunca de miedo. Las pisadas se interrumpieron en la puerta. Contuve la respiración intentando controlar la agitación que sacudía mi cuerpo acurrucado contra el suelo. Entonces sentí como se alejaban lentamente hacia la habitación contigua, la de Aileen. La persona que había entrado abría los cajones uno tras otro con plazos de tiempo casi idénticos. Se desplazaba por la habitación con apremio y de nuevo el sonido de los cajones al abrirse y cerrarse. Buscaba algo. Oí como resoplaba y de nuevo salía al pasillo. «Ya está, ahora toca esta habitación», pensé; pero por el contrario empezó a abrir la escotilla hacia la buhardilla. En ese momento se oyó un sonido, como un doble «beep»; era la llamada de un buscapersonas. Se detuvo; le imaginaba consultando el display del mensáfono y de nuevo volvió a resoplar. Continuó bajando la escotilla, subió algunos peldaños, pero enseguida comenzó a descender y de un golpe la cerró de nuevo. Bajó por la escalera principal y salió cerrando con llave. Respiré aliviada, pero no tenía tiempo que perder, debía averiguar de quién se trataba. Con cuidado de no ser vista miré a través de las cortinas semitransparentes de la ventana y vi como Harald entraba en su coche, un Volkswagen Cabriolet blanco, y se marchaba.

Al llegar Ines del trabajo me comentó que ese fin de semana me quedaría sola en casa. El padre recogería a los niños al día siguiente por la mañana para llevarlos al centro y se quedarían con él hasta el domingo. Ella estaría en casa de una amiga; me había dejado anotado su teléfono por si surgía algún imprevisto. También me recordó que dejase todo bien cerrado al salir. No le dije nada, pero pensé que tal vez yo tampoco dormiría allí. Mientras subía a mi habitación sopesaba la idea de pedirle a Harald ir con ellos en el coche hasta la ciudad, no perdía nada por intentarlo, aunque tendría que estar preparada desde temprano.

Había hablado con Almudena y tenía que quedarse con las niñas. En su caso era lo habitual, disponía de poco tiempo libre. Recordé que Carmen

estaba con fiebre, luego hablaría con ella. Parecía que no podía contar con nadie, pero tampoco quería quedarme en casa un viernes por la noche pensando que Gerhard estaría por ahí. Odiaba esperar, de manera que me decidí. Busqué el número y marqué. Respondió una mujer.

—Hola, buenas tardes. ¿Está Alberto? —pregunté en español, suponía que era su madre.

—¿De parte de quién?

—Soy Elena, una amiga.

Pensaba que lo de «amiga» había sobrado, pero ya estaba dicho.

—Un momento, por favor.

Se oía la televisión de fondo y sus pasos alejándose. Mientras esperaba imaginaba la cara de asombro de su hijo y sentí un poco de vergüenza. No tardó mucho en contestar.

—¡Hola, Elena! ¡Qué sorpresa!

—Hola, Alberto. Soy quien menos te podías imaginar, ¿no?

—Pues sí, no te esperaba, pero me alegra oírte. Mi madre se ha extrañado que me llame una española.

—Supuse que a esta hora aún estarías ahí y veo que acerté.

Vivía solo desde hacía algún tiempo, pero para complacer a su madre iba a su casa a almorzar durante la semana. Esta típica costumbre española seguramente sería vista como una rareza entre los alemanes que en ese aspecto eran bastante más independientes.

—Pues me pillas porque hoy no tengo que volver al hospital, otro día ya me habría ido.

—Bueno, me alegro. Te llamaba porque desde el sábado no sé nada del resto y a lo mejor habíais quedado para esta noche... o quizá tú tienes otros planes... En realidad no me apetecía quedarme en casa.

En este momento decidí que era mejor callar y esperar, no quería meter la

pata. Sabía que Alberto no tenía novia, pero sí que salía con alguna amiga de vez en cuando y también con otra gente.

—Yo tampoco he hablado con nadie, he estado muy liado y mis salidas se han limitado a ir de casa al hospital. Aburrido, ya lo sé, pero de momento no tengo otra opción —hubo un breve silencio—. De todas formas si quieres podemos quedar. Si vemos a los otros genial, y si no pues ya lo pasaremos bien nosotros ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Te recojo a las... ¿ocho?

—No te molestes, podemos quedar por el centro.

Era consciente de lo alejada que estaba la casa.

—No es molestia, además tengo que hacer algo por tu zona y te recojo de camino.

—Está bien, entonces te espero a las ocho.

—Ok, hasta luego.

Me desperté desorientada, prácticamente a oscuras, solo la farola de la calle iluminaba ligeramente la habitación. Llené el baño y me sumergí en el agua caliente. Me gustaba mirar a través de la ventana que había en el techo de madera. Podía ver como pasaban las nubes, y las noches despejadas me recreaba contemplando el brillo de las estrellas. No dejaba de darle vueltas a lo que había ocurrido aquella mañana. No sabía que pensar. Me relajé. Debía haber pasado un buen rato porque las yemas de los dedos se veían arrugadas. Salí de la bañera y fui a vestirme. Últimamente me maquillaba más de lo habitual y el resultado me gustaba. Para hoy había elegido un lápiz verde que resaltaba el color de mis ojos y comprobaba el efecto ante el espejo cuando sonó el teléfono. Había oído marcharse a la familia mientras estaba en el baño, de modo que salí a contestar.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tal estás?

—Hola, Gerhard.

—Por fin se marchó esta gente. ¡Vaya petardos!, creí que nunca se irían.
¿Qué estabas haciendo?

—Nada importante —respondí con el lápiz de ojos en la mano.

—¿Qué te parecería cenar conmigo esta noche?

En aquel momento me quedé bloqueada. «¿No era lo que querías?», me decía a mí misma. «Sí, pero no hoy, o no de esta forma al menos». En realidad no era lo que quería, estaba confundida.

—Hoy no puedo —acerté a decir.

—¿Babysitting?^[17]

—No, es que he quedado.

—¡Ah!, has quedado —dijo confuso—. ¿Con tus amigos?

—Sí, bueno, no. Con un amigo.

—¡Ah!, vale... Muy bien.

Su tono había cambiado.

—De todas formas por mi parte sigue en pie lo de quedar mañana —me apresuré a aclarar intentando recuperar el control de la situación.

—Sí, claro, por mi parte también. Me llamas cuando te levantes, no quiero despertarte si te recoges tarde.

Aparentaba normalidad, pero su actitud era más distante.

—Vale, de acuerdo.

—Pues pásalo bien.

—Hasta mañana.

No tenía tiempo para pensar ya que Alberto estaría a punto de llegar, pero según mi impresión no le había sido indiferente el hecho de que saliese con otro. A partir de aquí había dos posibilidades. La primera era que le importaba, pero como él hacía lo mismo, simplemente lo aceptaba. La

segunda era que no le había gustado nada, pero no quería mostrar sus sentimientos y disimulaba. En este momento me inclinaba por la primera opción, aunque por su reacción bien podía ser la segunda que era mi preferida.

Capítulo 7. Gerhard

Sentada en el comedor principal de una de las cervecerías más antiguas de Múnich, la Löwenbräukeller, apuraba los últimos sorbos de mi Löwen Weisse: cerveza de color oro-amarillo con la turbiedad natural del trigo y un alto porcentaje de alcohol. Estaba situada en Nymphenburger Str., y disponía de diversos salones de gran capacidad para celebrar eventos. A escasos metros se ubicaba la fábrica de Löwenbräu, una de las seis grandes cerveceras muniquestas contemporáneas. A pesar de todo era más tranquila que otras más céntricas y muy apropiada para disfrutar de una cena rodeada de un ambiente distendido. La comida había transcurrido entre las historias y anécdotas que Alberto contaba del hospital. Era inteligente, brillante, y siempre disponía de argumentos para debatir sobre cualquier asunto. Aunque su cincuenta por ciento era alemán, además de haber nacido y crecido allí, la inequívoca huella de su madre andaluza estaba presente y no podía disimular algunos gestos y expresiones que me resultaban sumamente familiares. Tanto él como su hermano David hablaban con ella en español y se notaba ya que ambos lo hacían correctamente.

—Bueno, y ahora dime, ¿cómo es que se te ha ocurrido llamarme?

—Necesitaba despejarme —dije intentando disimular, pero viendo su expresión no pude evitar sonreír.

—Ya veo. ¿Sabes?, soy bastante difícil de sorprender, pero tú me desconciertas, normalmente haces lo contrario de lo que se espera de ti.

—No sé qué contestar a eso.

—No era una pregunta, sino una afirmación.

Sus enormes ojos azules me observaban a través de unas largas pestañas

tan rubias que de lejos eran casi imperceptibles.

—Tú debes de parecerte a tu padre y tu hermano a tu madre.

Hizo un gesto de protesta.

—Vámonos de aquí —anunció levantándose de la mesa—. Vamos a un garito que conozco.

—Me pongo en tus manos.

La ciudad estaba animada. Las calles festivas esperaban engalanadas la Navidad que se vivía de forma intensa. La típica decoración y el brillo de las luces de colores animaban a la gente a lanzarse a la calle a pesar del frío, y el ambiente cálido de los locales de moda invitaba a disfrutar plenamente de la noche. El pequeño bar estaba abarrotado; las mesas acostumbraban a estar reservadas, pero siempre quedaba la opción de la barra. Los camareros vestían batas negras y la decoración se encontraba a medio camino entre los estilos vintage y retro. Nos acercamos al barman, con el que Alberto estuvo hablando, y nos indicó una mesa en un lateral de la sala. Me explicó que hacía tiempo había pasado largas horas allí poniendo copas. Saludaba a algunos y otros se acercaban al verle; por la forma en que lo hacían se notaba que Alberto tenía carisma. Cuando le conocí, unos tres meses atrás, me había sentido atraída por su forma de hablar, su sentido del humor y su personalidad.

Chasqué los dedos ante mis ojos.

—Un Pfennig^[18] por tus pensamientos.

—Pensaba en la primera vez que nos vimos. Habíamos quedado en Marienplatz junto a las cabinas de teléfono, y estabais todos. Cuando llegamos Almudena y yo recuerdo que dijo David: «El grupo va mejorando». Desde el principio se notó que le gustaba mi amiga, lo cual suele ocurrir, es muy guapa.

—Cierto, lo es, pero lo decía por las dos. Menudo latazo me dio luego

hablando de vosotras —en ese momento se acercó el camarero y dejando que Alberto decidiera por mí, le encargó un par de cócteles—. ¿Cómo te va con el idioma?, como siempre hablamos en español en realidad no sé cómo lo llevas.

—Bastante bien, en el último mes he mejorado mucho —contesté en alemán—. Procuro pasar más tiempo con alemanes, así no tengo más remedio que esforzarme.

—Bien, pues continuemos —dijo encendiendo un cigarrillo—. Y ahora, ¿vas a decirme que te ocurre con Paco?

—Debí imaginarme que volverías a la carga.

—Vale, de acuerdo, no me lo vas a decir. Tampoco por qué me has llamado hoy. Bien, asumido, no insistiré más.

—Te he llamado porque me gusta hablar contigo. He quedado un par de veces con alguien que conocí hace poco, pero me siento insegura; de él y de mí misma. Necesitaba distraerme, hablar con alguien sensato, con los pies en la tierra —al ver la atención que me prestaba no pude evitar bromear—. Alguien inteligente, culto, atractivo, de ojos azules y que me escuche con la curiosidad que tú lo haces ahora.

Ambos nos reímos.

—Supongo que es verdad... lo de que sales con alguien.

—Sí, más o menos. Y por cierto, ¿podemos volver a hablar en español? Es que hoy prefiero pensar solo en lo que digo y no en cómo lo digo.

—Claro. ¿Hablas con él en alemán?

—No sabe nada de español, lo cual es una ventaja y un inconveniente a la vez. Hay determinadas cosas que no sé cómo expresar y a veces dudo de que me pueda malinterpretar. Ya sabes, cuestiones más sutiles que requieren una habilidad que yo aún no tengo.

—Me parece que esto se convierte en un consultorio sentimental.

—Tampoco era esa mi intención, no pretendo aburrirte... pero querías la verdad —sonreía—. No te burles de mí, es la desventaja de no ser bilingüe como tú.

—Si yo no digo nada.

—Podíamos cambiar de tercio y hablar de ti. Por ejemplo, de tu vida amorosa. ¿Hay alguna chica por ahí que yo no conozca?

—Espera, espera, un momento —replicó alzando la mano—. Si vamos a jugar a esto, hagámoslo con reciprocidad; a cada pregunta, una respuesta... Sí, estoy con alguien. Ahora me toca a mí —parecía divertirse y yo no estaba muy segura de querer continuar— ¿Es de Múnich?

—No lo sé.

—Eso no vale, «no lo sé», no es una respuesta.

—Es la verdad, y te advierto que sé muy poco sobre él.

Alcé la vista hacia el camarero que traía los cócteles. Era el momento de dar un giro a la conversación. Esperé a que nos quedásemos de nuevo a solas.

—Lo estoy pasando muy bien esta noche, pero me gustaría cambiar de tema. Estos últimos días me he venido un poco abajo y he pensado demasiado. Supongo que es mejor dejarse llevar y no dar tantas vueltas a las cosas.

—Tienes razón, siento haberme puesto pesado. Sin conocer los detalles, según mi experiencia, lo mejor es dejar que todo fluya. No hay que forzar; a veces nos empeñamos en que la otra persona vaya al mismo ritmo que nosotros y es un error. Cada uno se encuentra en un momento personal que no se corresponde necesariamente con el del otro. Creo que ahí está la clave... Y ahora, brindemos —dijo levantando la copa—. ¡Por nosotros!

—¡Por nosotros! Espero que este sea el comienzo de una amistad duradera.

—Eso me suena a película.

—Por cierto, ¿cómo se llama ella?

—¿Ella?.. ¡Ah! ¡De modo que te quejas de mis preguntas pero tú eres tan cotilla como yo!

—Vale, vale. A lo mejor tenemos que quedar otro día para que me lo cuentes.

Sentía que mi vida se estaba convirtiendo en una constante contradicción. Analizaba los hechos y programaba mis actos de la manera más objetiva posible y a continuación pasaba a hacer impulsivamente todo lo contrario. Planeaba conversaciones en mi mente que nunca se llevaban a cabo en la vida real; porque mentía, o al menos omitía lo que realmente pensaba. Cuando algo me afectaba podía sentir el nudo que apretaba mi garganta, pero en cambio fingía que todo estaba bien, incluso yo misma llegaba a creérmelo. Entonces, ¿cuál era la realidad?, ¿la que vivía en mi interior o la que mostraba a los demás? Estaba preparada y bajaba lentamente la escalera pensando lo que diría a Harald. Le había oído llegar y también dar prisa a los niños recién levantados. Ines se acababa de marchar y pensé que era el momento oportuno. Al llegar a la primera planta el padre intentaba poner a Maxi el suéter de cuello alto. Yo sabía que era difícil, pero con la práctica había encontrado la forma de conseguirlo sin hacerle daño. Tras dar los buenos días me ofrecí a ayudar. Maxi pareció encantado y Harald aún más. Entablé conversación hasta llegar al punto que me interesaba; iban al centro. Aproveché para preguntar si podía ir con ellos, así me ahorraría esperar el autobús. Harald aceptó conforme y Maxi parecía ilusionado por la novedad. Tuvimos que esperar a Anna mientras se decidía entre la sudadera rosa de la cerdita Peggy o la roja de Ciento un dálmatas. Aquella mañana me sentía benévola y le aseguré que la roja le quedaría genial si la acompañaba del gorro del mismo color y el anorak blanco. La melodía envolvente y obsesiva del Bolero de Ravel se reproducía en el salón con su ritmo y tempo

invariables. Se repetía una y otra vez sin ninguna modificación salvo los efectos orquestales. Sonaba el penúltimo compás en el que un crescendo in extremis acababa con una cadencia estruendosa, momento final que había conseguido llevar mis nervios al límite.

Había empezado a lloviznar y Harald tuvo que cerrar la capota del cabriolé. Sentada en el asiento delantero oía como los niños peleaban detrás. Nada más entrar en el coche había buscado visualmente las gafas de sol, pero no había rastro de ellas. Antes de ponernos en marcha vi como Harald sacaba el estuche del bolsillo de su chaquetón y lo colocaba en un pequeño hueco bajo el volante. Lamenté la maldita lluvia que no daba tregua un solo día; había amanecido soleado pero como la mayoría de las veces pronto se nubló. No había podido llamar a Gerhard, lo haría luego desde una cabina; ahora me tenía que centrar en cómo me las iba a ingeniar para ver la patilla de las benditas gafas. Al estar los niños presentes ni siquiera podía sacar el tema de Aileen para ver su reacción. Ines había preferido mantenerlos al margen y para ellos madre e hija se habían mudado a casa de la abuela. Había perdido toda esperanza, dentro de un rato me bajaría del coche sin haber conseguido nada nuevo. Pero en ese instante nos desviamos de la carretera principal, me miró y dijo:

—Espero que no tengas prisa, nos hemos quedado sin combustible. Será solo un momento, hay una gasolinera aquí cerca.

Me dio un vuelco el corazón, aún no estaba todo perdido.

—Por mí bien, es temprano —me apresuré a decir.

Sólo necesitaba que saliera unos segundos del coche. Anna preguntaba si iban a ir a Kaufhof^[19], Maxi se quejaba de que era muy aburrido, y el padre trataba de poner paz y convencer al pequeño de que lo pasarían bien. Llegamos por fin a la estación de servicio y el empleado se acercó a colocar la boca de la manguera en el depósito. Harald abrió la puerta y salió al

exterior revisando los neumáticos. Tenía que actuar rápido, como mucho disponía del tiempo que tardara en dar la vuelta al coche. Y Anna, como de costumbre, estaría vigilando lo que yo hacía. Pero Maxi empezó a gritar, se quejaba de que su hermana le había pegado. Aprovechando la agitación del momento cogí el estuche y lo dejé caer en el asiento del conductor donde la niña no lo podía ver. Al tiempo que me giraba para ver lo que ocurría detrás, lo palpé y saqué las gafas. Bajé la vista dos segundos para mirar la patilla, y mientras hablaba con ellos volvía a introducir las gafas en su funda. Solo quedaba devolverla a su sitio, bajo el volante. Harald había terminado y se acercaba a la puerta.

—¡Ahí viene vuestro padre!

En el momento en que los niños estaban distraídos la lancé, con suerte de que entró en el hueco. Al tiempo que la puerta se abría yo volvía a acomodarme en mi sitio.

Me habían dejado cerca de Marienplatz y mientras me dirigía hacia las cabinas para llamar a Gerhard una voz repetía en mi cabeza: «¡Lo sabía, era él!». Decidí que pensaría en ello cuando estuviese de nuevo en casa. Allí, tranquila en mi habitación, pondría en orden toda la información que ahora tenía. El mercado de Navidad ocupaba la plaza casi en su totalidad. Decidí que me pararía a mirar en otra ocasión, en aquel momento tenía algo más importante que hacer. Busqué el número en mi bolso y marqué; mientras sonaba el tono de la llamada pensaba que ya se habría marchado, era tarde. Su voz sonó al otro lado.

—Hola, Gerhard, buenos días.

—Hola, dormilona, creí que ya no llamarías —su voz me pareció menos seria que anoche.

—En realidad llevo varias horas despierta y ya estoy en Marienplatz.

—¿Por qué no me has llamado antes?, ¿qué haces ahí?

A los alemanes, en general, no les gustaban los imprevistos. Una vez que habían planificado algo, lo que fuera, debían llevarlo a cabo. De modo que había preparado lo que le diría, algo lo suficientemente convincente como para que aceptase de buena gana el cambio de última hora. Me dijo que saldría en ese momento de su casa y llegaría en cuarenta minutos. Decidí dar un paseo para hacer tiempo. Aunque no tenía ningún motivo especial hoy me sentía optimista. Recapacitar me había hecho ver que me preocupaba demasiado por lo que pudiese ocurrir más adelante, sin darme cuenta de que aún era muy joven y debía correr los riesgos que fueran necesarios, sin más. Había gente por todas partes, se podía respirar el ambiente navideño. Regresé a las cabinas y me paré a mirar la tienda de Café Gourmet que había junto a ellas. Una escogida selección de aromas provenientes de todos los rincones del mundo acercaba al consumidor los valores de calidad, placer, diseño y exclusividad. A través de los escaparates miraba su pulcro interior donde habían sido organizados con esmero molinillos, cafeteras y el resto de accesorios que invitaban a vivir la experiencia de todo un ritual. Con el café me ocurría como con el tabaco, me gustaba todo lo que lo rodeaba, los complementos, incluso su olor, pero no consumía lo uno ni lo otro. Me vi reflejada en el cristal. Estaba sola, alejada de todo mi mundo, mi casa, mi familia, mi país; debía ser fuerte y cuidar de mi misma. Me giré y entonces le vi cruzando la plaza, se acercaba con su paso cadencioso y firme. Me sonrió desde lejos y comprendí que fuese cual fuese el desenlace ya no había vuelta atrás, estaba irremediabilmente enamorada de él.

—¡Hola! —saludó sin acercarse del todo.

—¡Hola!

—Como eres tan imprevisible... no he podido decirte a tiempo que te quedaras en casa esta noche.

Me acerqué a él y poniéndome de puntillas hice ademán de darle un beso.

Se inclinó lo justo para que pudiéramos rozar los labios.

—Y para ello —continuó— necesitarás de algunas cosas imprescindibles... y de otras que solo precisáis las mujeres.

—No he traído nada —reconocí encogiéndome de hombros.

—Pues habrá que solucionarlo. ¿Me acompañas?

Pasamos ante el ayuntamiento y nos encaminamos hacia Kaufingerstrasse, una de las principales arterias comerciales de la ciudad. Esta y la contigua Neuhauserstrasse conformaban en realidad una gran avenida peatonal en dirección a Karlstor, donde se situaban gran cantidad de comercios de moda y grandes almacenes.

—Lo primero es lo primero —dijo mientras entrábamos en uno de ellos—. Cepillo de dientes, desmaquillador, algo de maquillaje, crema para la cara, para el cuerpo, un perfume, desodorante —enumeraba con el gesto concentrado— ¿Falta algo?

Yo le miraba boquiabierto.

—No necesito todo eso para un fin de semana.

—No es solo para un fin de semana, quiero que tengas en casa todo lo que puedas necesitar cuando vengas, así podremos improvisar.

Tenía que reconocer que me gustaba la idea porque aquello significaba que tenía intención de continuidad. Para terminar se reservó la elección del perfume, que contó con mi aprobación.

—Ahora algo de ropa interior —dispuso al salir del centro comercial.

—¿También la elegirás tú?

Acercándose a mí oído susurró.

—Solo si tú me dejas.

Entramos en un coqueto establecimiento donde el silencio y la agradable temperatura reconfortaban tras el frío y el bullicio de la calle. La dependienta nos mostró los racks donde colgaban delicados conjuntos de lencería.

Permanecí como mera espectadora observando con curiosidad como examinaba cada prenda. Las braguitas las había de corte alto, en las que la abertura de las piernas llegaba muy arriba; «bóxer» o culote, con corte a la cadera y cubriendo media nalga con un poco de encaje; bikini, también a la cadera pero más recatada; y tanga, que considerada la más sexy dejaba a la vista el trasero. El muestrario de sujetadores se extendía desde el tipo «balconette», el más provocativo, donde los tirantes nacían en los laterales y era ideal para prendas escotadas; con relleno, para aumentar de talla; reductor, diseñado para mujeres con mucho pecho que deseaban el efecto contrario; e invisible, ideal para ropa ajustada. Estaba casi segura de cuál sería su elección y no me equivoqué: optó por un conjunto negro de sujetador tipo «balconette» y tanga.

—El otro lo escoges tú —decidió mostrando las dos piezas a la altura de mis ojos.

Me dirigí sin titubeo hacia donde había visto exactamente lo que quería. El color era marfil para poder llevarlo con ropa clara. En cuanto al modelo coincidía con él en el tipo de sujetador, pero prefería unas braguitas tipo bikini con las que me sentía más cómoda. Le enseñé mi elección y me dirigí hacia el probador. Cuando casi había terminado apareció la vendedora con un leve camisón de seda en color blanco.

—Su novio me ha pedido que se lo pruebe —dijo con sobriedad entreabriendo la puerta.

Le pedí que le avisara para mostrárselo, pero Gerhard le había indicado que esperaría fuera. Antes de marcharnos se empeñó en coger un par de calcetines de lana y salimos de nuevo al gélido aire del exterior. Me apresuré a subirme el cuello del anorak.

—No has querido ver cómo me quedaban.

—Prefiero esperar a verte en casa, así le daré trabajo a mi imaginación —

reconoció maliciosamente mientras cerraba también el suyo—. Ahora solo nos queda algo para esta noche.

—¿Para esta noche?

—He quedado con Alfred y unos amigos en una disco. ¿Te gusta bailar?

—Me encanta bailar y además hace tiempo que no lo hago.

Sentada en un taburete de la cocina bebía a pequeños sorbos un vino blanco mientras observaba a Gerhard preparar su particular receta de espaguetis. Me había ofrecido a ayudarlo, pero insistió en que como invitada me limitase a darle mi opinión cuando lo probase. A la luz del día su casa se veía distinta. Con el agua hirviendo en la cacerola, la sartén al fuego, las verduras sobre la tabla de cortar y Gerhard metido a cocinero, aquel piso de donjuán emancipado era lo más parecido a un hogar. Se trataba de una vivienda de ciento ochenta metros cuadrados situada en el elitista barrio de Mengerschwaige. De techos altos y estilo minimalista, estilosa y sobria, se correspondía con el carácter acomodado de su entorno. Predominaban los tonos neutros, con pocos pero escogidos muebles de primera calidad en los que abundaban las líneas rectas y sin apenas elementos decorativos. El matiz dorado del parqué, la impecable blancura de las cortinas, la piel natural de los sofás y butacones, y la escala de beis de los cojines, me hacían recordar los reportajes fotográficos de algunas revistas donde se llevaba al extremo la estudiada ausencia de contraste. Era muy luminosa gracias a las grandes ventanas y espejos que cubrían casi por completo la pared, pero a la vez me resultaba un tanto fría. La cama, de dos por dos metros, se situaba en el centro de un amplio dormitorio en cuyo rincón más destacado se habían esparcido grandes cojines sobre una alfombra al más puro estilo árabe, como si se pretendiese reproducir el escenario de los cuentos de Las mil y una noches. Se trataba del único lugar del piso en que se habían permitido la

licencia de romper con la estricta uniformidad monocromática. Le había explicado que en España teníamos la costumbre de mostrar nuestra casa a la persona que venía por primera vez y encogiéndose de hombros bromeó con que ya era tarde y la otra noche había dejado pasar mi oportunidad. Entonces me llevó por cada una de las habitaciones, y me comentó que los otros dormitorios los utilizaban sus padres, hermanos y abuela cuando venían a verle. Desde ese momento empecé a hacer suposiciones de todo tipo, hasta que durante la comida sació mi curiosidad y comenzó a hablarme sobre él. Me contó que había nacido y vivido en Frankfurt hasta que por motivos de trabajo se había trasladado a Múnich hacía algo más de tres años. Su madre había sido una figura del ballet clásico. Su padre era también ingeniero y por su forma de referirse a él se notaba que le admiraba. Su niñez transcurrió entre los cuidados de este y su abuela materna, ya que debido a los continuos viajes de su madre había crecido prácticamente sin ella. Veía aflorar la nostalgia en sus ojos al recordar sus travesuras de aquellos años. Según él, aquellas largas ausencias fueron el motivo de la separación de sus padres cuando acababa de cumplir los diez años. Tras sufrir una lesión permanente su madre tuvo que retirarse. Entonces acordaron que viviría con ella a fin de recuperar el tiempo perdido; no obstante continuó viendo a su padre casi a diario. Le pregunté si estuvo conforme con aquella decisión y me respondió que era lo que había que hacer en ese momento y lo aceptó. Además, de no ser así ella no lo habría soportado. Al contrario de la fortaleza, equilibrio y generosidad que atribuía a su padre, mostraba hacia su progenitora cierto instinto protector y él mismo la definía como una mujer inestable y extremadamente frágil.

Ambos se habían vuelto a casar y habían tenido hijos. Su padre, otro varón con una compañera de trabajo. Su madre, dos niñas con un adinerado aristócrata que a su vez era padre de otra chica. De modo que pasó de ser hijo

único a tener casi cuatro hermanos. Se llevaba bien con todos, aunque se veían muy poco, solo en fiestas y ocasiones especiales. Había entre ellos mucha diferencia de edad, el pequeño solo tenía ocho años, podía ser su hijo. Y para las chicas, de catorce y dieciséis, era el hermano mayor al que admiraban. El marido de su madre siempre le había tratado con cariño, no en vano habían convivido desde que él tenía once años. Además, por el hecho de ser el único chaval de la familia se había convertido en su favorito y disfrutaban haciendo planes juntos, los dos solos. Debía ser un hombre interesante. En sus viajes por los cinco continentes había acumulado todo tipo de experiencias que disfrutaba transmitiéndole. Su abuela materna era austriaca. Había enviudado siendo muy joven y durante los años de gira de su hija se trasladó a Frankfurt para ocuparse de él. Luego, una vez que esta abandonó su carrera, regresó de nuevo a su Viena natal. En realidad la sentía como su madre, había crecido con ella, le había llevado al colegio, dado de comer, bañado y vestido mientras su padre trabajaba. Era una mujer de carácter fuerte, pero cariñosa y divertida. Se le iluminaba la mirada con solo nombrarla. Siempre procuraba reservar algunos fines de semana para ir a verla. Y como curiosidad, ahora sabía porque no había olvidado mi nombre desde nuestro encuentro en la Oktoberfest; se llamaba Elena. La mayor parte de sus vacaciones de Navidad transcurrían en Frankfurt, unos días con su madre y su abuela, y otros días con su padre. En cuanto a sus abuelos paternos, vivían en España desde hacía años, en Mallorca, y aún tenía pendiente ir a visitarlos. Cuando hubo terminado su historia le imaginé teniendo que madurar de golpe a corta edad. En ese momento hubiese deseado levantarme de la mesa y abrazarle, pero no lo hice. Permanecí sentada mientras algo especial ocurría dentro de mí; algo que sería cada vez más difícil de controlar.

Al abrir los ojos tardé unos segundos en recordar dónde me encontraba. Después del almuerzo me había tumbado en la cama y parecía que me había quedado dormida. Estaba oscureciendo. Gerhard se acercaba lentamente, sin hacer ruido, sosteniendo un vaso en la mano.

—¡Hola! —dije estirando los brazos mientras evitaba un bostezo.

—Buen sueño —se había sentado en el borde de la cama y había encendido la luz de la mesita de noche. Me miraba pensativo—. Estabas cansada, debiste dormir poco anoche.

—Sí, dormí muy poco —reconocí todavía somnolienta.

—¿Te recogiste muy tarde?

—No demasiado.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó de repente.

Había estado esperando alguna reacción por su parte y empezaba a pensar que no la habría.

—Se llama Alberto.

Si quería saber tendría que preguntar más.

—¡Es español!

—Es alemán, pero su madre es española.

—Entonces habláis en tu idioma. Más fácil para ti, ¿no?

—Cierto, es más fácil, pero no por eso mejor.

Sentía que se lo estaba poniendo difícil.

—¿Hace mucho que le conoces?

—Antes que a ti.

—¿Sueles salir con él?, quiero decir, los dos solos.

Me imaginaba el esfuerzo que estaba haciendo mientras intentaba aparentar indiferencia. Resultaba divertido, pero decidí que ya no le haría dudar más.

—Ha sido la primera vez y posiblemente la última —dije mirándole a los

ojos.

Sostuvo mi mirada durante unos segundos. Me dedicó esa sonrisa suya de granuja y se puso de pie.

—Cuando no utilizamos la vista desarrollamos asombrosamente los otros sentidos.

Acto seguido y sin mediar una palabra se giró y comenzó a caminar hacia donde había dejado mi ropa.

Cogió el pañuelo que había llevado en el cuello. Lo estiró y empezó a enrollarlo sobre sí mismo. Yo permanecía en silencio observando con curiosidad cada movimiento. Se acercó y después de colocar otra almohada bajo mi cabeza, cubrió mis ojos con el pañuelo haciendo un leve nudo hacia un lado.

—Ahora, empieza a utilizarlos —ordenó con firmeza y se alejó.

Oía como sus pasos se movían por la habitación y a continuación el chasquido al encender una cerilla. Silencio. Le siguió un soplido suave y prolongado. Sus pisadas se acercaban acompañadas del aroma a almizcle de la vela, luego la depositaba en la mesilla. De nuevo se alejaba. Sus manos manipulaban algo que se me escapaba, hasta que una agradable música blues comenzó a sonar. Durante un instante no percibía nada, a pesar de que todos mis sentidos estaban alerta. Inspiraba con fuerza para llenarme del olor que la vela desprendía junto a mí. El tintineo del hielo en el vaso se aproximaba como el sonido de una campanilla en la niebla reclamando mi atención. Entonces empecé a notar como las sábanas se deslizaban hasta mis pies. Su tacto era ligero, casi etéreo. Presentí la cercanía de su cuerpo antes de poderlo atribuir a ninguno de mis sentidos. Sus labios húmedos se posaron sobre los míos. Reconocí el olor a cereza de la crema labial que habíamos comprado por la mañana. Me besó lentamente y el olor se convirtió en sabor pleno, dulce y refrescante. Su boca estaba fría. Distinguía el tenue rastro de su

perfume mientras aquellos labios generosos cambiaban de destino y recorrían ahora mi cuello que se alargaba y exponía ávido de su roce. Aceptaba el tacto de aquellos hábiles dedos que desabrochaban mi camisa botón a botón, uno tras otro, como si quisieran bajar el ritmo de un corazón que latía apresurado; el mío. Sus caricias descendían despacio por mi vientre, explorando con delicadeza, con calma, mientras la música continuaba con su patrón repetitivo y la fragante vela crepitaba con un sonido imperceptible. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, y clavando mis dedos en el colchón, le dejé hacer.

Nos encontrábamos en un moderno y selecto club ubicado en los bajos del Museo Haus der Kunst^[20]. La discoteca era famosa por atraer a importantes celebridades de la ciudad. Disponía de varias pistas de baile con diferentes tipos de música y los más avanzados efectos luminosos. Pude ver al menos cinco barras donde la concurrencia apuraba sus combinados al ritmo de los temas del momento. Gerhard me había explicado que había que ir temprano y bien vestido, de lo contrario los porteros solían poner cualquier excusa para no dejar entrar. Él no era especialmente entusiasta de este tipo de locales, pero Alfred se había empeñado en que fuésemos y había quedado en los alrededores con unos amigos que tenían el acceso garantizado. Una vez allí me alegré de haber aceptado que Gerhard me regalase la ropa apropiada. Si los hombres iban casi en su totalidad con chaqueta y de punta en blanco, en el caso de las mujeres el esnobismo era exponencial. El lugar reunía por metro cuadrado a más personas de clase social alta que la que tendría ocasión de ver el resto de mi vida. Pero también, entre toda aquella gente, meros imitadores de maneras, lenguaje, moda y estilo de vida, se confundían con la élite a la que estaban deseosos de pertenecer. Gerhard sólo tenía que ser él mismo, su exquisita educación y su correcto proceder eran innatos en él. Alfred se movía como pez en el agua, saludaba constantemente a unos y otros, pero

siempre regresaba junto a nosotros. Desde que estaba allí me habían presentado a tanta gente que no sólo me sentía incapaz de recordar sus nombres, sino que algunos incluso no había llegado a oír. Era difícil hacerse entender rodeados del ensordecedor ruido, y a mí particularmente me resultaba más complicado que en una situación normal; por lo que volvía a hacer uso de mi imaginación deduciendo de lo que hablaban. En un momento en que bromeaba con Alfred alejada de Gerhard, vi cómo a este último se le acercaban dos chicas altas y rubias envueltas en conjuntos de alta costura. Se comportaban con demasiada confianza, en especial una de ellas que no dejaba de tocarle con descaro. Al principio me pareció serio o más bien incómodo, pero esto no evitó que les siguiese el juego y tontease con ellas. No miró hacia mí en ningún momento, lo sé porque no le quité la vista de encima. Al cabo de un rato, la que parecía más atrevida le agarró del brazo y se lo llevó aparte donde ya no podía verles.

Alfred, que debió de darse cuenta del malestar reflejado en mi rostro, me acercó hasta una de las pistas donde sonaban grandes hits de años anteriores. Había acertado de pleno con lo que necesitaba en aquel momento y hasta con el tipo de música que prefería para bailar. Con el suficiente alcohol ingerido como para hacerlo con espontaneidad, y con un compañero con tanto ritmo como Alfred, era fácil lucirse. Me sentía especialmente atractiva. El top que llevaba, aunque no era el tipo de ropa que solía usar, debía admitir que me sentaba bien: negro y ajustado, con transparencias en los lugares apropiados para resultar sexy sin estridencias. Suerte que ese día me había puesto unos pantalones negros de pitillo y sólo hubo que añadirle unos zapatos de tacón altísimo que Gerhard se había empeñado en que llevara. Acepté porque al menos así compensaba un poco la diferencia de altura. No acostumbraba a ir muy maquillada, pero para la ocasión lo hice a conciencia. Sabía que con las luces de la disco se me vería muy pálida, por lo que me esmeré y el resultado

me gustó. Resalté los labios en rojo, algo con lo que no me sentía cómoda, pero aquella noche hice una excepción. Por último conseguí darle algo de volumen al cabello con el secador de Gerhard.

Un tipo bastante mayor que yo se había acercado sin tan siquiera reparar en mi pareja del momento. Tras un par de simplezas con las que se regalan los oídos en una discoteca empezó a moverse frente a mí. En otras circunstancias me habría alejado, pero Gerhard seguía sin dejarse ver y aquello me daba la oportunidad de una exigua pero reconfortante venganza. No sabría asegurar cuanto tiempo había transcurrido, a mi parecer era una eternidad cuando apareció de repente.

—Disculpa, pero la señorita está conmigo —dijo interponiéndose entre aquel hombre y yo.

Este se retiró con un gesto de resignación. Alfred se aproximó al verle.

—¿Qué hacéis aquí? Os he buscado por todas partes —preguntó con evidente malhumor.

—Bailar... mientras tú te divertías con tu amiga —me apresuré a contestar acercándome a su oído para que lo oyese bien.

Su expresión era la de quien acaba de recordar algo que había olvidado. Entonces sonrió maliciosamente y de la misma forma que yo antes, me dijo:

—Tienes mucho peligro, pero no te descubro nada nuevo; tú lo sabes de sobra.

Aún permanecimos en la discoteca algún tiempo y Gerhard no se volvió a separar de mí. De vuelta en el coche esperaba que mencionase a la rubia con la que había estado, pero no lo hizo. «Ahora me la está devolviendo», pensé. Me prohibí a mí misma sacar el tema. Ya en su casa me había colocado el bonito camisón blanco y antes de ir a dormir me dije que si no lo aclaraba mi cabeza estaría días dándole vueltas.

—¿Quién era la chica con la que hablabas?

Se sentó en el filo de la cama llevando unos «bóxers» a modo de pijama. Yo permanecía de pie esperando su respuesta. Recorrió mi cuerpo con la mirada y finalmente dijo:

—Es la chica con la que salí el año pasado. Aunque ella no lo acaba de asimilar todo terminó, y por mi parte no hay nada ni lo habrá más adelante. Lo que viste sólo fue un intento suyo por volver, y lo que no viste fue como le dije que no y me volví loco buscándote por toda la discoteca —hizo una pausa—. No tienes que desconfiar de mí, ambos desconocemos dónde nos llevará esto, pero hoy solo puedo decirte que quiero estar contigo el mayor tiempo posible.

Lo había expuesto con la sencillez y determinación de quien no esconde nada. Dio unos golpecitos en la cama invitándome a que me sentara a su lado. Yo no le hice caso y me incliné a darle un beso en los labios.

Capítulo 8. Aileen

Nunca olvidaría aquella mañana de diciembre. Al despertar miré como de costumbre a través de la ventana de mi habitación y el panorama no podía ser más hermoso: la nieve lo cubría todo con su aterciopelado manto impoluto. La caprichosa naturaleza había realizado su trabajo a conciencia durante la noche; tanto que ni duendes hilando madejas de algodón lo habrían hecho más bello. Imaginaba a los vecinos aguardando en sus casas temiendo dejar alguna huella que profanase su blancura. Los primeros rayos de sol resplandecían sobre el candor de aquella maravillosa estampa y pequeños copos volaban etéreos difuminándose en el aire. ¿Cómo había dejado pasar todos estos años sin vivir de cerca este espectáculo?. Mi aventura con la nieve se había limitado a alguna excursión a la sierra donde me había dejado caer pendiente abajo en un trineo alquilado. Mis padres me habían llevado a conocerla de pequeña durante unas vacaciones, pero por mucho que había rebuscado en mi memoria no conseguía visualizarlo. Nunca había esquiado y después de mi experiencia en la pista de hielo tenía muy claro que continuaría sin hacerlo. Pero aquello era distinto. La idílica postal de Navidad que tantas veces había admirado, en esta ocasión era real, y en cuanto bajase a la calle sería una de las figuritas que componían la escena. No era yo la única ilusionada esa mañana; los niños, Ines, todos estaban encantados con la primera nevada. No me importaba el frío, con Maxi de la mano disfrutaba como una cría en nuestro camino a la parada de autobús. Miraba a nuestro alrededor y lo que veía era sencillamente mágico. Con la nieve aún blanda me resultaba más fácil caminar que días anteriores sobre el suelo helado. Ahora no me resbalaba, sólo tenía que apretar el talón e introducirlo ligeramente

para que mi paso fuese firme. Durante el trayecto contemplaba por la ventana del autobús el paisaje ahora desconocido para mí. Las calles, las casas, los árboles ya no tenían el colorido de ayer, todo había cambiado.

Ya de vuelta intentaba abrir el buzón de correo que se había atascado por la nieve. Tuve que dar varios golpes hasta que por fin cedía la portezuela. Al coger los dos únicos sobres observé que un tercero había quedado atascado sobre una pieza metálica. Imaginaba que el cartero, con las prisas, lo habría introducido allí. Apenas podía sentir las manos y me apuré para entrar en la casa. Lo dejé todo sobre el mueble y me quité los guantes. Como era habitual examiné la correspondencia y me alegró ver que había una carta para mí, precisamente la que había quedado atascada. La letra no me resultaba conocida y solo figuraba mi primer apellido. Le di la vuelta, pero solo aparecía una dirección de Núremberg. Sentía curiosidad, no conocía a nadie que me escribiese desde ningún lugar de Alemania. Froté mis manos echándoles el aliento para que entrasen en calor y lo abrí. En su interior había una fotografía de baja calidad en la que una pareja se besaba en un primer plano. Estaba tomada de perfil y se podía ver el brazo extendido de la mujer mientras sujetaba la cámara. Ella era Aileen y el hombre, Harald. Miraba la imagen una y otra vez para asegurarme; no tenía duda, se trataba de ellos. Busqué dentro del sobre pero no había nada más. La fecha del matasellos de correos era del treinta de noviembre, el día antes de su desaparición. Estábamos a doce de diciembre, la carta debía llevar varios días dentro del buzón, atrapada por la lámina metálica que se habría desprendido al golpearlo. Examinando la foto con más detenimiento intentaba encontrar más información, pero esta se limitaba a un edificio desenfocado y las ramas de un árbol. La remitente no podía ser otra que la propia Aileen e imaginaba que las señas eran las de su madre. En este punto surgían varias preguntas. ¿Cuándo había sido tomada la foto? Y lo más importante, ¿por qué me la

había enviado a mí?, ¿con qué intención?

Cuando desayunaba pensaba en ello, mientras planchaba seguía pensando en ello y al recoger las habitaciones de los niños no podía dejar de pensar en ello. Después de introducirla de nuevo en el sobre la había escondido debajo del colchón. No quería ni pensar en que alguien de esta familia la encontrase. Pero aún tenía otra respuesta por descubrir, ¿cómo había conseguido mi apellido? De regreso de la guardería le pregunté a Maxi si sabía cómo me llamaba. Me miró como si de repente se me hubiera ido la cabeza.

—¿A qué viene eso ahora, Elena?

—Me refería a mi nombre completo ¿Sabes cuál es mi apellido?

—Morey —respondió sin dudar, con su acento alemán.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo mamá cuando supimos que venías.

—¿Y aún te acuerdas?

—Sí, claro.

—¿Sabrías escribirlo?

—Sí, lo he visto en los papeles de mamá —su seguridad era abrumadora.

—Esto es solo una prueba de habilidad. Cuando lleguemos a casa si lo haces bien, jugaré contigo a lo que quieras. ¿Trato hecho?

—Creo que voy a ganar la prueba —advirtió con suficiencia—. Es muy fácil.

Nada más llegar coloqué ante él papel y bolígrafo y sin pensárselo dos veces escribió mi apellido correctamente, como si llevara sus cuatro años haciéndolo a diario. Ahora sabía cómo lo había conseguido la vecina, no había duda.

Me encantaban las tardes de reunión con mis amigas en las que nos poníamos al día entre helados, pasteles y chocolate. Acostumbrábamos a

reunirnos en McDonald`s, donde nos tomábamos nuestro habitual Gemischtes Eis mit Sahne, una mezcla de helados de distintos sabores con sirope de chocolate y nata. Pero con la nevada la temperatura había descendido bastante y lo cambiamos por algo más acorde con el tiempo. Almudena había contado a las demás la inesperada visita de su amigo Alejandro desde España, algo que a todas nos había parecido de lo más romántico. Rosa se quejaba de los problemas habituales con los niños que cuidaba y comentaba lo bien que le iba a Paco en el hotel. Parecía que la firme determinación que me había confesado aquel día se había evaporado igual de rápido que le sobrevino. Carmen contaba los días que quedaban para Navidad y hacía planes para las vacaciones. Pilar nos confesaba algo que ya imaginábamos, estaba loca por Josef, uno de nuestros amigos alemanes. Habían tenido un par de citas y no podía disimular la risa tonta cuando hablaba de él.

—¿Y tú, Elena?, ¿qué nos cuentas? —dijo finalmente Rosa.

—Pues yo también estoy saliendo con alguien. En realidad hace muy poco que le conozco, nos hemos visto dos o tres veces.

—A lo mío en realidad no se le puede llamar salir —rectificó Pilar.

—¡Vaya!, ¡qué callado lo tenías! —gritó Rosa entusiasmada moviéndose sobre su silla.

—Por eso te hemos visto poco últimamente —añadió Carmen.

—Este fin de semana he estado con él.

—¡Chica, cuenta!, ¡que nos tienes en ascuas! ¿Quién es?, ¿cómo le conociste?

—Le conocí un día al salir de la Volkshochschule. Estaba con mis compañeros en una cafetería y empezamos a hablar.

Miré de reojo a Almudena que desde el otro extremo de la mesa me mostraba su complicidad.

—¡Hija, qué bien!, a mí no me ocurren esas cosas —dijo Pilar.

—Tú no te quejes, que con Josef tienes suficiente —le objetó Rosa—. Venga, cuéntanos. ¿De dónde es?, ¿cómo se llama?, ¿cómo es? En fin, todo.

En pocas palabras les hablé sobre lo más relevante sin entrar en demasiados detalles.

—¡Qué bien, alemán! ¡Eso está muy bien! Ya verás cómo vas a aprender mucho con él. Además de lo contenta que se te ve. Nos lo tienes que presentar.

—¡Eso mismo pienso yo! —intervino Almudena—. Y si tiene amigos que estén bien, ¡ya estás tardando!

Sin poder evitarlo mi relación con Gerhard se convirtió en el tema de conversación de la tarde. No había querido compartirlo demasiado pronto sin saber si le volvería a ver. Ahora me daba cuenta de que en vez de dos citas a lo mejor serían seis o diez, o quizá veinte, el número era indiferente. La cuestión era simplemente dejarme llevar. Era inútil intentar controlar lo que no dependía solo de mí.

Fuimos a visitar el Christkindlmarkt, el principal mercado de Navidad que se situaba en Marienplatz y alrededores. La plaza estaba resplandeciente. La nieve había cubierto los edificios y las brillantes luces doradas de la iluminación resaltaban como joyas. El público acudía como cada año encantado de participar en aquella tradición ancestral. Sus orígenes se remontaban a los mercados de San Nicolás del siglo XIV. Todos los días sonaba música en vivo desde el balcón del Ayuntamiento. En su centro un fastuoso árbol de Navidad adornado con miles de velas dominaba el lugar. Más de cien casetas de madera ofrecían artesanía, juguetes, velas, y objetos de cerámica y estaño. Pero este no era el único mercado, cada barrio de la ciudad tenía el suyo, con su propio y particular ambiente. Para entrar en calor nos acercábamos a algunos de los puestos donde servían comida en torno a

pequeñas hogueras. Era habitual tomar el famoso Glühwein: un vino tinto con azúcar, canela, clavo de olor, cáscaras de limón y anís estrellado que se servía caliente. En estas fechas también se podían visitar ferias de pesebres y exposiciones de belenes que permanecían abiertas hasta el veinticuatro de diciembre.

Al llegar a casa encontré a Ines sentada frente al televisor. Un tanto alterada me pidió que me quedase con ella; en el resumen inicial del informativo acababan de anunciar la desaparición de Aileen. Los niños ya habían cenado y estaban jugando arriba, en su habitación. Permanecimos atentas. Después de varias declaraciones de políticos y los datos de la economía, hablaron sobre un accidente de autobús y un par de sucesos. Finalmente dieron la noticia. Mostraban su foto, con su dulce rostro y su grácil figura. Había sido tomada en verano y vestía pantalones cortos de color blanco y camiseta negra. Estaba sonriente, favorecida, bellísima. Presentaba una mano ligeramente introducida en el bolsillo del pantalón y con la otra hacía el signo de la victoria. Era la foto más enternecedora y descriptiva que podían haber elegido. Una mujer feliz y pletórica. Se trataba de Aileen Bauman, de treinta años de edad, casada y madre de una niña. Fue vista por última vez en la mañana del uno de diciembre en Núremberg, donde pasaba unos días en casa de la familia. Llevaba doce días desaparecida. De momento no existían pistas fiables y no se descartaba ninguna línea de investigación. Se pedía a quien pudiese proporcionar alguna información, se pusiese en contacto a través de dos números de teléfono que facilitaban bajo la foto. La siguiente noticia trataba sobre la primera nevada en el sur durante los últimos días de otoño.

—¡Es horrible! —se lamentaba—. No me explico que puede haber ocurrido. Seguro que alguien se la ha llevado a la fuerza, la ha metido en un coche y... no quiero ni pensar.

Yo no sabía qué decir. Tenía información que pocas personas conocían, pero ella era la menos indicada para contársela.

—¡Pobre Aileen!, donde quiera que esté —continuó—. ¡Y pobre Eva!, tan pequeña... Gunther estará destrozado. Y su madre... ¡Qué desgracia!

—Supongo que la policía estará siguiendo el rastro de sus últimos movimientos. Según han dicho no descartan ninguna posibilidad. En definitiva, que aún no tienen nada.

Pensaba en voz alta, pero Ines parecía no oírme.

—Voy a tener que decírselo a los niños. Prefiero explicárselo yo, será mejor que si lo oyen de algún vecino o en el colegio.

Me pareció que esperaba mi consenso.

—Tienes razón, seguro que le darás el enfoque más conveniente.

—No sé... A lo mejor lo hago mañana... Sí, al mediodía. Luego me los llevaré por ahí a hacer algo que les divierta; los niños tienden a olvidar rápido y centrarse en lo siguiente. Y de paso aprovecharé para recordarles que no deben hablar con desconocidos, como siempre les digo. Maxi me ha preguntado por Eva en más de una ocasión. Se veían casi a diario desde que nacieron... A veces no sé qué inventar.

Si no la conociera habría pensado que flaqueaba, pero estaba segura que nadie sabría hacerlo mejor que ella.

Subí a mi habitación y telefoneé a Gerhard. Estaba inquieta. Debía ordenar en mi cabeza todo lo que sabía, pero ahora no era el momento, mejor mañana. Hablar con él me tranquilizaba. Se alegró de oírme.

—Ahora mismo pensaba en ti —me dijo.

—Espero que bien.

—Más que eso. Me ha llamado mi madre y me ha dado una noticia muy interesante. Quiero compartirla contigo y espero que te guste tanto como a mí.

—¿De qué se trata?

—Prefiero decírtelo cuando nos veamos ¿Estás libre mañana por la tarde?

—Sí, dispongo de toda la tarde para ti.

—¡Vaya!, eso que dices promete... Salgo a las cinco; entre las cinco y media y las seis estoy en tu casa.

—Muy bien, te esperaré ansiosa. A ti y a tu noticia.

—¿Qué tal has pasado el día?

Le conté que había estado con mis amigas en el mercado navideño.

—De noche con las luces es especialmente bonito. Por cierto, ¿qué tal tu primer día de nieve?

—¡Me ha encantado! He disfrutado como una niña.

—La verdad es que todo estaba precioso. A pesar de que aquí estamos acostumbrados no creas que por eso nos hace menos ilusión; al menos las primeras nieves, luego uno se acostumbra.

—Estoy impaciente por llamar a mis padres para contárselo.

Hablábamos de nuestras cosas, de asuntos corrientes, cotidianos y simples, pero por el mero hecho de compartirlos con el otro cobraban importancia.

Mientras desayunaba llegó Berta. Después de intercambiar algunas frases se dispuso a hacer su faena y yo subí a mi habitación. Había adelantado mi trabajo los días anteriores y disponía de algún tiempo libre. Cerré la puerta, me senté en mi cómodo butacón y con los codos apoyados sobre la mesa dejé caer el rostro entre mis manos. Hoy el paisaje que ofrecía mi particular mirador era menos denso, pero tan bonito como el de ayer. Mis pensamientos fueron directamente hacia lo que más me inquietaba en aquellos momentos, Aileen. ¿Dónde estabas? ¿Por qué me habías enviado la fotografía? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? No tenía ninguna de las respuestas, solo sabía lo que había conocido sobre ella a través de la lectura de su diario. En realidad no estaba segura de llamarlo exactamente así, ya que no escribía en él con

regularidad. Había épocas en que lo hacía muy a menudo y otras en las que se olvidaba de él por completo. Era muy extenso. En él reflexionaba sobre cada hecho y cada conducta que llamaba su atención, así como de sus propias decisiones. Resumiendo aquel despliegue de sentimientos y propósitos, básicamente esto era lo que yo recordaba:

Llevaban en la casa unos cuatro años. Al principio le había costado acostumbrarse a vivir en las afueras; siempre lo había hecho en el casco viejo, al menos desde que se casó con Gunther, su amor, quien le había hecho tan feliz... Pero luego llegaron los cambios. Los destinos internacionales de Lufthansa, a otros continentes, a días y días sin verse. Enlazaba unas rutas con otras como si deseara mantenerse alejado de ella y de Eva. Pero a su vuelta era como empezar de nuevo. Cada regreso era una fiesta, un encuentro fogoso de enamorados, de mimos, de atenciones, y todo lo que había pensado en su ausencia se borraba, se difuminaba y lo olvidaba. Un día tuvo una llamada anónima que le avisaba de que su marido, su amado Gunther, estaba teniendo una aventura. En principio lo ignoró o al menos lo intentó. Tal vez alguien malintencionado, algún compañero resentido, quien sabía. A pesar de sus intentos por restar importancia a aquel extraño suceso, la duda surgió. Empezó a registrar su maleta cada vez que regresaba de su último viaje. Aprovechaba cualquier ocasión, mientras se duchaba, dormía o salía a hacer un recado, para buscar entre su ropa. Tanta perseverancia dio resultado y halló lo que buscaba; o mejor dicho, lo que nunca habría deseado encontrar. Primero, una nota. Luego, una foto, cartas, regalos, llamadas a escondidas. Empezó a seguirle e iba descubriendo cada vez más. Encuentros furtivos... No sabía si su último descubrimiento era mejor o peor que lo que ya sabía, pero resultó no ser la única. No tenía una amante ni siquiera dos. Cada temporada cambiaba de

acompañante como para no aburrirse, como parecía que le había ocurrido con ella.

Entonces, como un obsequio, como el aire fresco de la mañana que borraba todas las pesadillas de una mala noche, apareció él. Su simpatía desbordante, sus atenciones, su amabilidad, su encanto. Podían hablar durante horas sin importar el tiempo, se le hacía corto, escaso, siempre deseaba más. De nuevo se sentía bonita, atractiva, seductora. Volvía a arreglarse cada mañana por si lo veía. Siempre había estado ahí, pero ahora se miraban con otros ojos, se habían descubierto el uno al otro. El cambio había sido tan radical que ya no le importaba lo que hiciese Gunther, ni dónde, ni cuándo ni con quién. Ya no le seguía ni rebuscaba entre sus cosas. Sus deseos de marcharse lejos habían desaparecido. Este era su sitio y no deseaba estar en ningún otro lugar. Empezaron a verse a escondidas porque ahora sí tenían algo que ocultar. Aquellas tardes de felicidad, en las que dejaba a Eva en la guardería y acudía a su encuentro, se habían convertido en el motivo principal de su existencia. Volvía a amar y ser amada, algo que ya casi había olvidado. A veces le asaltaban los remordimientos, no por su marido, sino por ella, su mujer. Era una buena persona y no lo merecía, pero la vida era así y aunque quisiera no lo podía evitar. Había empezado a eludirla, no quería ser antipática ni descortés, pero cuanto menos contacto tuviese con ella, mejor.

En este momento había un gran salto en el tiempo, meses quizá. Luego volvía con nuevos aires, nuevos proyectos y nuevo bolígrafo.

Berta me hablaba desde la primera planta. Bajé el primer tramo de escalera para poder verla. Me preguntaba si cambiaba las sábanas de los niños o si lo había hecho yo. Creo que en realidad buscaba una excusa para hablar conmigo, igual que hacíamos otras veces, pero hoy no tenía tiempo,

debía concentrarme. Después de responderle que lo había hecho yo, como siempre, regresé a mi habitación.

Algo había cambiado. Aunque él se ha separado se da cuenta de que no es por ella. Siguen juntos y ella disfruta cada encuentro como si fuese el último de su vida, pero él está distraído, como ausente. A pesar de ello ahora todo es más sencillo; él es libre y se ven en su casa, en el centro. La relación con Gunther es inexistente, hace meses que no tienen relaciones. Cuando regresa de sus viajes se limitan a compartir la casa, nada más.

Transcurre de nuevo algún tiempo sin que se acerque al diario. Hasta que irrumpe de repente, excitada.

¡Gunther ha vuelto! Su Gunther, el de siempre. Le ha pedido sentarse tranquilamente y hablar. Quiere que estén juntos de nuevo, aunque nunca se hayan llegado a separar. Desea compartir su vida con ella, la echa de menos. No sabe lo que les ha ocurrido para llegar a esta situación, pero la sigue amando. Entonces ella, cansada de callar, estalla, ya no puede más con este juego. ¿Es que no merece ser querida de verdad? Necesita estabilidad emocional y hace ya tres años que no la tiene. Ya no soporta los bruscos y repentinos cambios de humor de uno y otro hombre sin saber los motivos, sin una explicación. Ha estado al borde de la locura en varias ocasiones, no puede continuar así. Le dice que lo sabe todo, sus incontables infidelidades, sus amantes de ida y vuelta, su abandono. No puede olvidar tan fácilmente.

Cuando regresa de nuevo al abrigo de su escritura tras otra ausencia, está confundida.

Gunther le ha pedido perdón. Será paciente, esperará lo que haga falta y la conquistará de nuevo, día a día, jurándole esa fidelidad que no cumplió. Ha sido un necio por no darse cuenta de todo lo que tenía en su hogar y que ahora intentará recuperar cueste lo que cueste. Pero es demasiado tarde. Durante todo este tiempo su relación prohibida continuó. Ya no la llenaba como antaño, pero la necesitaba, y aquellas citas a escondidas habían tenido consecuencias. Ya no había marcha atrás. Se lo diría. Esperaba el momento oportuno, ese que llevaba días buscando y nunca hallaba. Hoy lo haría. Gunther volvía a estar lejos, tardaría varios días en regresar. Le llamaba cada noche, le decía que la amaba, que pensaba en ella y que con paciencia todo volvería a ser como al principio. Pero le parecía tan difícil... y la carga era tan pesada... que ya estaba cansada. Si no fuese por Eva habría terminado hacía tiempo, pero su hija era todo para ella y nunca la abandonaría.

Ahora su letra había cambiado, era casi ilegible.

Acababa de regresar a casa tras su encuentro furtivo. Eva dormía plácidamente y ella creía morir de angustia, de dolor. Había hablado con él, le había confesado su estado y él, lejos de alegrarse, se había enfurecido y había gritado como nunca antes lo había hecho. Le pidió que abortara, él la ayudaría, pero ese niño no podía nacer.

En este punto la tinta del bolígrafo se había corrido con sus lágrimas, no había duda, y no había conseguido descifrarlo.

Al día siguiente, más serena, piensa que lo mejor es alejarse unos días

para reflexionar. El aborto no entra en sus planes. Pero ahora que Gunther quiere reanudar su matrimonio, ¿cómo va a decirle que está embarazada de otro? Los perderá a los dos, lo sabe y lo asume. Aunque parece débil en el fondo es fuerte y saldrá adelante, como siempre lo ha hecho, desde niña. Su secreto quedará oculto aquí, en la intimidad de su rincón preferido. Su madre es demasiado cotilla para llevarlo consigo. Cuando regrese habrá tomado una decisión y la compartirá. De momento se despide hasta siempre.

Mientras bajaba la escalera me preguntaba cuál sería la música con la que Gerhard me sorprendería hoy. Me había asomado a la ventana al oír la bocina y le había visto de pie junto a su coche. Me miraba sonriente, siempre lo hacía cuando nos encontrábamos, pero hoy estaba especialmente alegre. Sonaba Strauss, El Danubio Azul.

—¡Eres una caja de sorpresas! —dije al entrar en el coche.

Le di un beso.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! He crecido con los vales de Strauss, mi padre es un apasionado de su música y tiene toda la colección. Todavía conserva los discos de vinilo en sus cajas originales de color rojo y negro.

—¿Qué te parece si tomamos un café por tu barrio?

Solln era una zona residencial que destacaba por sus lujosas villas donde se situaban consultas médicas y despachos de abogados. También se podían ver bonitas casas adosadas como en la que yo vivía. En el centro se encontraba la Fellererplatz con talleres de artesanía, cafés y comercios. A pesar de ello seguía siendo una zona tranquila donde resultaba cómodo el día a día. Durante la semana ambos nos levantábamos muy temprano y Gerhard no terminaba su jornada hasta bien tarde, de modo que solo podíamos disfrutar de algunos momentos como este que a mí se me hacían cortos. Con

una taza de café para él y un chocolate para mí, compartíamos un trozo de Apfelstrudel, el más clásico e internacional de los postres alemanes. Consistía en un hojaldre relleno de compota de manzana con pasas, canela y un toque de ron, que se servía caliente con crema de vainilla o helado.

—Creo que ha llegado el momento de que me cuentes lo que te hace tanta ilusión, me tienes intrigada.

—Como ya te comenté la Navidad la pasaré con mi familia en Frankfurt, y tú me dijiste que irías con Ines a casa de sus padres.

—Así es.

—¿Tienes algo que hacer en Nochevieja?

—No. Bueno, aún no sé. Creo que volvemos a casa para que los niños puedan estar con el padre.

—En cualquier caso estás de vacaciones, ¿no es así? O sea que puedes hacer tus propios planes —afirmó sin esperar mi respuesta—. ¿Qué tal si nos vamos a Viena? Estaríamos tres o cuatro días.

Era algo que no esperaba y tardé en reaccionar.

—¿No te gustaría?

—¡Sí! ¡Claro que me gustaría! ¡Me parece genial! —dije al fin—. Pero ¿cómo se te ha ocurrido?

—Verás, mi madre me ha dado dos entradas para el concierto de Año Nuevo de la Orquesta Filarmónica de Viena.

—¿Te refieres al que se retransmite por televisión?

—Efectivamente. ¿Qué te parece?

—Pero esas entradas son muy difíciles de conseguir, creo que lo hacen mediante un sorteo. Además, imagino que su precio debe ser prohibitivo.

—Cierto. Las solicitudes se presentan durante el mes de febrero y luego, una vez cerrado el plazo, se realiza el sorteo. Mi madre lo solicitó, pero no hubo suerte, ha tenido que valerse de sus contactos. Pretendía llevar a toda la

familia, pero solo ha conseguido dos, para ti y para mí. Aún no me has dicho que te parece.

—¡Que es un sueño hecho realidad! ¿Sabes lo de veces que he deseado estar allí? Lo veía cada año por televisión, desde niña.

—Me alegro de que te guste la idea tanto como a mí.

—Estaba deseando de hablar con mis padres para contarles lo de la nieve, pero ahora con esto no te imaginas la sorpresa que les voy a dar. Gracias por contar conmigo.

—No creas, he sido un poco egoísta. Sabía que con nadie lo iba a pasar mejor, además tienes sensibilidad y adoras la música tanto como para saber apreciarlo. Será una experiencia que no olvidaremos y la viviremos juntos.

Imaginaba que en aquel tranquilo café de barrio todos se conocerían, al menos de vista; pero no me importó. Me levanté de mi asiento y me senté sobre sus rodillas.

—Gracias —susurré a su oído.

Ambos nos observábamos en silencio y me permití decir con la mirada lo que no me atrevía a hacer con palabras. Le besé, como nunca lo había hecho antes, con una parte de mí que aún no le había mostrado.

—Solo por esto merece la pena ir al concierto —bromeó.

Durante el resto de la tarde estuvimos planificando nuestro viaje. No me olvidé de Aileen, no del todo. La recordé de manera fugaz, incluso me sentí culpable durante un momento. Estaba siendo injusta conmigo misma tratando de excusar mi felicidad.

Capítulo 9. Tiempo de Navidad

Marcaba impaciente el largo número de teléfono para hablar con mis padres. Era mi madre quien respondía. ¡Cómo adoraba oír su voz! Recordaba aquellos últimos días en casa y la manera en que nos mirábamos al cruzarnos por el pasillo. No decíamos nada, sobraban las palabras. Podía ver en sus ojos un amago de tristeza, como si deseara gritar «¡Cuánto te voy a echar de menos, hija!», pero se lo callaba porque sabía que yo también la extrañaría y no quería hacerme sentir mal. Yo aprovechaba cada ocasión para tranquilizarla asegurándole que estaría bien. En realidad todo se estaba desarrollando mejor de lo previsto y no me podía quejar. Me entusiasmé describiéndole mi primera impresión con la nieve y cómo había disfrutado. «¡Abrígate bien!», me decía. Había llegado el momento de hablarle de Gerhard y tuve que retocar de manera conveniente la situación en que nos habíamos conocido; lo último que pretendía era preocuparla. Le expliqué que había sido a través de amigos de confianza. Imaginé que si añadía lo mucho que estaba avanzando con el idioma gracias a él le haría sumar puntos. A ella todo eso le parecía bien, pero insistía en que tuviese mucho cuidado. Mi madre pertenecía a ese grupo de personas propensas a inquietarse en exceso por cualquier asunto que afectara a su familia. Me temía que no iba a entender que pasara el fin de año en otra ciudad con un desconocido. Porque eso era Gerhard para ella, alguien a quien aún no había tenido la ocasión de dar el visto bueno. Pensé que el reclamo del concierto podía convertirse en mi aliado. Empecé advirtiéndole que tal vez me vería en la televisión. «¿Por qué, hija? ¿Qué ha pasado?». No, no había sido buena idea. Ahora dudaba.

En cuestión de segundos cambié mi versión. «El padre de Almudena había conseguido las entradas para el concierto muy por debajo de su precio. Iríamos con Carmen y nos alojaríamos en un hotel durante un par de días, así de paso conoceríamos Viena. Pero lo importante de todo esto era ver el concierto en directo. Sería fantástico». Creía que mi improvisado plan no había quedado del todo mal, resultaba convincente... Entonces dijo mi madre: «¿Y Gerhard o como se llame?, ¿no va?»

Mi padre, que era menos suspicaz, se alegró mucho. Este año era especial, su hija estaría allí: «Diviértete, estas oportunidades no surgen todos los días. Disfruta cada segundo y recuerda que yo estaré viéndolo».

Después de nevar durante toda la mañana parecía que la tormenta había dado una tregua. La ciudad resplandecía en la oscuridad bajo la gruesa capa blanca que cubría calles y aceras. Era el día elegido para el sorteo del «Amigo Invisible» y no faltaba nadie. Antes de entrar en la cafetería alguien formó entre sus manos una bola y la lanzó. Los demás nos miramos durante breves segundos mientras sopesábamos la conveniencia de ignorarlo o responder a la provocación. Aquel gesto inocente inició un inofensivo juego que fue subiendo de intensidad de manera gradual hasta terminar en un acalorado enfrentamiento entre dos equipos improvisados.

—¡Alto!, ¡alto! ¡Que no nos van a dejar entrar! —gritó Carmen erigida en mediadora.

Nos sacudimos la seca y desmenuzada nieve, y pasamos al abrigo del local. Con el ambiente cálido del interior fuimos entrando en calor. Tuvimos que unir varias mesas hasta hacer sitio para todos. Carmen se encargó de dividir un folio en pequeños cuadrados donde fue escribiendo cada nombre. Me dediqué a observarles. Cada vez se percibía con mayor claridad las preferencias de cada uno, las miradas delataban. Pilar, con actitud expectante,

no se separaba un instante de Josef. Hugo se había convertido en una pieza del puzle que no conseguía terminar de encajar, pero solía estar cerca de ellos. Sentada a su lado, Carmen había iniciado una conversación con la que trataba de acaparar la atención de David. Este aparentaba seguirla, aunque sin disimular lo más mínimo su interés por Almudena. Mi amiga y él hacían buena pareja, pero para ella el hecho de que fuera tan evidente se había convertido en un obstáculo insalvable. Paco y Rosa parecían seguir tan compenetrados como siempre. Él había dejado de hablarme de manera incisiva para pasar a no dirigirme la palabra. Alberto era el más neutral, no mostraba predilección clara por nadie, aunque yo sabía que era más afín a Almudena y a mí. En cuanto al resto, solo se dejaban ver ocasionalmente y se mantenían al margen de cualquier intención que no fuese la de divertirse un rato. Aprovechando la ocasión había quedado más tarde con Gerhard para que los conociese a todos.

—Un día de estos vamos a repartir papeletas como las que prepara Carmela, pero en vez de con nuestros nombres, con preguntas; y cada uno deberá responder a la que le toque —propuso Alberto.

—Te veo muy curioso —dijo Carmen con suspicacia— a ver, ¿qué es lo que te intriga a ti de los demás?

—Este es un cotilla —sentenció Josef— a ti te iría mejor la psiquiatría en vez de dedicarte a rajarle a la gente.

—No negaré que hay cosas que me gustaría saber y que no sé. Pero vamos, como a cualquiera de vosotros, yo simplemente lo reconozco.

—Pues yo creo que es interesante lo que dice Alberto, sería muy divertido. Además, así nos conoceríamos mejor —ahora era Rosa la que hablaba. Paco, a su lado, se mantenía al margen.

—Pues por mí no habría problema, a día de hoy no tengo nada que ocultar, no sé vosotros —aseguraba Almudena.

—Todo eso está muy bien, ¿pero y si hacemos el sorteo? Venga, ¿quién empieza? —dijo Carmen agitando la bolsa que contenía los trozos de papel convenientemente doblados.

—Empieza por tu derecha, por ejemplo, y la vais pasando. Por cierto, ¿y si a mí me toca Paco o yo a él? —comentaba Rosa.

—Pues nos regalamos nosotros y ya está, no vamos a andar haciendo cambios —habló este por primera vez y me pareció que lo hacía de un humor pésimo.

—Antes de repartir, ¿hemos puesto ya un precio para los regalos? —pregunté.

—¿Qué os parece treinta y cinco marcos? —propuso Pilar.

Hubo a quien le pareció mucho.

—Bueno, pues entre veinticinco y treinta y cinco.

La mayoría aceptó. Fuimos sacando uno a uno los papeles. La bolsa me llegó cuando solo quedaban tres y me tocó Alberto. Por nuestras miradas bien podría haberse tratado de una partida de póker. Nos mirábamos con desconfianza. Hubo algunas caras de alegría y otras no tanto. Para mí la cuestión no era a quién regalar, sino qué. Poco después llegó Gerhard. Solo Almudena sabía que vendría, para los demás fue una sorpresa. Me gustaba ver sus reacciones, tanto las de mis amigos como la de él. Era muy desenvuelto y sociable, y rápidamente entabló conversación con Alberto y Josef. Las chicas, cuando se hubo alejado un poco, se acercaron a susurrarme: «¡Qué guapo es!». «¡Elena está buenísimo!, ¿de dónde lo has sacado?».

Pasamos juntos el fin de semana. Su sola presencia me perturbaba. Alteraba mi equilibrio de tal manera que a veces ni yo misma me reconocía. Con él era atrevida, provocadora, y mi natural propensión a la cautela poco a poco iba desapareciendo. Nos besábamos con pasión entre la gente y reíamos sin control en los momentos más inoportunos. Aquella mezcla de química y

entendimiento propiciaba la cercanía con el otro a través del simple roce de nuestros dedos o cruzando las miradas en la lejanía. Amanecer entre las mismas sábanas, observarle mientras dormía, suponía acariciar el cielo con la punta de los dedos, pero alcanzarlo al fin y al cabo. Al quedarnos a solas tras la cena del viernes le había pedido su opinión sobre mis amigos, y contrariamente a lo que había previsto, una respuesta amable y correcta, una vez más me sorprendió. Describió con detalle la impresión que le había causado cada uno de ellos. Tuve que reconocer que sus observaciones no eran muy distintas a las mías. Se reservó a Alberto para el final. Con él fue excesivamente breve y conciso. Le había parecido un tipo divertido, de interesante conversación, cordial y atractivo.

—Supongo que en esto también coincidimos —dijo con sutileza. Pero antes de que pudiera responder, añadió mientras me miraba de reojo—. Déjalo, prefiero no oír lo evidente.

Apuramos el domingo hasta el final y luego me dejó en casa. Me extrañó no ver a nadie en la planta baja. Cuando subía hacia mi habitación salió Ines a mi encuentro y con mucho sigilo me acompañó hasta arriba. Los niños estaban aún despiertos y no quería que se enterasen. Me contó que el sábado por la mañana estuvo la policía. Primero habían hecho un registro en el domicilio de Aileen, que se había prolongado varias horas. Luego estuvieron en el nuestro, donde también se encontraba Harald viendo a los niños. Les habían acosado a preguntas sobre Aileen y Gunther: su relación con ellos, si habían visto u oído algo raro en los días cercanos a la desaparición y mucho más. Aunque ya les había hablado a los niños sobre el tema, no quería insistir en su presencia, intentaba mantenerlos al margen. Estaba bastante alterada e intenté tranquilizarla. Le explicaba que era normal, lo extraño había sido que tardasen tanto en venir, lo esperaba hacía tiempo. A ella le preocupaba el perseverante interrogatorio acerca del marido.

—¿Y si tiene algo que ver con la desaparición? —me decía.

A mí me parecía lógico que investigasen a todas las personas cercanas y en estos casos la pareja solía ser uno de los principales sospechosos, al menos en un primer momento. Luego posiblemente lo descartarían por falta de pruebas acusatorias o bien porque tuviese una coartada fiable. Me miró muy seria.

—Tú ves muchas películas policíacas, ¿verdad? —las dos nos reímos.

En realidad aquello no tenía ninguna gracia, solo se trataba de una vía de escape.

Me desperté en mitad de la noche. La tranquilidad que había aparentado no era tal, la situación me inquietaba y mucho. Trataba de no pensar en ello, pero era inevitable, sabía demasiado para ignorarlo. Aileen estaba esperando un hijo de Harald. Este le había pedido que abortara y ella había decidido seguir adelante con el embarazo. Ignoraba si a estas alturas lo sabía el marido. Él había confesado mantener una fuerte discusión el día antes, posiblemente estaba informado. Si era así, los dos hombres lo sabían y para ninguno era conveniente el nacimiento de ese niño. Por otra parte estaba la foto. Se había desencantado de Harald y estaba tan desesperada que le daba todo igual. No le importaba hacer pública su relación si de esa forma él también lo pasaba mal. Pero había sido cobarde y lo había dejado en mis manos. La decisión la tomaría yo y no ella. No había sido justa. Habría preferido pensar que se sentía tan sola que una recién llegada se había convertido en su confidente, pero no me podía engañar, en ese caso faltaba al menos una carta, unas líneas con una explicación. Llegado a este punto debía ver lo positivo. Ahora la policía tenía más datos, y yo me quitaba un peso de encima al saber que no era la única en conocer el contenido de aquel diario.

Empezaba una nueva semana y la recta final previa a las vacaciones. Los próximos días transcurrirían inmersos en compras, regalos y celebraciones. El lunes por la tarde, antes de ir a la Volkshochschule, había planificado con Ines las Navidades. Le había contado que iría al concierto de Viena y no había disimulado su asombro. Me entregó el folleto en portugués que Harald le había dado para mí. Insistió en que hasta después de las fiestas no lo necesitaría. Luego fui con Almudena a buscar el abrigo negro que tanto me había gustado.

—No puedo ir al concierto disfrazada de Michelin.

—Oye, ¿cómo va vestida la gente?

—Según la madre de Gerhard hay que ir arreglado pero no de fiesta. Nada ostentoso.

—¿Sabes ya lo que te vas a poner?

—He pensado ponerme unos pantalones negros rectos que me compré poco antes de venir y una blusa blanca de mangas largas en forma de campana, creo que te la enseñé.

—¡Ah!, sí, me acuerdo. La que tiene unos bordados por el cuello... Es muy bonita y apropiada para la ocasión. Me gusta, vas a ir muy guapa. ¿Y de zapatos?

—Unos de tacón altísimo que me regaló Gerhard la semana pasada cuando fuimos a la discoteca.

—Lo malo es la nieve, ¿no?

—Has pensado lo mismo que yo, pero me dijo que iríamos en taxi hasta la puerta. No hay que pisar la nieve, menos mal. ¿Te imaginas con las botas?

Mientras me probaba el abrigo comentamos la noche del viernes. Gerhard le había causado buena impresión, pero el comportamiento de Paco no le había gustado.

—¿Te diste cuenta lo antipático que estaba? No habló casi nada en toda la

noche, a este le ocurre algo.

—Sí, me di cuenta. Está muy raro últimamente.

En su momento tomé la decisión de que nadie sabría lo ocurrido el día del hotel. De otro modo, tarde o temprano llegaría a oídos de Rosa y no quería ser yo la responsable de que hubiese problemas en la pareja.

—Sus amigos son unos esnobs y unos estirados. No he llegado a cruzar con ellos ni dos palabras —continuó.

—Creía que Paco tenía más personalidad, pero se ve que no.

—De todas formas el otro día no estaba normal. Bueno, todo lo normal que puede estar él, claro.

—Tienes razón.

En ese momento entró en el probador la vendedora, que con gesto diligente se disponía a coger el largo del abrigo. Cuando hubo terminado me dijo que podría recogerlo en un par de días.

La bajada de las temperaturas y la llegada de la Navidad hacían que la gente se refugiase en los centros comerciales. Allí, protegidos de las inclemencias del tiempo daban rienda suelta a sus ansias consumistas. Día tras día la apabullante publicidad nos instigaba a adquirir sus productos marcándonos unas pautas minuciosamente estudiadas. La austeridad de tiempos pasados había quedado en el olvido. La fiesta religiosa, la adoración de lo divino y origen primigenio de la celebración, había dado paso al culto a lo material. Ya no había que preocuparse por qué comer, al menos a este lado privilegiado del mundo donde la pregunta más común en estos días era: «¿Qué le regalo, si tiene de todo?». En mayor o menor medida, todos nos dejábamos arrastrar por la euforia de adquirir cosas, objetos que a veces eran innecesarios y solo se trataba de sumarlos a una lista. Observando detenidamente se podían adivinar los gestos compulsivos de cientos de personas a través de los largos pasillos de las catedrales de nuestro siglo. Aun

reconociendo todo lo anterior, Almudena y yo misma nos dejamos llevar por la marea y nos sumergimos en la atmósfera festiva de luces, aromas y villancicos. Aquello no nos hacía más felices, solo se trataba de un impulso irrefrenable que llamábamos necesidad.

La nieve no daba tregua, se esperaban unas Navidades blancas y yo estaba encantada. Pero mi alegría no sólo se debía a los pequeños cristales de hielo que caían sin cesar. Había recibido noticias de España. Mis padres me habían enviado un paquete con productos típicos de nuestra tierra para regalar a Ines. Contenía una selección de vinos de Jerez: Fino, elaborado con uva palomino, tranquilo, seco y con poca acidez; Palo cortado, con el aroma de un amontillado y la boca de un oloroso; y Pedro Ximénez, donde la uva, una vez recolectada, se ponía al sol sobre esterillas para que se produjese una mayor concentración de azúcares que luego le aportaría su dulzor característico. También incluía manjares de la sierra de Cádiz: quesos curados de cabra Payoya y de oveja Grazalemeña; chacinas y embutidos ibéricos; butifarra; lomo en manteca; y chorizo cular. Latas de conservas de Barbate: solomillo de atún, melva canutera, caballa y salmón en aceite. Y por último, miel ecológica y Turrón de Cádiz, a base de mazapán elaborado con yema de huevo y batata confitada. Para ellos lo más importante era que se estaban comportando bien con su hija y con eso, aunque a distancia, habían ganado su aprecio. También había recogido del buzón varias felicitaciones de mi familia y amigos. Estas eran las primeras Navidades que pasaba fuera de casa y tanto la proximidad de las fiestas como las palabras de cariño de todos, hacían aflorar una añoranza que a ratos intentaba solapar.

La tarde fue divertida. Solo el hecho de ver la cara de Ines al abrir el embalaje ya era en sí un espectáculo. Los niños preguntaban por cada cosa que la madre extraía de su interior. Aunque lo mejor vino a continuación,

cuando se empeñó en telefonar a mis padres. Al ser el idioma un obstáculo, tuve que traducirle en un papel algunas frases de agradecimiento. Durante un buen rato le estuve enseñando la pronunciación y ella, aplicada, repetía cada palabra hasta que era más o menos inteligible. Mientras la veía al teléfono leyéndole a mi madre el ensayado discurso, imaginaba la cara de asombro de esta. Me decía que le hablaba, pero no entendía nada. Finalmente me puse al aparato y tuve que hacer una improvisada traducción simultánea entre las voces de unos y otros. Mi madre empezó a contar chascarrillos y al trasladarlos como podía a su idioma los niños reían a carcajadas. Fue uno de los mejores momentos que pasé en aquella casa y he de reconocer que fueron muchos.

Me dejaba aconsejar por Gerhard al elegir un juego de construcción que supusiera un reto para Maxi. Los que tenía los montaba con tanta facilidad que empezaban a aburrirle, e iba necesitando algo de mayor complejidad. Para Anna me decidí por un coqueto neceser de maquillaje para niñas. A escondidas acostumbraba a coger mis pintalabios, aunque no sabía si lo hacía por el objeto en sí o por el único motivo de que me pertenecieran. Antes de encontrarme con él estuve escogiendo su regalo de Navidad. Después de ver muchos relojes adquirí uno multifunción con esfera blanca, agujas y números plateados, y correa de piel grabada en color marrón. Como au-pair no tenía un gran sueldo, pero para ello destiné parte de mis ahorros. También había comprado el de Alberto. Lo llevaba en una bolsa de unos grandes almacenes que Gerhard no dejaba de mirar desde que se había enterado quién era su destinatario. Me consta que resistió su curiosidad todo cuanto pudo, pero finalmente se rindió y tuve que mostrárselo. Me resultaba sorprendente esa actitud suya. No tenía en absoluto el perfil de hombre celoso, todo lo contrario, rezumaba seguridad en sí mismo; pero no sabía por qué no

terminaba de asimilar mi relación de amistad con Alberto.

Los días pasaban con rapidez y transcurría la última jornada de otoño. Esa mañana abrigué bien a Maxi y cortamos camino cruzando a través del campo nevado. Los autobuses tardaban en llegar. El aire helado hacía que me costase vocalizar y cuando llevaba algún tiempo en la calle dejaba de sentir los dedos de los pies. Para mí era una sensación desagradable, pero a Maxi parecía no afectarle. A la vuelta me encontré de frente con Gunther que salía de su casa. Le saludé, aunque al principio pareció no reconocirme. Por las noticias sabía que no había novedades, pero me sentía obligaba a preguntar. Efectivamente nada nuevo. Había venido para llevarse ropa; si la situación se prolongaba tardaría en volver. Desde el registro del sábado se le hacía insoportable permanecer entre aquellas paredes. Tenía prisa y no tardó en despedirse. Me había parecido más entero que la primera vez que le vi, suponía que el tiempo lo serenaba todo por muy horrible que fuera.

Empecé a traducir el cuaderno en portugués de Harald. Me resultaba más fácil de lo que había pensado, el problema era que se trataba de un manual de medicina y algunas palabras las tuve que deducir basándome en el contexto. Otras no me atreví a confirmarlas y las dejé en interrogante. Procuré pasarlo directamente al alemán, pero en algún caso lo hice al español y luego lo buscaría en el diccionario. Al ser un documento breve no me llevaría demasiado tiempo.

El gentío más diverso llenaba las calles. Cenas de empresa, reuniones familiares, y encuentros de amigos y universitarios celebrando la proximidad de las vacaciones. Pubs y discotecas trasnochaban recogiendo la vida nocturna de la ciudad. El espectáculo estaba asegurado. Luces, música, baile, copas, disyoqueis y gogos; todo para ambientar la noche de Múnich. La música disco de los setenta y principios de los ochenta había dado pie a

distintos géneros como el electro-pop o el techno. En algunos casos iban acompañados del sonido metálico de los sintetizadores o tenían un marcado carácter punk. Grupos pioneros como Van Halen o Bon Jovi eran considerados roqueros «glam» y el heavy metal daba músicos de la categoría de Iron Maiden o Judas Priest. Nacía la era del videoclip. La cadena de televisión MTV lo incluía en su programación como nuevo recurso a favor de artistas y sellos discográficos, pero serían «Thriller» y «Billie Jean», de Michael Jackson, los que marcarían la historia de la cadena. Variedad, melodías pegadizas, innovación técnica, mucha imagen y buenas producciones dieron lugar al boom de la música alemana en los ochenta. El estilo conocido como «Sonido Múnich» era un sello de identidad que se nutría del pop europeo, la música de raíces afro estadounidenses, el jazz y la electrónica de vanguardia. Era grabado en los Musicland Studios o en los Union Studio de Múnich. Lo integraban músicos e intérpretes de la categoría de Donna Summer, que había recalado en Alemania iniciando una carrera de éxitos fundamentales para la música disco; o Boney M, cuyos componentes, a pesar de proceder de las Indias Occidentales y Jamaica, desarrollaron toda su carrera en Alemania. Otros ejemplos eran Kraftwerk, inventores del techno pop, con sonido de sintetizadores, cajas de ritmo y uso de ordenadores para sus composiciones; Jennifer Rush; Modern Talking; C.C. Catch; Nena; o Nina Hagen, que destacó sobre todo por su excentricidad.

Era la noche acordada para entregarnos los regalos del Amigo Invisible. Lo habíamos hecho antes de ir a la discoteca, en una cervecería donde estuvimos cenando. Los hubo para todos los gustos: de entretenimiento, de broma, prácticos, totalmente inútiles e incluso indecentes, pero lo importante fue que nos reímos hasta llorar. Yo le había comprado a Alberto una cafetera de diseño retro de un intenso color rojo. Aunque por su aspecto bien podía tratarse de una máquina de gama alta, lo cierto es que había conseguido una

calidad aceptable por un buen precio. Insistió en que tendría que ir a su casa a probarla a pesar de que sabía que no tomaba café. Gerhard se había encaprichado de otra igual, ambos eran consumidores de café, pero en su caso pensaba que los motivos eran otros. Casualidad o destino, yo también le había tocado a Alberto y su regalo fue un radio reloj despertador. Era negro, compacto, de estilo moderno, y sustituía al mío viejo y estropeado. Luego decidimos ir a una discoteca y elegimos una de las más grandes de la ciudad. Disponía de dos enormes pistas de baile ambientadas en distintos tipos de música. Entre ellas existía un espacio para relajar los oídos y poder conversar sin tener que hablar a gritos. Tanto la entrada como las copas tenían precios asequibles y en cuanto al ambiente, no distaba de lo habitual: jóvenes avezados fingiendo lo que aún no eran; féminas curtidas en lides nocturnas interpretando su papel con maestría; y sujetos con varias copas de más tanteando a quien se dejase conquistar. En general nos bastamos para divertirnos entre nosotros y por mi parte solo podía decir que bailé como si al día siguiente estuviese previsto el cierre de todos los garitos del país. No paré en toda la noche, apenas recordaba haberme sentado. Bailé con todos, incluso con Paco. Decidí que no era noche de conflictos y si alguien sostenía alguno conmigo lo tendría que posponer para otro momento.

Al día siguiente, como venía haciendo cada jueves, recogí el correo de Aileen y entré en la casa a regar. Había imaginado que todo estaría alborotado tras el registro, pero suponía que Gunther había recogido antes de marcharse, ya que solo la encontré levemente desordenada. Hice mi trabajo con cariño y esmero, era lo menos que podía hacer por la vecina. Horas antes, al despertarme, había pensado algo y tomé precauciones. En el bolsillo de mi pantalón llevaba los guantes de látex, deseaba asegurarme. Volví a subir al ático y comprobé si la policía había encontrado el diario; ya no estaba.

Recorrí por última vez aquel lugar que no volvería a pisar, no al menos sin la presencia de Aileen. Cuando me disponía a bajar me acerqué hasta la caja de música cuya melodía me había encantado. Los espléndidos pendientes seguían allí, pero había algo más. Se trataba de una fina cadena de oro blanco con un corazón rematado en uno de sus lados por dos pequeños diamantes. Desconocía cuanto tiempo llevaba en aquel joyero, pero no más de dos semanas, el tiempo que había transcurrido desde que lo abrí por primera vez. Que yo supiese Gunther había estado en la casa en dos ocasiones, entonces habría colocado allí la gargantilla. Había estado organizando la casa, era normal. ¡A saber cómo la habían dejado! Salí dejando cada cosa en su sitio, cerré la llave y me marché.

Por la tarde estuve preparando mi pequeña maleta para los días que pasaría con Ines en Stuttgart. Entregué a los niños sus regalos, preferí hacerlo antes de marcharnos. Para mi sorpresa Anna fue muy expresiva, incluso me abrazó; parecía que había acertado. Por fin me estaba aceptando o quizá solo era la magia de la Navidad que lo envolvía todo. Esperaba que cuando concluyera y se llevase consigo los dulces, los adornos y las luces, nos dejase para siempre la armonía y los deseos de paz.

Estábamos a veintidós de diciembre y era nuestra particular noche de Navidad. Gerhard me invitaba a cenar y luego habíamos quedado con unos amigos. Procuré arreglarme especialmente para la ocasión, no nos veríamos de nuevo hasta la víspera de fin de año.

—¡Vaya!, ¡estás muy guapa! —había salido del coche a recibirme.

Al menos con el abrigo me veía más estilizada. Envolví mi cuello con una bufanda de lana de color verde oscuro con pompones negros.

—Gracias, lo mismo te digo.

No era ningún cumplido. Con un chaquetón también negro y bufanda gris estaba impresionante. En realidad lo estaba de todas formas. Nunca había

salido con alguien como él. Tampoco me había importado demasiado, no era esa la principal cualidad que me atraía de un hombre. Pero no me iba a engañar, si además tenía el aspecto de Gerhard, mucho mejor.

—Espero que no tengas que levantarte mañana muy temprano, luego iremos a oír música en directo.

—No demasiado, saldremos sobre las diez. Ya he dejado todo preparado.

—¿Qué tal ayer?, ¿cómo fueron los regalos? —quiso saber.

—Muy divertido y además el mío me ha venido muy bien, un nuevo despertador... El que me traje de España se había estropeado y utilizaba uno viejo de Ines.

—¿Quién te regaló a ti?

—Alberto. ¡Fíjate qué casualidad!

—Vaya, qué bien —dijo sin el menor entusiasmo.

—¿Y tú?, ¿cómo fue la cena con los compañeros?

—Fue una cena muy bien organizada, todo un detalle por parte de la empresa. Estuvo amenizada por los cachondos de siempre, y entre broma y broma, nuestras anécdotas diarias. No estuvo mal.

—¿Y luego adónde fuisteis?

—Estuvimos en varios bares, ya sabes, te vas liando y en cada sitio te encuentras con gente. Esta mañana no me podía levantar ¿Y vosotros?

—Fuimos a una discoteca enorme.

—¿Club Babylon?

—Sí, esa. No paré de bailar.

—Me gustaría haberte visto por un agujerito —dijo mirándome un instante—. Me alegro que te divirtieras, hoy conmigo todavía lo pasarás mejor.

El antiguo espejo de la entrada daba la bienvenida al clásico y tradicional ambiente de la Trattoria Vecchia Roma. Como embajadora de la cocina italiana cuidaba con esmero la elaboración y presentación de sus famosas

recetas. Las enlucidas paredes de estuco brillaban como un mármol finamente pulido a través de todo un abanico de tonalidades. Bocetos de Leonardo da Vinci, de aspecto envejecido, añadían prestancia a un salón donde reinaba la tranquilidad a pesar de que los camareros se afanaban por atender a un gran número de clientes. Espectaculares arañas de cristal colgaban con gruesas cadenas de unos altísimos techos. Los adornos navideños se limitaban a cubrir las discretas ventanas de la calle principal. Nos recibió Fausto, el dueño. Era extremadamente amable y muy divertido, incluso intercambiamos algunas frases en español. Detenidamente nos describía la composición de cada plato del menú; no obstante yo me dejaba llevar por el aspecto apetecible de los que veía pasar destinados a otras mesas. Elegimos Carpaccio de patata con trufa y setas; Cacciucco, un plato preparado a base de cabracho, langostinos y mejillones; y por último, Trofie al pesto alla genovese, una pasta corta cocinada con salsa de albahaca, ajo, piñones, queso parmesano y aceite de oliva. Disfrutamos compartiendo cada uno de ellos mientras un servicio atento cuidaba todos los detalles. Desde el primer momento asumimos la innegable habilidad que tenía Fausto para llevar a su terreno la voluntad de los comensales, y degustamos un delicioso vino blanco siciliano de aroma afrutado y sabor suave que acariciaba el paladar. Mientras Gerhard consultaba la carta de postres coloqué ante él su regalo.

—¡Feliz Navidad! —dije sin disimular mi entusiasmo.

Sonrió observando el pequeño paquete sin tocarlo.

—Muchas gracias, cariño. Me encanta.

—¡Pero si no lo has abierto! —protesté riéndome.

—Me encanta ver la cara de felicidad que tienes ahora mismo sonrojada por el vino.

—Y más que me voy a sonrojar si no lo abres.

—Está bien, allá voy.

Deshacía el lazo y retiraba con cuidado el papel de regalo hasta dejar al descubierto una caja cuadrada con el nombre de la marca. Por fin extrajo el reloj.

—¡Es muy bonito, Elena! —abrió la correa y la colocó alrededor de su muñeca derecha, en la otra llevaba el suyo—. Tiene un diseño moderno y a la vez clásico. Veo que te has fijado en el que suelo llevar y has buscado uno muy diferente.

—Sí, así es. Pero creo que está dentro de tu estilo.

—Totalmente. Me gusta mucho, va conmigo —incorporándose de su silla se inclinó sobre la mesa y me dio un tierno beso—. Gracias de nuevo —susurró.

En ese momento, como si hubiese estado esperándonos, apareció Fausto.

—¡Bravissimo! ¡L'amor che muove il sole e l'altre stelle, non conosce travaglio e regge senza legge!^[21] —exclamó con ese tono jocosos y jaraneros que tan brillantemente sabían emplear los italianos—. Y ahora para endulzar la noche, permítanme que les recomiende como postre una especialidad de la casa: ¡L'originale Tiramisù di Fausto!^[22].

—Sí, cómo no, habrá que probarlo —aceptó Gerhard con humor.

—Pero solo uno para compartir, yo no puedo más.

—De acuerdo. ¡Marchando uno para los señores! —concluyó mientras se alejaba.

Gerhard me observaba con aquella mirada suya que me desconcertaba.

—Me gustaría poder hablar contigo el día de Navidad. ¿Tienes el teléfono de la casa a la que vas?

—Sí, pero no lo llevo encima.

—Vamos a hacer una cosa, te dejo el teléfono de mi madre. Yo estaré allí y al menos podremos charlar un rato, ¿qué te parece?

—Me parece bien ¿Tu madre ha oído hablar de mí?

—Sí, sabe que vienes conmigo a Viena. Además es muy curiosa y me ha estado preguntando.

—Espero que le hayas dado buenas referencias.

—No te preocupes que no le he contado lo engreída que puedes ser y el mal humor que gastas cuando te enfadas —bromeó.

Yo respondía a su provocación en el momento en que nos servían el postre. El camarero nos ofreció unos chupitos a los que invitaba la casa y se marchó dejándonos a solas de nuevo. Mientras probaba el laureado tiramisú, Gerhard se levantó y extendió ante mí un bonito envoltorio con un lazo en forma de flor.

—Feliz Navidad, preciosa —dijo en voz baja a mí oído y me besó en la mejilla. Regresó a su asiento. A través de las velas que adornaban la mesa veía brillar sus intensos ojos verdes. El regalo estaba envuelto con tal esmero que me costó abrirlo. La expectación aumentaba. Venía en una delicada caja ovalada de terciopelo en color beige que al abrirse mostraba lo que parecía el interior de una concha. Dos magníficos pendientes con una perla en su extremo surgían de sus entrañas.

—¡Son... espectaculares! —exclamé atónita, sin apenas encontrar palabras.

—Son desmontables. Para una ocasión especial se pueden llevar completos, largos, como los ves ahora. Para el día a día tienes dos opciones: como solitario de diamantes o añadiendo la perla en versión corta.

—Es demasiado para mí, pero no voy a negar que me encanta —extendí la mano sobre la mesa y él la cogió entre las suyas—. Gracias.

—Tú lo mereces.

El camarero traía la bandeja con los chupitos. Se acercó discretamente temiendo interrumpir.

—¡Felicidades! ¡Que lo disfruten!

Los dos nos reímos.

—Creo que estamos dando un poco de espectáculo a esta gente —
murmuró Gerhard.

—Seguro, pero no me importa. En este momento soy muy feliz.

—Me alegro, esa es mi intención.

Brindamos por nosotros, por habernos conocido y por estar aquella noche en aquel maravilloso lugar. Al despedirnos del dueño, este se permitió darnos un consejo. Supongo que, tras los muchos años de experiencia en que nos aventajaba, aquella noche vio a dos jóvenes demasiado entregados.

—È importante ricordare che con la pazienza s'acquista scienza, Roma non è stata costruita in un giorno. Tempo al tempo. [\[23\]](#)

Y con el tiempo lo recordaría.

Desde allí fuimos hasta un café nocturno en Maximiliansplatz donde nos encontramos con Alfred, un amigo de este y otra pareja. Se trataba de uno de los numerosos locales en los que a diario se podía oír música en directo, y donde la entrada estaba incluida en el alto precio de las consumiciones. Disponía también de una zona de baile que nadie utilizaba de momento. Una clientela no demasiado joven ocupaba las pequeñas mesas dispuestas en torno al escenario. Debía de estar próximo el inicio de la función, pues rápidamente se llenó el local. Apareció en escena un grupo inglés y durante algún tiempo estuvieron preparando sus instrumentos. Alfred se había alegrado de verme. Se mostró tan cariñoso que me dio dos besos, algo que no había hecho hasta el momento. La verdad es que habíamos congeniado bien. Su amigo, un poco reservado al principio, fue adquiriendo confianza en el transcurso de la noche. No sabría decir qué fue exactamente lo que percibí, no hubo gestos ni palabras evidentes, pero de repente tuve la certeza. Eran pareja. Alfred era homosexual y no me había dado cuenta, claro que tampoco tenía por qué saberlo. El lento compás de un ritmo reggae atrajo la atención del público.

Conocía aquella canción, era de Bob Marley. Cuando el cantante, un hombre de tez pálida, ojos claros, y cabello recortado y rubio comenzó su interpretación, pensé que era la reencarnación del célebre jamaicano. Su voz y su entonación lo emulaban a la perfección. En realidad, para ser más exacta, el Marley de los últimos tiempos sonaba más desgarrado, pero no cabía duda de que aquellos músicos eran de una calidad excelente. Durante el tiempo que duró la actuación Gerhard y yo no dejamos de intercambiar miradas. Me di cuenta de que Alfred nos observaba. Al finalizar, Gerhard se dirigió hacia la barra, momento que aprovechó Alfred para sentarse a mi lado.

—Veo que os va bien —dijo mirando hacia su amigo.

—Eso parece.

—Elena, te he tomado afecto, eres una buena chica y no desearía que te hiciesen daño —se detuvo midiendo sus palabras—. Gerhard es buena persona y buen amigo, pero el tema de las mujeres es un poco complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, esto es confidencial, debe quedar entre nosotros.

—Sí, claro.

—Él nunca se implica con nadie. Es atento, dulce, generoso, y eso hace que en poco tiempo las mujeres y chicas como tú os enamoréis de él. No digo que lo haga premeditadamente, pero lo cierto es que miente y manipula de manera reincidente. Este año ha estado con cuatro chicas a las que hacía creer que tenían una relación estable, y al mismo tiempo se veía con muchas otras. Su intención es solo divertirse y nada más.

Ambos mirábamos hacia él que se había encontrado con alguien y charlaba de manera distendida. Hubiese querido hablar, pero mi mente se encontraba demasiado ocupada tratando de asimilar sus palabras.

—Le quiero mucho —prosiguió— somos amigos desde que llegó a Múnich hace tres años, pero no puedo permitir que haga daño a personas

como tú. He visto a otras pasarlo mal. La chica de la discoteca fue la última; mejor dicho, la anterior a ti.

—Él me contó que había salido con ella el año pasado —logré decir.

—¡Qué va!, hacía solo un par de semanas que habían estado juntos. A ella tampoco le ha hablado de ti, lo sé porque la conozco —hizo una breve pausa y tras comprobar que Gerhard continuaba lejos, añadió—. Te ha regalado una pulsera o unos pendientes, ¿verdad?

—Unos pendientes —respondí con apenas un hilo de voz.

—El dinero no es problema para él, lo hace con casi todas. ¿Ya te ha presentado a su madre?

—No, me ha pedido que le llame en Navidad.

Él negaba con la cabeza.

—No tiene remedio. Solo te pido que no te fíes, no creas lo que te dice y ten cuidado. Aquí tienes mi teléfono por si te apetece hablar algún día conmigo —me entregó una tarjeta y sacó otra y un bolígrafo—. Dime el tuyo, por si me entero de algo que te pueda interesar.

Lo anotó y en ese momento vimos como Gerhard se acercaba. Empecé a sentir una desagradable presión en el pecho.

—Os veo muy charlatanes —dijo sonriente.

Debía esforzarme y disimular, necesitaba reponerme rápido. Sacando fuerzas de donde pude alcancé a decir.

—Comentábamos la actuación, ha sido genial.

—Le decía a Elena que aquí suelen tocar buenos músicos, merece la pena venir de vez en cuando —convino Alfred que tendía su mano hacia mí para que me levantase—. Entonces nos vemos el próximo año, que disfrutéis del concierto y ya me contaréis.

Se acercó a darme un beso y susurró:

—Ánimo.

La vuelta a casa fue para mí un infierno. Sentía ganas de gritarle todo lo que había oído hacía unos minutos, pero con eso solo conseguiría parecer una histérica que no podía probar nada. Lo más acertado en aquellos momentos era mantener la calma y procurar comportarme como siempre. En la radio una emisora local hacía sonar una canción de Navidad. No había oído el nombre de la intérprete, pero su voz era clara, limpia y conmovedora; tanto que no pude evitar que dos lágrimas cayeran por mi rostro hasta perderse a través del cuello. Gerhard repetía que estaba muy callada y lo primero que se me ocurrió decir fue que en esas fechas tan señaladas echaba de menos a mi familia, lo cual era cierto. Al llegar a casa salió del coche y me acompañó hasta la puerta. Me aseguró que había sido una noche especial y me besó. Nunca habría imaginado que llegaría el momento en que no lo desearía, pero así era y fingí. Subía con cuidado la escalera a mi habitación y me repetía que tenía que tratar este tema de manera objetiva. No me podía dejar llevar por la furia ni la decepción que me invadía en ese momento. Disponía de unos días, ya lo pensaría mañana o mejor pasado. Ahora necesitaba descansar.

Capítulo 10. El concierto

Acomodada en el asiento delantero del Mercedes de Ines sentía como mis ojos se cerraban mientras la veía conducir. El trayecto duraba unas tres horas. Durante la primera hora y media el alboroto de los niños detrás y la conversación de la madre habían conseguido mantenerme despierta. Pero luego el sonido monótono del motor hacía que el sueño se apoderase de mí sin poder evitarlo. Siendo optimista diría que había dormido unas tres horas y desde bien temprano había oído a los niños en el piso inferior. Ines intentaba distraerme poniendo en práctica su natural capacidad para instruir a los demás dentro y fuera del instituto. Me habló sobre Stuttgart. Era la puerta de entrada a la Selva Negra, un macizo montañoso con una gran densidad forestal situado en el estado de Baden-Wurtemberg, del que la ciudad era la capital. En 1945 había sido casi totalmente destruida por los bombardeos estratégicos de los aliados. Dos años después había competido por ser la capital de la Alemania Occidental, pero Bonn fue la elegida. Me habló de los lugares más interesantes para visitar y de la comida tradicional de la zona, de la que su madre era buena cocinera. A pesar de su esfuerzo, en ese momento no me interesaba nada de todo aquello. Era una lástima, pero mi cabeza estaba en otra parte.

Los padres de Ines y el resto de familiares que tuve ocasión de conocer fueron atentos y cariñosos conmigo. La cena y la comida de Navidad, como no podía ser de otra manera, estuvieron deliciosas. Participé todo lo que pude en los preparativos: acompañando a la madre de Ines al mercado y viéndola elegir frutas y verduras cuya procedencia no me era ajena; ayudando a cocinar recetas desconocidas para mí y que supusieron un gran

descubrimiento; acicalando cuidadosamente la mesa con la vajilla y cubiertos para las ocasiones; y también jugando con los niños y sus primos. Todo ello, a ratos, me hizo olvidar la ausencia de los míos. A pesar de las diferentes costumbres había algo que era universal, la felicidad de reunir a la familia para compartir esos momentos mágicos que con el transcurso de los años algunos extrañaríamos. Recibí presentes de todos y en especial de Ines, que me sorprendió con su generosidad y buen gusto. El día después de Navidad ella y su hermana me acompañaron a dar un paseo por la ciudad. Me llevaron a Schlossplatz o Plaza del Palacio, considerada como el corazón de Stuttgart, donde se celebraban todo tipo de eventos y actividades al aire libre: músicos callejeros, malabaristas y, cuando el tiempo lo permitía, multitud de personas se congregaban en sus jardines para tomar el sol. Se encontraba justo en mitad de la calle más famosa y ajetreada, Königstrasse. Este era el comienzo de casi todos los recorridos por el centro, lugar ideal para mezclarse entre la gente, oír música, tomar café o una cerveza y admirar las casonas típicas alemanas con sus fachadas perfectamente conservadas. Aquella caminata y aquellos días en general fueron para mí un remanso de paz. Estar en familia y alejada de todo lo demás, se tradujo en un retorno a la calma y la sensatez. Cuando regresamos a la casa mi amiga Carmen me había llamado. Mis amigos y yo habíamos sido invitados a la fiesta que celebraría al día siguiente la familia con la que vivía. Ines me animó para que no faltase y aprovechara para divertirme. Ellos se quedarían aún toda la semana, pero yo podía regresar cuando quisiera, comprendían que era joven y lo pasaría mejor con los de mi edad. Por la mañana temprano me llevó en su coche a la estación de tren y regresé a Múnich.

Excepto alguna que otra ausencia, acudimos todos a nuestro lugar de encuentro habitual. Decidieron que iríamos en coche ya que la vuelta sería de

madrugada. Alberto no bebería alcohol, al día siguiente empezaba su guardia en el hospital y debía estar despejado. Josef y Hugo se apresuraron a ir con él, ellos si pensaban beber. Pilar y yo nos unimos. Aunque Carmen había sido contratada como *au pair* en realidad no tenía niños que cuidar. El matrimonio que la acogía tenía tres hijos de edades próximas a la nuestra y su trabajo consistía en ayudar a la madre con las tareas de la casa, además de hacer compañía a la abuela. Los chicos, aprovechando que los padres estaban fuera, habían reunido a sus amigos.

Vivían en una zona tranquila cubierta de árboles con un entramado de calles anchas y hermosas residencias. No faltaba detalle; adornos navideños, farolillos, bombillas de colores, música a todo volumen, alcohol para los gustos más diversos y muchos invitados. También había comida. En una mesa con mantel de papel se presentaban en platos de plástico canapés, salchichas, ensalada de patatas, empanadillas, frutos secos y tortilla española cocinada por mi amiga, sin duda. Tras las presentaciones, unos se lanzaron directamente a servirse sus bebidas y otros preferimos comer algo. Mientras pinchaba un triángulo de tortilla, Paco habló a mi espalda.

—Hay hambre, ¿no? —me giré y vi que sonreía.

—Mucha, hoy apenas he comido. He venido esta mañana de Stuttgart y estaba tan cansada que solo quería dormir.

—Elena, creo que he sido injusto contigo y quiero pedirte perdón.

Parecía decirlo en serio. Empezaba a pensar que era cierto aquello de la magia de la Navidad.

—No hay nada que perdonar, por mi parte hace tiempo que está olvidado.

—Sí, lo sé. Pero he sido un imbécil y no estoy precisamente orgulloso de cómo te he tratado.

—¡Bah!, no tienes que preocuparte, de verdad. Al contrario, me alegro de veros bien a Rosa y a ti —traté de quitar hierro al asunto—. ¿Un poco de

tortilla?, está buenísima.

—No, gracias. Yo, al contrario que tú, sí que he comido y mucho.

En ese momento se acercaron Pilar y Hugo que nos animaban a bailar. Paco se alejó en silencio. Yo seguí a los otros hasta la improvisada pista. Entablé conversación con un par de chicos que me habían presentado, y bebí, creo que demasiado. Como venía siendo costumbre me encontré, sin saber cómo, al lado de Alberto.

—Y la chica con la que sales, ¿es invisible? —dije con impertinencia.

Dio un sorbo a su Coca-Cola mientras sus ojos aparentaban ignorarme. Al cabo de unos segundos sugirió con voz calma.

—Si tienes problemas no lo pagues conmigo.

—¿Yo?, ¿problemas?

—Es lo que parece.

—Ni el más mínimo. Me encuentro bien de salud, mi familia también. Paso un año en una bonita ciudad con gente encantadora que me aprecia. Hago turismo cuando quiero y mi alemán va mejorando bastante. ¿Qué más se puede pedir?

Había intentado trasmitirle una felicidad que en ese momento no sentía, pero me conocía demasiado.

—Claro que tienes un problema, y se llama Gerhard.

—¿Qué sabrás tú? —murmuré entre dientes y dándome la vuelta me marché.

Cada vez me sentía más mareada y me dirigí hacia la salida de la casa. Carmen se acercó.

—¿Adónde te crees que vas?

—Necesito salir a que me dé el aire, me encuentro mal —balbuceé.

—Ahora no puedes salir, ¿sabes el frío que hace fuera? —con decisión me tomó del brazo y me llevó hasta su habitación. Abrió la ventana y me instó a

que sacara la cabeza. Lo hice y una ola de frío me invadió—. Aguanta un rato, ya verás cómo te despejas.

—Es agradable. ¡Uf!, cada vez me cuesta más hablar.

Me retiré unos segundos para colocarme el anorak y regresé a la ventana. Allí fuera todo era quietud y diminutos copos de nieve volaban en el aire. Al rato empecé a sentirme aliviada. Entraron en la habitación Almudena y Pilar.

—¡Qué buena idea!, creo que también lo necesito —me pareció que gritaba Pilar mientras se acercaba.

—Hay espacio para las dos —dije haciéndole sitio— pero abrígate antes.

Alguien intentaba abrir la puerta. Carmen lo despachó con que era cosa de mujeres y no se podía entrar.

—¿Quién era? —quiso saber Almudena.

—Josef. Creo que buscaba a Pilar.

—¡Pues deja que espere! —ordenó esta.

Carmen se había acercado de nuevo hasta nosotras.

—¡Vaya!, ahora te haces la interesante. ¿No andabas loca por él?

—Está muy pesado esta noche.

Permanecimos en la habitación durante bastante tiempo. Me sentía recuperada cuando regresé a la fiesta. Busqué a Alberto y le vi hablando con una chica, parecía animado. Durante un instante tuve la extraña sensación de que me había equivocado. Debía haberle mirado con otros ojos, pero ya era demasiado tarde. Retomé la conversación con los chicos de antes. Ya no me tenía que esforzar tanto, podía hacerlo de manera natural y en parte se lo debía a Gerhard. Fuimos de los últimos en marcharnos, ya casi amanecía. En el coche, sentada junto a Alberto, le comentaba que estaba sola en casa, y él me advertía de que tuviese cuidado y cerrase bien todas las puertas. Miré hacia atrás donde iban Pilar, Josef y Hugo. Un momento antes la había visto besándose con el primero, pero ahora lo hacía con el amigo. Me giré de

nuevo hacia delante un tanto sorprendida. Alberto miró por el retrovisor.

—¡Vaya, cómo están los jóvenes! —dijo con guasa, mientras yo me limité a sonreír.

—¡No me fastidies, chaval! —gritó Josef desde su asiento—. ¿Qué hay de malo en tener sangre en las venas?

Los dejó en el centro; Pilar también se quedó. A continuación seguimos hasta mi casa. Me pidió que le llamase si necesitaba algo. Subí a mi dormitorio, pero la luz del día penetraba con intensidad a través de la delgada cortina. Busqué una manta y la colgué de la barra lo mejor que pude hasta que quedó lo suficientemente oscuro como para conseguir dormir unas horas. Lo hice hasta el mediodía, cuando llamó Almudena para hablar un rato. El resto de la mañana lo pasé en la habitación y luego bajé a la cocina a buscar algo para almorzar. Me dediqué un rato a la lectura de mi última novela de suspense, y al atardecer, fui caminando hasta una pastelería de Solln. Me apetecía dar un paseo y me moría por algo dulce. De regreso, me preparé un descafeinado. Ines lo solía tomar por las tardes, de lo contrario no podía conciliar el sueño. No estaba mal, suponía que era cuestión de acostumbrarse. Había llegado el momento de afrontar lo que había estado aplazando, ya casi había transcurrido una semana. Comencé repasando con detenimiento las palabras de Alfred. Todo lo que había dicho se refería al pasado, con anterioridad y con otras. Había llevado un doble juego, mentido y manipulado. Si aquello era cierto, estaba ante un personaje de cuidado. No era tan ingenua como para pensar que conmigo sería diferente, pero debía reconocer que durante el mes que llevábamos juntos no había tenido ninguna evidencia, ni siquiera Alfred había descubierto nada. Si me detenía a pensarlo, mi situación era muy cómoda para Gerhard. En el caso de que continuásemos viéndonos, lo nuestro terminaría cuando yo regresara a España, sin más. Lejos de sentirme mal, triste o defraudada, debía alegrarme

por la oportuna advertencia de su amigo, al menos ya sabía a qué atenerme. Pero aunque ahora me parecía fácil, cuando le tuviese delante sabía que no lo sería. No le había llamado en Navidad, no fue algo premeditado, simplemente no deseaba oír su voz. Mañana prepararí mi maleta para el viaje a Viena y disfrutaría del concierto. El resto ya se vería.

A pesar de que había pasado el día descansando me acosté temprano, me sentía aturdida. Los últimos días había tenido pesadillas, pero ahora que había tomado una decisión esperaba que desaparecieran. No obstante tuve sueños extraños. Oía risas y voces lejanas, casi imperceptibles. Me desperté de repente. Miré mi nuevo despertador y la luz roja marcaba las dos y media de la madrugada; había dormido más de cinco horas. Cuando me incorporaba para ir al aseo oí un ruido que provenía de abajo. Permanecí quieta aguzando el oído y escuché de nuevo el mismo sonido, era como un chasquido. Lo de antes no había sido un sueño, era real. Y había alguien en la casa. Un escalofrío subió por mi espalda recorriendo la nuca y la cabeza. Salí de la cama con cuidado y me acerqué hasta la puerta... Nada. Abrí sujetando el tirador hasta que volvió a su posición inicial. No había nadie. Pisé con cuidado el descansillo de madera; después de cuatro meses ya tenía cierta práctica. Me asomé a la escalera. Todo estaba oscuro y silencioso. Empecé a descender, escalón tras escalón, tan despacio que fui llevando la cuenta, había catorce. Al llegar a la primera planta me vi reflejada en el espejo mural del pasillo. En la penumbra podía ver mi pijama rosa de pantalón corto. Me asomé a las habitaciones de los niños y todo seguía en orden. Cuando me disponía a entrar en la de Ines, se repitió. Ahora lo podía oír mejor; alguien estaba manipulando algún objeto y el ruido provenía de la planta baja o el sótano. Continué bajando lentamente hasta encontrarme en el hall. El corazón me palpitaba tan fuerte que temía que su sonido pudiera delatarme. Respiré hondo y tragué saliva. Abajo todo parecía seguir como lo había dejado horas

antes. A tientas abrí un cajón de la cocina y extraje el rodillo de madera que Ines utilizaba para estirar la masa. Luego me fui acercando hasta la entrada del sótano. La puerta estaba abierta y yo aseguraría que la había dejado cerrada, siempre lo hacía. Mi intención fue encender la luz de la escalera y accioné el interruptor, pero recordé que antes de marcharnos a Stuttgart se había fundido la bombilla e Ines había dicho que la cambiaría a la vuelta. Respiré de nuevo y empecé a bajar. Podía sentir la frialdad de la loza en mis pies descalzos. No había vuelto a oír nada. Me engañaba a mí misma diciéndome que había sido fruto de mi imaginación. Estaba completamente oscuro, pero era capaz de caminar sin tropezar, conocía cada centímetro de aquel lugar. En el momento en que me dirigía hacia el salón, sentí un fuerte golpe en la cabeza y cómo mis piernas se doblaban hasta caer sin sentido.

Alguien repetía mi nombre insistentemente. Intentaba abrir los ojos pero solo lograba realizar un ligero movimiento con los párpados. Percibía un dolor punzante en la cabeza y un frío intenso. Creo que volvía a perder la conciencia. Ahora podía ver una figura nebulosa que se desvanecía. Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir.

—¡Elena!, ¡Elena! ¿Puedes oírme? —la voz sonaba inquieta. Aquel rostro confuso poco a poco cobraba nitidez. Creía conocerle. ¡Claro que le conocía!, ¡era Harald! Trataba de hablar, pero ningún sonido salía de mi garganta—
¡Elena! Si, dime, ¿qué quieres decir?

—¿Dónde estoy? —conseguí balbucear en español.

—Tranquila, Elena. Te has desmayado.

—¿Qué ha pasado? —intentaba levantarme pero me faltaba la fuerza.

—¡Bien!, veo que hablas alemán ¿Sabes quién soy?

—Harald.

—¿Y tú? ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

—Elena.

—¿De dónde eres?

—España. Pero ahora estoy en Alemania, en Múnich.

Le oí resoplar y la tranquilidad volvió a su rostro. Traté de incorporarme pero él me lo impidió.

—Aún es pronto, Elena. Permanece recostada un poco más, estás mareada —cogió aire y lo expulsó con energía—. ¿Qué hacías en la casa?

—Vivo aquí, ¿recuerdas? —entornó los ojos y sonrió. Yo no podía, me dolía demasiado la cabeza.

—¡Pero tú debías estar con Ines en Stuttgart!

—Estuve allí hasta el martes que regresé en tren —respondí haciendo una mueca, la rigidez de la nuca era una tortura.

—Te duele, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Espera un momento, no te muevas.

Subió la escalera y me pareció que me hablaba desde el salón. Pasados unos minutos apareció de nuevo con una pequeña bolsa de la que extrajo una jeringuilla y se dispuso a inyectarme algo.

—¿Qué es eso?

—Es para el dolor —aseguró mientras manipulaba mi brazo—. Ahora sentirás sueño, pero es bueno que duermas un poco.

Desconfiaba, aún no sabía lo que había pasado, pero estaba en sus manos. Al poco tiempo comencé a sentir un gran peso en los párpados y sin poder evitarlo, me dormí.

Al despertar comprendí que me encontraba en el sótano. Empecé a recordar. Había oído a alguien. Atemorizada, había recorrido la casa a oscuras... y entonces vino el golpe. Notaba algo frío sobre la cabeza. Extendí

la mano y lo palpé, era una bolsa con hielo. Acostada sobre el sofá veía como la luz de la mesita alumbraba a su alrededor. Mis ojos buscaron a media distancia y encontré a Harald dormido en un butacón. Me incorporé despacio, estaba mareada. Permanecí algún tiempo sentada hasta que la habitación dejó de dar vueltas. Al ponerme en pie las piernas me temblaban. Me dirigí hacia la entrada sujetándome a los muebles y subí la escalera. Los primeros rayos de sol penetraban a través de los cristales de colores de la puerta principal. La presión en la cabeza había desaparecido. Durante un momento sentí náuseas, pero pronto remitieron y me acerqué a la cocina; tenía sed. La lentitud de mis movimientos hacía que el simple hecho de coger un vaso se convirtiera en una tarea ardua y pesada. Cuando buscaba la botella de agua llegó Harald desde el sótano.

—Veo que estás mejor.

—Al menos me he encontrado con fuerzas para subir la escalera.

—Siéntate, por favor, no debes confiarte. Yo lo haré —anunció mientras entraba en la cocina—. Prepararé algo para desayunar. ¿Recuerdas lo que pasó? —quiso saber tras verter el agua en la cafetera.

—Me desperté, oí ruidos y bajé asustada.

—He visto el rodillo —apuntó con cierto humor. Continuó colocando los platos y tazas sobre la mesa. Retomó su anterior tono de preocupación— Lo siento mucho, Elena. Anoche salí del hospital y vine a coger algunas cosas para la nieve, unas botas y un plumífero. Yo también oí ruidos, los que tú hiciste, y pensé que alguien había entrado en la casa. Ines me dijo que todos estaríais en Stuttgart hasta Año Nuevo.

—Si lo miro por el lado positivo mejor que fueras tú que un ladrón, aunque no sé quién me habría hecho más daño —bromeé llevándome la mano a la cabeza—. ¡Uf!

—Te dolerá algunos días.

—Solo si me toco, con lo que me pusiste se me ha calmado bastante. Por cierto no he mirado si tengo un chichón.

—No, al menos no muy grande, te puse hielo y antiinflamatorio.

—Supongo que nadie mejor que tú para curarme la cabeza.

Ambos sonreímos. Cuando terminamos de desayunar me hizo un reconocimiento superficial. No obstante, consideraba necesario realizarme un examen neurológico más profundo y me dijo que me llevaría al hospital. Apenas tardaríamos un par de horas y nos quedaríamos más tranquilos. Se le veía cansado, ojeroso, al parecer acababa de finalizar una guardia. En el coche, mientras le veía conducir, pensaba en cómo podía haberse comportado de manera tan cruel con Aileen alguien como él. Pero yo solo era conocedora de la interpretación de una persona a la que en realidad no conocía. En un diario se plasmaban sentimientos, pero éstos no siempre se correspondían con la realidad. Él posiblemente daría una versión muy distinta de los hechos.

Se movía diligente por los interminables corredores. Iba unos pasos por delante de mí que le seguía intentando no distanciarme demasiado. La quietud que se respiraba a primera hora en el hospital pronto se vería alterada por el incesante trasiego de pacientes. Saludaba a algunos compañeros entre el personal con el que nos cruzábamos, y por fin llegamos a su consulta, un amplio despacho tan común y aséptico como otros en los que había estado. Me explicaba con detenimiento cada paso de la exploración. Un martillo de reflejos, un diapasón, un oftalmoscopio y poco más, fue el instrumental del que se sirvió para tratar de observar mi nivel de conciencia. Utilizó la escala de Glasgow para valorar mi apertura ocular y mi respuesta verbal y motora. Realizó una exploración de los pares craneales^[24]. Me hizo oler sustancias con olores particulares y me tapó alternativamente uno y otro ojo. Comprobó la elevación de los párpados, que la visión no fuese doble, la movilidad de los

ojos, la sensibilidad de la cara, la audición, el sentido del gusto, y la actividad de cuerdas vocales, lengua y músculo esternocleidomastoideo. En último lugar valoró la fuerza y funcionamiento de mis extremidades, así como la coordinación de mis movimientos. Me alegró saber que los valores de cada parámetro estaban dentro de la normalidad y en principio no era necesario observar la evolución. A pesar de ello, le pidió a un compañero que me realizase un TAC. Una vez que hubimos terminado y comprobó que todo estaba en orden, emprendimos el camino de vuelta hacia la salida. Al llegar a una de las zonas restringidas por la que anteriormente habíamos cruzado, nos dimos de frente con el único rostro conocido para mí tras aquellas sempiternas batas blancas: Alberto. Nos miró a ambos y pareció titubear.

—Buenos días, Harald... ¡Elena!, ¿qué haces aquí?

—¿Os conocéis?

—Desde que llegué —respondí—. Salimos en el grupo del que ya te he hablado.

A su lado, una compañera nos observaba.

—Tuvimos un pequeño accidente en casa y hemos venido a hacerle unas pruebas, pero todo está bien, no hay de qué preocuparse —explicó Harald—. Por cierto ¿ahora empiezas tú?

—Estoy desde ayer por la tarde.

—Te he dejado en el despacho el informe que me pediste. Míratelo a fondo, es importante. Nosotros nos vamos, los dos necesitamos descansar —resolvió Harald poniendo la mano sobre mi hombro.

Me despedí, no sin antes mirar el nombre de la chica en el bolsillo de su bata. Figuraba como Dra. Anette Herder.

Tumbada en la cama había dejado caer la cabeza sobre un par de almohadas mientras descansaba un rato. Acababa de almorzar algo rápido

que me había preparado al regresar del hospital. Harald me había traído y antes de marcharse me dio su número de teléfono. Me dejó un blíster de antiinflamatorios y otro de unos comprimidos betabloqueantes para que los tomara durante unos días. Se suponía que ayudarían a prevenir y mitigar la tormentosa punzada que inevitablemente volvería a aparecer. De momento el dolor había cesado, siempre que no me rozase en el sitio de la contusión. Ante la duda de lo que podía haber ocurrido durante el tiempo que estuve inconsciente, había mirado bajo el colchón de mi habitación para comprobar que la foto continuaba en su lugar. Trataba de recordar la sucesión de hechos de aquella noche, cuando sonó el teléfono. Era Alberto, se había quedado preocupado. Después de oír mi relato me dijo que al menos estaba en las mejores manos. Insistió en que si le necesitaba solo tenía que llamarle, y se despidió. Nada más colgar, volvió a sonar de nuevo. Pensé que se había dejado alguna recomendación en el tintero y respondí con voz cansada.

—Estoy bien, Alberto. Puedes estar tranquilo.

—Soy Gerhard.

—¡Ah! ¡Hola!

—Veo que no era a mí a quien esperabas —podía sentir su malestar.

—En realidad, no en este momento.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Acabo de llegar de Frankfurt y dado que nos vamos mañana por la mañana, consideraba conveniente quedar —hablaba con sequedad.

—¡Claro que sí, ahora mismo voy a prepararlo todo! —exclamé tratando de mostrar entusiasmo.

—Esperé tu llamada en Navidad.

—Lo siento, pero perdí el número.

Tardó en hablar de nuevo. Por mi parte no tenía más explicaciones que

dar.

—En fin... en estos días tendremos ocasión de hablar. Si queremos estar en Viena a la hora de la comida hemos de salir temprano, sobre las siete. Luego podemos desayunar por el camino.

—Muy bien, estaré preparada a esa hora.

—Pues hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

A pesar del frío era un bonito día para viajar. Con la alborada, los rayos del naciente sol brillaban como fuego sobre la nieve. Me había despertado temprano; tuve tiempo suficiente para darme una reparadora ducha caliente, vestirme y terminar de preparar la maleta. De madrugada había tenido que recurrir al antiinflamatorio porque el dolor no me dejaba dormir, pero ahora parecía que el tratamiento preventivo de Harald empezaba a hacer efecto. Me aseguré de dejarlo todo bien cerrado y esperé a Gerhard en el salón. Era puntual. Al verme llegar con la maleta, salió del coche.

—Buenos días —saludé sonriente, intentando actuar como de costumbre.

Él me respondió seco, sin acercarse. Se limitó a coger mi maleta y meterla en el coche.

—¡Allá vamos! Empieza nuestra aventura de Año Nuevo —dije al entrar, buscando la manera de romper la tensión. Viendo que no reaccionaba, proseguí—. ¿Qué tal ha ido la Navidad?

—Muy bien —fue toda su respuesta.

Conducía despacio, como era habitual en él, y sin mirarme. Preferí no forzar la situación y permanecí callada. Salimos de Múnich y me distraje admirando el paisaje. De vez en cuando le observaba de reojo; él se mantenía imperturbable. Acostumbraba a poner música, y hoy habría sido un buen recurso, pero había optado por el silencio absoluto. Estaba incómoda y su

actitud me estaba poniendo nerviosa. Decidí encender la radio. En el momento en que iba a hacerlo, sujetó mi mano.

—Mejor, no.

Había transcurrido casi una hora y me negaba a continuar de aquel modo.

—¿Estás enfadado conmigo? Porque de ser así, me gustaría conocer el motivo. Si es por mi culpa, dime qué he hecho, porque no lo sé —seguía sin responder.

Me dije que de alguna manera le haría hablar.

—¡Vaya!, no esperaba esto de ti. Con tu edad deberías ser más maduro; me llevas varios años, pero no se nota... Alguien con tu mundo, con tus relaciones aristocráticas, esos ambientes tan distinguidos en los que te mueves, tu extensa experiencia con mujeres tan... refinadas, tan sofisticadas... Tu estudiada pose de seductor que provoca fascinación a su alrededor... pero que se cae del guindo cuando una chica sencilla como yo no le llama en Navidad ¿O tal vez son celos de que hable con un amigo? ¿Qué pasa?, ¿estás tan acostumbrado a que suspiren por ti que no sabes encajar que alguien te trate de igual a igual? Pues lo siento, pero no soy de la misma ralea que muchas que hayas podido conocer.

Mi propósito de hablar en tono conciliador solo fui capaz de mantenerlo durante las dos primeras frases. A partir de ahí no conseguí, o no quise, reprimir toda la rabia que llevaba dentro desde la última noche que nos vimos. Las palabras que acababa de pronunciar habían salido de mi boca como dardos arrojados cargados de veneno. La ironía, tan inherente a mí y que trataba por todos los medios de mantener a distancia, había hecho aparición posiblemente en el momento menos oportuno. Por fin me había desahogado, pero enseguida me arrepentí. No debía haberlo hecho, era una bocazas. Habíamos salido a una carretera secundaria. Pisó el freno a fondo y paró a un lado. Desabrochó su cinturón de seguridad y se arrojó sobre mí

besándome con furia, tanto que me hacía daño. Intenté apartarlo pero no estaba dispuesto a ceder. Yo también estaba furiosa y hubiese querido golpearle; en cambio terminé correspondiendo a aquel beso tan odiado, pero que tanto deseaba. Temía que me estaba adentrando en una espiral sin salida y lo peor era que yo, sin la menor excusa, era totalmente consciente de ello.

—Eres detestable, arrogante, antipática, insolente y, cuando te lo propones, fría como el hielo. Querría odiarte y pasar de ti, pero no puedo... Además, acabas de inventarte unas cuantas palabras... ¿Sabes que estoy creando mi propio diccionario Elena-Alemán?

Su gesto había cambiado, volvía a mirarme con dulzura, con el cariño al que me tenía acostumbrada. A mí me ocurría lo mismo. Le había maldecido con todas mis fuerzas, pero ahora que estaba con él su proximidad me superaba.

—Está bien, hablemos de la Navidad —aceptó con buen ánimo—. Pero antes quiero advertirte de algo que me temo que aún no sabes. Tú, querida, eres de todo menos sencilla.

Tras colocarse de nuevo el cinturón continuamos nuestro camino hasta que paramos a desayunar. Yo también había pedido café, y se extrañó. Me había propuesto que terminaría por hacerme a su sabor. Veía como me estudiaba. Era consciente de mi tez demacrada y la oscuridad bajo mis ojos. Al ver que sacaba de mi bolso el comprimido para el dolor de cabeza, me dijo que parecía cansada y preguntó si me encontraba bien. Entonces le conté lo ocurrido en el sótano. Estaba perplejo. Me hizo muchas preguntas, para algunas de las cuales ni yo misma tenía respuesta. No pareció muy convencido, pero lo dejó estar.

—Lo has debido pasar mal... y yo pensando en tonterías. Si hubiera sabido que estabas en casa me habría venido antes para cuidarte.

No podía evitar pensar que si fingía, lo hacía muy bien.

El hotel, ubicado en un antiguo palacio de la Ringstrasse, combinaba el estilo histórico del edificio con exquisitos toques de modernidad. A nuestra llegada nos recibieron con una cuidada atención y se hicieron cargo de nuestras maletas mientras nos dirigíamos a dar un paseo por el centro. La antigua capital del Imperio austrohúngaro se había convertido durante el siglo XIX en un centro cultural, político y financiero de primer orden mundial. Grandes carruajes paseaban por la Ringstrasse y la Kärntner Strasse en la época de los suntuosos cafés vieneses y de su conocida Ópera Nacional. Destacaban intelectuales como Sigmund Freud, en el psicoanálisis; Otto Bauer, en el pensamiento político; y Gustav Klimt, como principal exponente de la pintura. La Primera Guerra Mundial truncó gran parte de ese esplendor. Tras su derrota estallaría la revolución, lo que llevaría al fin de la monarquía de los Habsburgo, quienes gobernaban el país desde el siglo XIII. Viena se convertía en la capital de la pequeña República de Austria, reducida a su tamaño actual. Pero aún habría de pasar por una dictadura y una guerra civil. Durante el Tercer Reich el país fue anexionado por la Alemania nazi, y desde el balcón central del Palacio de Hofburg pronunció Hitler su primer gran discurso a los vieneses. Fue considerado como uno de los más emotivos del dictador y también de mayor audiencia, debido a la euforia que la anexión causó en parte de la población. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial Viena sufrió los indiscriminados bombardeos aéreos estadounidenses que destruyeron buena parte del patrimonio histórico, teniendo que ser reconstruido tras la contienda. Posteriormente recobraría su independencia y pasaría a ser de nuevo la capital de la República de Austria. La cordillera de los Alpes comenzaba en la ciudad. Incluía los bosques de Viena, muy populares entre sus habitantes y zona paisajística de gran belleza, con el mirador más espectacular del río Danubio a su paso por el centro

indiscutible de la música en Europa.

Caminamos a través de las concurridas calles y plazas, y nos dirigimos hacia el Ayuntamiento. Su imponente fachada de inspiración gótica lucía una esplendorosa iluminación, al igual que el resto de edificios monumentales. Gerhard me explicaba con detalle la historia de cada rincón que encontrábamos a nuestro paso. Me enseñó la casa donde vivía su abuela y donde había pasado largas temporadas de vacaciones cuando era niño. Llegamos hasta la bellísima Catedral de San Esteban, el símbolo religioso más importante de la ciudad y testigo de multitud de eventos en el pasado. Su impresionante tejado estaba compuesto por tejas esmaltadas de varios colores en forma de zigzag y una franja de rombos. Una placa en homenaje a Mozart describía con detalle su relación con el lugar. Además de haberse convertido en su iglesia parroquial durante años y contraer matrimonio en ella, fue el templo donde se bautizaron dos de sus hijos. Poco antes de su muerte había sido nombrado director musical adjunto y su funeral se celebraría en una de sus capillas. Después de varias horas me sentía agotada. Todavía no estaba recuperada y debía reservar fuerzas para los próximos días. Gerhard se adaptó a mi ritmo e hizo todo lo posible para que me sintiera bien.

El día de fin de año el casco antiguo de la ciudad se convertía en una enorme fiesta. Desde el mediodía hasta la noche, el Silvesterpfad o Sendero de San Silvestre garantizaba el mejor entretenimiento que se podía esperar. Los restauradores servían ponche y delicias gastronómicas, y una gran variedad de escenarios ofrecían espectáculos de valeses, operetas, rock, pop y música tradicional. Durante la tarde en la Stephansplatz se podían tomar clases básicas de vals ofrecidas por las escuelas de danza. No lo pensamos demasiado y nos apuntamos. Las opciones para la noche eran muchas: cenas

y cotillones de gala, travesías en barco por el Danubio, baile en el Palacio Imperial y música en los clubs y bares de moda. Con todo esto, y a pesar del frío, las calles estaban a rebosar. Gerhard y yo asistimos a una cena de gala en el hotel, y luego, envueltos en nuestras bufandas y gorros de lana, nos dirigimos hacia la plaza del consistorio. Bailamos el vals, como los demás, y con el maravilloso espectáculo de fuegos artificiales dimos la bienvenida al nuevo año.

Por fin llegó el gran día. Nos habíamos recogido hacía tan solo unas horas, pero estaba tan excitada que no podía permanecer en la cama durante más tiempo. Cuando salía de la ducha Gerhard se había despertado.

—Cómo se nota que no bebiste alcohol —se quejó llevándose la mano a la frente.

—Todo tiene sus ventajas.

—Acércate un momento —dijo señalando el borde de la cama—. ¿Lo has pasado bien? —preguntó mientras acariciaba mi mano.

—Muy bien, ha sido una experiencia muy bonita. ¡Y todavía queda lo mejor!

—Para mí ayer fue un día muy especial. Enseñarte mis rincones favoritos, bailar juntos ese vals, brindar por el recién llegado año... Y hoy hemos despertado juntos en el primer día de muchos que quedan por venir...

Aquellas palabras de romanticismo podían encerrar algo muy bonito o podían estar huecas. Días atrás habría sentido algo muy distinto, pero ahora me reprimía y no dejaba aflorar mis emociones.

—Para mí también, muy especial —me limité a repetir.

Me levanté y empecé a preparar mi ropa.

La Goldener Saal, la Sala Dorada, que albergaba el que seguramente era el

concierto de música clásica más famoso del mundo, se encontraba en el edificio Wiener Musikverein, Club de la música, sede de la Orquesta Filarmónica de Viena. Era considerada como una de las tres salas de conciertos con mejor acústica del mundo, junto con el Symphony Hall de Boston y el Concertgebouw de Ámsterdam. Contaba con capacidad para más de dos mil espectadores. Pero lo más llamativo de ella era su órgano de tubos, su color dorado y las Cariátides, copia de la Acrópolis ateniense, que rodeaban toda la sala. Su belleza se veía engalanada con las flores que cada año regalaba la ciudad de San Remo a tan ilustre acontecimiento. La iluminación principal provenía de varias series de potentes focos. Fastuosas lámparas de araña con colgantes de vidrio daban la nota cálida y ornamental al tercio superior, cuyas ventanas solo permitían el paso de una exigua luz natural. Las cámaras de televisión esperaban para retransmitir en directo a más de medio centenar de países. Gerhard y yo admirábamos el ostentoso salón mientras seguíamos al empleado para que nos indicase nuestros asientos. En el hotel habían tardado en servirnos el desayuno y llegamos con el tiempo justo. Me reconfortaba ver que había acertado con el vestuario elegido para la ocasión. Antes de salir le había pedido a Gerhard que me ayudase a colocarme los pendientes que me había regalado. Él, satisfecho de verme con ellos, levantó el puño de su camisa para mostrarme su nuevo reloj.

La Orquesta Filarmónica de Viena estaba considerada como una de las mejores del mundo. Para ser miembro de ella había que demostrar la valía como virtuoso en un proceso que duraba unos tres años. Durante ese periodo alternaban entre la Ópera y el Ballet, y al finalizar el trienio solicitaban su incorporación a la Plana de la Orquesta, que la formaban todos los instrumentistas titulares. La agrupación estaba compuesta exclusivamente por hombres europeos y de raza blanca, y su sonido especial se debía a ciertas peculiaridades en cuanto a materiales o al tipo de afinación. Ese año le había

sido concedido el honor de dirigir el concierto a Herbert von Karajan. Proveniente de una familia de la alta burguesía, su apellido había sido ennoblecido por la corona en pago a los servicios prestados por sus ancestros. Ya casi octogenario, su aspecto distaba de aquel que le había hecho mundialmente conocido; aun así mantenía su impresionante presencia sobre su podio especial que le permitía hacer su trabajo apoyado. Los músicos vestían traje negro, camisa blanca de puño francés y corbata gris. El director, traje negro de cuello Mao y pajarita del mismo color.

Empezaba la función. Gerhard cogió mi mano y no la soltó hasta los primeros aplausos. Englobó los valeses más famosos de la familia Strauss, Emperador, Delirio y Voces de primavera, interpretado por la soprano estadounidense Kathleen Battle. Incluyó célebres polcas como Bajo truenos y relámpagos, y Pizzicato; así como las dos Annen-Polka, la conocidísima de Johann hijo y la deliciosa e infrecuente de Johann padre. La solista lucía un largo y vaporoso vestido rojo con hombros al descubierto y mangas que caían por encima del antebrazo. El cabello recogido dejaba ver unos delicados pendientes de perlas blancas. Mantenía las manos entrelazadas a la altura de su talle, y en función de la fuerza que transmitía con su voz, las extendía con delicadeza hacía el público. La especial relación del maestro y sus compañeros se reflejaba en sus muestras de respeto y conocimiento mutuo.

Al finalizar el programa principal toda la orquesta se puso en pie y el director se giró hacia el auditorio. Éste, entregado, se sumó a la fiesta entre aplausos y vítores. A continuación sonaban los primeros acordes del Danubio Azul, que como era tradición formaba parte de las dos piezas de propina con la que acostumbraban a obsequiar a la audiencia. De nuevo ovación y un Karajan embriagado, micrófono en mano, nos dedicaba unas palabras deseándonos lo mejor para el Nuevo Año. Primero lo hizo en alemán y a continuación en inglés. En ese momento se desplegó sobre el escenario un

enorme abanico blanco donde se podía leer «¡Prosit Neujahr!», ¡Feliz Año Nuevo! Continuó expresando su anhelo de paz para todos, detalle que propició la aclamación de la sala. Tras este lapso, comenzó el vals del Danubio Azul. Gerhard y yo nos miramos recordando cómo unos días antes lo habíamos oído en un escenario muy distinto. Al terminar la pieza, y con todos de pie, el director bromeó con los espectadores antes de que comenzase a sonar la composición Marcha Radetzky, de Johann Strauss, y la acompañásemos con nuestras palmas. Situado de perfil nos indicaba el compás, mientras sus mínimos gestos eran seguidos con extrema atención por los músicos, haciendo honor a una frase suya: «El arte de dirigir consiste en saber cuándo dejar la batuta para no molestar a la orquesta».

Dos años después tendría lugar su fallecimiento. En medio de una atmósfera donde se entrelazaban la ejecución magistral y una incondicional devoción, finalizó aquel concierto que nunca olvidaría. Asistiría a otros, posiblemente menos solemnes y acompañada de un público muy diferente, pero a todos nos conducía el mismo anhelo: el amor por lo intangible, por aquella revelación que se insertaba en el alma y creaba la armonía.

Capítulo 11. El cuerpo

Era miércoles y las vacaciones aún se prolongarían el resto de la semana. La noche anterior habíamos regresado de Viena y esa misma mañana Gerhard partía otra vez hacia Frankfurt con la intención de pasar unos días con su padre. Al llegar a casa había encontrado a Ines con la maleta preparada. Los niños se habían marchado con Harald y ella permanecería hasta el sábado en la casa de unos amigos. Una hora después pasaron a recogerla. De modo que, de nuevo, volvía a estar sola. No era lo que más deseaba en aquellos momentos y tras hacer algunas llamadas, finalmente quedé con Alberto para almorzar. Fuimos a un restaurante italiano en Theatinerstrasse, donde servían deliciosos platos de pasta a buenos precios. Se interesó por el concierto y le resumí como pude aquella mañana.

—La verdad es que debió de ser una pasada y además con Karajan —dijo mientras se servía el penúltimo trozo de la pizza que habíamos compartido.

—Estuvo genial. Me llamó la atención que dirigía apoyado... se le veía mayor.

—Lo hace de unos años acá. Se cayó de un árbol siendo niño y desde entonces tiene una deformación en las vértebras. Lo curioso es que su padre, siendo médico, no le diera importancia en el momento y con el tiempo se hizo irreparable.

—Debería jubilarse. Ya ha tenido el suficiente éxito en su vida como para tener el ego cubierto.

—Tendrá cerca de ochenta años. ¿Sabes que fue miembro del Partido Nazi?

—No sabía nada.

—Le criticaron después de la guerra. Sus defensores dicen que se unió a ellos solo por el interés de su carrera, pero hubo incluso algunos músicos que rechazaron tocar con él. De todas formas, ha sido el mejor director de este siglo —bebió todo lo que le quedaba de cerveza de una vez—. Te veo bastante mejor, el día del hospital no tenías buena cara.

—¿No sé cómo podéis beber tanta cerveza!

—Tengo sed, me he comido casi toda la pizza.

—Por mí puedes terminarla, hoy no tengo mucha hambre.

—Ya me he quedado sin cerveza.

—Pues bébete la mía... Siempre lo terminas haciendo...

—¿Entonces estás mejor? —repitió cogiendo la pizza con la mano.

—Sí, ya estoy bien. He estado tomando un tratamiento preventivo que me dio Harald. Y lo que me inyectó desde el primer momento me alivió bastante.

—Te pondría un antiinflamatorio.

—Creo que sí, era para el dolor y para dormir.

—¿Para dormir? ¿Cuándo volvisteis del hospital?

—No, antes. Me lo puso cuando recobré el conocimiento después del golpe.

—No te entiendo.

—Cuando volví en mí, el dolor era insoportable. Entonces fue a buscar algo que, según me dijo, me daría sueño. Y así fue, inmediatamente me empezaron a pesar los ojos y me quedé dormida.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Bastante, no sabría decir exactamente. Me desperté a las dos y media de la mañana, oí ruido y bajé hasta el sótano. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, luego me puso la inyección y cuando desperté de nuevo ya había amanecido.

Alberto no paraba de negar con la cabeza.

—Debes de estar confundida. Eso no pudo ocurrir así. Después de un golpe en la cabeza, de haber una contusión con pérdida de la conciencia, que es lo que te ocurrió, el protocolo exige que la persona permanezca estrictamente vigilada y valorar posibles cambios en su conducta. Si se queda dormida de manera natural tiene que ser despertada completamente cada cierto tiempo, pero nunca, jamás, se debe inducir al sueño de manera artificial ni dejar que duerma indefinidamente.

—Pues así fue como ocurrió, no me cabe la menor duda. Lo recuerdo perfectamente.

—Elena, aquí hay algo que no concuerda. Harald es el mejor neurocirujano del hospital —ahora sonreía de manera ficticia—. No puede haber actuado así, no tiene sentido, está fuera de toda lógica. Lo que me estás diciendo es un error que no se admite ni en primero de carrera.

Yo no sabía que decir, estaba tan sorprendida como él. Había visto a Harald a mi lado cuando desperté, me había estado vigilando. Acabaría de quedarse dormido.

—¿Estás insinuando que me inyectó algo que no debía?

—No lo insinúo, si ocurrió lo que dices, cometió una negligencia terrible. Y obviamente era consciente de lo que hacía... pero asumió el riesgo. Mi pregunta es, ¿con qué fin? —su mirada era inquisitiva— ¿Hay algo que yo no sepa?

—Si hay algo, puedes estar seguro de que yo tampoco lo sé.

—Te comentó que había ido a buscar unas cosas, ¿no?

—Me dijo que había terminado una guardia en el hospital y pasó por la casa a coger un anorak y unas botas.

—¿Una guardia? —repitió frunciendo el ceño.

—Sí, me extrañó porque, que yo sepa, no finalizan de madrugada. Aunque en realidad el tema de vuestros horarios no lo terminé de comprender.

—Harald no estuvo de guardia. Lo sé porque yo sí lo estuve.

—Tal vez no os encontrasteis.

—Eso no funciona como tú crees. Además, tenía varios días libres. Elena, está ocultando algo que debe ser lo suficientemente importante para él como para poner en peligro tu vida deliberadamente.

—No exageres. ¿No hay guardias localizables o algo así?, a lo mejor lo llamaron para alguna urgencia.

—Que no, Elena. Allí había el suficiente personal como para no tener que llamarle. Al menos, me dijiste que te había hecho un reconocimiento y un TAC, ¿no?

—Sí —respondí confusa.

—Y no has notado nada extraño estos días.

—No, el dolor remitió y estoy bien.

—Bueno, hay que agradecer que no haya sido nada, pero me dejas preocupado. Voy a averiguar si ese día hubo algo extraordinario en el hospital que yo desconozca. De todas formas, no hizo lo correcto y eso no me gusta nada.

Yo sí que estaba ahora preocupada. Reflexionaba sobre lo ocurrido y en aquel momento la explicación de Harald me había parecido completamente creíble. Además, después de ver su interés, no podía imaginar ni por un momento que hubiese actuado mal deliberadamente.

—Tampoco pretendo asustarte —añadió en tono conciliador—. No sé lo que pudo ocurrir, eso es todo. Seguramente ha habido algún malentendido.

Intentaba recular para que no me alarmase. Al salir del restaurante me propuso ir al cine, creo que pretendía distraerme. Y lo consiguió, al menos de momento.

Al llegar a casa me aseguré de cerrar bien todas las puertas y ventanas, como la noche anterior. Pero luego pensé que en realidad de quien

desconfiaba era de Harald. Estaba con los niños y no se le ocurriría venir durante la noche, no obstante dejé la llave metida en la cerradura bloqueando la entrada. No lo podía evitar; cuando llegaba la oscuridad aquel edificio tan grande despertaba en mí un miedo que no sentía desde que era niña. Dejé encendida la luz de la escalera y me preparé un baño caliente. Me tomé mi tiempo mientras me recreaba contemplando el espectacular cielo de invierno a través de la ventana. Aún era temprano para dormir, pero me recosté en la cama. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando sonó el teléfono. Era Gerhard.

—¡Hola cariño!, ¿cómo estás?

—Pues me acababa de acostar.

—¿Te encuentras bien? ¿Y tu cabeza?

—Estoy bien, ya no me duele ¿Y el viaje? ¿Qué tal?

Aunque me costara reconocerlo, me alegraba oírle.

—No ha estado mal. Hemos estado por ahí todo el día y hace un rato que hemos llegado a casa. Me acostaré temprano, estoy cansado, pero tenía ganas de oírte. Me preguntaba qué estarías haciendo —su voz sonaba tan tierna que estaba confundida.

—Supongo que habrás quedado con tus amigos de toda la vida.

Había llegado a la conclusión de que si no preguntaba, difícilmente podría descubrir qué hacía y con quién.

—Hoy he acompañado a la familia a cenar, a mi hermano le hacía ilusión. Mañana o el viernes quedaré con ellos por la noche para despedirme. La semana pasada los vi a casi todos y en realidad ya no me siento tan identificado con ellos, ahora estoy en otra cosa.

—Supongo que en los tres años que llevas aquí te habrás distanciado un poco.

—Sí, claro, pero no solo de los de aquí. En Múnich ahora mi situación

también es diferente... Estoy en negociaciones sentimentales con alguien que considera que lo mío es «una estudiada pose de seductor».

—Veo que eres rencoroso.

—Hay ciertas expresiones tuyas imposibles de olvidar.

—Dudo que para ti eso tenga la menor dificultad —aseguré con cierta hostilidad.

Dejando oír una carcajada, exclamó.

—¡No sé cómo me puedes gustar tanto con lo antipática que eres!... Dime, ¿qué has hecho hoy?

—He ido al cine con Almudena.

Si se trataba de jugar y mentir, por mi parte no había problema.

—¿Qué habéis visto?

—El último emperador.

—De Bertolucci.

—Efectivamente.

—Me alegro de que te diviertas y estés distraída. Me quedé un poco preocupado con lo del golpe ¿Está él en la casa?

—No, no le he vuelto a ver. En realidad estoy sola de nuevo. Los niños están con él e Ines se ha ido a pasar unos días con unos amigos.

—No me gusta nada que estés ahí sola.

—No te preocupes, estoy bien. He revisado toda la casa y lo he cerrado todo.

—Espero que no vuelva a hacer otra de las tuyas. No he querido decirte nada, pero no me he quedado convencido con la explicación que te dio. Eso de que no viese que eras tú y te confundiera con un ladrón... En cambio, sí supo dónde estaba tu cabeza para golpearte... No sé, a lo mejor veo fantasmas dónde no los hay. Si vuelve a ocurrir algo, llama inmediatamente a la policía. Y no bajes tú sola. ¿Me vas a hacer caso al menos una vez?

—Sí, papá —respondí con desgana.

—Elena, hazme un favor, coge un papel y un bolígrafo.

—¿Para qué?

—¿Quieres hacer el favor?

Fui a hacer lo que me pedía.

—Ya estoy aquí.

—Anota el teléfono que te voy a dar, es de casa de mi padre. Si yo no estuviera, dile a él lo que sea. Cualquier cosa que te ocurra, llámame... Y no pierdas el papel...

Esto último lo había dicho con ironía.

—Vale, de acuerdo —apunté el número y lo dejé junto al teléfono—. Ya está.

—Bueno, me voy a dormir, que no puedo más. No olvides lo que te he dicho —sentí que dudaba y tardó unos segundos en continuar—. Eres muy importante para mí, aunque parece que no quieres creerlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Nada más colgar el teléfono, resoplé. Era tal el desorden de sentimientos que difícilmente iba a conseguir dominarlos. «Está bien —me dije— a otra cosa». Hacía tiempo que había oscurecido, tanto como si fuese de madrugada. Me daba miedo, mucho, pero tenía que hacerlo. De lo contrario, me lo estaría preguntando el resto del tiempo que estuviese en esta casa. Las luces de los dos tramos de escalera estaban encendidas y bajé sin problema. Al llegar a la planta principal, las apagué. Pasé al salón y me acerqué a la entrada del sótano. Todo estaba oscuro, como aquella noche. Abrí la puerta, asomé la cabeza y permanecí escuchando. No se oía nada. Empecé a descender los escalones sin accionar el interruptor. Ines había cambiado la bombilla, pero debía reproducir exactamente las mismas condiciones. Al

llegar al final no podía ver nada. Esperé. Harald llevaba un tiempo a oscuras y sus ojos se habrían acostumbrado. La negrura se iba despejando poco a poco. Me coloqué donde debía haber estado él antes de golpearme y aguardé un poco más. Podía ver. Coloqué ante mí un perchero más o menos de mi altura, y distinguía perfectamente su silueta y la bufanda de cuadros que colgaba de él. A través del tragaluz del salón penetraba el brillo proveniente del alumbrado de la calle. Era débil y amarillento, pero suficiente para ver a alguien con un pijama rosa.

El ajetreo de aquel sábado me hizo volver a la realidad. Los días previos los había pasado en soledad, en una soledad elegida donde no cabían tristezas ni añoranzas. Me había dedicado a disfrutar del silencio de mis palabras, del ritmo de mi inactividad y del gusto por la desidia que se había adueñado del resto de mis jornadas festivas. Mientras los demás apuraban los últimos minutos de reuniones familiares, en mi caso, consumí con complacencia la oportunidad de ser yo misma, sin el deber cotidiano de traducir a lenguaje mis prolíficos pensamientos. Pensé en Gerhard, en lo que parecía ser y en lo que realmente era, un total desconocido para mí. Pensé en Alberto, me habría gustado poder confiar en él y compartir mis descubrimientos sobre Harald, pero si se iba de la lengua supondría un escándalo en el hospital. También pensaba en este último y en lo que pudo ocurrir aquella noche. Con cada pregunta que me hacía surgía una nueva. En el caso en que hubiese sucedido lo que temía, ¿por qué lo hizo? y ¿por qué luego me durmió? Si lo que había creído soñar fue real, entonces, ¿con quién reía? Aparentemente estaba solo, por lo tanto no había otra posibilidad que no fuese el teléfono. Debía armarme de paciencia, algo que no me sobraba, y esperar a que llegase la factura del teléfono para intentar descubrir con quién hablaba a aquellas horas. Conocía el lugar dónde Ines las colocaba cada mes después de echarles

un vistazo. Yo era quien recogía el correo, estaría atenta. En aquel momento Maxi llamaba a mi puerta. Había visto a Harald fugazmente cuando vino a traer a los niños. En menos de un minuto me había preguntado por mi dolor de cabeza, le había entregado la traducción que había hecho del portugués y, tras darme las gracias, se había marchado rápidamente. A mi forma de ver, con demasiada urgencia.

Después de que los niños se hubiesen acostado me quedé conversando con Ines mientras la televisión retransmitía en diferido el final de un partido de tenis. De nuevo volvía a estar en contacto con el mundo y al menos con ella no tenía que andarme con suspicacias. Sonó el teléfono y se acercó a contestar: era Gerhard. En vez de buscar la intimidad de mi cuarto para hablar con él, permanecí allí. Había regresado de Frankfurt, desde donde me había llamado cada día. Me dijo que me notaba rara. Le hice ver que Ines estaba a mi lado y pareció comprender. Ella hacía como la que no oía. Quedamos en vernos a la mañana siguiente y regresé al sofá. Sabía que a Ines le agradaba, se lo notaba, y no tardó en indagar sobre la marcha de nuestra relación. Me dijo que podía venir a casa, estando ella o no, confiaba en mi buen criterio. En la televisión había comenzado el informativo, pero no prestábamos demasiada atención. De repente las palabras de una joven reportera despertaron poderosamente nuestro interés. Fue algo que jamás habríamos deseado oír. Sabíamos que existía esa posibilidad, pero habíamos preferido pensar que el desenlace sería otro muy distinto. Tras más de un mes de búsqueda, el cuerpo de Aileen Bauman, la mujer de treinta años desaparecida en Núremberg desde el día uno de diciembre, había sido encontrado sin vida. El cadáver fue descubierto por una pareja que practicaba montañismo en la región boscosa conocida como «Fränkische Schweiz», Suiza Francona, situada al norte de la ciudad. Debido a las bajas temperaturas y el hecho de haber permanecido semienterrado en la nieve, el cuerpo fue fácilmente

identificable. Había sido trasladado al Instituto Forense para serle practicada la autopsia, en espera de que pudiese arrojar alguna luz sobre las causas del suceso. Con el hallazgo se ponía fin a treinta días de intenso rastreo, durante los cuales había sido batida toda la periferia sin éxito. Ahora las pesquisas irían dirigidas a averiguar si la muerte fue accidental o por el contrario nos encontrábamos ante un caso violento. La periodista que daba la información se había trasladado a la zona del hallazgo, un área montañosa cuyo perímetro había sido acordonado por la policía. En un lateral de la pantalla, la foto de Aileen.

Ines apagó la televisión y ambas permanecimos durante un tiempo sin decir nada. La espera había terminado. Ya no la volveríamos a ver nunca más. Vi como resbalaban lágrimas por su rostro. Cuando se hubo repuesto, comenzó a decir en voz baja:

—No teníamos una gran amistad, ni siquiera éramos amigas, pero nos veíamos a diario y le confiaba a mi hijo...

—Es una tragedia.

Aquellas tres palabras fue todo lo que conseguí articular. Luego me acomodé en el silencio mientras se agolpaban en mi cabeza imágenes y sospechas.

—Cualquiera de las tres posibilidades es horrible —continuó—. Si fue un accidente, es una lástima, una mujer joven y tan llena de vida. Si se suicidó, cabría preguntarnos a todos los que la rodeábamos cómo no nos dimos cuenta de que algo iba mal. Y la tercera, no la quiero ni pensar. Porque si lo hizo alguien, su asesino pudo ser desde un completo desconocido hasta una persona de su entorno o incluso su familia, y eso sería muy duro.

Imaginé que pensaba en Gunther. Viéndola argumentar con tanta serenidad me costaba imaginar su reacción al saber que la víctima esperaba un hijo y que éste era de Harald. En aquellos momentos deseé ser totalmente

ajena al caso y sorprenderme cuando la policía hiciera públicas sus conclusiones.

Era un domingo desapacible, desde que desperté no había parado de llover. Tampoco había pasado buena noche, la noticia de Aileen me había desconcertado. Tal vez resultaba frío expresarlo de esa manera; sin embargo, así era como me sentía. En realidad no la conocía. Me daba pena por ella, por su hija y por sus padres que estarían destrozados. Por Gunter quizá; pero no era capaz de sentir dolor. Ninguna lágrima había salido de mis ojos y me preguntaba si me estaba convirtiendo en una mala persona. Posiblemente era un mal momento, estaba sometida a mucha tensión. Ideas extrañas sobre unos y otros volaban alrededor de mi cabeza y me hacían estar tan alerta que no había sitio para emociones. Era casi la hora en que había quedado con Gerhard. Antes me había telefonado Alberto. Quería hablar conmigo en persona y le dije que nos podíamos ver al día siguiente a mi salida de la Volkshochschule. Al despedirme de Ines me comentó que luego llamaría a la madre de Aileen y ya me contaría. Pensé en hablar a Gerhard del experimento del otro día en el sótano y de cómo había descubierto que Harald pudo verme, pero luego cambié de idea. Por lo que le conocía, insistiría en que me fuera de la casa, y no podía hacer eso. Tenía un contrato y a comienzos del segundo trimestre del curso no podía dejar a Ines en la estacada. Además, ¿y si no ocurrió como pensábamos y tanto Alberto, como Gerhard y hasta yo misma estábamos equivocados?

Esperaba sin demasiado entusiasmo conocer el plan que teníamos para hoy. En realidad no me apetecía ir a ningún sitio. Hacía un día pésimo y pensaba que lo ideal sería preparar una buena comida entre los dos y quedarnos en su casa viendo alguna película. Su coche había llegado, me acerqué y entré. No podía evitar sentir que no había otro mejor, ni siquiera igual que él. Era perfecto, o al menos lo era para mí. Conocía el motivo de mi

ansiedad, temía perderle. Creía que no sería capaz de continuar sin esos momentos a su lado, su mirada, nuestros besos. Las palabras de Alfred resonaban en mi cabeza cada día, y era consciente de que había caído como una tonta, como otra más de su larga lista de conquistas. Sabía que tarde o temprano iba a sufrir, de hecho ya lo estaba haciendo. Preveía ese final desastroso y se me helaba la sangre. A veces era tan fuerte el sentimiento en su presencia que sentía ganas de llorar, como un bebé, a gritos, sin importar que me viese, para librarme de una vez de la maldita angustia que me asfixiaba. Pero nada de todo aquello lo exteriorizaba; por el contrario, me mostraba impasible, indolente, a veces tan fría y distante que no comprendía como continuaba conmigo.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿No me das un beso? —preguntó con ese gesto suyo que adoraba. Me acerqué a él, y tomando mi rostro entre sus manos, me frenó—. Tenía tantas ganas de verte... Han desaparecido las ojeras, aunque con ellas estabas igual de guapa —susurró mientras me acariciaba con la mirada.

Nos besamos como lo hacen los enamorados, haciendo de ese minuto algo maravilloso.

—¿Has pensado lo que vamos a hacer hoy? —dije al tiempo que arrancaba el motor.

—Antes quiero saber qué te apetece a ti.

Le conté lo que había pensado mientras le esperaba, y le pareció buena idea. Cerca de su casa había un videoclub con buenas películas.

Cocinamos mientras oíamos música y bebíamos vino. Visionamos la cinta recostados sobre el sofá, con las piernas entrelazadas. Hicimos el amor, pausadamente, con mimo, con ternura. Al vestirnos se quejó de que me tuviese que marchar. A mí también me habría gustado dormir entre esos abrazos de ida y vuelta con que nos arrullábamos en nuestras noches de

mutua compañía. Probablemente era mejor así. Al dejarme en casa me pidió que tuviese mucho cuidado, le había hablado sobre la muerte de la vecina, básicamente la información que habían dado en las noticias. Luego se marchó.

Capítulo 12. La policía

Había leído alguna vez que el origen etimológico de la palabra rutina provenía del término francés «*routine*», cuya raíz, «*route*», significaba «camino ya conocido y que se repite». Se trataba de un hábito que ejecutábamos de manera práctica y sin razonamiento. Si bien era cierto que todos necesitábamos romper con ella de vez en cuando, sentía que mi organismo estaba programado para funcionar bajo el orden. Este me estabilizaba física y psicológicamente, y en su ausencia, mi energía mental se consumía de manera arbitraria al tiempo que la fatiga se adueñaba de mí. Nunca habría pensado que lo diría, pero me tranquilizaba el hecho de que las vacaciones hubiesen finalizado y todo, de manera literal, volviera a la normalidad. Antes de marcharse al trabajo, Ines me había comentado su conversación con la madre de Aileen. La mujer estaba destrozada, lógicamente. En esas circunstancias era tan difícil encontrar palabras de consuelo que la mejor ayuda que se podía ofrecer era simplemente escuchar. Ines sabía cómo afrontar este tipo de situaciones y había dejado que la mujer se desahogara. Estaban a la espera del resultado de la autopsia. Sólo les quedaba aguardar para recuperar el cuerpo de su hija y darle sepultura, momento en el que por fin descansaría en paz. Esto era todo a lo que aspiraba. Luego, confiaba en que la policía encontrase a quién había hecho esto a su querida niña. Por mi parte, le había preguntado a Ines si tenía sentido que siguiese yendo a regar las plantas, y me respondió que si no me importaba continuase haciéndolo hasta que Gunther viniese. Suponía que éste tomaría una decisión con respecto a la casa y le devolveríamos la llave. A fin de cuentas se trataba de seres vivos y mientras fuésemos sus responsables no

los dejaríamos morir. Pensé que como siempre, no le faltaba razón.

Por la tarde, cuando me despedía de Arabela en la Volkshochschule vi llegar a Alberto en su coche.

—Sube, te invito a un café —dijo al acercarme.

Fuimos a su casa. Se trataba del apartamento de un joven médico cuyas jornadas transcurrían casi íntegramente en el hospital: limpio pero desordenado. Podía ir caminando hasta el trabajo, y la zona no estaba mal. Suponía que ese había sido el principal motivo de haberlo elegido, además de que el precio del alquiler fuese asequible. En la cocina había acondicionado un rincón con una mesa cuadrada de madera en color negro y cuatro sillas de diseño retro. Junto a ellas, en un curioso mueble de compartimentos cuadrados y pequeños cajones guardaba distintos tipos de café, té y chocolate. En cada uno de los huecos, una bonita taza negra con un refrán en rojo. La cafetera que yo le había regalado estaba colocada en el de mayor tamaño.

—Como ves, tengo chocolate para ti —anunció mostrándome la bolsa.

—Te lo agradezco, pero estoy intentando aficionarme al café.

—Ya te dije que solo era cuestión de acostumbrarse. Por cierto, tu cafetera estupenda.

Había empezado a llenarla de agua.

—Me alegro, yo también utilizo tu despertador a diario y los días que no tengo prisa me quedo un rato en la cama oyendo la radio.

—Yo lo solía hacer, ahora siempre voy rápido. Si me pongo el despertador lo hago con el tiempo justo y los días libres aprovecho para dormir hasta tarde.

Esperamos hasta que estuvo hecho el café.

—Me imagino que pasarás muchas horas en el hospital y al final será con los compañeros con los que termines entablando amistad.

—Sí, bueno, demasiadas. En mi caso, cuando salgo de allí prefiero ver otras caras —aseguró mientras llenaba las tazas— ¿Azúcar?

—Sí, por favor. Supongo que es por eso por lo que no se te ve con Anette —dije de repente.

Su reacción no se hizo esperar.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—No intentes disimular —insistí riendo —es la chica con la que sales, ¿verdad?

—¡No!

—Sí que lo es. ¿También hace el doctorado? —me miraba incrédulo—. ¿Recuerdas el día que nos vimos en el hospital?, estabas con ella.

—¡Eres una bruja! —gritó—. De manera que llegas más desorientada que un turista sin mapa y te preocupas de saber el nombre de quien está conmigo. ¿Te lo dijo Harald?

—No, lo vi en su bata. Me dijiste que salías con alguien y dado que nunca te veía con ella supuse que sería alguien del trabajo.

—Allí hay mucha gente.

—Cierto, pero cuando os vi juntos presentí que había algo entre vosotros. Y por lo que veo no me equivoqué.

—Imagino que se puede definir así. Como decías, pasamos mucho tiempo en el centro. A veces se queda aquí o yo en su casa, pero...

—No lo tenéis claro.

—Al principio yo creía que sí y Anette tenía sus dudas. Ahora que ella se ha decidido soy yo quien no está seguro.

—¿Sabes?, creo que nos complicamos demasiado.

—No, yo pienso que es todo lo contrario. Los sentimientos se tienen o no se tienen, eso es todo.

Se dirigió al frigorífico y trajo una botella de agua y dos vasos.

—Te voy a contar algo que me sucedió justo antes de Navidad, no he hablado de esto con nadie.

Entonces le describí la noche de la cena con Gerhard en la Trattoria, y las duras palabras que Alfred me había dicho sobre él. Me escuchó atento y luego permaneció pensativo.

—Le he dado muchas vueltas al tema —proseguí—. He pensado hasta el agotamiento qué hacer y cómo actuar, y he llegado a la conclusión de que haga lo que haga lo terminaré pasando mal.

—¿Qué sientes por él?

—¿La verdad?.. Estoy enamorada como creo que nunca lo había estado. He intentado negármelo a mí misma, pero no ha servido de nada.

—¿Sabes una cosa, Elena? Un verdadero amigo no hace lo que el tal Alfred. Directamente te ha dicho que Gerhard es un sinvergüenza. Si tuviera conocimiento de que un amigo hace esas cosas, de hacer algo, lo hablaría con él y no a su espalda. Y si tiene certeza de que a la vez que contigo está con otras, te lo diría con datos o te lo demostraría. Por otra parte, es posible que lo que dice sea cierto, aunque su forma de advertirte sea un poco extraña. De cualquier modo, estás en una situación difícil, no te lo voy a negar.

—Mi actitud ha cambiado, sin proponérmelo. Exteriormente me he vuelto fría cuando estoy con él, aunque por dentro sienta otra cosa.

—Y él se habrá dado cuenta, supongo.

—Sí, y creo que eso le motiva más, es curioso —sonreí con tristeza—. Además, tiene celos de ti.

—¿De mí?

—Casualmente un par de veces que nos hemos visto, se ha enterado. Ahora le miento, no le digo nada. No me gusta hacerlo, pero tampoco quiero ser menos a la hora de engañar.

—En cierta forma me siento halagado de que pueda despertar inquietud en

alguien como él. Quiero pensar que también será porque le has hablado bien de mí.

—No expresamente, pero presiente el buen concepto que tengo de ti. De todas formas no me voy a quejar, si continúo con él es porque quiero y lo que tenga que ser, será. No le daré más vueltas. Además, no quiero aburrirte con mis historias.

—Para nada. Al contrario, me alegro de que confíes en mí. Ya imaginaba algo por cómo te comportaste el día de la fiesta en casa de Carmen.

—Sí, lo siento, estaba resentida... Pero tú tenías algo que decirme, por eso me has traído aquí.

—Y para que comprobaras lo bien que funciona tu cafetera... Bueno, como te dije, he estado investigando si Harald estuvo en el hospital la noche de autos. Pues no sólo no tuvo ningún tipo de guardia, ni de urgencias ni de planta ni localizado, sino que estaba de día libre. Te mintió, Elena. El motivo, solo él lo sabe.

—He pensado mucho sobre ello y tal vez lo de la guardia fue una conclusión mía, pero estoy completamente segura de que me dijo que venía de allí.

—En ese caso, se me escapa si pudo pasarse por allí aquella noche. Yo estaba en la planta y no le vi, lo que no quiere decir nada, el edificio es muy grande. A pesar de todo, ten cuidado, no te expongas. Su actuación no la termino de comprender. Voy a intentar estar al tanto de cualquier movida que pueda haber respecto a él, ya te informaré.

Yo imaginaba que tras la muerte de Aileen, tarde o temprano algo iba a ocurrir. Podía venirme bien.

Al llegar Anna del colegio me encontraba en la cocina terminando de preparar la comida. Maxi se distraía en su habitación con el juego que le

había regalado en Navidad. Iba un poco retrasada, había hecho la tortilla de patatas con cebolla y pimientos que tanto le gustaba a los niños y terminaba de aderezar la ensalada. Entró en la casa temblando y excitada.

—¡Quince grados bajo cero! ¡Ahora mismo, con el sol! ¿No te has enterado, Elena?

No conocía exactamente la temperatura de ese día, pero sí había notado un frío especialmente intenso al llevar a Maxi por la mañana. Incluso dentro de la casa me había tenido que abrigar más de lo habitual. Para mí se trataba de algo excepcional, pero veía que incluso para ellos, acostumbrados a aquel clima tan extremo, era una novedad. Lo habían dicho en las noticias y todo el mundo consultaba sus termómetros para verificar el dato. Cuando regresó la madre aún estábamos con el postre, natillas caseras que no habían llegado a espesar del todo, pero Maxi se había resistido a esperar. Ines solía hacer halagos de mi tortilla, de modo que le había reservado un buen trozo. Se sentó con nosotros y se lo sirvió en su plato. También comentaba el gran descenso de temperatura con el que habíamos amanecido y me preguntaba cómo me sentía en un día como aquel. Sonó el timbre de la puerta y Anna fue a abrir.

—¡Mamá, es la policía! —gritó alterada desde la puerta del comedor.

Ines me miró con extrañeza y se dirigió a la entrada. Oí como hablaban con ella y como esta les indicaba que pasaran. Maxi y yo habíamos permanecido sentados con la cucharilla en la mano. Al entrar la policía mi reacción instintiva fue ponerme en pie. Ines pidió a los niños que subieran a su habitación.

—Buenas tardes. Soy el inspector Goldstein... y mi compañera, la subinspectora Waas —ésta última acababa de aparecer detrás de él—. Veo que estaban comiendo, disculpen las molestias, será solo un momento.

Entonces, dirigiéndose a mí, cambió a una actitud más ceremoniosa.

—¿Es usted Elena Morey?

—Sí, soy yo.

—¿Habla usted alemán?

—Sí.

—Hemos sabido que se encuentra en el país con visado para un año.
¿Puede mostrárnoslo, por favor?

—Sí, claro. Voy a cogerlo, lo tengo arriba en mi habitación.

Al pasar junto a Ines intercambiamos miradas de interrogación. Mientras subía y bajaba la escalera pude oír como esta les hacía preguntas, pero las respuestas eran breves.

—Aquí tienen —dije con la respiración agitada.

Mientras consultaban mi pasaporte me fijé en ellos. El hombre calculaba que andaría cerca de los cuarenta años. Corpulento, su estatura superaba unos centímetros la de Ines. Me intimidaba su mirada glacial de ojos grises, casi transparentes. La mujer era bastante más joven y de mayor altura, de cabello oscuro recogido en la nuca y gesto afable.

—El visado tiene fecha de diciembre, pero tengo entendido que usted llegó en el mes de septiembre.

—Entré como turista durante los tres meses que marca la ley, luego el consulado en España me tramitó el visado y me fue remitido por correo.

Ambos me miraban con reserva. El inspector me devolvió el pasaporte y continuó.

—Supongo que está al corriente de la muerte de la señora Aileen Bauman —asentí con un leve gesto de cabeza— ¿Qué tipo de relación le unía a ella?

—Nuestro trato se limitaba al habitual de recoger a los niños de la guardería o de cuando jugaban juntos, nada más.

—Parece ser entonces que se veían a diario.

—No diría tanto como a diario, pero sí con asiduidad; aunque, como le he

dicho, el encuentro se ceñía a cruzar un par de frases.

—¿Frecuentaba usted su domicilio?

—No, no pasaba del hall de entrada.

De repente pasó por mi cabeza que hubiesen encontrado mis huellas.

—Supongo que conoce usted al marido —continuó.

—Le conocí tras la desaparición, vino a preguntarnos por ella —dije mirando a Ines y ésta asintió con la cabeza—. Luego le volví a ver varios días después, tras el registro. Él salía con bolsas, le pregunté si había noticias y me respondió que no había nada nuevo y que si la situación se prolongaba tardaría en volver por aquí.

—¿Tiene usted idea de que pudo ocurrir a su vecina?

Miré a la mujer que había permanecido en silencio desde su llegada; estaba atenta a todo cuanto yo decía.

—No lo sé, uno hace especulaciones, pero solo eso. Antes de marcharse a Núremberg vino a entregarme las llaves para que recogiera el correo y regara las macetas mientras estuviese fuera. A partir de ahí no sé nada más.

Esto último despertó su interés.

—¿Tiene usted sus llaves?

—Sí, decidimos que como sería yo la que entraría a regar, me quedaría con ellas.

En este momento intervino Ines corroborando mis palabras y aseguró que fue ella misma quien tomó la decisión.

—Debía confiar mucho en usted para permitirle entrar en su domicilio mientras ella estaba ausente —adujo el inspector con cierto recelo.

—Supongo que sí, aunque no hubiera ningún motivo especial para ello.

—¿Y qué hacía usted una vez dentro?

—Pues tras recoger las cartas del buzón, las dejaba sobre el mueble de la entrada. Luego iba a la cocina, llenaba con agua la regadera y el dispersor y

me disponía a regar y rociar cada una de las plantas. Una vez terminado, cerraba la puerta con la llave.

—Y ¿nada más?

—Nada más.

—Mientras estaba en la casa o fuera de ella, ¿vio u oyó algo extraño que despertara su interés?

—No. Tras el registro que ustedes realizaron encontré la vivienda un poco desordenada, solo eso.

—¿En alguna ocasión vio usted a la fallecida llegar o marcharse en compañía de alguien?

Imaginaba que intentaban averiguar quién era el amante del que hablaba en su diario. Hice como la que trataba de recordar durante unos segundos.

—No, que yo recuerde. En realidad tampoco prestaba mucha atención a lo que hacía, aparte del tema de los niños su vida no era de mi interés.

Ambos se miraron entre sí y de nuevo tomó la iniciativa el inspector.

—Bien, de momento es todo. Aquí tiene nuestra dirección y teléfono. Si hay algo que considere que nos pueda ser de ayuda póngase en contacto con la subinspectora o conmigo, ambos colaboramos con la policía de Núremberg en este caso.

La compañera me ofreció sendas tarjetas.

—Que tengan buen día.

Ines les acompañó a la puerta mientras yo permanecía en el salón. Al regresar donde yo me encontraba, me preguntó con asombro:

—¿A qué venía este interrogatorio?

—Supongo que cuando estuvieron aquí la otra vez no sabían de mi existencia. Habrán investigado y yo era la única que les quedaba por entrevistar.

—Es posible. Es cierto que no se nos ocurrió hablarles de ti la otra vez y

tampoco dije nada sobre la llave.

—Imagino que al ser una extranjera habré despertado su interés. Menos mal que tengo mis papeles en regla.

—Sí, menos mal. Por cierto, has estado muy bien, tranquila y concisa. Supongo que como estás acostumbrada a tus historias policíacas esto no te coge de sorpresa —bromeó.

La miré sin ganas de guasa.

—No creas, estaba preocupada.

—Me imagino, Elena. Espero que pronto consigan descubrir la verdad. Todo esto nos está trastornando. No sé cómo se me ocurre hacer una gracia con algo así, supongo que son los nervios. No dejo de pensar en ella, no me la puedo quitar de la cabeza.

—A mí me ocurre lo mismo.

Por la tarde fui a dar un paseo. Aquel aire tan frío me ayudaba a despejarme. Me preguntaba qué pensarían los vecinos tras conocer el triste final de la pobre Aileen. Alguna que otra curiosa ya se había pronunciado, acercándose al vernos en la calle para saber si teníamos algún dato que no hubiesen dado en las noticias. Pasé junto a un escaparate y me vi reflejada en el cristal. Podía no ser yo; con el gorro, la bufanda y el cuello subido era fácil camuflarse. No se veía un centímetro de cabello ni casi apenas piel y estaba segura de que con unas gafas de sol sería irreconocible. Era bueno saberlo. Estuve observando cómo unos niños apuraban los últimos minutos de juego en el parque. Sus movimientos eran limitados y lentos, se movían como torpes muñecos bajo todas aquellas prendas de abrigo. Hacía tiempo que había oscurecido; respiré hondo y percibí aquel olor que ya me era tan cercano. El maravilloso aroma de las plantas y la hierba húmeda se fundía con tenues toques de especias picantes, mantequilla y canela. Bastaba con

pasar a pocos metros de distancia de alguna zona habitada para reconocerlo. Para mí era el olor de Alemania, de Múnich. Lo identificaba con claridad, igual que lo hacía cuando estaba lejos, en mi casa, la de verdad. El olor a mar, moluscos, jazmín y naranjo. ¡Cómo lo extrañaba! Pensaba en mi familia, ¿qué estarían haciendo en este momento? Mis amigas habían conocido a un nuevo grupo de chicos; en Navidad había recibido una foto suya brindando en un bar mientras pasaban unos días en Madrid. Aún quedaban meses, pero empezaba a comprender que a mi regreso me sentiría fuera de lugar, al menos durante un tiempo. Se me hacía raro pensar que todo el mundo hablaría español a mí alrededor, en el autobús, en el supermercado. De nuevo nuestra moneda, cuando por fin había dejado de hacer mentalmente el cambio a pesetas cada vez que tenía intención de comprar algo. Las pipas de girasol con cáscara, aquí todas eran peladas. Pero también al contrario. Echaría de menos la extensa variedad de pan entre la que ahora podía elegir. Ya no sentiría este frío tan intenso, pero tan natural. La nieve y toda esta ropa que llevaba encima. La enorme casa en la que vivía. Maxi, Ines, Alberto. Gerhard...

Regresé a casa despacio. Hacía tiempo que había dejado de sentir los dedos de los pies, pero ya empezaba a acostumbrarme. Veía pasar las nubes que temporalmente ocultaban una resplandeciente luna llena. El trayecto final era solitario, pero no me daba miedo. Podía ver las luces encendidas a través de las dobles ventanas de las viviendas. Me gustaba imaginar las vidas de sus habitantes e inventar historias. Un vecino llegaba con su coche tras finalizar la jornada de trabajo, y luego, tras una ducha caliente, cenaría y jugaría con sus hijos o conversaría con su pareja. Al entrar Ines servía la cena a los niños. Me había telefonado Gerhard. Subí a mi habitación y le llamé.

—¿Cómo estas, preciosa? —me saludó con su reconfortante voz.

—Bien, he estado dando un paseo.

—¿Sola?

—Sí, bueno, acompañada de mis pensamientos. ¿Y tú, qué tal?

—Cansado, de hecho me he escapado un poco antes del trabajo.

—Pues eso es muy raro en ti.

—Es que ayer me recogí muy tarde. Mi jefe se jubila y tuvimos una cena de despedida. Y luego copas y más copas.

—¡Vaya!, qué vida más dura.

Río.

—Ya ves, además hay novedades.

Parecía esperar a que le preguntase.

—Ha quedado un puesto libre en Frankfurt... de lo mío.

—¿Y? —dije temiendo la respuesta.

—Es para pensárselo.

—Y tú lo estás pensando.

—A lo mejor con algo de ayuda me sería más fácil.

—Si esperas el consejo de alguien joven como yo, te diría que hagas lo que pienses que va a ser mejor para ti y para tu futuro.

Estaba aprendiendo a mentir como no lo había hecho nunca. La sola idea de que se marchase me apretaba el corazón.

—Eso hago. Estoy valorando los pros y los contras.

—Lo que decidas, seguramente será lo acertado. Eres una persona sensata.

De nuevo río.

—Si me guiara por mi sensatez haría tiempo que habría tomado una decisión. Pero me temo que me estoy dejando llevar por otra cuestión... Entonces veo que no me vas a pedir que me quede.

—Por mi parte sería muy egoísta pedirte algo así cuando dentro de unos meses yo me voy a marchar muy lejos.

—Aún queda mucho tiempo para eso y pueden ocurrir muchas cosas.

—Cierto.

—Pero de lo que yo te hablo sería para el próximo mes, dentro de un par de semanas.

—¿Y tú?, ¿qué quieres hacer?

—Buena pregunta —ambos permanecemos en silencio hasta que finalmente, añadió—. No hace mucho te dije que deseaba estar contigo el mayor tiempo posible y aún no he cambiado de opinión.

—Total, que te quedas.

—Eso depende de ti. Aún no me has dicho que quieras estar conmigo el mayor tiempo posible... o algo parecido.

—¿Esperas que te regale los oídos?

—Por una vez no estaría mal.

Imaginé la posibilidad de que estuviese jugando conmigo.

—Te voy a decir algo que va a ser muy aclaratorio para los dos. No deseo que te marches, al menos de momento. Me gusta estar contigo y todo lo demás, pero el día que lo hagas, de una u otra forma, no me voy a rasgar las vestiduras ni voy a morir de amor. Y la razón es muy sencilla, porque si lo haces, habrás elegido irte en vez de quedarte y en ese momento para mí no merecerás la pena.

Permaneció unos segundos en silencio.

—Ciertamente es muy ilustrativo, y aunque a veces me saques de quicio en realidad me gusta que seas así. Pero hay un par de puntos que me gustaría que me aclarases. Has dicho que no quieres que me marche, «de momento». Y por otra parte, necesitaría que fueras más concreta con «estar contigo y todo lo demás».

No podía verle, pero sabía que sonreía.

—Como tú y yo sabemos de momento estamos juntos, luego, ya se verá. Este era el punto número uno. Ahora, el segundo. El término estar con

alguien es muy amplio, puede resumirse en pasar algún buen rato de vez en cuando o puede abarcar muchas más cosas: actividades comunes, compartir intereses, momentos inolvidables, experiencias únicas, además de sexo ardiente y apasionado o charlar de noche a kilómetros de distancia y sentirme acariciada por tu voz. Bien, pues todo esto es lo que me gusta hacer contigo. Espero haberte adulado lo suficiente para bastante tiempo.

Podía oír sus carcajadas.

—¿Sabes que es lo más romántico que me has dicho desde que nos conocemos?

—Pues no te acostumbres, porque yo no soy así. Solo lo he hecho para que me dijeras de una vez si te vas o te quedas.

—En ningún momento había pensado marcharme. Me gusta tanto estar aquí que ni me lo planteo.

—¡Me has mentido! —dije furiosa.

—No, te he hecho creer que lo estaba pensando.

—Eso es lo mismo.

—No había otra forma de conseguir que me dijeras esas cosas tan bonitas.

—Vale, vale, has ganado esta vez. Debo reconocer que has conseguido engañarme.

—De eso se trataba. Y ahora cuéntame, ¿qué vas hacer cuando cuelgues el teléfono?

Como cada jueves recogí el correo de la desaparecida Aileen y regué sus plantas. También, como de costumbre, telefoneé a mis padres. Me comentaron que un primo mío les había estado haciendo un interrogatorio sobre mí. Incluso le había dejado un par de números de teléfono para que le llamase; al parecer tenía alguna amiga que estaba pensando en venir también de au-pair. Mi madre estaba sorprendida por este repentino interés, y yo

temía conocer el motivo. Sobre todo si reparaba en el hecho de que mi primo pertenecía al departamento judicial del cuerpo nacional de policía que se encargaba de la colaboración con sus homónimos extranjeros. Le seguíamos llamando cariñosamente Manolín, a pesar de haber superado hacía tiempo la treintena. Era un tipo minucioso y tranquilo donde los hubiera y me costaba imaginarlo azorándose en alguna trifulca o perdiendo el norte en un caso difícil. Por otra parte sabía de su cariño hacia mis padres y valoraba en gran manera que les hubiese ocultado la verdadera razón de su llamada. No quería ni imaginar su reacción al enterarse de que la policía alemana andaba preguntando por su hija. Cuando terminé de hacer mi faena ya era tarde y tuve que ir a recoger a Maxi. Luego fui encadenando una cosa tras otra hasta que por fin llegó Ines, subí a mi habitación y desde allí telefoneé a Manolín.

—¡Prima!, ¿en qué andas metida, hija mía? —fue su saludo.

Me contó que durante un turno en la comisaría había tenido constancia de la información solicitada desde Alemania sobre una tal Morey, de Cádiz. Él, que sabía que yo estaba por aquí, había estado indagando hasta saber que se trataba de mí. Acostumbraba a extenderse en sus explicaciones, tanto que a veces su interlocutor terminaba perdiendo el hilo del tema original. Pero trataré de ceñirme a lo básico, y en resumen el asunto consistía en que les habían pedido colaboración para identificar a una ciudadana española que en estos momentos se encontraba en el país, y podía estar relacionada con un supuesto caso de asesinato. A través del control de visados tenían datos suficientes, aun así buscaban confirmar la ausencia de antecedentes policiales y conocer más a fondo el perfil de la persona en cuestión.

Mi primo les había pedido a sus jefes que le dejaran encargarse del tema de mis padres con el fin de no preocuparles si no era necesario, al menos de momento. Esa misma mañana habían estado de nuevo en contacto con los alemanes, y a juzgar por su relajada actitud, no necesitaban nada más de

ellos. Después de oírle respiré tranquila y le relaté mi versión de lo ocurrido, la oficial. Antes de despedirse me hizo prometerle que para cualquier eventualidad le consultaría sin pensarlo; con este tipo de asuntos había que tener mucho cuidado. Aquello me hizo recapacitar: definitivamente no debía seguir ocultando lo que sabía.

A la noche Ines me informó sobre las últimas noticias. La madre de Aileen le había revelado el resultado de la autopsia. Había sufrido un estrangulamiento, pero ésa no había sido la causa final de la muerte, sino los golpes recibidos al caer por el despeñadero. Y aún había algo más, algo terrible: Aileen estaba embarazada de quince semanas. El cuerpo se había mantenido en aceptable estado al permanecer enterrado en la nieve. Esta información aún no se haría pública, solo la conocían los familiares. El sepelio sería al día siguiente por la tarde en Núremberg. Ella y Harald asistirían y tendría que quedarme con los niños.

Regresaba de dejar a Maxi cuando vi al lejos un coche que transitaba inusualmente despacio. Se trataba de un modelo idéntico al que había visto la noche anterior, cuando supuse que algún vecino volvía a casa después del trabajo; también era del mismo color. Crucé el descampado como cada día y comencé a caminar por la acera en dirección a la casa. Al llegar abrí la tapa del buzón, extraje la correspondencia y me dirigí a la entrada. Giré la llave, pero antes de abrir miré hacia el camino que acababa de recorrer; el automóvil aparecía al principio de la calle, lento, demasiado. Cerré la puerta, subí hasta mi habitación y descorriendo levemente un extremo de la cortina miré al exterior. Acababa de parar un tramo más allá de la casa. Permanecí observando a escondidas, pero nadie salió de él. Desde esa altura no podía ver quién iba en su interior. Tenía mucho trabajo por hacer y bajé al sótano. Cuando terminé de guardar la ropa miré desde la habitación de Maxi y el

coche continuaba en el mismo lugar. Llegada la hora salí de nuevo hacia la parada de autobús, no sin antes haber vuelto a comprobar que continuaba aparcado. Miraba entre la gente a través de las ventanas, pero todo parecía normal. Empezaba a imaginar demasiado. A la vuelta el vehículo no se había movido. Me pareció ver a alguien dentro, aunque no lo podía asegurar.

Poco tiempo después de que llegara Ines del trabajo, pasó Harald a recogerla. Me dijeron que volverían tarde, en este tipo de situaciones nunca se sabía. Pensé en llevar a los chicos a algún lugar que les divirtiese, pero Anna había quedado con una amiga que vendría más tarde. Maxi se subió conmigo a mi cuarto, le gustaba estar entre mis cosas. Cuando Gerhard supo que debía quedarme con los niños me propuso venir a verme. Le comenté lo que días antes me había dicho Ines, y me dijo que llegaría en una hora. Como no quería sorpresas advertí a los niños que iba a pasar por casa un amigo mío. A Anna no le agradó, lo cual no me sorprendía. Su hermano, contento, empezó a interrogarme sobre él.

A la hora en punto llamó a la puerta. Fui a abrir con Maxi pegado a mí como si temiera que pudiese escapar.

—¡Hola, Gerhard! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Qué alegría que hayas venido! —le saludé interpretando un teatrillo para el pequeño— ¡Adelante, pasa!

Él me siguió el juego.

—¡Hola, Elena! ¡Sí que hace tiempo! ¡Me alegra mucho que me hayas invitado!.. ¡Y tú debes ser Maximilian!

—Soy Maxi — rectificó con timidez.

—Pero no eres tan pequeño como me había dicho Elena, estás hecho todo un hombrecito.

Este respondía con una sonrisa nerviosa y se apretaba contra mí.

—Ven con nosotros. Estábamos viendo unos dibujos que nos encantan,

¿verdad, Maxi?

—Toma, déjalo en la cocina, es algo para cenar —dijo Gerhard sobre el paquete que traía.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias —repitió el pequeño.

Después de colgar su abrigo en el perchero nos sentamos los tres en el sofá. El niño entre los dos. Gerhard recorría el salón con mirada de aprobación.

—Una casa muy bonita ¿La puerta del sótano? —señaló con un gesto.

—Sí —sabía lo que estaba pensando—. Anna está abajo con una amiga viendo una película.

A medida que transcurría la tarde Maxi fue sintiéndose lo suficientemente cómodo como para formular las mil preguntas de rigor con las que solía satisfacer su curiosidad. Gerhard parecía pasarlo bien planteándole situaciones que le hicieran pensar, y a las que finalmente respondía con razonamientos concluyentes propios de un adulto. Al rato subió Anna.

—Tú debes de ser Gerhard.

Él se puso en pie y extendiéndole la mano le respondió afectuoso.

—Y tú eres Anna, la jovencita de la casa —a continuación se dirigió a la amiga—. A esta otra chica no tengo el gusto de conocerla.

—Es Cindy —se apresuró a decir la primera.

—Encantado, Cindy.

Ella le miraba embelesada mientras estrechaba su mano.

—Te acompaño a la puerta —interrumpió Anna.

Cuando se hubieron marchado me giré hacia Gerhard y reproduje la mirada lánguida de la chiquilla. Él sonrió y se encogió de hombros. Dispusimos la mesa para la cena y coloqué en el centro la bandeja con sándwiches y canapés que antes me había entregado.

—¡Qué buena pinta! ¿Quién ha traído esto? —quiso saber Anna, a la que era fácil conquistar por el estómago.

—Lo ha traído Gerhard.

—Vas a tener que venir más a menudo —dijo con humor.

Preparé algunas tostadas con queso y algo de fruta, y bajé al sótano por una cerveza para Gerhard. A mi regreso había comenzado a conversar con Anna. La trataba como a una adulta y a ella le gustaba. Mencionaba mi nombre con frecuencia haciendo referencia a sitios que visitábamos o a determinados aspectos de los chiquillos que yo, con anterioridad, le había comentado. Siempre que lo hacía me dejaba en buen lugar.

—Debes de quererla mucho —advirtió ella de manera inesperada.

Gerhard miró hacia mí.

—Pues sí... la quiero mucho.

—¿Por qué dices eso, Anna? —pregunté con curiosidad.

—Porque pasáis juntos todos los fines de semana... Mamá y papá lo hacían antes, pero ahora solo de vez en cuando.

En ese momento no supe que decir, pero Gerhard encontró las palabras adecuadas.

—Anna, a veces el hecho de que las personas no estén juntas no quiere decir que no se quieran. Las circunstancias hacen que se tengan que distanciar físicamente, pero eso no tiene por qué ser malo. En ocasiones es necesario que cada uno continúe con su vida para que todos podamos ser más felices. Lo importante es que tú estés bien, si es así ellos también lo estarán.

—Ya, pero yo quiero que todo sea como antes.

—Seguro que de una u otra forma volveréis a estar bien, ya lo verás. Y ahora vamos a terminar de cenar antes de empezar con el nuevo juego que os trajo vuestro padre —dije tratando de distraerla.

Dejé que se divirtieran. Aunque era un poco más tarde de lo habitual al día

siguiente no había colegio, y les notaba excitados con la presencia de Gerhard. Para ellos era una novedad, para mí en estas circunstancias, también. Cuando iba a subir con los niños me preguntó si me podía esperar en mi habitación.

Una vez que los dejé acostados, aunque sin ganas de dormir, subí a la buhardilla. Gerhard estaba sentado en el butacón con la televisión encendida.

—¿Todo en orden? —preguntó a mi llegada.

—Hoy están un poco alterados, pero poco a poco les vencerá el sueño.

Me senté en la cama, estaba agotada.

—Son unos niños muy espabilados y sociables —dijo acercando su silla hacia donde yo estaba—. Maxi te adora, no se ha separado de ti un momento.

—Es muy cariñoso.

—También he percibido tu predilección por él, e igual que yo, lo hará Anna.

—¿Qué fue primero la gallina o el huevo? Sé donde pretendes llegar. Al principio todos partimos de cero. Tampoco fue fácil con Maxi, pero hubo predisposición por las dos partes. Anna, a veces, creo que me odia.

—Es una niña muy inteligente que está sufriendo por la separación de sus padres. Ya es mayor y se da cuenta de muchas cosas.

—A ti te ha caído bien porque contigo ha sido amable, te la has ganado desde el minuto uno —protesté.

—Es posible. También soy un hombre y entre los dos no hay rivalidad. Creo que a ti te ve como una niña grande que pretende estar por encima suya en su propia casa, y es demasiado orgullosa para permitirlo.

—No sabía yo que esta noche tendría sesión con mi psicólogo —bromeé y él sonrió.

—Solo te pido que lo pienses. Tal vez si intentas convertirte en su amiga y compartes con ella tus cosas... en vez de dejar que las coja a escondidas.

Vuélvete un poco niña cuando estés con ella.

—No puedo convertirme en su igual, entonces hará lo que le dé la gana.

—De todas formas lo hace, ¿no? Por intentarlo no pierdes nada. Gánate su confianza y luego, con el tiempo, irá descubriendo que tienes más experiencia y sabes más que ella. Es solo un consejo que sé que no has pedido, pero yo te lo doy. Luego la cabezota de mi niña hará lo que le venga en gana, como es habitual en ella —tras descalzarse se sentó a mi lado, también parecía cansado—. Por cierto, ¿qué haces con un televisor en blanco y negro?

—No me queda otra. Ya me he acostumbrado; prefiero tener mis ratos de intimidad aunque ello suponga ver el mundo en dos colores.

—La habitación no está mal —comentó mirando a su alrededor—. Sin duda, lo mejor, la mesa y el butacón. Y ahora que la pruebo, la cama tampoco está mal ¿Hablas conmigo desde el teléfono de la entrada? —asentí con la cabeza—. A partir de ahora, cuando te llame por las noches sabré donde imaginarte.

—En realidad, cuando voy a hablar un rato me lo traigo hasta la cama. El enchufe está ahí, detrás del tocador.

—Mejor aún, entonces te imaginaré tal como estás ahora —dijo acercándose para besarme.

Decidimos que cuando volviese Ines me marcharía con él a su casa. Me duché y preparé mi pequeña bolsa de fin de semana. Ya de madrugada oímos llegar el coche. Harald no se bajó. Ines subió sin hacer ruido hasta mi habitación, y le presenté a Gerhard. Cruzaron algunas palabras durante unos minutos. Se caían bien, era evidente. Luego me resumió el acto al que acababan de asistir. Como era fácil de imaginar, mucho dolor, desolación e impotencia. Harald se había emocionado. Al menos ya descansaba en paz. Le pregunté si me iba a necesitar durante el fin de semana, por mi parte no había ningún problema en ayudar en lo que hiciese falta. Me dijo que me podía

marchar tranquila. Ya le había dado con anterioridad el teléfono de Gerhard, solo tenía que llamar.

Ya en el coche, a pocas calles de su casa, parecía intranquilo. Hacía tiempo que le veía mirar insistentemente por el retrovisor.

—¿Ocurre algo?

—Durante todo el camino me ha dado la impresión de que nos seguían — dijo receloso.

Me describió el coche y miré inmediatamente por el espejito que había en mi parasol. Ahora no tenía duda. Había memorizado la matrícula del coche que vi en la calle por la mañana; se trataba del mismo. Me estaban siguiendo.

—No te preocupes. Es la policía.

—¿Cómo? —preguntó retirando la atención de la carretera durante unos segundos.

—Y no se molestan en disimular. Más que seguirme creo que me están presionando —habíamos llegado—. Vamos, arriba te lo contaré todo.

Eso fue lo que hice, paso a paso le narré cada una de mis indagaciones sobre Aileen. Las gafas de Harald, el diario, el sobre con la foto, el interrogatorio de la policía, la conversación con mi primo y el coche que me había seguido por la mañana. Todo menos la información extraoficial que la madre de Aileen había dado a Ines sobre las causas del fallecimiento, y las sospechas que compartía con Alberto, aquello quedaba al margen. Él me escuchó atentamente sin la más mínima interrupción. A medida que avanzaba, su expresión mutaba desde la incredulidad hasta el más absoluto desconcierto.

—¡Guau! —fue lo primero que dijo— ¡Y yo que pensaba que tu vida era tranquila!

—No hace falta que te diga que lo que acabas de saber debe quedar entre

nosotros. Hay una muerte por medio todavía sin aclarar.

—Elena, todo lo que ocurre entre nosotros, y en particular a ti, pertenece a nuestra privacidad. Puedes estar segura de que lo nuestro no lo comparto con nadie.

—¿Ni con Alfred?

—Alfred es un amigo al que conozco desde que llegué. Me presentó a mucha gente y me introdujo en su círculo de amistades. Le estoy muy agradecido, pero ya hace algún tiempo que me muevo solo y con quien me apetece.

—No me habías dicho que era gay.

—Cierto, no te lo había dicho. Tampoco había ningún motivo para ello. Ahora que lo sabes, ¿supone algún cambio para ti?

—No, claro.

—Pues precisamente por eso. Es un aspecto más de su vida que a nosotros no nos concierne... Pero volviendo al tema principal, ¿cuándo piensas entregar la foto a la policía?

—No lo sé.

—¿Tienes idea de por qué te siguen?

—Creo que suponen que les oculto algo, pero no sé por qué.

—¿Quieres que te acompañe?, podemos ir mañana.

—No, esto tengo que hacerlo sola. Además, la foto está en mi habitación.

—¿Y no tienes miedo de que la puedan encontrar? Según dices, Anna registra tus cosas.

—La tengo bien escondida.

Su gesto era de infinita curiosidad.

—¿Se puede saber dónde?

—Bajo el colchón.

—¡Qué antigua eres! —dijo riéndose.

—Es posible, pero te aseguro que allí nunca buscará Anna.

Capítulo 13. La investigación

Recién levantada analizaba mi rostro en el espejo del baño. Últimamente no conseguía dormir bien. Mi aspecto ojeroso y demacrado se alejaba del de aquella chica bronceada y saludable que había llegado a la ciudad hacía tan solo unos meses. A pesar de todo, veía rasgos de una serenidad desconocida para mí hasta entonces, que me gustaba interpretar como un inequívoco síntoma de madurez. Estuviese en lo cierto o no, hoy debía actuar como si así fuera, me esperaba un día difícil. Había despertado con la decisión necesaria para llevar a cabo lo que a estas alturas era inevitable. Durante la mañana no podía ausentarme de la casa, tendría que esperar hasta la tarde. Planchaba en el sótano mientras veía una serie de televisión, atenta a la hora en que tenía que recoger al pequeño de la guardería. Al salir la primera vez no había visto el vehículo que me seguía, pero ya de regreso comprobé que continuaba en su plaza habitual. Les había observado con descaro, ya no importaba, y supuse que sus ocupantes serían dos agentes de paisano. Tras la comida, Ines y los niños se habían marchado al cine. Pensé que era el momento. Rápidamente me abrigué, cogí el sobre con la foto y salí a la calle.

Me acerqué al coche con paso firme y sin dudarle. Por pura formalidad me identifiqué. Les dije que necesitaba hablar con el inspector o su compañera, tenía algo importante que mostrarles. Me pidieron que esperase unos minutos mientras hablaban con la central. Habían subido las ventanillas y no podía oírles. Cuando parecían haber terminado, uno de ellos salió del vehículo y abriendo la puerta trasera, me hizo subir. Mientras circulábamos, ahora ya a velocidad normal, pensaba que no había marcha atrás. Si me equivocaba o si por el contrario, hacía lo correcto, lo sabría más adelante. Sea como fuere

necesitaba conocer qué era lo que esperaban de mí. Si no me equivocaba, llevaban casi una semana siguiéndome, suponía que sabían de mis entradas y salidas y con quién pasaba mis ratos libres. A través del retrovisor descubría la mirada furtiva del policía que conducía. Durante todo el trayecto apenas habían cruzado unas palabras entre él y su compañero.

El Polizeipräsidium o Jefatura de Policía se encontraba no muy lejos de Marienplatz; frente a la Frauenkirche, la Iglesia Catedral. Su fachada principal la formaba un robusto edificio de cinco plantas al que se anexionaban una serie de construcciones en torno a un patio interior, donde paramos. El conductor bajó del vehículo y abrió la puerta para que yo pudiera salir. Me indicó que le siguiese, y tras cruzar el transitado hall de entrada, emprendimos un largo recorrido a través de escaleras e interminables pasillos. Conforme avanzábamos disminuía paulatinamente el trasiego de personas. Finalmente hizo que esperase en un sillón de estructura metálica mientras él desaparecía por una galería lateral. Me encontraba en el centro de una enorme dependencia con recias paredes de ladrillo y un cálido pero resistente suelo de madera. Dos series de plafones rectangulares alineados emitían una luz fría y profusa. Debajo, sendas filas de escritorios de metal se extendían a lo largo de la sala. Los empleados se afanaban en consultar las pantallas de sus ordenadores entre pilas de folios y carpetas. Sillones idénticos al que yo ocupaba parecían esperar junto a cada mesa la llegada de nuevos testimonios. Frente a mí, amplios paneles de cristal nos separaban de las oficinas. A través de las persianas venecianas se podía ver lo que ocurría en su interior; sólo una de ellas estaba cerrada. Tenues timbres de teléfono, voces comedidas o alguna tos recurrente rompían el murmullo que producía el roce de los papeles o el teclado de los ordenadores.

De repente apareció ante mí la subinspectora Waas, la misma que días antes había venido a la casa.

—Buenas tardes. Sígame, por favor —dijo en voz baja y empezó a caminar ante mí. Entramos en uno de aquellos despachos. Sentado tras una despejada mesa de madera el inspector Goldstein me instó a que tomase asiento.

—Bien —comenzó colocando los antebrazos sobre la mesa—. ¿A qué debemos su visita?

—En primer lugar desearía saber por qué me siguen.

—Señorita Morey, estamos investigando un asesinato.

—Eso ya lo sé, lo que ignoro es si existen motivos para que sospechen de mí.

El hombre respiró hondo y entonces intervino la subinspectora que había permanecido de pie junto a la mesa.

—Creemos que sabe más de lo que nos ha contado...

—¿Por qué piensan eso?

—No habrá venido aquí para responder con preguntas, ¿verdad? —interrumpió el jefe malhumorado.

En aquel momento ella se dirigió a un mueble archivador del que extrajo una bolsa transparente que colocó ante mí. En su interior, un trozo de papel mostraba mi nombre escrito a mano.

—¿Qué es esto? —pregunté desconcertada.

—Lo llevaba la señora Bauman cuando fue encontrada. ¿Sabe usted por qué?

Extendí el brazo y cogí entre mis manos la bolsa. Reconocía la letra.

—Creo que sí —dije finalmente.

Los policías se miraron entre sí. Abrí mi bolso y saqué el sobre que con tanto cuidado había guardado hasta entonces. Lo puse sobre la mesa.

—Lo recibí hace unos días.

Ambos lo miraron como si se tratase de un artefacto a punto de estallar. El

inspector se colocó unos guantes de látex y tomó escrupulosamente el sobre con una de sus manos. Después de haberlo inspeccionado introdujo unas pinzas y con sumo cuidado, obtuvo la foto. Su expresión fue de extrema sorpresa, pero me pareció que intentaba disimular. La compañera se había acercado y la examinaba con atención.

—Es Harald Kaiser.

—Dice que lo recibió hace unos días, pero la fecha de correos es del treinta de noviembre —interpeló él con firmeza.

—Creo que debió de estar algún tiempo atascado dentro del buzón. Con la nieve acumulada tuve que dar varios golpes a la tapa y entonces lo vi.

—¿No había nada más en el interior del sobre?

—No, solo la foto.

—¿Tiene idea de quién se la envió?

—Desde el principio no he tenido duda de que fue la propia Aileen. No tiene sentido que lo hiciera otra persona. Supongo que la dirección de Núremberg es la de su madre.

—Y según usted, ¿con qué motivo?

—Eso llevo preguntándome desde el momento en que la vi. Lo ignoro. No teníamos amistad ni nada parecido. Solo recuerdo un día cuando fui a recoger a Maxi, el hijo de los Kaiser, que tardó en abrir la puerta más de lo habitual y vi que había estado llorando. Le pregunté si se encontraba bien y me dijo que solo era alergia. Como sabía que no era cierto, antes de irme le recordé que yo estaba cerca, al lado, por si alguna vez me necesitaba. Ese es el contacto más próximo que he tenido con ella... Estaba siempre sola con Eva, el marido debía pasar mucho tiempo fuera.

—¿La ha visto alguien más?

—No. Ustedes son los primeros.

—¿Por qué ha tardado en mostrárnosla?

—No sabía qué hacer con ella, espero que comprendan mi situación. Les tengo cariño a Ines y a los niños, y para mí es muy difícil manejar esto. Lo último que querría sería hacerles daño. Si es posible, les pediría que Ines no llegara a saber que yo tenía la foto. Me temo que no comprendería que se lo hubiese ocultado... No pretendo hablar mal de alguien que ya no está entre nosotros, pero pienso que la víctima se limitó a dejar en mis manos una información que ella misma no se atrevió a hacer pública.

El inspector se levantó de su silla y rodeando la mesa se acercó a mí.

—Espero que sea usted consciente de la importancia de lo que nos acaba de traer —su tono distante había cambiado—. Hay algo que no termino de entender. ¿Por qué llevaba su nombre escrito?, ¿es que no era capaz de recordarlo? Además, ésa no es la letra de la señora Bauman.

—Cierto, es la letra de Maxi.

—¿Cómo?

Entonces busqué en el interior de mi cartera el folio doblado en cuatro partes donde le había pedido al pequeño que escribiese mi nombre.

—Mire —dije alzando el papel hasta donde él se encontraba.

Cotejó ambos escritos y anunció:

—Parece la misma letra. Habrá que analizarlo.

—Cuando recibí el sobre con mi apellido supuse que lo había sabido a través del niño. No me imaginaba a Ines hablando a la vecina de mí como Elena Morey. Maxi tiene solo cuatro años, pero es muy inteligente; así que le pedí que lo escribiese en esta nota.

—¿Puede usted decirnos dónde se encontraba el día de la desaparición de la señora Bauman?

—En este momento no lo recuerdo —comencé a hacer memoria—. El marido apareció por casa un viernes y mencionó que había desaparecido el día anterior. Los jueves voy a su casa a regar... Si, ya sé. Ese día llovía

mucho y de regreso de la guardería nos cayó una buena. Nos tuvimos que secar a fondo al llegar a casa. Luego hice la comida para los dos, ya que Anna, la hermana, ese día no venía a comer. Por la tarde fui a casa de Aileen a regar y luego estuve en la cama con vómitos y fiebre. El pequeño me hizo compañía hasta la noche, cuando volvió Ines y se lo llevó para bañarlo y acostarlo.

—¿La señora Kaiser no estuvo con ustedes?

—No, ese día no vino después de clase.

—¿Lo hace habitualmente?

—Sí, cada día. Suele llegar cuando los niños y yo hemos terminado de almorzar.

—¿Le dijo dónde había estado?

—No, creo que no.

De nuevo les veía intercambiar miradas mientras el hombre resoplaba. Permaneció pensativo durante unos segundos y luego se colocó de nuevo al otro lado de la mesa.

—Señorita Morey, no quiero que sea ajena al hecho de que en este momento se encuentra en el ojo del huracán. Existen varios motivos, pero sin argumentos firmes, sólo premisas, y alguna parte directamente de usted. Su entorno, hoy por hoy, es altamente sospechoso. Mientras continúe la investigación le pido que si tiene intención de salir del país, nos lo comunique. Por otra parte, y sin querer preocuparle, le aconsejo que sea prudente y mantenga en el más estricto secreto lo que aquí acabamos de hablar. Ninguno de los interesados sabrá que ha sido usted quien ha aportado esta prueba; por su seguridad. Y ahora, si no tiene nada más que decirnos, avisaré a los compañeros para que le lleven de vuelta a su casa.

—De acuerdo.

Acepté sin ser del todo consciente de lo que había querido decir; me sentía

confusa. Me dirigí hacia la puerta. Justo antes de salir se acercó el inspector extendiéndome la mano.

—Gracias por su colaboración. Ya tiene nuestros teléfonos; no hace falta que le diga que para cualquier cosa, algún nuevo dato o si hubiera algo que le preocupase, no dude en contactar con nosotros.

—Está bien, gracias.

Al salir de la jefatura el frío de la noche me hizo bien. Pensé que mejor daría un paseo antes de volver a casa y así se lo hice saber al agente que me esperaba junto al vehículo. Necesitaba despejarme. No había sido del todo sincera con los policías, había omitido algunos datos superfluos que a mi forma de ver no eran indispensables para el caso. Tampoco les había dicho que Gerhard conocía la existencia de la foto, aunque técnicamente no había mentido: nadie más que yo la había visto antes. Caminé hasta Marienplatz y me acerqué hasta las cabinas telefónicas. Había pensado telefonar a Gerhard, pero en ese momento decidí que prefería estar sola y no tener que reproducir la conversación que acababa de mantener en la comisaría. Mañana se lo contaría todo, se había quedado preocupado. Bajé las escaleras y tomé el metro a Harras.

Me desperté bañada en sudor. Durante toda la noche había encadenado pesadillas una tras otra. Había visto el cuerpo de Aileen en la nieve y cómo un hilo rojo partía de ella hasta convertirse en un enorme charco de sangre. El trozo de papel con mi nombre flotaba en medio de aquel charco. De repente me encontraba en la más tenebrosa oscuridad. Podía oír la risa siniestra de una mujer. Harald estaba allí y también reía con ella. Me inyectaban algo mientras murmuraban. Trataba de moverme, pero lo único que conseguía era incrementar el fuerte dolor de cabeza. Mi lamento se abrió camino hasta terminar en un grito angustiados. Abrí los ojos y me estremecí: una mujer de

facciones perfectas me miraba con una mueca de desdén. Era Aileen.

Tuve que darme rápidamente una ducha y bajar a despertar a Maxi, se hacía tarde. Ya de vuelta, desayunaba ojeando las cartas que había recogido del buzón. Se había hecho esperar, pero allí estaba; por fin la tenía en mis manos, era la factura del teléfono. Habría deseado rasgar el sobre y salir de una vez de dudas, pero tenía que esperar hasta que Ines la abriese. Estaba cerca de conocer algo más sobre la noche del sótano, solo debía tener paciencia. Cuando me disponía a subir a las habitaciones de los niños, me telefoneó Almudena; quería saber si estaría en casa aquella tarde. Poco después sonó el timbre de la puerta. Un repartidor portaba una caja de gran tamaño. Leyó mi nombre en la orden de servicio y dijo que venía a instalarme un televisor. Pensé que se había equivocado, pero volvió a leerlo y lo confirmó. Le pregunté quién lo enviaba: era Gerhard Huber. Lo subió hasta mi habitación, retiró el viejo aparato en blanco y negro, y sintonizó los canales. Después de acompañarle hasta la salida subí de nuevo a la buhardilla, no podía ni quería privarme de la felicidad que sentía en ese momento. Silenciaba de tal modo mis emociones que me estaba perdiendo todo lo bueno que me ocurría. El lado amable de Gerhard ocultaba aquel retrato oscuro que de él había hecho Alfred, y esto era lo único que debía importarme. Miré el reloj, era hora de recoger a Maxi. ¡Maxi!, ¡Maxi!... siempre me hacía volver a la realidad.

Aquella tarde estuve atenta y en cuanto me quedé sola bajé a por la factura de teléfono. No tardarían mucho en volver, debía darme prisa. Aún estaba doblada. En el listado aparecía cada número de teléfono junto a la fecha de la llamada, hora de comienzo y duración. Debía buscar las del día 29 de diciembre. Solo había una, a las cuatro y diez de la mañana. La duración era de un minuto y cincuenta segundos. Anoté el número y dejé de nuevo la factura en su sitio. Pensaba en por qué ese día no aparecían más llamadas y

recordé que me encontraba sola; Ines estaba en Stuttgart. Aunque mi intención fue marcar inmediatamente el número, luego pensé que no sabía a quién correspondía y debía hacerlo desde una cabina para no dejar ningún rastro. Cerca de la parada de autobús había una. Me abrigué y salí de la casa. Mientras caminaba me notaba ansiosa. Un grupo de gente esperaba bajo la marquesina, pero en ese momento llegó el autobús y me quedé sola. Saqué el papel de mi bolsillo y tras insertar las monedas, marqué el número. Volvía a estar nerviosa, no tenía ni idea de a quién estaba llamando. A los pocos segundos contestó una voz de mujer, era la centralita de una compañía de taxis. Me disculpé alegando que me había equivocado y colgué. Durante un par de minutos permanecí en el interior de la cabina intentando razonar. A esa hora Harald me debía haber inyectado el sedante y yo estaría profundamente dormida. ¿Para qué llamar a un taxi si tenía su coche en la puerta; el mismo en el que me había llevado al hospital por la mañana... No tenía sentido... A no ser que el taxi fuera para otra persona. Pero ¿quién?

Cuando regresaba, Almudena esperaba impaciente en la puerta.

—¿Dónde te has metido? —dijo sin parar de frotarse las manos.

—Lo siento, he salido un momento a la cabina.

—¿Tú llamando desde una cabina? ¿Ya no te deja Ines hacerlo desde aquí?

—Sí que me deja, solo que últimamente he hablado demasiado tiempo con mis padres y no quería abusar. Me voy a tener que quitar de en medio cuando le llegue el recibo.

—Ja, ja, ja. Pues yo gasto bastante en teléfono, pero que le voy a hacer, hablar con mi madre y mis hermanas me sube el ánimo. ¿Estás sola? —preguntó al entrar en el salón.

—Por poco tiempo. ¿Te apetece un café?

—Vale... pero tú no tomabas café.

—Ahora estoy en modo degustación, por decirlo de alguna manera. Eso sí, descafeinado, ya me cuesta dormir incluso sin tomarlo.

Mientras esperábamos a que se calentase el agua puse unas galletas en un plato.

—¡Me encantan, están buenísimas! Elke también las compra, y las de chocolate.

Elke era la madre de las niñas que cuidaba. La miré entornando los ojos.

—Debe haberte ocurrido algo lo suficientemente interesante como para que hayas cruzado la ciudad de un extremo a otro un martes por la tarde.

—¡He conocido a un alemán! —anunció con entusiasmo.

—Quieres decir que has quedado con él.

—Un par de veces.

Se conocieron mientras ambos ojeaban unos CD en un centro comercial. A Adler, ese era su nombre, le había atraído su espectacular melena de rizos. Tanto que le había propuesto posar para un reportaje fotográfico sobre peinados en la revista para la que ahora trabajaba. Como publicista vivía a medio camino entre Múnich y otras ciudades donde se ubicaban las empresas con las que su agencia colaboraba.

La veía tan ilusionada y con tantas ganas de hablarme de él que lamenté la llegada de los niños. Ya se conocían, no era la primera vez que Almudena venía a casa. Tras los saludos, la madre subió, Maxi se sentó sobre mis rodillas y Anna se quedó por allí comiendo alguna galleta. Sabía que no tenía intención de dejarnos a solas, de modo que empecé a recoger las tazas antes de irnos a mi habitación. Mientras estaba en la cocina la oía hablar con mi amiga. Por el tono, y tratándose de Anna, imaginaba que sobre nada bueno. Me acerqué a ellas en el momento en que Almudena decía con calma:

—Yo soy una visita de Elena.

—No, tú no eres ninguna visita, nadie te ha invitado —replicaba la niña de

forma contundente.

Empezaba a estar cansada de sus salidas de tono.

—Anna, Almudena es mi amiga y cuando viene, es mi visita —hablaba despacio recalcando cada palabra—. Igual que yo respeto a tus amigas tú debes respetar a las personas que yo traiga a esta casa, que, de momento, también es la mía. Y si tienes alguna duda, habla con tu madre, seguramente te va a explicar este tema mucho mejor que yo.

Sabía que no lo haría, de hecho, aprovechaba los momentos en que Ines no estaba para hacer de las suyas. Lamentablemente para la niña, en esta ocasión lo había oído todo por la forma en que apareció ante nosotros.

—Anna, no pienso volver a repetir lo que vas a oír a continuación; así pues, espero que prestes mucha atención —empezó en tono grave—. Mientras Elena esté con nosotros es una más de la familia y esta casa es tanto de ella como tuya. Por lo tanto, cada persona que venga a visitarla se merece el mismo respeto que ella. Eso engloba educación, cordialidad y cortesía. Si alguna vez llegas a encontrarte en una situación parecida no te gustaría ser tratada como tú lo estás haciendo ahora. De modo que, para empezar, pide disculpas a Almudena y luego te vas a tu habitación a hacer los deberes.

—¡Yo no tengo por qué pedir disculpas a nadie! —replicó rabiosa.

—Tienes que hacerlo y lo vas a hacer en este mismo momento, de lo contrario vas a estar castigada durante un mes. ¿Qué quieres que piensen de nosotros con esa actitud? Lo que haga cualquier miembro de nuestra familia nos afecta a todos porque nos representa... Por favor, no nos hagas esperar más, estas personas no van a perder la tarde por culpa tuya.

Los demás habíamos permanecido en silencio. Maxi, a mi lado, observaba a la hermana con inquietud. Sabía que para Anna tener que claudicar no sólo ante mí, sino ante Almudena, suponía la mayor humillación a la que podía ser sometida. Intentando suavizar la situación y propiciar un encuentro con ella,

recordé las palabras de Gerhard.

—Anna, llevo aquí unos meses y aún me quedan algunos más. Echo de menos a mi familia y para mí vosotros ahora lo sois. Aunque ya no tengo edad para ser la hija de Ines, ni mucho menos —sonreí dirigiéndome a esta— el tiempo que estemos juntas me gustaría que me vieras como una hermana mayor o mejor, como una amiga. Yo no he venido a quitarte nada, al contrario, intento aportar lo que está en mi mano... Para mí sería muy importante contar con tu amistad, aunque no lo creas. Y seguro que también sería bueno para ti; en alguna ocasión te podría ser de ayuda... Sé que ahora estás enfadada y no es el momento, pero cuando estés más tranquila piensa en lo que te he dicho.

Ni siquiera me miraba.

—Yo me alegraré mucho, Anna —intervino la madre—. Y si dais por zanjado el tema con un abrazo, estoy segura de que también Almudena y Maxi lo harán.

Me acerqué confiando en que delante de todos no me haría un desplante. La conocía y sabía que se resistía a ceder, pero debía intentarlo. Esperé mostrando la mejor de mis sonrisas. Su ceño fruncido se fue distendiendo, tomó aire y se giró hacia mí. Dudaba, pero finalmente me dio un beso, aunque no demasiado convencida. Miré a Ines de reojo y vi como me guiñaba.

Esperaba que Gerhard hubiese llegado a casa para poder, por fin, hablar con él; pero no contestaba. Estuve viendo las noticias; no habían vuelto a hablar de Aileen. Pasados unos minutos sonó el teléfono.

—Elena, ¿me has llamado?, estaba en la ducha.

Parecía hacer algo mientras hablaba.

—Sí, hubiese querido hacerlo esta mañana, pero no quería molestarte en el

trabajo. He recibido tu televisor y ha sido todo un detalle por tu parte, muchas gracias.

—Espera un momento —oía como soltaba el auricular y al instante regresaba—. Perdona, me estaba secando. Me alegro de que te haya gustado, pero no tienes que agradecerme nada, no podía consentir que continuaras viendo esa tele vieja en blanco y negro. Ahora está más alegre tu habitación, ¿verdad?

—Yo sí que estoy muy alegre... En serio, te lo agradezco.

—En cuanto a lo que has dicho, no me molestas en absoluto si me llamas al trabajo. Si quieres hacerlo algún día, no lo dudes. Si estuviera ocupado ya te lo diría yo, hay confianza, ¿no?

—Sí, claro.

—Por cierto, ¿cómo te fue con la policía? ¿Te dijo Ines que te llamé?

—Sí, me lo dijo, pero ya era muy tarde.

—¿Tanto tiempo estuviste allí?

—Al salir me fui a dar un paseo para despejarme.

—Cuéntame, ¿cómo fue?

Le repetí la conversación lo mejor que pude.

—Veo que solo les dijiste lo que se podía contar.

—Por supuesto, lo demás solo lo sabes tú.

—Y dices que querían saber lo que hiciste el día de la desaparición. ¿Es que acaso sospechan de ti?

—Supongo que a estas alturas lo harán de todo el que tuviese algo que ver con ella, y no podemos olvidar que llevaba mi nombre encima.

—Es cierto. Pero ya verás cómo no te vuelven a molestar. Además, ¿cómo iba alguien debilucha como tú a poder estrangularla?

Acababa de oír algo que no cuadraba, e inmediatamente supe qué era.

—¿Cómo sabes tú que la estrangularon?

En ese momento se hizo el silencio.

—Lo han dicho en las noticias —respondió al cabo.

—No, no lo han dicho. Acabo de ver el informativo en mi nuevo televisor.

—Fue al mediodía. Además, ¿qué más da? Lo importante es que es absurdo que sospechen de ti. Por cierto, nos vemos el viernes, ¿verdad?

—Sí, claro —respondí sin convencimiento.

—Bien, pues ahora voy a secarme el pelo, no me encuentro muy bien y no quiero pillar un resfriado. Espero que esta noche puedas ver alguna película o algo que te guste.

—Vale, cuídate.

No me había convencido, las noticias de sucesos solían repetirlas por la noche.

La policía había llamado a Ines a declarar y según me dijo, días antes lo había hecho Harald. No quiso entrar en detalles. Sería por la tarde y me pidió que me quedase con los niños. Era viernes, pero si el interrogatorio se desarrollaba del mismo modo que el mío, no tardaría en regresar. Alberto había descubierto algo que quería que supiese. Después de comer me recogió en su coche y fuimos a tomar un café en Solln. Había adelgazado, seguramente por el estrés de los últimos meses; ahora, con el fin de las prácticas en cirugía, disponía de más tiempo y empezaba a relajarse. Yo debía volver pronto a casa y fue directo al asunto. Con cuidado de no despertar sospechas, había estado investigando a Harald. Su fuente de información la tenía más cerca de lo que pensaba. Su novia o lo que fuese, él mismo no sabía bien como llamarla, era amiga de una compañera de la enfermera jefe que trabajaba con Harald. Esta compañera, que no destacaba por su discreción, había descubierto algo entre los dos. A partir de ahí, con un poco de seguimiento y agudizando el oído, supo que esta relación fue la causante de

la separación del matrimonio. Un año atrás Harald juró a su mujer que había terminado, pero lo cierto era que él y la enfermera seguían viéndose a escondidas. Todo parecía indicar que intentaba aparentar una reconciliación a los ojos del director, el cual se había sentido traicionado con el affaire de su amigo. Era un hombre tradicional, defensor a ultranza de la familia, y después de haber apostado por Harald ante Recursos Humanos no estaba dispuesto a admitir que se había equivocado.

—¡Vaya con Harald! —exclamé cuando hubo concluido.

—No creas, es algo normal, existen muchos líos entre el personal. Lo que ocurre es que tu jefe es más conocido que otros.

—Yo también he descubierto algo y creo que ambas cosas pueden tener conexión. La noche que me dio el golpe en la cabeza creo que no estaba solo.

—¿Cómo?

—Esa noche, después de dejarme dormida llamé a un taxi. He consultado la factura del teléfono. ¿Para qué llama alguien a un taxi a las cuatro de la mañana si tiene su coche en la puerta y además no se mueve del sitio? No he dejado de reproducir lo ocurrido paso a paso y sé que oí risas antes de bajar.

—Veo que tú también has hecho los deberes —dijo con humor.

—Obviamente estaba con alguien que no quería que yo viese, una mujer; y con lo que me acabas de contar creo que ya sé de quién se trataba. Lo que hacían en la casa a esa hora lo ignoro, tal vez era cierto que buscaba las botas para la nieve.

—¿Golpearte y luego sedarte solo para que no le vieras con una mujer?, me parece excesivo.

—No olvides que Ines está engañada. Ella piensa que Harald hace méritos para volver. Si se enterase de que está de nuevo con su amante, o peor aún, que nunca lo han dejado, se iría al traste su plan.

—Creo que no es ninguna tontería lo que dices.

—¿Cómo se llama la enfermera jefe?

—Agnes, Agnes Weber.

—¿Cómo es físicamente?

—Creo que debe tener unos treinta años, muy guapa, de mediana estatura y melena rubia. Tiene una bonita voz, dulce, que seduce cuando simplemente te da los buenos días. Pero el resto de las enfermeras no hablan demasiado bien de ella, piensan que es una trepa. Harald es un hombre atractivo, creo yo, al menos eso dicen las mujeres; pero hace unos años estuvo liada con otro cirujano, un tipo mayor y poco agraciado, de hecho ya se ha jubilado. Según los cotilleos hospitalarios, en su juventud tuvo compañías no demasiado recomendables; pero todo eso pasó a la historia y ahora se rodea de las personas más influyentes del centro.

—¿Sabes que creo?, que esta vez Harald se ha enamorado.

—¿Por qué piensas eso?, ni siquiera la conoces.

—Cosas más de bruja, como tú dices —concluí mientras salíamos de la cafetería.

Ines, tal como había imaginado, no tardó en regresar. Su cara no reflejaba nada bueno. Se quejó de que le habían hecho mil preguntas sobre dónde y con quién estuvo el día de la desaparición de la vecina. Yo no quise preguntar, bastante tenía con lo que se le venía encima. Supuse que le habían informado de la relación que Harald tenía con Aileen e incluso le habrían mostrado la foto o el diario. Me dio lástima dejarla sola, pero sabía que lo prefería; así podría rumiar el agravio que suponía lo que acababa de conocer. No quería pensar cuando llegase a saber que el que aún era su marido continuaba con su antigua amante. Por si todo esto no era suficiente, se encontraba en el punto de mira de la policía; era una de las personas que tenía motivos para desearle el mal a la difunta. Lo mío no eran problemas

comparado con lo que debía afrontar esta mujer.

Llegué a casa de Gerhard al mismo tiempo que él regresaba del trabajo y le noté extraño, demasiado serio. Me comentó que estos días la dirección estaba manteniendo reuniones con posibles candidatos para sustituir a su jefe recién jubilado. Buscaban a alguien joven y él era uno de los nombres que se barajaban. Estaba tranquilo, aunque el puesto era importante sabía tener los pies en la tierra y no dejarse llevar por habladurías. Pensé que su actitud distante se debía a ello.

Mientras hacía unas llamadas me metí en la ducha, y cuando salí ya había terminado. Él se dispuso a hacer lo mismo y encendí el televisor todavía envuelta en la toalla. Últimamente trataba de no perderme las noticias para conocer los avances en la investigación sobre Aileen, pero hacía días que no había nada nuevo. Oía el agua de la ducha que se prolongaba más de lo habitual. Un joven periodista sostenía su micrófono en mitad de una calle desconocida para mí; me pareció que hablaba de ella. Me acerqué y subí el volumen. Hoy al mediodía la policía de Núremberg daba un comunicado a los medios en el que desvelaba las causas del fallecimiento de Aileen Bauman, la mujer cuyo cuerpo sin vida había sido encontrado en la zona turística conocida como Suiza Francona. Tras serle practicada la autopsia, esta había revelado que fue estrangulada hasta posiblemente perder la conciencia. Posteriormente habría sido arrojada por un precipicio, donde finalmente las múltiples contusiones sufridas en la caída habrían causado su muerte.

Instintivamente me giré hacia la puerta del baño. Gerhard, de pie, miraba la pantalla. Permanecía estático con la toalla enrollada alrededor de la cintura y el rostro inexpresivo. Retorné a mi posición inicial. Se agolpaban tal cantidad de datos, fechas y hechos en mi cabeza que no era capaz de conseguir un solo pensamiento sensato. Solo algo se abría paso entre todo lo

demás: Gerhard sabía desde hacía tres días que a Aileen la habían estrangulado. Podía sentir las pulsaciones en mi cuello. No me atrevía a mirarle; oí sus pasos y vi que dejaba a oscuras la habitación. Luego encendió un par de velas que había en la mesilla, junto a la cama, y acercándose a donde yo estaba, cogió el mando, al que me había aferrado como si me fuera la vida en ello, y apagó el televisor. Extendió su mano esperando la mía; apenas rocé sus dedos, temía que notase cómo temblaba. Lentamente me condujo hasta la cama. Durante unos segundos fui capaz de retener su mirada; no había cambiado, alguien ajeno que pretendía parecerse a Gerhard retiraba la toalla de mi cuerpo. Hice un movimiento reflejo para sujetarla, pero agarró mi brazo con fuerza hasta que cedí. Rodeó mi nuca con ambas manos e introdujo sus dedos entre el cabello, lo sujetó con firmeza y tiró de él hacia atrás; no me hacía daño, pero me sentía inmovilizada. Acercó su boca a la mía y me besó de manera ruda. Cuando hubo terminado, me levantó como a una niña a la que se lleva a dormir y con delicadeza, dejó caer mi cuerpo sobre las sábanas. Se colocó a horcajadas en mi vientre y acercándose susurró:

—¿Confías en mí?

Me limité a mirarle, en aquel momento era la única pregunta que no podía responder. Estiró su cuerpo hasta alcanzar algo del cajón y lo desenrolló ante mis ojos, se trataba de un largo fular de seda gris. Sujetó una de mis manos y la llevó hasta los barrotes de la cabecera; sentía como lo deslizaba por mi muñeca y cómo esta quedaba firme. Intenté decir algo, pero me tapó la boca con su mano y colocó mi otro brazo sobre mi cabeza mientras anudaba de nuevo el pañuelo a su alrededor. Aunque había tomado el control de mis movimientos y mis palabras, la agitación desbocada de mi pecho era difícil de dominar. Una mezcla de terror y entrega me invadía, deseando que llegara pronto el desenlace y terminara aquel mal sueño. La chica atrevida y ávida de

experiencias que había creído ser, se convirtió en cuestión de segundos en una asustada aprendiz en manos de un maestro que ejercía su poder de manera implacable. Me desconcertaba aquella impredecible combinación de brusquedad y ternura, hasta sentir que todo mi ser le pertenecía y la posesión era el estado natural de nuestros cuerpos. La demencia que me provocaba la sospecha se fundía con la cordura y la necesidad de creer en él. Terminé rindiéndome ante el filón de placer tan extremo que acababa de descubrir, y no me habría importado morir en sus manos aquella noche. Antes de finalizar me liberó de mis ataduras, sabía que ansiaba el encuentro de mi tacto, de mis brazos, pero estos, en un efímero intento de venganza, permanecieron ajenos a él y a mi propia locura.

Tal vez debería haberme alejado de allí, pero una fuerza superior me obligaba a quedarme. Transcurrieron dos días extraños, él era otro y yo resistía su transformación. El domingo, antes de llevarme a casa, se acercó a mí.

—Me rindo. No sé qué hacer, no sé qué te ocurre. Lo he intentado todo esperando que reaccionaras. Desde Navidad trato de adaptarme a tus estados de humor, de ignorar tu indiferencia, pero me supera. Desconozco como funciona tu mente y te desconozco a ti.

Su mirada ahora era de impotencia, parecía vencido. Tenía que decirle lo que me atormentaba, estaba de acuerdo en que no podía continuar así.

—¿Cómo supiste el modo en que mataron a Aileen? —dije de repente.

Él cerró los ojos y sonrió con amargura.

—Aún sigues con eso... ¿Qué más da? ¡Te estoy hablando de que nuestra relación se va a pique y todo lo que te importa es un maldito dato! —exclamó cansado.

—¿Por qué no me respondes?, ¿es que no puedes? ¿No puedes explicar cómo sabías algo que solo la policía y el asesino conocían?

Su mirada era de total incredulidad.

—¿Me estás diciendo que sospechas de mí?.. Esto es lo último que podía esperar de ti, Elena.

—Sigues sin contestarme —insistí.

—Muy bien, veo que haga lo que haga, nunca confiarás en mí... Cuando me contaste toda la trama de tu vecina y el tal Harald me quedé muy preocupado. Prácticamente convives con alguien que podía haber asesinado a esa mujer y que, además, te había dejado inconsciente en el sótano de su casa. Por otra parte, quería saber hasta qué punto sospechaban de ti, deseaba ayudarte. Recordé que el marido de mi madre tenía amistad con el comisario de policía de Núremberg. A través suya logré hablar con él. No podía darme detalles porque la investigación sigue su curso, pero me habló de ti y me dijo que las sospechas iban en otra dirección, ya que la mujer había sido estrangulada y pensaban que seguramente se trataría de un hombre o alguien fuerte. No quise decirte nada porque no querías que me inmiscuyese y trato de no agobiarte lo más mínimo. Me dijo que el dato de la causa de la muerte lo harían público al día siguiente, pero se ve que por burocracia o por lo que fuera no lo hicieron hasta antes de ayer. Eso es todo, espero haber saciado tu curiosidad.

Se llevó la mano a la frente como si esta le quemase y cerró los ojos. En aquel momento habría deseado que no pudiera verme. Me sentía tan avergonzada que me resultaba difícil mirarle. Había sido una estúpida desconfiando de él hasta ese extremo. Me giré a coger mi bolso, y de espaldas a él me disculpé en voz baja:

—Lo siento.

Eso fue todo. Condujo en silencio hasta mi casa. Por mi parte, no pronuncié una sola palabra y no aparté la vista de la carretera. Cuando me disponía a abrir la puerta del coche, le oí decir:

—Creo que es mejor que tomemos un poco de distancia. No pretendo reprocharte nada, pero yo no puedo continuar así.

Su voz denotaba tristeza, pero decisión. Las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos y no deseaba que las viera.

—Como quieras —murmuré sin tan siquiera mirarle.

En el momento en que salí del coche y cerré la puerta, arrancó el motor y se marchó.

Capítulo 14. Fasching

De nuevo la ciudad se encontraba en vísperas de fiestas, y como cada año el carnaval estaba a punto de estrenar su presencia en las calles. Me gustaba imaginar cómo se habría celebrado en la antigüedad, en Grecia o en la época del Imperio romano, con las Bacanales, Saturnales y Lupercales^[25]. Todas ellas con un denominador común, el desenfreno, la sátira y el desorden civil. Con el tiempo, los países de tradición católica lo convertirían en un periodo de conmemoración del inicio de la Cuaresma. Era momento de excesos, de despedir los placeres de la vida, antes de iniciar los cuarenta días de preparación del corazón de los cristianos para la Pascua de Resurrección; días en que se suponía una vida social más recatada, de recogimiento y ayuno. Al igual que sucedía en otras localidades, el Carnaval de Múnich poseía su propia denominación, Fasching. Tenían lugar numerosas fiestas, sobre todo de disfraces; aunque también había ocasión para lucir traje de noche y esmoquin en hoteles tradicionales o en un lugar tan histórico como el Deutsches Theater, el Teatro de artes escénicas. Algunas eran ya de sobra conocidas por su singularidad: como el «Ball der damischen Ritter», Baile de los Caballeros Locos, que tenía lugar en el Löwenbräukeller, y al que se acudía con indumentaria de la Edad Media; o como el «Weissen Feste», Fiesta de blanco, en la que todos los participantes debían ir vestidos de este color. La ciudad ofrecía posibilidades de entretenimiento para todos los públicos y preferencias. El domingo de carnaval tenía lugar la cabalgata, con grupos, carrozas y bandas de música. Era el desfile principal en el centro de la ciudad, uno de los espectáculos más esperados y al que acudía mayor número de personas. Desde este día y hasta el martes se podían ver las calles

repletas de gente camino a Marienplatz. En el escenario principal de la plaza actuaban artistas de todo tipo: payasos, malabaristas, músicos, y también bandas modernas y tradicionales. A su alrededor, quioscos de máscaras y antifaces. El frío obligaba a consumir calorías; todavía nevaba, y el aroma que provenía de los puestos de comida era una gran tentación. Público de todo el mundo se reunía para divertirse, pero con una actitud correcta, sin excesos. El martes anterior al Miércoles de Ceniza, sobre las once de la mañana tenía lugar el “Tanz der Marktfrauen”, Baile de las Mujeres del Mercado, en Viktualienmarkt, el mercado de alimentos más famoso de la capital. Se trataba de un espectáculo tradicional en el que las vendedoras, envueltas en llamativos trajes, actuaban para el público. Una vez inaugurado el baile por la pareja de Príncipes del Carnaval y el alcalde, comenzaba la diversión. En los puestos se despachaban salchichas, cerdo, dulces, vino caliente y todo tipo de manjares para ser degustados mientras se servía champán para todos. La música no cesaba hasta la tarde, momento en que la juerga continuaba en bares, pabellones y clubs, antes de dar por concluido el carnaval.

Como había dicho a Gerhard en una ocasión, el día que me dejase no me rasgaría las vestiduras ni moriría de amor, y literalmente no lo había hecho. Seguía viviendo, me alimentaba para hacer posible la supervivencia, respiraba para permitir la entrada de oxígeno en mis pulmones, e intentaba dormir, aunque sin demasiado éxito. En eso había consistido mi vida durante el mes que había transcurrido desde entonces. Lo admitía, no había sido capaz de resolver con acierto la advertencia de Alfred y la consecuencia a mi torpeza había llegado. Podía estar satisfecha, había conseguido mi propósito desde que le conocí, que nunca supiese que le amaba, que le echaba de menos, que para mí había supuesto la razón principal de mis días aquí. Mi

único consuelo, si es que podía haberlo, era que aún hoy no era capaz de encontrar otra forma de hacerlo. A pesar de haber reflexionado durante días, seguía bloqueada. Me gustaba pensar que yo era la equivocada y que él también se había enamorado de mí. Incluso me había imaginado yendo en su búsqueda, pero luego, en mis sueños, le veía con otra y ni tan siquiera me recordaba. Sentía que todo había sido tan solo una ilusión, y la vuelta a la realidad me había dejado destrozada.

Al menos algo había ocupado mi mente a lo largo de estos interminables días, mis conjeturas sobre el asesinato de Aileen. Ahora eran tres las personas sobre las que albergaba sospechas: Harald, Gunther y aunque me costase admitirlo, Ines. Había estado analizando los motivos que podían tener cada uno de ellos, las posibilidades de haberlo cometido y sus conductas. El marido de la fallecida era para mí el más lejano, solo le conocía a través de un diario. Después de que ella se lo confesara todo, no habría soportado conocer la verdad. Pero, por otra parte, el día que estuvo en casa se le veía hundido, lo cual me despistaba. Había estado de nuevo por aquí, e Ines aprovechó para hablarle sobre el tema de las plantas. Le dijo que aunque Eva se quedaría en Núremberg con los abuelos, él vendría habitualmente, de manera que ya no sería necesario que continuase yendo a regar. Le devolví las llaves y en cierto modo sentí alivio; si nunca hubiera entrado en aquella casa ahora no estaría tan implicada y tal vez aún seguiría con Gerhard.

Por la tarde recibí una llamada completamente inesperada. Me encontraba sola en casa, Ines había llevado a los niños a una fiesta infantil de disfraces, y yo había subido a la buhardilla y descansaba en la cama con el televisor encendido. Llevaba días haciéndolo, no era capaz de centrarme en nada de lo que veía, pero me hacía compañía.

—¿Puedo hablar con Elena, por favor?

No reconocía aquella voz.

—Soy yo.

—¡Qué tal, Elena! Soy Alfred.

—Hola, Alfred.

—¿Cómo estás?

En cuestión de segundos pasaron por mi mente varias razones para su llamada.

—Muy bien, ¿y tú?

—Un poco cansado, pero bien. Trabajando en una nueva exposición que espero tener terminada para antes del verano... Te preguntarás por qué te he llamado. En realidad hacía tiempo que no te veía, concretamente desde Navidad, y me apetecía charlar contigo.

—Pues me alegro, por ambas cosas. Supongo que continúas con el impresionismo.

Temía que, inevitablemente, surgiría el nombre de Gerhard.

—Sí, aunque ahora estoy llevando a cabo una interpretación particular más subjetiva si cabe. Espero que vengas a verla y me des tu opinión —tras unos molestos segundos de silencio, añadió—. Por cierto, ¿qué sabes de Gerhard? Desde que se fue a Frankfurt hace más de dos semanas no he vuelto a verle y he de daros las invitaciones para la fiesta del sábado en el Club Gotik.

—Ya no estamos juntos.

Me pareció que tardaba en reaccionar.

—¡Vaya!, no sabía nada... En realidad solo hablé con él un par de veces antes de marcharse, ya debe estar aquí. Lo siento, Elena. Hacíais buena pareja, pero como te dije Gerhard no es de los que se comprometen, es una lástima.

—Si no te importa prefiero no seguir hablando del tema.

—Claro, no te preocupes, lo entiendo. Sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Alfred. Me alegro de haberte saludado.

—Yo también. Espero que esto no impida que nos volvamos a ver...
Cuídate.

Colgué el auricular y me dirigí de nuevo a la cama. Desde la última noche que me dejó en casa no había vuelto a saber absolutamente nada de Gerhard. Ahora, de repente, me temía que Alfred acababa de darme motivos para seguir pensando en él. Necesitaba olvidarle, básicamente por mi salud, pero en realidad no deseaba hacerlo; en el fondo me negaba a eliminarlo definitivamente de mi vida.

Había llegado a olvidar el enorme placer que suponía dormir ocho horas seguidas; aquella noche por fin lo había conseguido y creía saber la razón. Tras ver como transcurrían los días desde la barrera, indiferente a todo lo que pasaba a mí alrededor, un atisbo de esperanza surgía por fin. Necesitaba creer que algo de mí debía quedar en Gerhard cuando no había querido comentar nuestra ruptura ni siquiera a alguien tan cercano a él. A lo mejor todavía no estaba con otra, de lo contrario suponía que Alfred lo sabría. De todas formas, aunque no fuese cierto nada de lo que imaginaba, al menos me serviría para animarme un poco y salir del agujero en el que me había metido. Por enésima vez durante todo este tiempo Almudena y Carmen me telefonearon para salir. «¡Esta vez será sí o sí! ¡Es carnaval y no te quedarás en casa!», habían dicho. Hoy empezaba oficialmente y habría ambiente en el centro. Al llegar la tarde acudí a encontrarme con ellas en Marienplatz. A pesar de que, según Ines, los últimos días eran los más animados, parecía que la gente se había echado a la calle antes de tiempo, como nosotras, con ganas de algo que celebrar. Volvía a contemplar como la ciudad se engalanaba, aunque en esta ocasión lo hacía para promover algo bien distinto.

—Estad atentas porque uno de estos días saldrá mi revista —se hacía oír

Almudena entre el vocerío del local.

—¿Cómo te peinaron? —quiso saber Carmen.

—Fatal, insistieron en alisarme el pelo.

—¿Con todos esos rizos?

—Pues sí, hija.

—Seguro que de todas formas habrás salido guapísima —le animé. Era imposible imaginar que en algún momento mi amiga estuviese desfavorecida.

—Por cierto, ¿y Adler? —preguntó Carmen mientras mordisqueaba un trozo de Bretzel^[26].

—Hoy regresaba de su último viaje... Prácticamente nos vemos una vez a la semana, lo cual no está del todo mal, así cuando le veo sigo sintiendo mariposas en el estómago.

—Nos lo tienes que presentar, y si viene acompañado de amigos, mejor. No he tenido una cita desde que estoy aquí y ya llevamos...

—Casi seis meses —apunté con desgana.

—¿Recordáis la noche en que llegamos? Me puse a llorar. ¡Qué tonta!

—Estabas emocionada, eso es todo —dije en el mismo tono.

—Ha llovido mucho desde entonces... Pero no nos pongamos nostálgicas, hay algo que aún no os he dicho. ¡Tenemos por delante una fiesta de disfraces!

—¡Repítelo, por favor! —pidió Carmen como en una plegaria.

—Adler tiene invitaciones para las tres.

—¡Qué bien!, ¿cuándo es?

—Es el sábado. Además no tenemos que preocuparnos por los disfraces, en su agencia tienen de todo. Es el vestuario que utilizan para las campañas de publicidad.

—Espero no tener que quedarme con la abuela precisamente ese día —se quejó Carmen.

—Sueles tener los sábados libres, no creo que en carnaval te hagan esa trastada. A ti, Elena ni te pregunto, eres la que mejor vive de todas.

—No sé si iré.

—¡No! ¡No te vas a quedar en casa!, ¡te lo prohíbo! Te vas a disfrazar, vendrás con nosotras y bailarás hasta gastar las suelas de los zapatos, aunque te lleve a rastras.

—Bueno, ya veré el sábado.

—El sábado por la mañana temprano nos llevará Adler al almacén. Nos probaremos los disfraces y luego os venís a casa conmigo. Almorzamos, descansamos un rato y estaremos preparadas para cuando nos recojan sobre las ocho de la tarde. Ya está decidido.

—¿Estás sola?

—El sábado y el domingo estarán con los padres de Elke. Por lo tanto os podéis venir también a dormir.

—¡Un plan magnífico!, ¿verdad, Elena?

Carmen parecía entusiasmada, pero a mí me daba igual.

El viernes transcurría con tranquilidad. Ines me había pedido que le ayudase a mover un mueble de su habitación, estaba haciendo algunas reformas. Durante el último mes la había notado extraña. Había días que aparentaba normalidad; en cambio, otros estaba como ausente. Anna, en cuanto nos vio preparadas, quiso ayudar. Desde el día de la visita de Almudena había cambiado. No es que de repente se hubiese convertido en mi mejor amiga, pero al menos su actitud conmigo era más cordial. Maxi nos miraba atento desde el pasillo mientras tratábamos de arrastrar el armario vacío entre las tres. Era tan pesado que parecía estar hecho de hierro. Cansada de empujar sin resultado, fui a buscar un poco de agua para mojar el suelo y que se deslizase con mayor facilidad. En el momento en que regresaba, Ines,

con la única ayuda de sus manos, lo desplazaba al menos un metro. Los niños aplaudían, y ella, arremetiendo de nuevo, conseguía colocarlo en su lugar.

—¿Quién dijo que necesitáramos a ningún hombre? —dijo con orgullo al tiempo en que se dejaba caer resoplando sobre el butacón.

El hecho me hizo reflexionar. No era la primera vez que pensaba en su coartada. El día en que Aileen desapareció Ines había estado fuera desde bien temprano y no había regresado hasta la noche. Y al contrario que otras veces, en esta ocasión no mencionó dónde estaría. Le había pedido a Almudena que preguntase a Joseph, el padre de las niñas que cuidaba, cuánto tiempo duraba el trayecto en coche de Múnich a Núremberg, ya que él iba a menudo a la escuela de vuelo. Se tardaba menos de dos horas. No era demasiado, había tiempo suficiente para ir y volver en el día y acabar con Aileen de aquella forma tan terrible. Por otra parte, motivos le sobraban. Si había descubierto el engaño y la traición de los dos, había sabido disimularlo como nadie, pero todo era posible. Y ahora, esto: el asesino debía tener la fuerza suficiente como para apretar el frágil cuello de la víctima llevándola hasta el borde de la muerte.

A pesar de todo lo anterior, algo hacía frenar mi imaginación. Después del terrible error que había cometido al sospechar de Gerhard, no me atrevía a aventurar nada de ninguno de ellos. Me limitaba a observar, como si fuera una de las series de ficción con las que tanto disfrutaba; sólo había dos diferencias, aquello era real y me angustiaba. Suponía que la policía lo estaba teniendo difícil, había transcurrido un tiempo sin que hubiesen dado ninguna explicación a la familia. Esta se quejaba de los problemas burocráticos entre las jefaturas de Núremberg y Múnich, y de que el retraso en la investigación se debía a ello. Prefería pensar que el culpable era alguien desconocido. Ese podría ser el mejor de los posibles desenlaces; un tropiezo accidental con un mal bicho en el momento y lugar equivocados.

Sonó el teléfono y era de nuevo Almudena. Me había llamado por la mañana y me temía que volvería a insistir.

—No voy a ir, Almudena. No me apetece.

—¿Me vas a obligar a sacarte a la fuerza de tu casa?.. La fiesta es en un club donde puedes conocer a gente interesante. También estarán los amigos de Adler... Si no vienes te vas a arrepentir. Quedándote ahí no adelantarás nada, solo deprimirte más.

—Te lo agradezco y sé que lo haces con tu mejor intención, pero no quiero conocer a nadie.

—Está bien —suspiró—. No debería decir esto porque sé que no te ayuda en nada, pero te puedo comprender... No sé si te dejarán entrar sin disfraz, pero si te arrepientes en el último momento, estaremos en el Club Gotik. No recuerdo ahora la calle; si preguntas a un taxista te indicará, es muy conocido.

—¡Espera! ¿Has dicho Club Gotik?

—Sí. Según Adler está de moda.

—Está bien —me apresuré a decir—. Iré. Pero solo por no escucharte.

—¡Por fin!, ¡mira que eres difícil de convencer! Lo vamos a pasar bien, ya verás.

No le hablé de la extraña llamada de Alfred, ni tampoco de que ese era el baile al que posiblemente asistiría Gerhard.

El almacén era inmenso. En una sala diáfana dividida en pasillos, cientos de ropas y atuendos de todo tipo colgaban de percheros a diferentes alturas. Estaban organizados por secciones. Adler nos llevó a la zona de vestuario de época. Era un tipo agradable, un tanto pragmático, según mi primera impresión, pero debía reconocer que había sido todo un detalle por su parte poner a nuestra disposición aquel despliegue de guardarropa sin ningún límite. Las chicas buscaban algo con clase y a la vez un poco sexy; al parecer

no bastaba con cualquier disfraz improvisado para acceder a aquel lugar. Por mi parte sólo debía cumplir un requisito: fuese lo que fuese debía estar irreconocible. Me alegré de saber que también disponían de un gran número de pelucas y antifaces para completar el atuendo. Nos quedamos las chicas solas para elegir y probarnos; él ya lo tenía decidido, iría de rey Arturo. Buscamos para Almudena un traje de princesa medieval, pero el que nos gustaba le quedaba pequeño; una lástima, porque era una preciosidad. De fino terciopelo verde, una banda bordada en hilo dorado y negro descendía por el delantero y la espalda. Tenía las mangas en forma de campana, rematadas desde la altura del codo con el mismo brocado. Los hombros, casi descubiertos, permitían lucir unos magníficos pendientes dorados con perlas verdes que habíamos visto en la sección de bisutería. El vestido se ceñía a la espalda como un corsé, estilizando la figura.

Las dos me miraron.

—Pruébatelo, seguro que te queda bien.

Lo hice y parecía estar fabricado a mi medida; de modo que no tuve que buscar más, solo añadir una larga melena dorada rematada con tirabuzones que caían sobre la cintura. Carmen se decidió por un regio disfraz de María Antonieta en color azul cielo y blanco, acompañado de su inseparable peluca barroca. Finalmente, Almudena encontró el suyo; envuelta en ropajes de terciopelo negro y encajes color plata, sería la malvada bruja de Blancanieves. Como antifaces, no lo dudamos: fabulosas máscaras venecianas con las que seríamos difíciles de reconocer.

La celebración comenzaba a las ocho de la noche y llegamos poco después. Nada más entrar me invadió la desilusión. Me había preocupado tanto por pasar desapercibida que no había considerado lo más obvio: nosotros no seríamos los únicos enmascarados y así me resultaría imposible encontrar a Gerhard. Adler nos presentó a un grupo de compañeros de la

agencia de publicidad. Permanecí un rato con ellos mientras bebía mi cóctel de ron y cereza; luego, con la excusa de ir al aseo, me perdí entre la gente. El local no era demasiado grande y en condiciones normales no me habría sido difícil saber si se hallaba allí. Los grupos solían permanecer en la misma zona durante casi todo el tiempo, con la salvedad de que se dirigiesen a la pista de baile o a la barra, a la que, por cierto, era difícil de acceder. Empecé por un extremo y fui peinando por zonas el salón. Admiraba la sorprendente variedad de disfraces, algunos de ellos realmente ingeniosos, pero siempre dentro de la calidad requerida. La labor que me había impuesto era dura y de vez en cuando me dejaba llevar por la música moviéndome al ritmo, sin dejar de rastrear.

Después de transcurrido algún tiempo llegué donde estaban mis amigas, calculaba que a la mitad del recorrido. Pretendí hacerles creer que simplemente había estado curioseando, pero no eran fáciles de engañar. Desde el momento en que acepté acompañarlas, imaginaban algo. Eran de la opinión de que yo había metido la pata, fuera cual fuera el motivo, y no estaría mal que intentase remediarlo. Esa opción no entraba en mis planes, tan sólo deseaba conocer cómo se comportaba con otras y averiguar si ya me había sustituido. A pesar de sus quejas me marché de nuevo a continuar con mi propósito. En esta ocasión me situé en una parte más elevada que el resto, más tranquila y oscura, desde la que podía ver con mejor perspectiva sin temor de ser descubierta. Cuando habían transcurrido unas dos horas desde nuestra llegada, obtuve la recompensa a tanto esfuerzo. Una chica con un cuerpo espectacular paseaba su palmito disfrazada de mujer pantera. El atuendo se prestaba a lucirse, pero era evidente que aquel ceñido mono negro no se lo podía poner cualquiera. Tenía la máscara en la mano mientras una amiga trataba de sacarle algo del ojo. Parpadeaba insistentemente, y entonces la reconocí, era la ex de Gerhard; la anterior a mí, como Alfred se había

referido a ella. Siempre había presumido de ser buena fisonomista y ahora estaba segura de ello. Busqué alrededor intentando encontrar mi objetivo, pero no tuve éxito. Bebía y bailaba con las amigas hasta que un arlequín se acercó a ellas. Por la forma como se comportaban debían tener confianza. Él llevaba lo que parecía una barba natural; no era Gerhard, al menos que en un mes se la hubiese dejado crecer dándole un tinte de color... rojo. Esa perilla me resultaba conocida. Un par de movimientos y sabría de quién se trataba... no sería difícil adivinarlo... Efectivamente, era nuestro común amigo Alfred.

—Este podría ser el balcón del palacio medieval donde la bella dama que lo habita se asoma cada noche a aguardar la llegada de su amado —declaró una recia voz tras de mí. Un emperador romano me miraba tras su antifaz—. Es curioso ver como alguien busca la soledad en una fiesta.

Hablaba alemán, pero no era de allí.

—Pues oyéndole me atrevería a asegurar que el César que tengo ante mí no es originario de estos parajes —resolví siguiendo su juego.

—Tampoco la princesa parece ser nativa.

No podía ver su rostro por completo, pero no era ningún joven. Su voz era preciosa, profunda y grave.

—Pues entonces, somos dos extranjeros en tierras germanas.

Durante un instante dirigí de nuevo mi interés hacia lo que ocurría en el piso inferior, y comprobé que la pantera y el arlequín continuaban en el mismo lugar. Si Gerhard se encontraba en la fiesta tarde o temprano se acercaría a ellos, no los podía perder de vista.

—Parece que hay algo que atrae de manera poderosa su atención y me temo que no es en concreto mi persona, lo cual me apena profundamente. Debería sentir celos de quien se encuentre ahí abajo —dijo colocándose a mi lado—. Me temo que al no haber nadie que nos presente habré de tomar yo la iniciativa, a riesgo de ser rechazado. Me llamo Andrea y soy romano.

Extendió su mano. Alargué la mía para estrecharla, y él la tomó acercándola a su boca simulando besarla.

—Permítame que no desvele mi identidad, pero le diré que soy de Gades, ciudad de Hispania bajo los dominios de su antiguo imperio.

—Interesante... una belleza hispana entre bávaros, que además disfruta del retiro.

Su poderosa apariencia, la fuerza de su mirada y su encantadora forma de hablar me resultaban enormemente seductoras, pero en aquel momento era otro asunto el que reclamaba mi interés.

—Tal vez en otra situación me hubiese deleitado su compañía, pero en este momento, efectivamente, disfruto de mi soledad. Lo siento, no pretendo ser descortés.

—En ese caso me retiraré para no importarla. El motivo de hallarme en esta bella ciudad se debe solo a negocios y aventurando la dificultad de que nos volvamos a encontrar, me gustaría ofrecerle la posibilidad de dar con mi persona. Por la sinceridad que ha demostrado, me agrada saber que si en alguna ocasión requiere mi presencia será porque la desee y no por mundana frivolidad —extrajo una cartera del interior de su armadura y me mostró una tarjeta que acepté por gentileza—. ¿Habría alguna forma de conseguir sus señas?

—No permaneceré mucho tiempo en este lugar y el sitio al que volveré se me antoja demasiado lejano para un encuentro.

—Bien, quiero que sepa que oír de nuevo su dulce voz y admirar su enigmática presencia será para mí un auténtico placer. No se deshaga de lo que le acabo de entregar, si en algún momento se desplaza a mi ciudad, no lo dude y haga uso de ella, me hará muy feliz.

Tras besar levemente mi mano, se alejó.

En cuanto se hubo marchado volví a buscar a la pareja de abajo, pero ya

no estaba. Me maldije por haberme distraído, pero afortunadamente conseguí divisarlos a unos metros de distancia. Acababan de acercarse a un pirata, se saludaban y besaban. Observaba atentamente como este último les hablaba y sus gestos me eran tan familiares... Entonces mi corazón empezó a latir apresuradamente. Tan solo escasos centímetros de su piel se mostraban al descubierto, pero para mí era suficiente; se trataba de Gerhard, no había duda, le conocería entre miles de personas. Por fin le tenía ante mis ojos y no podía hacer nada salvo observar desde el anonimato que con tanto empeño me había procurado. Ahora tenía la oportunidad de estudiar su comportamiento, pero, con lo que me pareció demasiada urgencia, se despidió de ambos y se dirigió a otro grupo que se encontraba cerca. Aquellos permanecieron unos segundos sin saber qué hacer, pero ellos ya no me importaban, mi blanco estaba localizado y en ese instante hablaba con una chica disfrazada de Cleopatra.

—¡Menuda noche que estás pasando! —exclamó la madrastra de Blancanieves de mal humor.

Mis amigas acompañadas de Adler y otro chico se acercaban a mí.

—Únicamente os pediré un favor y volveré con vosotros. Necesito que Adler me acompañe a la barra de ahí abajo, solo será un momento.

—Te acompaño adonde quieras.

—Enseguida volvemos.

Estaba excitada; no podía evitar sentir los nervios apoderándose de mi estómago.

Le tomé del brazo y empezamos a descender por las escaleras. Formábamos la pareja perfecta: el rey Arturo y su esposa Ginebra paseándose entre los invitados más surrealistas; sólo que este desconocía que nos disponíamos a acercarnos a Lancelot, que en esta insólita cruzada se presentaba camuflado de apuesto corsario. Debía hacer una actuación

magistral, mis gestos y movimientos debían ser completamente diferentes a los que me caracterizaban, de lo contrario corría el riesgo de ser descubierta por Gerhard; él también me conocía al dedillo. Ya no estábamos demasiado lejos y mi corazón se salía del pecho. Justo cuando lo tenía enfrente, se giró hacia mí. Yo continué avanzando de la mano con mi fingido esposo, intentando ignorarle, y tras unos segundos de terror se volvió de nuevo hacia su interlocutora sin inmutarse; no me había reconocido. Alcanzamos la barra y pedimos algo.

—Estas temblando.

—Estoy bien. Lo siento, acabas de conocerme y con la actitud que estoy teniendo esta noche debo parecerte una paranoica, pero en realidad soy una persona normal. Bueno, me he pasado, mucho no lo soy.

Él sonrió.

—No te preocupes, todos hemos hecho tonterías por amor. ¿Es el pirata que se ha quedado mirando?

Ambos nos volvimos hacia él.

—No le conocerás, ¿verdad? Me moriría de vergüenza.

—No, no le conozco, al menos no con el disfraz.

—Bien, con eso es suficiente —respiré tranquila. Gerhard continuaba charlando con la chica y acababan de unírseles otras dos—. Regresemos, nos están esperando.

—Si te sirve de algo te diré que, por la forma en que actúa, no le interesan en absoluto las mujeres con las que está.

Le miré de reojo, y con gesto de complicidad me ofreció su brazo para salir de allí. Al reunirnos con el resto busqué de nuevo a Gerhard, que en ese momento se despedía de todas y se alejaba. Me desplazé unos metros para averiguar adónde iba; se encaminó hacia la salida del local y se marchó.

Sentados alrededor de la mesa de cristal, Ines, los niños y yo tomábamos el desayuno; tostadas con mantequilla y mermelada, zumo de naranja para ellos y café para nosotras. Era lunes de carnaval y no había clase en los colegios ni tampoco en la Volkshochschule. Hoy era el día grande de la fiesta en Marienplatz, a la que ellos acudirían más tarde. Por mi parte ya había tenido suficiente celebración. Tras la fiesta de disfraces, de la que nos habíamos recogido tarde, pasamos el domingo en casa de Almudena y luego fuimos a ver la cabalgata. Me sentía cansada, prefería quedarme y luego ver alguna película en mi habitación. Sonó el teléfono e Ines acudió a contestar; tras permanecer a la escucha, palideció. Presintiendo que nada bueno ocurría pedí a los niños que subieran un rato a su habitación. Al cabo de unos minutos, colgó el aparato y se sentó con la mirada perdida. Le pregunté si se encontraba bien y entonces murmuró algo que apenas entendí.

—¿Cómo?

—Han detenido a Harald por el asesinato de Aileen. Me ha llamado su abogado, es una medida cautelar y como máximo en setenta y dos horas lo pondrán en libertad o a disposición del juez. Consideran que existen motivos para presumir su participación en el caso.

—¡Vaya! Ines, no quise decirte nada, pero la policía me llamó para que fuese a declarar y me informaron de la relación que ambos tenían. Me dijeron que ya estabas al tanto y no me pareció conveniente remover más el tema. Lo siento mucho, espero que todo se aclare y el desenlace sea el mejor para todos.

—Esto se ha convertido en una pesadilla. En estos momentos no pienso precisamente bien de Harald, pero le conozco y sé que no es capaz de asesinar a nadie.

Parecía convencida de sus palabras, pero yo tenía tantas dudas que no podía pronunciarme.

—La verdad tarde o temprano saldrá a la luz, ya verás.

—Lo peor de todo esto son los niños. No quiero ni pensar lo que dirán por ahí... y ellos adoran a su padre. No sé por dónde empezar para tratar de explicarles lo que está ocurriendo.

—Seguro que encontrarás la mejor forma de hacerlo, nadie mejor que tú. Además, creo que son mucho más fuertes de lo que pensamos, seguro que a su manera lo entenderán.

—Eso espero, Elena. Eso espero.

Al día siguiente tuve una llamada de Alberto. No nos veíamos desde antes de terminar con Gerhard. El nuevo médico supervisor de prácticas le estaba fastidiando en todo lo que podía y el último mes había sido terrible. Quedamos en vernos cerca de Viktualienmarkt, era el día de la popular «Danza de las mujeres del mercado», pero cuando llegamos la fiesta casi llegaba a su fin. Después de asistir a los últimos coletazos del carnaval, buscamos un lugar relativamente tranquilo para poder hablar, era momento de meriendas y descanso. Dejé que decidiera y me encontré casi sin darme cuenta en la cafetería dónde había visto a Gerhard por segunda vez. Pedí un zumo de frutas, el mismo que tomé aquella tarde, y miré hacia la barra como si esperase encontrarle allí, con su traje, su corbata y aquella mirada imprudente que había alterado mi destino.

—Te noto un poco ausente, ¿estás bien?

—Sí, solo estaba un poco distraída.

—Supongo que estás al corriente de la detención de Harald —dijo sin preámbulos.

—Como para no estarlo, ayer por la mañana llamó a Ines su abogado. Debe estar pasándolo mal.

—Dicen que era su amante.

—Eso parece.

—Era su vecina, bueno, tu vecina ¿La conocías?

—Sí, nos veíamos a menudo porque los críos iban a la misma guardería, pero tampoco demasiado. Supongo que será la comidilla del hospital.

—No te quepa duda. Lo malo de todo esto es que aunque no puedan demostrar nada y salga exculpado, siempre quedará esa mancha en su historial. Además, claro está, del hecho de que tenía dos amantes.

—Supongo que la enfermera debe estar contenta.

—Aún no ha aparecido por allí, está de días libres.

—¿Cuál era su nombre? Agnes...

—Weber.

—La trepa. Algún día que no estés muy liado me gustaría verla.

—Eres muy curiosa, pero no sólo haré eso, te la presentaré. Y a ti, ¿cómo te va? ¿Se resolvieron por fin tus dudas respecto a tu novio?

—Hace más de un mes que no lo es. Me dejó.

—¿Cómo? No me digas que era cierto lo que te habían dicho sobre él.

—No, empiezo a pensar que no lo era, al menos estando conmigo. Precisamente hemos terminado por culpa de mis dudas. Debí darme cuenta de que mi actitud no me llevaría a ningún sitio, pero pasó y ya no puedo evitarlo.

Resultaba curioso con la facilidad que lo asumía ante los demás y lo difícil que era ver la realidad cuando se trataba de demostrármela a mí misma.

—Supongo que la frialdad de la que me hablaste la llevaste al extremo. De todas formas, si sólo es por eso por lo que te ha dejado, la solución está en tus manos y sí que puedes evitarlo.

Sonreí sin ganas.

—No, no es tan fácil.

—Otro tema es que seas demasiado orgullosa para admitir que te has

equivocado e ir tras él... No me digas que no se te ha pasado en algún momento por la cabeza.

—Te mentiría si te dijese lo contrario, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque tengo demasiado miedo a equivocarme de nuevo.

Acababa de encontrar la respuesta que durante tantos días había buscado. Alberto se limitaba a esperar, en silencio, dejando que yo misma recapacitase.

—¿Y si es cierto y se ve con otras?, solo serviría para que se riese de mí. Además, ha pasado mucho tiempo y aunque me dejara por mi culpa tal vez ya no siente lo mismo, y...

—Y tu orgullo quedaría seriamente lastimado, ¿no es eso? —me interrumpió y volvió a dejar la pelota en mi tejado.

—¡Pues sí, es eso! —dije furiosa—. Y no lo puedo evitar, yo soy así.

—¿Sabes que es posible que algún día te arrepientas de no haberlo intentado? ¿Y que tu orgullo, dentro de unos años, te importe un poco menos?

No sabía qué responder.

—Elena, no pretendo decirte lo que tienes que hacer, solo intento que veas todas las posibilidades y no te cierres tú misma las puertas. Por lo que te conozco eres una persona resolutiva, que toma decisiones sin esperar a que otros lo hagan por ti. No creo que tú misma estés demasiado convencida de la actitud que estás tomando. Piénsalo; esta noche, mañana o pasado, pero no esperes demasiado, las oportunidades no lo son para siempre.

Aquel lugar me hacía recordar. Era cierto lo que decía, aquella tarde con Gerhard no actué como alguien que espera a que decidan por ella. En nuestras primeras citas fui valiente, atrevida y creía que era eso precisamente lo que le había atraído de mí. El que había cambiado no era él, sino yo, convirtiéndome en alguien a quien yo misma detestaba. Tal vez había llegado

el momento de actuar.

Capítulo 15. El reencuentro

Parecía que la nieve definitivamente nos abandonaba, pero no así el frío y la lluvia. Poco a poco se iría despidiendo el invierno y cada día faltaría menos para disfrutar del prodigioso colorido de las flores y ese olor a primavera que tanto añoraba... El cielo nítido, con apenas un trío de minúsculas nubes decorando el infinito; los cálidos rayos de un sol resplandeciente; el relajante cantar de los pájaros celebrando la vida; y la maravillosa agitación de las concurridas terrazas de los parques. Miré el reloj, era hora de recoger a Maxi y volver a la realidad. Posiblemente en España sería así; aquí aún faltaba mucho para todo eso. Subí el cuello de mi anorak y salí a la calle. Nada más cruzar la acera me encontré de frente con Gunther. Nos saludamos, le pregunté por Eva y continuamos cada uno nuestro camino. En realidad nunca me había demostrado simpatía, aunque ahora, con la nueva situación, imaginaba que debía ser difícil para él venir hasta aquí y encontrarse con el que había sido el amante de su difunta esposa. Harald estaba de nuevo en libertad. Antes de terminar el plazo de setenta y dos horas, Agnes Weber había declarado que el día de autos permaneció todo el tiempo con ella y un variado grupo de testigos.

Pero todo este asunto no sólo había afectado al vecino, Ines lo estaba pasando realmente mal. La relación con Harald era inexistente. Cuando él recogía a los niños en la acera de enfrente, ella procuraba no estar. Engañada doblemente, no pasaba por su mejor momento. Sé que le hubiese gustado desaparecer, al menos durante algún tiempo; las miradas de los vecinos y los comentarios en el colegio no se lo ponían fácil. A pesar de todo, se enfrentaba a ello y cumplía con sus obligaciones. Al llegar a casa, y en

ausencia de los niños, se dejaba ir, y a menudo la oía llorar. Harald había intentado hablar con ella tras ser liberado, pero no había querido saber nada de él. Los niños hicieron preguntas, sobre todo Maxi, pero tras los primeros días de malestar las cosas habían vuelto a la normalidad, a esa rutina que todo lo curaba.

Por la tarde fui a la Volkshochschule. Hacía tiempo que no tenía nada nuevo que aprender en cuanto a gramática, pero de todo lo demás sí; y conforme el tiempo transcurría me surgían nuevos interrogantes que allí, en clase, consultaba cada semana entre mis compañeros. Además de aclarar mis dudas, me hacía bien tener un lugar adonde ir mis desocupadas tardes de los lunes; al menos durante ese tiempo dejaba de lucubrar. Al terminar, me dejé guiar por mis pasos que me llevaron hasta el centro. El comercio me atrajo como un imán; era el lugar donde aquel día, que me parecía tan lejano, había estado con Gerhard para comprar mis útiles de fin de semana. Poco a poco me había ido llevando ropa a su casa y todo se había quedado allí, incluido el perfume que había elegido para mí. Me acerqué al expositor y lo busqué. Su fragancia siempre estaría ligada a él; podía cerrar los ojos y verle, con esa pícaro sonrisa con la que cautivaba a todos. ¡Cuánto le echaba de menos!

—Todavía está en casa —dijo una voz tras de mí, y antes de girarme se me hizo un nudo en la garganta. Allí estaba él, a unos dos metros de distancia. Me miraba con la ternura que recordaba y sonreía—. Y todo lo demás —añadió.

El corazón luchaba por salirse de mi pecho.

—Tendría que ir a recoger mis cosas.

Me daba cuenta de que volvía a estar bloqueada y debía remediarlo.

—Puedes venir cuando quieras.

Permanecía inmóvil, observándome, sin dejar de sonreír. Yo también lo hacía, ahora me daba cuenta.

—Me alegro de verte —reconocí tímida, sin saber qué hacer con mis manos.

—Yo también... Estás guapísima, como siempre.

Recordaba los consejos que todos me habían dado en aquellos días.

—Y te echo de menos.

Durante unos segundos que me parecieron eternos, se limitó a mirarme.

—Yo más, por eso necesitaba verte y he ido a buscarte a las clases. Te he seguido hasta aquí, me gusta verte caminar.

—Lamento mi comportamiento de aquellos días, estaba confundida y me sentía insegura.

—¿Y ahora?, ¿cómo te sientes?

—Maravillosamente bien, porque estás aquí... y no querría que este momento terminase.

—Yo no me voy a ir, ¿y tú? —aseguró desde los dos metros que nos separaban.

—Yo tampoco, ahora ya no —hubo un silencio en el que ninguno de los dos apartaba la vista del otro—. Estoy dispuesta a hacer lo que me pidas para demostrarte mi confianza.

—Es posible que quiera muchas cosas de ti.

—Haz la prueba.

—Tal vez algún día necesite que te quedes conmigo indefinidamente —hablaba despacio, tanteando el terreno—. ¿Qué dirías a eso?

—Si me pides que me quede, lo haré para siempre— afirmé con tanta seguridad que yo misma me sorprendí.

Transcurrieron unos segundos en los que podía sentir como se levantaba mi pecho con cada respiración. En ese momento recorrió los dos metros que nos alejaban. Nunca había supuesto tanto para mí una distancia tan corta y unas semanas tan largas. El expositor, los perfumes, la vendedora, el resto de

la gente había desaparecido; solo estábamos los dos, besándonos con el anhelo de recuperar lo que creíamos perdido.

—Gerhard, yo...

—Cállate y bésame —me interrumpió— lo demás ha dejado de tener importancia.

Seguramente la reconciliación era uno de los mejores momentos en la vida de una pareja y este debía ser el mío, porque la felicidad que sentía no era comparable con nada. Me desperté en la cama para desentumecer mi cuerpo tras haber dormido plácidamente toda la noche. Recordaba como habíamos ido a su casa y todo estaba como siempre, cada una de mis cosas seguía en su sitio, mi cepillo de dientes, mis cremas, y mi ropa colgada en el armario. Además había algo nuevo en el dormitorio, una bonita foto de los dos: estábamos en Viena en la noche de fin de año. Recordaba como habíamos pedido a un hombre que nos la hiciera justo después de las doce campanadas... Ahora, después de todo lo pasado, tenía una nueva oportunidad, la cuestión era no estropearla.

De repente, algo ajeno a mi recién estrenada alegría reclamaba mi atención. Ines llamaba a mi puerta. La había oído andar por la casa desde muy temprano y me temía que algo no iba bien. Me levanté a abrir.

—Elena, ha surgido un problema; uno más. Se trata de mi padre, ha sufrido un infarto.

—¡Cuánto lo siento, Ines! ¿Cómo está?

—Parece que han llegado a tiempo, menos mal. Voy a ir a verlo, salgo ahora. Posiblemente me quede allí varios días, dependerá de cómo evolucione. Mientras yo esté fuera Anna se irá al colegio con su amiga Cindy, acabo de hablar con su madre. Por las mañanas todo seguirá igual y por las tardes vendrá Harald a quedarse con los niños, ya está acordado.

Intento que esto te afecte lo menos posible, aunque sé que puedo contar contigo.

—Por supuesto, para lo que sea. No tienes que preocuparte, aquí todo marchará bien; puedes irte tranquila —dije acariciando su brazo.

El día transcurrió con normalidad. Por la tarde, los niños y yo nos quedamos en casa hasta que llegó Harald ya entrada la noche. Salieron corriendo a recibirle; yo me acerqué más despacio. Traía una pequeña maleta. Le informé de que ya habían tomado el baño y la cena, y estaban preparados para irse a dormir. Yo estaría en mi habitación por si me necesitaba. Me dio las gracias y subí a la buhardilla. Calculo que habría transcurrido más de una hora cuando golpeó con los nudillos en la puerta. Estaba de pie en el rellano junto a su maleta. Me dijo que hoy había tenido que disponerlo todo y había llegado más tarde, pero que a partir de mañana, y durante el tiempo que Ines estuviese fuera, llegaría después de la comida y se quedaría por las noches. Yo podría disponer de mis tardes como de costumbre. A la mañana se marcharía muy temprano, cuando me levantase ya no estaría allí.

Las jornadas se desarrollaban tal como Ines las había organizado. Su padre aún continuaba en el hospital y su estado era grave. Era el tercer día desde que Harald se había instalado en la casa. Desde su llegada se había estado preparando para almorzar huevos revueltos con jamón, y a mí no me suponía ningún esfuerzo añadir una ración más a lo que cocinaba para los niños y para mí. De modo que le dejé su plato en la cocina con una nota y subí al ático a descansar. Al bajar unas horas más tarde se habían marchado. Fui al centro; había quedado con Gerhard en las cabinas de Marienplatz. Llegué temprano, y mientras le esperaba abrí una de las guías telefónicas por la letra E. Una nota de dos semanas atrás decía que estarían en el Deutsches Museum^[27]. Me habría gustado ir, hacía tiempo que no quedaba con ellos y

en cierta manera les echaba de menos. De repente alguien me hablaba al oído y di un sobresalto, era Gerhard. Fuimos paseando hasta un pub tranquilo donde ya habíamos estado en otra ocasión. Le notaba tan cercano que me resultaba difícil recordar los días que habíamos pasado sin vernos; sin embargo, con él me ocurría algo extraño. A veces tenía la sensación de que algo malo iba a ocurrir. No sabía explicar por qué; lo cierto era que se iba haciendo más fuerte con el tiempo.

—¿No vas a felicitar al nuevo director de producción? —preguntó recolocándose la sudadera.

—¿Ese era el puesto de tu antiguo jefe? ¿Aquél para el que mantenías los pies en la tierra?

—Pues sí, finalmente fui el elegido —reconoció con satisfacción.

—¡Me alegro mucho!, sé que era importante para ti.

—He tenido que pasar varias semanas en Frankfurt y posiblemente tenga que ir más veces. El puesto implica viajar a menudo, pero no me puedo quejar. Naturalmente conlleva mayor responsabilidad y a veces me encuentro estresado; imagino que me iré relajando conforme vaya haciéndome con el control.

—Cuando nos esforzamos por algo que nos motiva, las incomodidades del camino no importan.

Se acercó más.

—¿Y tú sabes que me motivas mucho?.. Por cierto, aunque no me has dicho nada, sé que detuvieron a tu jefe y que después lo soltaron. Tiene una coartada para el día del asesinato, lo cual me tranquiliza. ¿Lo ves a menudo?

—Desde que se supo lo de su amante ha estado sin entrar en la casa, pero Ines se ha tenido que marchar a Stuttgart unos días, a su padre le ha dado un infarto.

—¡Vaya!

—Harald viene por las tardes para quedarse con los niños. ¿Y tú?, ¿cómo lo sabes?.. Ah, ya sé. El comisario, ¿no?

—No creas que no me he informado en todo este tiempo. ¿Y por las noches?

—¿Por las noches? —repetí tratando de disimular.

—¿Te quedas tú sola con los niños por la noche?

—No, él se queda a dormir.

—¡Ah!, ¡entonces ya me despreocupo! Saber que pasas las noches frente al ligón de tu jefe es muy tranquilizador.

—Estarás bromeando, ¿no?

—Elena, he visto tu habitación y la de él, estáis frente a frente; y en medio, el aseo para compartir. Además, aunque esté fuera de sospecha, no es de fiar. Con su historial no me gusta imaginármelo a solas contigo. Recuerda que te golpeó, ¿quién te dice que no va a hacer otra de las suyas?

—En primer lugar, no estamos solos. Y además sé cuidar de mí, ya voy aprendiendo. No tienes que preocuparte, es mi trabajo y lo haré bien.

—Espero que Ines vuelva pronto. Ten mucho cuidado, y si ocurre cualquier cosa, llámame inmediatamente. Dices que el cable del teléfono llega hasta tu cama, ¿no?

—Así es.

—Pues recuerda todas las noches colocarlo en tu mesa, y luego cierras bien la puerta. Prométeme que lo harás —insistió tomando mi barbilla entre sus dedos.

—Lo haré, te lo prometo.

Al regresar a casa había una tenue luz procedente del salón. Supuse que era Harald, como en los viejos tiempos, y me acerqué a saludarle. En ese momento se levantaba de la silla. Me agradeció que le hubiese preparado la

comida, le había gustado mucho, pero no tenía por qué hacerlo; él comería cualquier cosa al llegar. Le dije que para mí no era ninguna molestia y si le gustaba lo que cocinaba le dejaría su plato cada día. Me pidió que me sentara un momento, quería hablar conmigo. Había estado fumando y bebiendo café. Encendió otro cigarrillo y tras exhalar el humo fue directamente al asunto.

—Supongo que a estas alturas habrás sabido de mi detención. Entiendo que este tema te pueda causar inquietud, al fin y al cabo se trata del asesinato de la vecina. Yo no tengo nada que ver con ella y mucho menos con su muerte, pero la policía debe hacer su trabajo. Por otra parte, como habrás observado en los meses que llevas con nosotros, Ines y yo estamos separados. Hasta ahora la relación ha sido cordial, pero con todo esto la situación ha cambiado —dio una calada—. En resumen, lo que intento transmitirte es que no tienes que preocuparte, en lo que a tu trabajo respecta todo sigue igual y espero que esta contrariedad no sea motivo de que te plantees el continuar con nosotros. Quiero que sepas que estamos muy contentos contigo.

Había escuchado atentamente su cándida explicación y había una idea que me fastidiaba hasta el punto de no poder callarme: «me toma por una ingenua».

—Lo sé todo, Harald.

Pareció sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—La policía me llamó a declarar y a través de ellos conozco tu relación con Aileen. Luego he sabido de la mujer que proporcionó tu coartada... Pero no es asunto mío, como bien dices, eso no afecta para nada a mi trabajo.

Una mueca amarga contorsionó su rostro. Echó hacia atrás su espalda y se acomodó en el sillón.

—Veo que las noticias vuelan. ¿Y para qué tuviste que declarar?

—Querían saber si tenía alguna información que les pudiera ser de

utilidad. También me pidieron la documentación para asegurarse de que me encontraba legalmente en el país.

—¿Y tenías alguna información?

Ahora dudaba de si debía seguir adelante o dejarlo estar.

—Sí, pero me la reservé.

—Y esa información que te reservaste, ¿me afecta? —preguntó con creciente curiosidad.

—Sé que tienes una llave de su casa y que has entrado cuando ella ya no estaba.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Yo estaba allí cuando lo hiciste. Había ido a regar y al oír la puerta me asusté y me escondí. Oí como registrabas en los cajones, luego te llamaron al localizador y te marchaste.

—¿Sospechas de mí?

—Lo que yo piense no tiene interés, la policía hace su trabajo y de momento...

—Tiré la llave —me interrumpió—, ese mismo día. Entré a buscar una foto de los dos, no quería que la policía me relacionase y sabía que tarde o temprano harían un registro. Al terminar el turno pensé que no tenía sentido actuar como si yo fuera culpable de algo. Sólo lo he sido de engañar a mi mujer, nada más, y con eso ya he hecho suficiente daño.

Jugaba con la cajetilla de tabaco.

—De todas formas, Harald, eso no me incumbe. En cambio hay algo que me afecta directamente y no encuentro una explicación... ¿Por qué me golpeaste en el sótano?

Parecía sorprendido con el cambio de escenario.

—Ya te lo expliqué, creía que había entrado alguien.

—Es posible, pero en el momento del golpe sabías perfectamente que era

yo.

—No, estaba oscuro.

—Llevabas más tiempo que yo en la oscuridad y tus ojos se habían acostumbrado... Por el lucernario entraba resplandor de la calle.

—Te repito que no sabía que eras tú.

—Y sé que no estabas solo. Pero eso no es lo peor, luego, poniendo en riesgo mi salud, me inyectaste un sedante a pesar de que en esos casos está totalmente contraindicado.

Estaba desconcertado. Se incorporó de la silla y con gesto desafiante colocó los brazos encima de la mesa.

—Te recuerdo que soy neurocirujano, con años de experiencia. ¿Pretendes decirme tú lo que se debe o no hacer?

—Lo sé porque en mi familia ocurrió algo parecido y los médicos dijeron que nunca se debía dejar dormir a una persona tras una contusión en la cabeza.

—¡Una niña que se dedica a cuidar a los hijos de los demás intentando darme lecciones de medicina! ¡Faltaría más! —gritó con ira—. Realizo intervenciones de gran complejidad a diario y en circunstancias de extrema gravedad ¡No te consiento que pongas en duda mi actuación de aquel día! Te llevé al hospital, te hice todas las pruebas que indica el protocolo, y para quedarme más tranquilo te realizamos un TAC. No creo que en tu país te hubiesen atendido mejor.

Me levanté de la silla, estaba dolida y a punto de llorar.

—Todo eso no habría sido necesario si el que se suponía que era responsable de mi seguridad no me hubiese atacado en su propia casa. Pasé varios días mal y con fuertes dolores de cabeza. Tú y tu conciencia sabréis, doctor. Y sí, de momento cuido a tus hijos, pero cuando están a mi cargo por nada ni por nadie sería capaz de actuar con negligencia a sabiendas de que lo

hacía.

Caminé en dirección a la puerta y comencé a subir la escalera, estaba nerviosa. Oí como arrastraba la silla con brusquedad y comenzaba a seguirme. Sabía que venía tras de mí, pero continué hasta mi habitación. Ambos éramos conscientes de que los niños dormían y debíamos actuar con sigilo. Al llegar a la puerta cogí el teléfono con rabia y cuando me disponía a entrar, susurró a mi espalda.

—¿A quién vas a llamar ahora?

Estaba a un paso de mí con el rostro encendido.

—Prefiero tenerlo cerca por mi seguridad —respondí, y a continuación cerré la puerta y deslicé el pestillo.

Aquella noche me resultó difícil conciliar el sueño. No tenía miedo, era el sentimiento de impotencia y tristeza al saber que un médico como él había dado prioridad a cualquier otra cosa sin importarle hacerme daño. Los ojos se me llenaron de lágrimas y casi a tientas encendí el televisor y me acosté. Poco a poco conseguía prestar atención a lo que ocurría tras la pantalla... Me desperté a media noche. Una pareja sonriente mostraba, tras una mesa de cocina, las innumerables ventajas de usar el cortador rallador de verduras; pequeño, seguro, compacto y fácil de limpiar. Apagué la televisión e intenté volver a dormir.

El radio-reloj despertador hacía su función cada mañana emitiendo las noticias locales. A lo largo del fin de semana el mal tiempo nos daría un respiro. Se esperaban cielos despejados durante el día y una mínima subida de las temperaturas por la noche. Tras oír un breve avance informativo, salté de la cama. Abrí la puerta con precaución hasta comprobar que me encontraba sola en el altillo. Al colocar el teléfono en su lugar encontré una nota.

Siento el desencuentro de anoche. Por mi parte, puedes sentirte segura porque nada malo te volverá a ocurrir en esta casa mientras yo siga en ella. Como dijiste, estás bajo mi responsabilidad y no te voy a fallar. A partir de la tarde, cuando regrese, tienes el fin de semana libre, como de costumbre. Que pases un buen día.

H.

Nos encontrábamos rodeados de las sinuosas colinas y lagos de aguas cristalinas de los Alpes Bávaros. En aquel paisaje de ensueño, ante la impresionante presencia del monte Tegelberg, se erigía una de las joyas que coronaban la tradición arquitectónica de una época, aglutinando la genialidad y la locura de un monarca, Luis II de Baviera. Se trataba del castillo situado cerca del municipio de Schwangau y la ciudad de Füssen, bautizado como símbolo de la arquitectura romántica idealizada; aquel que había inspirado a Walt Disney para la creación del palacio de su Bella Durmiente: Schloss Neuschwanstein.

Habíamos salido temprano de Múnich para realizar una excursión que las chicas habíamos organizado con la colaboración de tres avezados cicerones, Gerhard, Adler y un amigo de éste que había hecho amistad con Carmen. Con motivo de no perturbar la armonía del lugar, los visitantes debíamos abandonar nuestros coches en determinado momento y acceder en autobús hasta el puente colgante de Marienbrücke, donde nos encontrábamos. A cien metros de altura, atravesaba el desfiladero de Pöllat, y junto a la espectacular cascada bajo nosotros, ofrecía la mejor panorámica que se podía contemplar de todo el conjunto. El complejo incluía también al cercano castillo de Hohenschwangau, antigua fortaleza medieval que a principios del siglo XIX mandó a reconstruir el rey Maximiliano II, convirtiéndose en el lugar donde

su hijo, el pequeño Luis, viviría su infancia.

Desde pronta edad mostró un carácter sensible y poco amante de la vida social. De su imaginación, siendo ya monarca, y en una época en la que castillos y fortalezas habían dejado de ser necesarios, surgió este ambicioso proyecto. Comenzó a tomar forma bajo el diseño de un escenógrafo teatral que proyectó un espacio más estético que funcional. Su construcción se alargó en el tiempo debido a los caprichos y demandas del soberano, que no llegaría a residir en él más de seis meses. Luis II, artífice de algunos de los castillos más especiales de Alemania, sufragó sus edificios con sus propios recursos monetarios y con el dinero que le era asignado por el estado como gastos de representación. Los costes de construcción de Neuschwanstein ascendieron, hasta el momento de su muerte, a millones de marcos de oro. Sus medios privados llegaron a ser insuficientes, por lo que tuvo que depender de préstamos. Las cuantiosas deudas que llegó a asumir llevaron al gobierno bávaro al extremo de tramitar su incapacitación. Para tal fin viajó hasta el recinto una comitiva a la que el rey impidió el paso ordenando que se cerrasen las puertas de la barbacana. Un segundo séquito resolvería finalmente que abandonase el castillo, al cual nunca regresaría. Aunque no fue su intención que el público tuviese acceso a él, tan solo seis semanas después de su muerte fue abierto a los visitantes, convirtiéndose en una estable fuente de ingresos para la familia real. Con el tiempo pasó a ser propiedad del Estado Libre de Baviera. Durante la Segunda Guerra Mundial un grupo del Partido Nazi lo utilizó como almacén de obras de arte robadas en Francia. El edificio sobreviviría la guerra sin sufrir daños y al finalizar esta, sería utilizado provisionalmente para archivar documentos debido a la falta de lugares para tal fin en la bombardeada ciudad de Múnich.

A la inolvidable experiencia de conocer aquel lugar se sumó el privilegio de hacerlo en la mejor compañía que podía desear en esos momentos. El día

anterior Gerhard y yo habíamos dedicado la mañana a hacer algunas compras para la casa; ya por la tarde me había pedido que le enseñase algunas frases básicas en español, y no se le daba mal. Tras agotar nuestro turno para tomar fotos desde el puente, caminamos cuesta abajo durante quince minutos hasta la entrada al palacio, al que se accedía por una barbacana simétrica flanqueada por torres laterales. Su fachada estaba coronada por un gablete escalonado, en cuya parte interior contaba con un cuarto desde el que Luis II acostumbraba a observar los trabajos de construcción. Sobre el dintel de la puerta de acceso, el escudo del reino de Baviera nos daba la bienvenida. Al adentrarnos en el pasaje que conducía al patio de armas, la guía nos explicaba que aquella gigantesca construcción había sido durante dos décadas la mayor fuente de empleo de toda la región; a pesar de ello, tras la muerte del rey, algunos trabajos quedaron sin realizarse. El palacio era una colosal estructura de cinco plantas en forma de dos ortoedros conectados y cubiertos con un alto techo a dos aguas. En los ángulos del edificio se erigían dos torres-escaleras con techos cónicos multiformes. Había sido construido con ladrillos y luego revestido con diversos tipos de piedra. La piedra caliza blanca de las fachadas provenía de una cantera cercana; la piedra arenisca para las puertas y los miradores provenía de Wurtemberg. Para las ventanas, nervios de las bóvedas y fustes y capiteles de las columnas se utilizó mármol proveniente de Salzburgo.

Disponíamos de unos minutos antes de adentrarnos en aquel mundo irreal y poético en el que el rey se refugiaba para soñar. Por la mañana, antes de ir a encontrarnos con los demás, Gerhard me había dado una llave de su casa: «Puedes entrar y salir cuando quieras. Llévala siempre encima», me dijo. Ninguno de los dos habíamos hecho referencia a nada de lo ocurrido durante el tiempo que estuvimos separados, a excepción de su ascenso en la BMW. Tampoco le mencioné la llamada telefónica de Alfred; ignoraba si estaba al

tanto, pero preferí no ser yo quien rompiera aquel velado acuerdo de silencio. Durante el descenso a pie hasta el castillo Adler aprovechó para felicitarme porque todo hubiese ido bien. No parecía mal tipo, y mi amiga volvía a estar ilusionada, lo cual me alegraba. La guía ondeaba su banderín mientras se dirigía hacia el interior y fuimos a su encuentro.

A pesar del aspecto medieval en que fue construido el castillo, se incorporaron numerosos elementos avanzados para la época: calefacción central, luz eléctrica, agua corriente caliente y fría, desagües automáticos, e incluso una línea telefónica. Por otra parte, el rey admiraba a Richard Wagner y contaba con pinturas inspiradas en sus óperas Tannhäuser y Lohengrin; a pesar de lo cual, el compositor nunca visitaría el castillo. Su interior albergaba múltiples piezas de artesanía, así como continuas referencias a leyendas y personajes medievales, como Tristán e Isolda o Fernando el Católico. De manera ecléctica se mezclaban componentes arquitectónicos de diversos estilos: el románico, con figuras geométricas y sencillas; el gótico, con líneas elevadas, torres esbeltas y filigrana decorativa; y el bizantino, como en el caso de la sala del trono. En total lo componían doscientas habitaciones, pero entre ellas, tres habían sido los proyectos favoritos del monarca. En primer lugar, la sala de los cantores, la principal estancia del castillo, que abarcaba todo el cuarto piso de la parte este. Merecían especial atención la tribuna, separada del resto por medio de tres arcos con columnas; el tema de las pinturas de la sala, que se centraba en la saga de Parsifal y el Santo Grial; y el elevado artesonado que reproducía los signos del zodiaco. En segundo lugar, la sala del trono, que con una altura de trece metros ocupaba el tercer y cuarto nivel del edificio. La lujosa estancia transmitía la sensación de espacio sagrado, pero en el lugar del altar debía situarse el trono, el cual, tras su muerte, no llegaría a realizarse. Este concepto ilustraba como Luis II se veía a sí mismo, no solo como soberano por la gracia de

Dios, sino como mediador entre el creador y el resto del mundo. La idea se reflejaba en la maravillosa cúpula estrellada y en el mosaico del suelo, donde se representaba la Tierra con sus plantas y animales. En tercer lugar, el dormitorio del rey, en el que destacaba la impresionante cama con dosel de madera de roble y el revestimiento tallado de la pared. Las tapicerías de los sillones, en seda azul, mostraban aplicaciones y bordados de cisnes, flores y escudos. Finalmente se podían admirar las espléndidas vidrieras de colores que componían el bello mirador de la habitación, y ante las que su morador sería hecho prisionero. El palacio, a pesar de su gran tamaño, solo disponía de recámaras para sus sirvientes, ya que nunca estuvo planeado para albergar a la corte.

En un intento de justificar su excéntrico comportamiento, trataba de aventurarme en tiempos pasados y fantasear sobre el estricto control de su juventud y los momentos felices durante su adolescencia, cabalgando junto a un gran amigo aristócrata o leyendo poesía en voz alta mientras representaban escenas de las óperas románticas de Wagner. Habría tenido una estrecha amistad con su prima, la emperatriz Sissi, a la que le unía su amor por la naturaleza. Luego vendrían expectativas frustradas de engendrar un heredero o de lograr la independencia de Baviera. Desilusionado de gobernar en la época en que le había tocado, cada vez buscaría con mayor ansia su retiro. Se le conocerían varios enamoramientos con hombres apuestos y su lucha por suprimir sus deseos sexuales. La personalidad melancólica que siempre le había acompañado, le haría pasar sus últimos días bajo atención psiquiátrica. Su muerte tendría lugar durante un atardecer en el lago de Starnberg^[28], donde paseaba con su médico. Entre las distintas versiones de su vida y de su propia muerte, estarían las que apoyaban una distorsión de su figura realizada por los que le quisieron apartar del trono. De cualquier forma, y sea cual fuere la realidad sobre su historia, desde las extraordinarias

vistas del panorama alpino que tenía ante mí era fácil imaginar, en aquella época mítica perdida en el tiempo, las ensoñaciones del que había sido conocido como Rey Loco.

Capítulo 16. El cumpleaños

«Allegro: Despierta la primavera, se oye el canto de los pájaros, el murmullo de las fuentes, la tormenta. Largo e pianissimo: Tranquilidad, susurro de las plantas, ladridos de perros, el pastor duerme. Allegro: Se oye una danza campestre siciliana y las cuerdas graves imitan la nota de la zanfoña».

Le quattro stagioni^[29], del compositor italiano, describía con maestría, a través de elementos del lenguaje musical, la evocación de agradables momentos tan esperados. El campo helado, los miembros entumecidos, el rostro deshidratado, las noches tempranas... el invierno había llegado a su fin. Ahora solo quedaba disfrutar los cambios con los que la naturaleza nos obsequiaba, con deleite y con calma, hasta que los últimos coletazos de la ya finalizada estación, terminaran por desaparecer. La normalidad, por llamarlo de alguna manera, parecía que había vuelto a nuestras vidas. El padre de Ines se recuperaba lentamente y ella había regresado a casa. Mi relación con Harald se había relajado, aunque no llegó a desvelarme la verdad de lo ocurrido en el sótano. Si bien llamaba a la puerta para recoger a los niños, existía una invisible línea infranqueable que le hacía esperarlos en la entrada. Aquellas felices cenas de los viernes con la familia al completo formaban ya parte de la historia. La alegría con la que se iniciaban los fines de semana en aquella casa nunca sería la misma. Ines trataba de que a los niños no les afectase, y me consta que el padre hacía lo mismo. Debían de hacerlo bien, porque Anna y Maxi parecían tan felices como siempre, y si notaban el cambio, al menos este no dejaba tanta huella en ellos como en los mayores.

Harald no era el mismo; su entusiasmo y habitual espontaneidad habían quedado reducidos a una cordialidad artificial. A través de Alberto supe que él y la enfermera vivían juntos, ya no tenían que ocultarse, su relación era del dominio público. Supuse que la ambición de ambos habría quedado en un segundo plano mientras las aguas volvían a su cauce.

Al regresar del trabajo Ines me pidió que me quedase con los niños, le había llamado el inspector Goldstein para que fuese de nuevo a la jefatura. No me dijo nada más, imaginaba que tampoco el policía a ella; por lo que había podido comprobar, solían dar pocas explicaciones. Tras una tarde de dibujos animados, dejé a los pequeños acostados y esperé a Ines en el comedor. Cuando llegó se le veía taciturna. Retiró una de las sillas y se dejó caer.

—Necesitan una coartada que pruebe que no estuve en el lugar del crimen aquel día —empezó con semblante serio—. Pero resulta que aquella mañana estuve en Núremberg... con Aileen. El día antes de su desaparición me telefoneó; la noté muy excitada, y me pidió que fuese hasta allí para decirme algo importante. Le dije que no podía faltar a clase, aunque en realidad ese día solo tenía un par de horas y tampoco eran decisivas. Insistió tanto que acepté y conduje hasta allí; algo me decía que no me iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

A pesar de que llevaba tiempo sin fumar, sacó una cajetilla de su bolso y encendió un cigarrillo. Me miró haciendo un gesto con la mano.

—Con todo esto es normal, ya lo dejarás de nuevo —le animé, y tras exhalar el humo retomó su relato.

—Me puso como excusa que el coche le fallaba y no se atrevía a salir a carretera, pero sé que no era cierto. Quedamos en una tranquila cafetería del centro. La encontré distraída y bastante desmejorada, incluso me pareció con algún kilo de más —cerró los ojos y movió levemente la cabeza—. Ahora sé

que solo estaba embarazada, de mi marido. En realidad creo que me hizo ir hasta allí para confesármelo, pero en el último momento, por algún motivo, se arrepintió... Insistió en que sentía lo que iba a decirme, pero había sabido a través de una amiga del hospital que Harald tenía una amante, una de las enfermeras que trabajaban con él. Había estado sopesando si contármelo o no, pero finalmente se había decidido; a fin de cuentas éramos vecinas desde hacía unos años y lamentaba que viviese engañada. Ella había pasado por la misma situación y habría preferido saberlo a tiempo.

Sacudía sin parar la ceniza del cigarrillo con un gesto mecánico. Luego respiró profundamente y prosiguió.

—Creo que esperaba una reacción por mi parte que no llegó. Yo sabía que había tenido una aventura, ése fue el motivo de nuestra separación, pero Harald insistió en que todo había terminado. No sé por qué, no me extrañó. Había algo en él que me hacía dudar y ahora lo entendía... Mientras a mí me hacía creer que intentaba arreglar lo nuestro, se veía con dos a la vez.

De repente se levantó de la silla y se dirigió hacia el mueble donde guardaba las bebidas.

—Necesito tomar algo, ¿un poco de vino dulce? —preguntó mostrándome una botella por la mitad.

—Vale, te acompaño.

Tras servir las copas volvió de nuevo a la silla, bebió un trago y continuó.

—Aileen había quedado dos días antes con Harald, en el mismo lugar. Pretendía seguir adelante con el embarazo e intentó por todos los medios convencerle para que estuviese a su lado, pero a él, lejos de importarle, solo le suponía un contratiempo. Lo que empezó como una diversión se había complicado. Le dijo que estaba enamorado de otra, de la enfermera, y que lo único que le pedía era que le dejase en paz. No quería saber nada del asunto, ya le había ofrecido su ayuda para que abortase y lo que hiciese de ahora en

adelante no le incumbía.

—¿Cómo supiste que Harald había estado allí?, ¿te lo dijo ella?

—No, yo me vine de Núremberg sin saber que Aileen tenía algo con mi marido. Ella intentó hacerme creer que solo pretendía ayudarme, pero en realidad lo que quería era vengarse de Harald, estaba despechada. Me lo ha dicho la policía esta tarde. Había testigos que le vieron con ella, pero él les había mentado, por eso le detuvieron —frotaba con sus manos el rostro cansado—. Al final tuvo que confesarlo todo, la verdad había salido a la luz y sus tretas no le sirvieron de nada. Con tanto engaño y verdades a medias solo ha conseguido hacer daño.

—Entonces la policía ha aceptado tu declaración.

—No del todo. Sobre lo que hice aquel día en Núremberg solo tienen mi testimonio. Estuve con ella poco más de una hora y regresé a Múnich. Me encontraba demasiado mal como para fingir con los niños, así que estuve el resto del día en casa de una amiga. Aquella mañana pude haberla asesinado, por lo tanto no tengo una coartada.

—Se ve que te han creído...

—Me gustaría pensar que sí. No supe lo de ellos dos hasta después de su muerte; aunque, claro, la policía no tiene por qué confiar en mí.

—¡Menudo sinsentido es todo esto! Dando por hecho que esta mujer no debía morir, en esta historia cada uno tiene su parte de culpa; pero tú no has participado en nada de lo que ha ocurrido.

—Seguramente tendré alguna responsabilidad de que Harald buscara a otras, o a lo mejor no, no lo sé. Lo cierto es que ahora, precisamente él, está fuera de dudas; el hecho de estar con su amiguita le libra de toda culpa. ¡Qué ironía!

Abrió la cajetilla y encendió otro cigarro.

El autobús acababa de llegar a Harras y bajé al metro. Había estado toda la mañana dando vueltas a la conversación con Ines, y en cierto modo me sentía culpable por haber sospechado de ella. Por otra parte, tanto Harald como ella misma habían ocultado a la policía en un primer momento ese último encuentro de cada uno con Aileen... Aileen, ¡cómo habías sacado las uñas en un último y desesperado intento!..

Quedaban varias paradas hasta Marienplatz; saqué mi cartera y empecé a organizarla. Debía hacerlo de vez en cuando, de lo contrario el sinfín de papeles inútiles que acumulaba en su interior hacía que resultara imposible cerrarla. Fui arrugando en la palma de la mano todo lo inservible, hasta encontrar una gruesa tarjeta de visita. Era la que me había dado el emperador romano en la fiesta de disfraces, y que había guardado sin tan siquiera mirarla. Un sobrio diseño en papel de buena calidad mostraba su nombre, *Andrea Borghese*. Debajo, en italiano, *Promotor, Coleccionista y Marchante de Arte. Roma*. Como última información, un número de teléfono. A pesar de que me había agradado su presencia y la corta conversación que mantuvimos, no había pensado en él ni un solo minuto. Me sorprendí a mí misma sonriendo mientras recordaba el momento. Había sido muy educado, y su voz, profunda y poderosa, parecía la de un actor de película épica. La sostuve en mi mano durante unos segundos dudando qué hacer con ella. La megafonía anunciaba mi parada; la introduje de nuevo en la cartera y cerrándola a toda prisa me dirigí a la puerta de salida.

La primavera nos sentaba bien. Adiós a gorros, bufandas y plumíferos; bienvenidos los abrigos más ligeros, los zapatos de tacón y el cabello suelto con la melena al viento. Mis amigas y yo nos dirigimos a un nuevo café en el cosmopolita barrio de Glockenbach, cerca de Sendlinger Tor. Era un lugar informal, en su mayoría con taburetes, aunque también disponía de algunas mesas con confortables asientos en los que nos situamos rápidamente, ya que

a esa hora cada vez resultaba más difícil hacerse un hueco. Disponían de una gran variedad de cafés e infusiones, y unos deliciosos pasteles de chocolate de aspecto exquisito. El ambiente era agradable y alternativo. Nos fuimos poniendo al día desde nuestra última reunión y anticipamos nuestros planes para Semana Santa. En Alemania, aunque disponían del mismo número de días de vacaciones que en España, las distribuían de distinta forma a lo largo del año. Las de verano eran más cortas, en cambio, para la próxima festividad los estudiantes y profesionales del sector, incluidas nosotras, disfrutaríamos no de una, sino de dos semanas de descanso. Rosa tenía pensado ir con Paco a Berlín, pero aún estaban pendientes de conocer cuando dispondría este de unos días libres. Almudena y Carmen visitarían Roma y Florencia para cambiar de aires. Almudena no pasaba su mejor momento con Adler y Carmen, tras haber tenido un par de citas con el amigo, no había vuelto a saber de él. Pilar se quedaría en Múnich, aunque posiblemente haría alguna excursión a una ciudad cercana. Le dije que quizá me iría con ella, ya que Gerhard estaría en Frankfurt hasta el jueves. Luego disponíamos de un largo fin de semana, desde el Viernes Santo hasta el Lunes de Pascua, en el que habíamos pensado programar juntos un viaje. El resto de la semana debía trabajar y me había pedido que me fuera con él a su casa. Aquella tarde me divertí mucho, creo que todas lo hicimos. Ya habíamos pasado el ecuador de nuestro año como *au pairs* y aunque no se podía decir con exactitud que estuviésemos integradas, de alguna forma aquello se había convertido en nuestra vida cotidiana.

Tras despedirme de ellas telefoneé a Gerhard. Sabía que los próximos días serían complicados para él, su departamento debía pasar por una auditoría para la que aún no se encontraba suficientemente preparado. Había pensado ir a verle, pero no estaba en casa. Tendría que esperar hasta el viernes en que le daría una sorpresa por su cumpleaños.

Al subir las escaleras hacia mi habitación Ines me salió al paso. Estaba en pijama, creo que se había levantado de la cama. Me acababa de llamar Gerhard desde el trabajo. Cogí el teléfono de la entrada y marqué.

—¡Hola!, ¿todavía trabajando?

—Sí, pero ya pronto me marchó. Quería hablar contigo ahora porque cuando llegue a casa será demasiado tarde. ¿Dónde has estado?

—Tomando algo con mis amigas, te llamé antes de venirme.

—¿Por qué no lo hiciste al trabajo?, sabes que esta semana prácticamente vivo aquí.

—Precisamente por eso, no quería molestar.

—Tú no molestas, ya lo sabes. ¿Lo has pasado bien con tus amigas?

—Nos hemos reído mucho, están como locas haciendo planes para las vacaciones.

—El viernes, cuando por fin haya terminado, organizaremos algo nosotros, ¿te parece? Porque el viernes, por si lo has olvidado, es mi cumpleaños.

—Pues menos mal que me lo recuerdas —bromeé.

—Vaya, vaya. Bueno, preciosa, voy a recoger y me marchó, estoy rendido. Mañana y pasado entramos en materia y el viernes espero terminar pronto. Que descanses y sueñes conmigo, pero bonito.

—Lo mismo para ti... ¡Gerhard! —dije de repente sin saber bien por qué.

—Dime.

—No, nada. Buenas noches.

—Duerme bien, cariño. Un beso.

La mañana había transcurrido entre plancha, cocina y charla con Berta. Esta semana solo había podido venir un día y lo hizo el miércoles. Alberto me llamó y quedamos en vernos cerca del hospital. Sólo éramos amigos, a

pesar de ello se lo ocultaba a Gerhard. Sabía que sentía celos de él y pretendía evitar disgustos que no nos llevarían a ningún sitio. De saberlo, no me diría nada, de eso estaba segura, pero intentaba a toda costa que los malentendidos no ocasionaran otra separación; era tan feliz que temía estropearlo de nuevo. Cuando llegué Alberto ya estaba allí. Imaginaba que el sentiría lo mismo por mí, un gran cariño, nada más.

—Se me había olvidado lo delgada que eras —fue su saludo.

—La ropa aumenta mucho... y tú también estás más delgado. ¿Adónde vamos?

—¿No querías conocer a Agnes Weber?, pues ahora es el momento. Harald no está y te la puedo presentar.

—¡Un momento! —le detuve—. Creo que no es buena idea. Si estuvo en casa aquella noche, ya me conoce y se lo dirá a él. No te lo he contado, pero el otro día tuvimos una discusión a cuenta del golpe y de lo que me inyectó.

—¿Una discusión?

—Le dije que no fue correcto lo que hizo y que sabía que no estaba solo.

—¡Elena!, ¿estás loca? —gritó—. Lo que has hecho es una insensatez. No te hice ese comentario para que se lo dijeras a él, seguramente le habrá molestado.

—Bastante. Pero no te preocupes, no le dije que la idea fue tuya ni mucho menos. Además, de alguna manera hicimos las paces.

—A los médicos les ofende, y mucho, que se ponga en duda su capacidad.

—¿Eso lo dices por ti? —sugerí con burla.

—Anda, vamos —resolvió cogiéndome del brazo—. Te enseñaré a la enfermera sin que ella te vea.

Entramos en el hospital y tras subir hasta la tercera planta y recorrer varios pasillos, llegamos a un ensanchamiento acondicionado como sala de espera. Había un número considerable de pacientes esperando en las series paralelas

de sillas. Me pidió que me sentase y desapareció al final del corredor. El rango de edad de los que allí se encontraban oscilaría entre los cincuenta y los ochenta años. Algunos iban de acompañantes, suponía que los más jóvenes, pero había otros que estaban solos. En ese momento se abrió una de las puertas y una señora mayor que andaba con dificultad se despedía de alguien a quien no alcanzaba a ver. Caminaba ayudada por otra de mediana edad. La auxiliar, tras ellas, leía en voz alta el siguiente nombre de una lista. Un hombre de unos cincuenta años, alto y de aspecto desmejorado, acudía a la llamada. De repente, de una de las consultas que se encontraban al otro lado del pasillo salió Alberto seguido de una enfermera; miró hacia donde yo me encontraba y me guiñó. Era una mujer alta y vistosa, con una figura estilizada a pesar de la bata blanca. El cabello rubio lo llevaba recogido en un moño a la altura de la nuca. Bajo el uniforme asomaban unas largas piernas con medias compresivas semitransparentes y zuecos sanitarios blancos. Caminaba con paso ágil mientras sonreía a Alberto que comentaba algo a su oído. En cuestión de segundos desaparecieron de mi vista. Era muy guapa. Poseía esa fisonomía de aspecto angelical que había visto en algunas alemanas: tez clara, casi transparente, y ojos profundos como el lago de Starnberg. Mi imaginación, con su habitual celeridad, me hacía suponer a un Harald enamorado que había caído bajo la nociva influencia de esta diosa de la belleza. Mi aprecio por la familia hacía que intentase justificar sus actos, pero por mucho que me empeñase era absurdo desviar su culpabilidad hacia la primera desconocida que aparecía ante mi vista.

Habían transcurrido unos diez minutos cuando de nuevo apareció en escena Alberto. Desde lejos me hizo una señal y le seguí a cierta distancia hasta que entramos en el ascensor.

—¿Qué te ha parecido?

—Tal como me la describiste, muy atractiva... Y veo que os lleváis bien.

—Le dije un par de tonterías para conseguir que me acompañara; ella, como ya te comenté, sabe dejarse querer.

Salimos a la calle y pasó su brazo sobre mis hombros.

—¿Unas cervezas?

—¿Eso era todo?

—Un buen motivo para quedar, ¿no? —concluyó acelerando el paso.

Entré en el supermercado de regreso de la guardería; necesitaba los ingredientes para la tarta de cumpleaños de Gerhard. En alguna ocasión le había hablado de mi bizcocho de chocolate relleno de nata y sabía que le hacía ilusión que le preparase uno especial para él. Busqué las velas entre las estanterías y tras comprobar que no faltaba nada, lo llevé todo a casa. Cuando introducía la llave en la cerradura oí el timbre del teléfono; dejé las bolsas en la entrada y acudí a contestar.

—¿Kaiser?

—¿Elena? —sonó una voz masculina al otro lado.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Alfred. ¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y tú? —no imaginaba qué podía querer en ese momento.

—Te llamo por el cumpleaños de Gerhard. ¿No te ha dicho nada?

—No sé a qué te refieres.

—Veo que no. En realidad hablamos anoche, no habrá tenido tiempo de decírtelo. Unos amigos y yo organizaremos una pequeña fiesta mañana para celebrar su cumpleaños y quería asegurarme de que vendrías. Gerhard me dijo que lo consultaría contigo.

—Aún no hemos hablado, pero supongo que sí, iremos. De todas formas, espero que no se alargue demasiado, yo voy a preparar algo en su casa para después, algo íntimo, para los dos. Es una sorpresa, no le digas nada.

—Claro, tranquila. Me dijo que saldrá tarde del trabajo, y le comenté que será mejor que vaya directamente allí. ¿No te importa ir tu sola? Es el café donde oímos tocar al grupo inglés, el de Bob Marley, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo —cómo iba a olvidarlo.

—¿Sabes llegar hasta allí? Si no, podemos quedar nosotros dos en otro sitio, o te recojo, como prefieras.

—No te preocupes, sé llegar.

—¡Estupendo! Pues entonces allí nos encontramos todos. Nos tomamos unas copas, le cantamos un poco y luego lo celebráis vosotros dos solos, en plan cariñoso. Me alegro mucho de que volváis a estar juntos, de verdad.

—Gracias ¿A qué hora habéis quedado?

—Sobre las siete... y esperaremos hasta que le dejen escaparse del trabajo —bromeó.

—Ok, allí nos vemos.

Era tarde y estaba a punto de dormirme cuando sonó el teléfono. Contesté antes de que se despertasen los demás. Había decidido dejar el aparato en mi habitación; de todas formas allí arriba no subía nadie a hablar. Suponía que sería Gerhard y no me equivoqué.

—Es demasiado tarde, lo sé, pero acabo de llegar a casa y no me quería acostar sin hablar contigo —se disculpó.

—Todos duermen, pero yo también tenía ganas de oírte.

—Por fin mañana se acaba todo. La auditoría va bastante bien y eso es lo importante.

—Me alegro mucho, te lo mereces después de todos estos días.

Me cubrí hasta el cuello con el edredón.

—Por cierto, ayer hablé con Alfred; quiere que nos veamos mañana para tomar algo. Le dije que seguramente saldré tarde, pero insiste. ¿A ti que te

parece? —preguntó sin demasiado interés.

—Me llamó esta mañana y le dije que iríamos un rato, no mucho, porque tú estarías cansado. Pero si prefieres lo dejamos y nos vemos el sábado mejor, así te acuestas temprano. A mí no me importa, de verdad.

—No es la mejor forma de pasar la noche de mi cumpleaños, ¿no crees?
Parecía decepcionado y yo seguía intentando disimular.

—Ya lo celebramos el sábado, qué más da.

—Bueno, mejor te recojo mañana, aunque sea tarde.

—No hace falta, he quedado con Alfred en que nos encontramos todos allí para que no te entretengas.

—¿De verdad, no te importa? ¿Sabes llegar?

—Claro, ya me conozco por dónde os movéis.

—Pues entonces... como prefieras... hasta mañana.

No parecía convencido.

—Que descanses.

—¡Elena!

—Dime.

—No, nada. Hasta mañana.

Pinchaba con el tenedor el último ramillete de brócoli que quedaba en mi plato mientras Anna y Maxi no dejaban de hablar. Apenas les prestaba atención, en ese momento planeaba mentalmente el resto del día. Después de recoger la cocina subiría a darme una ducha antes de que llegara Ines; se había ofrecido a llevarme hasta casa de Gerhard y no quería hacerla esperar. Durante la mañana había estado preparando su pastel de cumpleaños; no había quedado mal. Los niños se morían por probarlo y tuve que prometerles que en unos días haría otro para ellos. Anna me había pedido que le felicitara de su parte y que si venía otra vez trajese aquellos emparedados que tanto le

habían gustado. Sería una noche especial, sabía que en el fondo le hacía ilusión festejarlo, y yo haría todo lo posible como recompensa por haberle hecho creer que no me importaba.

Ines me dejó en el portal y subí. Era la primera vez que usaba la llave que me había dado, y tuve un momento de inseguridad que desapareció en cuanto comprobé que no había nadie. Aún era temprano y disponía de tiempo suficiente para prepararlo todo tal como había pensado. La casa estaba demasiado ordenada; estaba segura de que no habían pasado más de uno o dos días desde que había estado allí la limpiadora. Lo primero que hice fue poner la tarta y la botella de champán en el frigorífico, y luego preparé la mesa del comedor. Coloqué los dos platos y las copas para brindar. Pensé que le gustaría tomar café, de modo que fui a buscar un par de tazas y elegí las que me parecieron más elegantes para la ocasión. Tratando de imitar como había visto hacerlo en una ocasión, doblé cada servilleta de forma original y repartí los cubiertos. En el espacio que había quedado libre fui distribuyendo algunas velas para ambientar. Luego colgué dos tiras de farolillos sujetándolas entre dos de los cuadros que se encontraban más cerca. Sobre la silla que él ocuparía puse su regalo. Días antes estuve buscando un portatrajes; ahora que viajaba tan a menudo le sería de utilidad. Por último escribí una nota:

¡Feliz Cumpleaños, cariño! Por nada del mundo habría dejado de compartir este momento contigo. Espero que cumplas muchos, muchísimos más... y ojalá yo esté aquí para verlo.

Siempre tuya, Elena

Y ahora... ¡Vamos a comernos la tarta!

Repasé varias veces cada detalle para que todo estuviese perfecto. Luego me senté a esperar, aún faltaba media hora para salir hacia el café. Desde el sofá podía ver como el cielo se estaba llenando de nubes negras... ¡No había día que no lloviese en algún momento! De repente me sobresaltó el sonido del teléfono. Lo dejé sonar varias veces, dudaba de contestar. Finalmente, descolgué el auricular.

—¿Hola? —dije con timidez.

—Elena, soy Alfred —respiré tranquila—. Gerhard no va a poder venir al café, se quedará hasta tarde en la oficina. Supuse que estarías ahí, no te preocupes que no le dije nada de tu sorpresa.

—Ah, vale. Entonces le esperaré aquí.

—Sí, mujer, al menos lo celebráis vosotros. Bueno, te dejo que me están esperando. Nos vemos pronto.

—Hasta pronto, gracias por avisar.

Por lo que acababa de saber quedarían como mínimo unas dos horas hasta que llegase. No había parado en todo el día; me tumbé en el sofá e intenté relajarme un poco.

Me desperté sobresaltada. Miré el reloj, eran casi las nueve. No sabía cómo había podido dormir tanto tiempo. Gerhard estaría a punto de llegar y no había previsto nada para la cena. Fui a la cocina con la idea de preparar algo rápido. Miré en el frigorífico, pero era evidente que aquella semana no había estado en casa más que para dormir. Me puse el chaquetón por encima y bajé a la calle. Su barrio era bastante tranquilo, pero si me alejaba un poco encontraría algo, estaba segura. Pregunté a unas chicas y me indicaron un restaurante que servía comida para llevar, se encontraba tan sólo a un par de calles más abajo. Había gente esperando, pero se veía que por la zona no

había muchas opciones y al menos no llegaría con las manos vacías. Cuando salí de allí todo estaba aún más solitario y aceleré el paso hasta casi llegar a la casa. Había comenzado a llover con fuerza y tuve que pararme a sacar el paraguas del bolso, empezaba a mojarse la comida. Cuando por fin conseguí abrirlo, vi como una pareja se acercaba haciendo «eses» por la acera de enfrente; reían, se paraban y comenzaban a caminar de nuevo de lado a lado. Había llegado a la altura del portal y me disponía a cruzar la calle cuando observé que entraban en el edificio. A través de los cristales podía ver como se besaban en la oscuridad. Él, con la espalda sobre la pared, hizo ademán de apartarla, pero ella le besó de nuevo y comenzaron a subir los tres escalones que los separaban del ascensor. Decidí esperar, no quería interrumpirles. Entonces encendieron la luz, y sentí como una presión me subía a lo largo del esófago hasta convertirse en un nudo en la garganta... En ese momento, antes de cerrarse la puerta del ascensor, no tuve la menor duda. Era Gerhard.

No sabía decir cuánto tiempo permanecí bajo la lluvia. La bolsa de la comida caída en el suelo estaba empapada; la cogí y la tiré a una papelera. Comencé a caminar sin rumbo. Las imágenes que acababa de presenciar estaban grabadas en mi memoria y no podía ver otra cosa. Llovía intensamente y ya no quedaba nadie en la calle. Seguí andando hasta encontrarme con una entrada del metro; bajé, y sin saber cómo, tomé la línea correcta. Una vez sentada empecé a reaccionar; debía ir a casa, era peligroso seguir allí a esas horas. Miraba con desconfianza a los dos únicos pasajeros del vagón, aunque ellos parecían ignorarme. Ya en Harras, subí hasta la plaza y me refugié bajo la marquesina mientras esperaba en solitario el autobús. Llevaría unos diez minutos cuando empecé a oír gritos en la escalera mecánica por la que acababa de subir. Media docena de tipos armados con gruesas cadenas se peleaban con violencia a escasos metros de mí; solo me separaba de ellos un cristal. Aterrorizada, me quedé inmóvil; estaban tan

enzarzados en la reyerta que ni siquiera habían reparado en mí. Los breves minutos que transcurrieron entre tanta crueldad y ensañamiento se me hicieron eternos. Dos de ellos se habían llevado la peor parte, y con los rostros ensangrentados empezaron a bajar de nuevo, esta vez por la escalera peatonal. Los otros les seguían a cierta distancia. Al ver el autobús respiré aliviada; ya faltaba menos. Caminé todo lo rápido que pude hasta casa. Abrí el mueble donde se guardaban las medicinas y cogí una de las píldoras que Ines tomaba para dormir después de los últimos acontecimientos. Subí a mi habitación, y tras lavarme la cara, me puse el pijama y me metí en la cama. Por fin estaba en mi refugio, aquí nadie podía hacerme daño, no más del que me acababan de hacer. Me di cuenta de que no había derramado una sola lágrima; aquello no era normal, pero tal vez lo mejor. Me tumbé mientras esperaba con ansia a que llegase el sueño; un sueño profundo del que habría deseado no despertar nunca.

La intensa luz penetraba a través de las cortinas. Debía ser tarde; me incorporé y miré el reloj. En ese momento unas terribles nauseas me hicieron correr hasta el baño. No había nada que vomitar, tenía el estómago vacío. Aunque no me apeteciera lo más mínimo, sería bueno tomar algo, a lo mejor así remitían. Mientras bajaba la escalera todavía podía sentir el efecto sedante de la pastilla que había tomado anoche. Ines, desde la cocina, me miró extrañada.

—No te esperaba aquí.

—Yo tampoco, Ines, yo tampoco —fue todo lo que pude decir antes de empezar a llorar. Era tan fuerte la presión en el pecho, que no podía dejar de hacerlo. Se acercó a mí y me abrazó.

Después de intentar tranquilizarme, me pidió que me sentara, y me preparó una tostada y un vaso de leche.

—Toma, come algo. Seguro que llevas horas sin tomar nada.

—Gracias —susurré secando mis lágrimas.

—Es Gerhard, ¿verdad?

—Le vi con otra; subieron a su casa y habrán pasado la noche juntos.

—¿Estás completamente segura?

—Sí, y ojalá no fuera así.

Hubo un largo silencio. Luego respiró profundamente.

—Bien, entonces tienes dos opciones: te encierras a llorar hasta que se te sequen las lágrimas y luego, tras días y días de sufrimiento, decides finalmente salir a la calle y seguir viviendo. O te saltas el primer paso y vas directamente al segundo; aunque sin ganas, pero te esfuerzas y lo haces —dijo firme—. Por desgracia sé de lo que hablo y ningún hombre merece que pases esta pena por él, te lo aseguro.

En aquel momento sonó el teléfono. Fue a contestar y me miró con intensidad.

—No, ahora no está para nadie —respondió con sequedad.

Oía con desgana a su interlocutor.

—Pues si sabes que está mal será mejor que la dejes en paz. Ahora no es momento, Gerhard.

Me miraba mientras hablaba esperando mi aprobación. Yo negué con la cabeza.

—Gerhard, Gerhard, óyeme. Elena ahora no quiere hablar contigo, entiéndela y respétala. Dale tiempo y ella decidirá si quiere oír lo que le tengas que decir —de nuevo permanecía a la escucha—. No sé lo que ha ocurrido entre vosotros, pero lo que yo piense no es importante. Ten paciencia y de momento no vengas aquí, por favor... Y ahora voy a colgar, lo que tengas que hablar será con ella, pero no en este momento. Adiós Gerhard... De nada... No, no te preocupes. Adiós.

—Gracias, Ines. Siempre sabes qué palabras utilizar.

—Me ha dicho que quiere hablar contigo y explicarte lo que ocurrió; que no es lo que tú crees. Que te pida que le des otra oportunidad, que ha sido un malentendido. Quería venir a verte, pero creo que ahora no estás en condiciones de razonar y este tipo de cosas hay que hablarlas con tranquilidad. Parecía muy preocupado y creo que estaba arrepentido... Elena, te aconsejo que no te precipites y no tomes ninguna decisión hasta escuchar lo que tenga que decirte, luego haz lo que debas hacer. Yo dejaría pasar el día de hoy hasta que te serenes.

—No, Ines, tú no lo sabes todo. Esto que ha ocurrido ya me lo avisaron. Debería haberlo dejado entonces, el daño habría sido menor.

—Lo que tenga que ser, será. Ahora come algo y tranquilízate.

La segunda opción habría sido la valiente, la práctica; pero yo, como tantos mortales, debía pasar por la primera, aunque fuera el menor tiempo posible. Y lloré, sabía que lo haría como había pronosticado Ines, hasta que se me secasen las lágrimas, con un dolor tan profundo que creía que no había nada peor. Pasaban ante mí imágenes de momentos felices, de cómo reíamos juntos, pero el final siempre era el mismo; le veía besarse con otra en aquel portal y entrar abrazados en el ascensor. Llegado este momento, mi imaginación se desbordaba. Se desnudaban el uno al otro antes de dejarse caer sobre nuestra cama; aquella que ingenuamente había considerado mía. Oía sus risas descontroladas mientras caminaban bajo la lluvia... Luego tenía que ir al baño a vomitar; sentía que la píldora para dormir me había sentado mal. Alfred tenía razón, pero mi soberbia me había hecho incluso dudar de él. Me daba igual quien fuera ella, aunque habría jurado que se trataba de su ex, la rubia perfecta. Trataba de buscar una explicación, pero por más que lo intentaba, no la encontraba. Solo tenía una certeza; me había mentado. Me

había hecho creer que le importaba, y seguramente se habría divertido mucho durante todo este tiempo. ¡Cómo había podido ser tan necia!.. Y lo peor de todo era que ahora pretendía rematar la faena hablando conmigo para engañarme de nuevo. No me extrañaba que tratara de limpiar su conciencia con mi perdón, si es que la tenía. Pero eso no ocurriría nunca. Jamás.

El domingo por la mañana subió Ines para ver cómo seguía. Al abrir la puerta pude ver en sus ojos que debía tener un aspecto horrible. Seguramente habría dicho a los niños que no me molestaran, porque de lo contrario Maxi habría venido a verme. Me dijo que por la tarde se marchaban a Stuttgart; pasarían allí unos días antes de que Harald se llevase a los niños a Mallorca. Me invitó a que les acompañase, ya conocía a su familia y me haría bien despejarme y pensar en otras cosas; pero en aquel momento habría resultado una pésima compañía para todos. Antes de marcharse aquella tarde, me pidió que diese por concluida lo antes posible la primera parte y pasase a la acción. Cuando arrancó el coche les despedí con la mano y entré de nuevo en casa. Recordé que el viaje a Mallorca había sido idea de ella unos meses atrás. Ahora, aparte de que con Harald no iría ni a comprar el pan a la esquina, la policía le había prohibido salir del país.

Tenía la esperanza de que al día siguiente todo regresaría a la normalidad, a la rigidez de la jornada laboral, a la aglomeración del metro en horas punta, al trasiego de personas en las calles comerciales... En definitiva, al bienestar que me producía lo cotidiano. Odiaba los fines de semana cuando era desdichada; cuando sabía que los demás se reunían felizmente para compartir su tiempo libre. Era egoísta por mi parte, pero así lo sentía, no me iba a engañar. Aquella noche sonó el teléfono cada hora en punto, desde las ocho hasta las once, luego dejó de sonar. No contesté ninguna de las veces.

Podía ser Gerhard, o tal vez no; de cualquier forma no quería arriesgarme. Me costó dormir; tomar otra píldora supondría pasar de nuevo por esas horribles nauseas, y no quería ni pensarlo. La televisión me ayudaba a conciliar el sueño, pero también me recordaba a él.

Me desperté considerablemente mejor, a pesar de todo. El hecho de saber que Gerhard estaría en Frankfurt y no había peligro de encontrármelo, me hizo salir a la calle. Los rayos del sol brillaban en medio de un espléndido cielo azul y, lo mejor de todo, ya empezaba a oler a primavera. Almudena también estaba sola durante la semana y sabía que hablar con ella me haría bien. Quedamos en el sitio de costumbre; nada más verme se imaginó que algo iba mal. Le conté lo ocurrido y conseguí hacerlo sin llorar.

—¿Por qué no te vienes a Italia con nosotras?

—No —respondí sin pensar.

—Vamos a ver, si no hubieses estado saliendo con... ese individuo habrías venido, ¿no es cierto? Pues entonces, no hay más que hablar.

—No, no me apetece.

—¿Y qué piensas hacer aquí sola?, ¿morirte de pena mientras él está por ahí con quien sea? No seas tonta, te vas a venir y te vas a ligar a un italiano, que seguro que son menos fríos que estos de aquí —afirmó con desdén.

Estaba indecisa; me había negado sin tan siquiera considerarlo y en el fondo me atraía la idea, nunca había estado en Italia. Por otra parte, Almudena tenía razón, si me quedaba no haría otra cosa que pensar en él.

—Bien, está decidido —resolvió—. Vamos a por tu billete y vamos rápido porque igual ya no quedan, recuerda que es Semana Santa y todo el mundo viaja.

Me cogió del brazo y empezó a caminar hacia las escaleras del metro.

—¡Espera, espera! —grité de repente.

—¿Qué pasa?

—No sé si podré viajar, acabo de recordarlo. Con todo el tema del asesinato de mi vecina la policía me pidió que les avisara si pensaba salir del país.

—¡Joder, Elena!, ¡qué vida más complicada tienes!.. Pues en ese caso tendremos que ir en primer lugar a la policía. ¿Dónde es?

—No está lejos, podemos ir andando.

Al entrar en la jefatura nos dirigimos al mostrador, donde nos atendió un agente de cierta edad. Habló por teléfono, suponía que con alguien de arriba, donde había estado días anteriores. Tras colgar el aparato nos comunicó que no se encontraban ninguno de los dos policías. Pensé en explicarle mi problema, pero recordé que la subinspectora me había dejado las tarjetas con sus teléfonos. Ante la mirada interrogante de Almudena, me despedí y salimos al exterior. Llamé al inspector Bastian Goldstein; a pesar de haber sido el más estricto conmigo suponía que de tomar una decisión sería él quien lo haría. Para mi sorpresa, contestó con rapidez. Le expliqué que pretendía viajar a Italia con mis amigas durante una semana. Se hizo un largo silencio hasta que me dio su respuesta; me podía marchar con la condición de que les dejase la dirección y el teléfono del hotel donde me pensara alojar. Aquel dato no lo tenía, no habíamos reservado nada. Entonces convino en que lo hiciese en cuanto estuviese instalada; debía encontrarme localizada en todo momento. Estuve tentada de preguntarle por los avances del caso, pero me limité a darle las gracias; no me iba a contar precisamente a mí los pormenores de la investigación. Nos dirigimos a la Hauptbahnhof para conseguir mi billete de tren. Hubo suerte, aún quedaban. Aquella mañana acababa de dar un giro a lo que sería mi futuro más próximo; partiríamos el miércoles por la tarde. Al regresar a casa hice mi maleta, dejé una nota a Ines

y me fui a pasar los días siguientes con Almudena.

Capítulo 17. Italia

Cuando estábamos a punto de subir al vagón miré de reojo a Almudena.

—Puedes estar tranquila, esta vez el viaje es directo —se apresuró a decir.

Las tres empezamos a reír y nos dispusimos a buscar nuestro compartimento a lo largo del estrecho pasillo. El trayecto duraba más de once horas que pasaríamos en literas, y al amanecer nos encontraríamos preparadas para recorrer Roma. Tras elegir cama y situarnos, sacamos nuestros bocadillos para cenar. Me sentía agotada; en mi afán por estar ocupada no había parado de hacer cosas desde que comenzó la semana, y el resultado había sido positivo. Ahora había llegado el momento de echar el freno y esperar a ver qué pasaba. Pero lamentablemente no tuve que hacerlo. Los sentimientos que había puesto a buen recaudo con tanta precaución, empezaron a salir a la superficie con una intensidad que me desbordó. El estímulo con que había hecho cada tarea parecía haberse esfumado y por más que lo intentaba no lograba encontrar otro motivo que sustituyese al «innombrable». Había hecho el firme propósito de frenar mi imaginación y no permitir que volase sin control, pero ante el menor descuido comenzaba de nuevo a fantasear con escenas que me hacían un daño terrible. Las lágrimas no tardaron en brotar. El bocadillo parecía aumentar de tamaño por segundos; nunca sería capaz de terminarlo. Intentaba disimular delante de ellas, pero mis ojos estaban inundados y no había manera de drenar tanta lágrima. Noté que me miraban.

—No me cansaré de decirlo, de los tíos el mejor, colgado por los...

—Testículos, Almudena —la interrumpió Carmen con burla. Tras beber de su lata de refresco, prosiguió—. Elena, desahógate, es lo mejor; pero no

con lágrimas. Imagínate por un instante que lo tienes delante. ¿Qué le dirías?

No lograría decir una palabra sin que me temblara la voz, de modo que permanecí en silencio.

—¡Te voy a dar una hostia que nos vamos a morir los dos, tu del golpe y yo de la onda expansiva!.. Es lo primero que se me ocurre —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Pues yo le daría un puñetazo que le iba a faltar cielo para dar volteretas! —añadió Almudena elevando la voz.

—¡Te voy a soltar un guantazo que te voy a vestir de torero! —gritó Carmen con la boca llena.

Empezaban a contagiarme el buen humor.

—¡Te voy a dar un aplauso en la cara que te va a doler «pa» siempre! Es lo que le dice mi hermana al novio cuando se enfada con él.

Las dos reían a carcajadas.

—¡Te voy a pegar una «guantá» que te vas a levantar en verano!.. ¡Y hala, a tomar el sol!

Justo en ese momento entraba una chica en el compartimento. Ambas callaron simulando seriedad.

—¡Buona notte! —saludó.

Dudaba sobre cuál era la cama libre.

—Esa es la tuya —se apresuró a indicar Carmen.

—Va bene.

Colocó su mochila sobre el colchón. Luego pareció dudar.

—¿Vais a estar aquí?

Las tres nos miramos.

—Sí —respondió de nuevo Carmen.

—Ahora salgo, pero vuelvo.

—No te preocupes, nosotras nos quedamos.

Casi nos habíamos dormido cuando entró en el compartimento moviéndose a tientas. Carmen le advirtió que todavía estábamos despiertas y podía encender la luz. Nos comentó que su novio iba en otro vagón y habían estado tomando algo en la cafetería. Después de acomodarse, nos volvimos a quedar a oscuras.

Empezaba a amanecer mientras esperábamos impacientes a que el tren terminase de frenar. Entre tanto, nuestra nueva compañera nos hablaba sobre el encanto especial de Roma en aquellos días en que tenía lugar la fiesta más importante de la religión católica. La víspera se había celebrado la audiencia del papa Juan Pablo II en la plaza de San Pedro. Hoy, Jueves Santo, durante la Misa Crismal de la mañana, el pontífice bendeciría los tres tipos de aceite consagrado: el santo crisma, el óleo de los catecúmenos y el óleo para la unción de los enfermos. El primero estaba compuesto por aceite de oliva, que representaba fortaleza, al que se añadía una pequeña cantidad de bálsamo, cuyo aroma representaba el suave olor de la vida cristiana. Ya por la tarde se recordaría la última cena de Jesús con sus discípulos, momento considerado por el cristianismo como el de la institución del sacramento de la eucaristía. Uno de los hechos más carismáticos era el episodio del lavatorio de los pies, que se realizaba a doce personas elegidas entre los presentes mientras se entonaban cánticos religiosos.

A pesar de que el día recién apuntaba, la estación de Roma Termini rebosaba vitalidad. Gentes de todas partes se agolpaban en los andenes acarreando sus equipajes con los rostros aún abotargados de la noche. Nuestro primer y más urgente cometido consistía en encontrar alojamiento para los cuatro días que pasaríamos en la ciudad. Nos habían advertido que encontrar algún chollo por teléfono se podía convertir en una auténtica pesadilla una vez en el lugar; por lo que elegimos la opción más arriesgada,

pero al menos nos aseguraríamos de que se trataba de algo decente. Comenzaríamos desde el centro y nos iríamos alejando a medida que fuese necesario; tratábamos de hacer compatibles las visitas turísticas del día con salidas nocturnas, y para ello cuanto más cerca, mejor. Desde la estación se podía ir caminando, pero el peso de los bultos nos llevó a tomar el metro. Nuestra primera impresión no fue la mejor. Era fácil acostumbrarse a la pulcritud de Múnich, y por comparación, lo que teníamos ante nosotras dejaba mucho que desear. Imaginé que cuando regresáramos a España nos ocurriría algo parecido. La mayoría de hostales y pensiones familiares estaban concentrados en la vieja Roma, y hacia allí nos encaminamos, a través de sus angostas callejuelas, acompañadas del incesante traqueteo que hacían las ruedas de nuestras maletas sobre el enlosado. Para nuestra tranquilidad, no todos estaban completos y después de probar suerte en algunos de ellos, finalmente nos topamos con una pequeña pero coqueta pensión que estaba bien situada. La amable señora que nos atendió, posiblemente la dueña, nos llevó hasta una habitación con tres camas y baño privado que nos pareció adecuada al precio que pedía por ella.

Una vez satisfecha nuestra primera gestión, nos fuimos a conocer el entorno. Cada calle, cada plaza y cada piedra narraban un capítulo de la historia del lugar. Capital del imperio más poderoso, la Roma de los gladiadores, ciudad eterna; aquel perímetro marcado por las murallas aurelianas invitaba a vagar sin rumbo y perderse, dejándose arrastrar por el romanticismo de su legado. Toda ella era un museo a cielo abierto que se iba descubriendo paso a paso. La Piazza di Spagna me pareció un sitio mágico, un grandioso escenario convertido en uno de los puntos más concurridos y animados. Tomaba su nombre del Palacio de España, donde se ubicaba la embajada española ante la Santa Sede y la Orden de Malta. Su monumental escalinata la comunicaba con la Iglesia de Trinità dei Monti. Convertida en

lugar de encuentro, atraía a locales y extranjeros, y al ascender por sus emblemáticos escalones se obtenía una singular perspectiva de la propia plaza.

Aquella noche, siguiendo el consejo de nuestra patrona, nos encaminamos a admirar la mayor y más ambiciosa de las fuentes monumentales del barroco en Roma, La Fontana di Trevi. Situada en el cruce de tres calles, «tre vie», marcaba el punto final de uno de los antiguos acueductos que suministraban agua a la ciudad. El telón de fondo era el Palazzo Poli, a menudo pasado por alto ante los ojos del visitante. Para mí, estar allí suponía el recuerdo imborrable de una de las escenas más famosas del cine italiano, en la que Anita Ekberg, ante la atenta dirección de un genial Fellini, se paseaba enfundada en un sugerente vestido de noche bajo su sonora cascada. Mis amigas y yo sucumbimos ante la tradicional costumbre de arrojar una moneda a la fuente para asegurar nuestro regreso.

Había oído que un alto porcentaje de italianos prefería flirtear con españolas, lo cual, a priori, podía parecer una ventaja para tres chicas que decidían salir de marcha. Pero jamás habríamos imaginado que llegase a suponer un problema. Ante el acoso que sufríamos, nos preguntábamos dónde estaban las italianas. Nos negábamos a suponer que recogidas en sus casas; no a esas horas. Decidimos comunicarnos entre nosotras en alemán, de esta forma resultaba más fácil darles esquinazo; el carácter distante de las germanas hacía que tirasen la toalla con rapidez. «¡Queste ragazze sono tedesche!^[30]» se lamentaban momentos antes de desistir.

El Campo dei Fiori era uno de los lugares más populares de la capital. Por las mañanas se desplegaba su particular mercadillo, en el que se vendían alimentos, flores y gran variedad de productos que despertaban el interés de los viandantes. Por las noches se transformaba en un agradable escenario para cenar al aire libre en alguna de sus terrazas. Se trataba de una plaza principal

que fue construida sobre un antiguo campo de flores, de ahí su nombre. En la antigüedad la conformaron varias edificaciones importantes, como el Palazzo Orsini, convirtiéndose en un lugar frecuentado por personalidades de renombre. Pero también, como era habitual en la época, constituía el espacio destinado para llevar a cabo las ejecuciones públicas; en una de las cuales había sido quemado en la hoguera el filósofo Giordano Bruno, acusado de herejía, y cuyo monumento se levantaba en el centro de la plaza.

Después de cenar nos desplazamos hasta la Piazza Navona, no lejos de allí. Barroca y señorial era una de las más bellas y admiradas de Roma. Se levantaba sobre los restos del Estadio de Domiciano, manteniendo la original curvatura del recinto al estilo de los estadios griegos. El mayor atractivo eran sus tres fuentes: La primera y más famosa era la Fontana dei Quattro Fiumi, Fuente de los Cuatro Ríos, en el centro de la plaza. En ella, mediante alegorías, se representaban los cuatro ríos principales del mundo, el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata. En medio, y sobre una gran mole de mármol, se elevaba el obelisco egipcio de Domiciano. Las otras dos fuentes eran la Fontana del Moro y la Fontana del Nettuno, situadas en ambos extremos. Hasta mediados del siglo XIX, al llegar el verano y para evitar el intenso calor de la capital, se acostumbraba a cerrar los desagües de las tres fuentes para inundar la parte central de la plaza, transformándose esta en «El Lago de la Plaza Navona».

Se trataba de una zona muy animada donde actuaban músicos callejeros y donde se reunían los jóvenes para tomar una copa bajo la resplandeciente luna llena. Desde hacía rato notaba a Almudena distraída, había echado el ojo a un grupo de chicos situados a pocos metros de nosotras.

—¡Estoy de una desvergüenza últimamente...! Ya solo me queda arrastrarme hasta allí —Carmen y yo nos miramos con curiosidad—. Frente a nosotras hay un moreno que me encanta, se parece a Eros Ramazzotti^[31] y nos

está vigilando desde que llegamos, pero no hace nada.

—¿Quién es? —se interesó Carmen con discreción.

—¡Ja, ja, ja! No hace falta que disimules, después de lo descarada que he sido, no se va a asustar. Mira, ¿ves al del suéter gris con camisa azul?.. El que ahora pasa el brazo sobre el amigo.

—¡Pues el amigo tampoco está mal!.. ¡Están mirando!

—Si estos no se acercan hoy es que estoy perdiendo facultades... ¡Elena!, ¡despierta!

Estaba despierta. Disfrutaba de lo que nos rodeaba, mostraba interés por cada nuevo descubrimiento del viaje, reía... Pero bajo todo lo anterior subyacía un único pensamiento: ¿Con quién estaría ahora Gerhard?

—Sí, dime.

—Estamos a punto de ligar con unos tíos guapísimos con los que no nos vamos a complicar la vida lo más mínimo. No vamos a esperar a que nos llamen por teléfono, ni que se decidan a dejar de quedar con los amigos para hacerlo con nosotras; tampoco vamos a pretender que lleguen a tomarnos cariño y mucho menos que nos presenten a su familia... No esperamos nada de ellos, solo pasarlo bien, porque mañana o pasado serán historia y no los volveremos a ver.

—¡Bien, Almudena! Me gusta lo que acabas de decir; mirándolo así, es exactamente lo que ellos hacen con nosotras —convino Carmen.

—Tenéis razón. Nos pasa lo que nos pasa por esperar demasiado. Ellos, en cambio, disfrutan el momento sin importarles lo que pueda ocurrir después; es más, no se plantean que haya un después. Creo que esa es la clave.

—¡Así se habla, Elena!

—Chicas, ahí vienen —anunció Almudena mientras nos guiñaba de reojo.

Fabrizio, el Eros Ramazzotti de Almudena, y Vincenzo, el amigo con el

que hacía bromas, finalmente se habían acercado. Pasamos el resto de la noche con ellos. Nos mostraron algunos lugares de moda de la noche romana y nos aconsejaron sitios para visitar durante el día. Resultaron ser unos tíos majos y educados que nos acompañaron hasta la pensión, y con los que quedamos en vernos al día siguiente por la noche. Ambas estaban encantadas y yo me sentía a gusto entre ellos.

A la mañana siguiente continuamos con nuestro itinerario previsto y visitamos el Coliseo romano, un anfiteatro del siglo I d.C. ubicado en el centro de la ciudad. Aquella noche de Viernes Santo se llevaría a cabo una de las procesiones más solemnes y hermosas, el vía crucis guiado por el papa, donde se reconstruía y conmemoraba el camino doloroso de Jesús hasta su crucifixión. Partía del interior del Coliseo y terminaba en las Colinas del Palatino, siendo uno de los eventos con mayor participación de toda la semana. El monumento que teníamos ante nosotras era la obra más grandiosa de la arquitectura romana, obra en la que se habían utilizado variadas técnicas de construcción, comenzándose bajo el mandato del emperador Vespasiano y completándose por el emperador Tito. Fue usado durante casi quinientos años, y en él se celebraron, además de las luchas de gladiadores, muchos otros espectáculos públicos, como caza de animales, ejecuciones, recreaciones de famosas batallas y obras de teatro de la mitología clásica. En la antigüedad, el emperador y los senadores ocupaban como espectadores los asientos más cercanos a la arena, y a medida que se ascendía, alejándose del escenario, se situaban los estratos inferiores de la sociedad. El terreno de juego era en realidad una plataforma de madera cubierta de arena, en cuyo subsuelo se constituía un complejo de túneles y mazmorras donde se alojaba a los gladiadores, a los condenados y a los animales. Tras diferentes usos a lo largo del tiempo fue convertido en santuario cristiano, en honor a los cautivos

martirizados durante los primeros años del cristianismo, medida que contribuyó a su conservación. Con un diseño ingenioso y soluciones eficaces a problemas actuales, el edificio sirvió de modelo para los recintos deportivos modernos.

Junto al Coliseo se situaba el Foro Romano, el centro neurálgico de la antigua Roma; lugar donde se desarrollaba el comercio, los negocios, la religión, la administración de justicia... y la prostitución. Contaba con diversos templos, basílicas, arcos de triunfo conmemorativos, columnas honoríficas, tribunas donde los políticos daban sus discursos, la sede del Senado y el tabulario.^[32] Paseando por la Vía Sacra, la calle principal que cruzaba el Foro conectándolo con el Coliseo, intentaba imaginar cómo serían aquellos vestigios durante sus momentos de esplendor...

—Estás como ausente, Elena —me decía Almudena pareciendo estudiar mi expresión.

—No, que va... Bueno, un poco. Solo dejaba vagar mi imaginación.

—Pues regresa a la tierra, que aquí hay mucho que ver.

Tenía razón, eso era exactamente lo que tenía que hacer, poner los pies en la tierra. Me estaba dejando llevar por la comodidad de la desidia, permitiendo que todo fluyese de la manera más armoniosa posible, pero me equivocaba. La motivación era lo que nos hacía asumir riesgos necesarios para desarrollarnos y demostrarnos a nosotros mismos que simplemente, éramos capaces. En ese momento me sentía segura, igual que un barco en el puerto, pero ninguno de los dos habíamos sido creados para eso. No deseaba llegar algún día al final y descubrir que mi vida había sido correcta, pero tremendamente vacía y aburrida. Durante toda la mañana había estado dándole vueltas a una idea que me estimulaba, mucho más que pasar la noche de copas con unos chicos simpáticos. Al llegar a la pensión dije a mis amigas que iba a hacer una llamada. Mientras ellas subían a la habitación, busqué

dentro de mi bolso la tarjeta de un emperador romano al que en los últimos días había recordado con una mezcla de nostalgia y atracción por lo desconocido. Tal vez no estuviese o simplemente no se acordase de mí, pero no perdía nada por intentarlo. Marqué; el tono sonó varias veces hasta que una voz masculina contestó. Apreté el auricular contra mí oído.

—Buenas tardes. ¿Habla mi idioma?

—Un poco, ¿quién es usted?

—Pregunto por Andrea Borghese.

—El señor no se encuentra —declaró aquella voz uniforme y correcta.

—Si es tan amable, dígame que le ha llamado la dama de la Edad Media, de Múnich.

Nada más decirlo me arrepentí, no podía haber improvisado una descripción más frívola.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Mi nombre es Elena Morey, pero él me conoce por el detalle que le he dado anteriormente.

—¿Tiene algún teléfono que dejarme?

—Le doy el número del hostel en el que me hospedo.

Cuando colgué me sentí aliviada de que no estuviese; me había puesto tan nerviosa que no habría sabido qué decirle. Era la tercera vez que proporcionaba las señas de la pensión: en primer lugar, y en cuanto nos alojamos, había llamado a la policía, tal como me había indicado el inspector Goldstein. Aquella mañana hice lo mismo con Ines, que había regresado a Múnich la noche anterior. Al ver mi nota se había alegrado de que intentara divertirme. Por último, acababa de llamar a un hombre cuyo rostro ni siquiera había visto, y del que no conocía absolutamente nada, solo un nombre y una profesión grabados en una elegante cartulina.

Subí a la habitación y les conté lo que acababa de hacer; sabía de

antemano lo que me dirían: «El conflicto con el innombrable me estaba nublando el cerebro». Llegada la hora de marcharnos de nuevo, y sin respuesta de mi emperador, nos dirigimos a través de la Via della Conciliazione, a la Piazza San Pietro. Situada en El Vaticano, precedía, a modo de gran sala, a la Basílica de San Pedro, el magno templo del catolicismo. Sus dimensiones eran espectaculares y en los acontecimientos más destacados, como los que tenían lugar en estos días, llegaba a albergar a cientos de miles de personas. Junto a su tamaño, lo más impresionante eran las columnas y pilastras que bordeaban la plaza en un pórtico de cuatro filas. El obelisco erigido en su centro fue mandado llevar desde Egipto por el emperador Calígula para la construcción de un circo romano, y sería en las proximidades donde tendría lugar el martirio y muerte de San Pedro al comienzo de la persecución de los cristianos.

En el centro de la fachada principal de la basílica, adornado con cortinas y colgantes, aparecía el «Balcón de las bendiciones», lugar desde donde se anunciaba a los fieles la elección del nuevo papa y desde donde éste impartía la bendición *Urbi et Orbi* el Domingo de Resurrección. Contaba con el mayor espacio interior de una iglesia cristiana en todo el mundo, y coronada por su increíble cúpula dominaba con su figura el horizonte de la ciudad. La tradición sostenía que la sepultura de San Pedro, primer obispo de Roma, se encontraba bajo el altar mayor. Estaba dividida en tres naves separadas por grandes pilares. El particular diseño del suelo de mármol presentaba elementos de una antigua basílica, donde se incluía el disco de pórfito rojo egipcio sobre el que se arrodilló Carlomagno el día de su coronación. La nave situada a la derecha, Nave de la epístola, alojaba en su primera capilla una de las joyas del Renacimiento: la Piedad, de Miguel Ángel. El grupo escultórico mostraba una Virgen María llena de ternura, joven y bella, envuelta en gruesas vestiduras con numerosos pliegues, sosteniendo a Cristo muerto, que

intencionadamente aparentaba mayor edad que la madre. En el crucero, situado bajo la cúpula y enmarcado por el monumental Baldaquino de San Pedro, se encontraba el Altar Papal, un bloque de mármol blanco en el que solo el santo padre podía celebrar la eucaristía en ocasiones solemnes.

Los Museos Vaticanos mostraban la extensa colección de arte de la Iglesia católica, cuyo origen se había configurado a partir de las obras que, de manera privada, poseía el cardenal Giuliano della Rovere en el momento de ser elegido papa. Posteriormente, sus sucesores irían aumentando el número de piezas de que constaba el conjunto museístico, compuesto también por diferentes edificios, galerías, monumentos y jardines. Los fondos de arte provenían a su vez de los tesoros provenientes de las catacumbas romanas, de las excavaciones arqueológicas realizadas en su suelo y de la tradición coleccionista de las grandes familias italianas cuyos miembros cardenales llegaban al pontificado.

Antes de dar por concluida nuestra jornada cultural, visitamos la Capilla Sixtina, la estancia más conocida del Palacio Apostólico, que fue construida en la época del papa Sixto IV, del cual procedía su nombre. En su interior tenían lugar los cónclaves y otras ceremonias oficiales como los nombramientos papales. Era célebre por su decoración pictórica al fresco y especialmente por su bóveda con El Juicio Final, obra de Miguel Ángel. Procedente de una familia de la aristocracia burguesa florentina, el autor, un hombre muy culto para su época, trató de fundamentar en las enseñanzas platónicas su fobia pasional hacia la pintura, llegando en ocasiones a tomarlas como una religión. Al igual que se sabía el mejor tallador en lo que iba de historia, posiblemente no se mostraba tan seguro de su técnica pictórica a la hora de compararse con sus coetáneos. Comenzó a cubrir la bóveda de la Capilla Sixtina porque el papa Julio II le hizo una oferta que no pudo rechazar. Tardó más de cuatro años en rellenar los mil metros cuadrados que

se habían puesto a su disposición, periodo que debió de ser uno de los peores de su vida, a juzgar por los sonetos que compuso. En ellos se quejaba de las incomodidades en cuanto a la postura que debía adoptar para realizar su trabajo:

Esta carroña de pintura...

Defiéndela, Giovanni, y también mi honor:

No siendo bueno el lugar ni yo, el pintor.

Pero su terquedad y capacidad de sacrificio hicieron que ordenase retirar el andamio que hasta el momento había hecho prácticamente imposible su trabajo, diseñando otro en su lugar con frágiles plataformas sobre las que tendría que pintar tumbado de espaldas. En esa difícil postura se vio obligado a recrear en solitario cerca de trescientas figuras, sin más ayuda que la de algunos jóvenes que le acercaban la comida o los útiles necesarios. A pesar de todo ello, la perfección con la que todos los elementos estaban recreados llegaba a tal extremo, que resultaba imposible distinguir desde el suelo que el techo de la Capilla Sixtina era en realidad una superficie sin relieves. Todo ello lo logró el artista mediante simple perspectiva, con la dificultad añadida de tener que acomodar sus líneas a una forma abovedada. Admirando aquella magistral obra nos invadía tal sensación de profundidad que percibíamos a algunos personajes como si flotasen en el aire. «El Divino», como le llamaban sus contemporáneos, consiguió en sus representaciones un modelo de individuo vital y expresivo, con sentimientos y pasiones; humanizando la divinidad al poner rostro a personajes míticos y bíblicos, incluyendo a Dios.

Llegada la noche, nuestros amigos italianos nos llevaron a los lugares genuinos que todo extranjero deseaba conocer, aquellos que no solían

aparecer en las guías turísticas. Almudena estaba encantada con Fabrizio, Carmen parecía congeniar con Vincenzo, y yo a ratos participativa y a ratos ausente. Aquella ciudad me revelaba su magia en cada monumento que contemplaba, en cada pintura que observaba, en el ambiente cosmopolita y festivo que nos rodeaba y del que formábamos parte; pero no era suficiente. Necesitaba borrar de mi memoria la imagen que tanto me había herido, aunque no sabía cómo. Veía a Vincenzo mover sus labios, pero en realidad no le oía.

—¿Qué te parece si nos vemos mañana por la tarde? —sonaba al fin.

—¿Perdona?

—Te decía que podíamos quedar mañana por la tarde.

—Sí, claro, donde queráis.

De madrugada, al llegar a la pensión, encontramos una nota a mi nombre que traducimos como:

El señor Andrea Borghese la espera mañana, a las 12 h., en el Essenza Wine Bar, frente a la Fontana di Trevi.

La dirección.

Sentí como se me agitaba el pulso tras leerla. Estaba en Roma y había respondido a mi llamada. Después de oír los consejos que Carmen y Almudena me dieron sobre cómo acudir a la cita, tener cuidado, no ir a sitios solitarios y gritar con todas mis fuerzas si ocurría algo, me fui a dormir.

Con unos vaqueros, camisa blanca, cazadora negra de cuero y zapatillas deportivas, recorría las calles del centro con mi plano a medio doblar. Tardé un poco más de lo previsto mientras encontraba el camino más corto, y

pasaban diez minutos de las doce cuando llegué a la Fontana. El bar era una vinoteca típica italiana, en la que unos carteles escritos a mano ofrecían cerveza artesanal. Antes de cruzar el umbral de la puerta me debía asegurar de entrar con paso firme y aparentar seguridad. Se trataba de alguien bastante mayor que yo y no quería parecer una jovencita tímida. Por otra parte, era un hombre de negocios, al que suponía curtido en todo tipo de relaciones sociales, que bien me podría merendar en la primera media hora de conversación; por lo tanto, si le añadía un poco de altivez no estaría mal. Miré alrededor y vi algunas personas sentadas en las mesas, pero en vez de detenerme a mirarles de nuevo buscando a alguien cuyo aspecto desconocía, me acerqué directamente a la barra y pregunté por él. El camarero, sin dudarle un segundo, me pidió que le siguiese y me llevó hasta una mesa en la que un señor con gesto amable se incorporaba de su silla. Ambos hombres se miraron entre sí con connivencia al tiempo que sonreían abiertamente. Mirando a uno y a otro con descaro, no pude evitar comentar:

—Si me he perdido algo me lo pueden decir, así reiré yo también.

El que había estado sentado se apresuró a decir en una mezcla de español y de su idioma.

—He estado mirando a la puerta desde que llegué, al verte entrar rogué que fueras tú, y veo que Dios existe.

Ahora sabía que se trataba de Andrea, su voz era inconfundible.

—Elena, me alegro de verte —saludó al tiempo que extendía su mano, y señalando la silla junto a él, añadió—. Siéntate por favor ¿Qué te apetece tomar?

Miré hacia la copa que tenía delante de él.

—Es *spritz*, una base de vino blanco y agua de seltz con unas gotas de Campari y Aperol. Pruébalo, es fácil hacerse a su sabor.

—Está bien, lo probaré.

—Trae un *spritz* a la señorita, por favor, Flavio.

Ahora era yo quien sonreía sin dejar de mirarle; me gustaba lo que veía. Calculaba que tendría unos cuarenta años. Llevaba el cabello un poco largo, y la incipiente barba estaba recortada de forma angulosa a la altura de la mandíbula, lo que daba un aspecto más severo a lo que imaginaba un rostro equilibrado de líneas suaves. Permanecimos sin decir nada, contemplándonos mutuamente durante unos largos segundos, hasta que al fin rompió el silencio.

—Nunca pensé que me llamarías.

—Yo tampoco, no creas.

—Sea cual sea el motivo por el que lo has hecho, me alegro. Ahora reconozco esos preciosos ojos esmeralda y sigo viendo en ellos la misma tristeza de aquella noche... Aunque en esta ocasión espero poder hacer algo para que recobren su alegría.

Yo correspondí a sus palabras con una sonrisa reservada.

—Bienvenida a mi ciudad. Estás de vacaciones, supongo.

—Supones bien, he venido con un par de amigas, es mi primera vez y me encanta.

En aquel momento Flavio trajo mi bebida.

—Pues entonces... ¡brindemos por este inesperado encuentro! —anunció levantando su copa.

Yo le imité con la mía. Ambos bebimos sin dejar de estudiarnos mutuamente.

—Me dijiste que vivías en Múnich solo temporalmente y que pronto regresarías a tu país, a Hispania. En concreto a la antigua Gades, punto final de la Vía Augusta que la unía con Roma, poseedora del segundo teatro más antiguo de todo el Imperio Romano, tierra de expertos navegantes, constructores de buques y grandes exportadores en el comercio con las

Américas.

Le miré sorprendida.

—Veo que conoces bien mi ciudad.

—Después de lo que me dijiste, sentí curiosidad y me informé un poco, pero no he estado nunca. Conozco Granada, en el sur, y también he estado en Madrid y Barcelona. ¡Ah!, y en Ibiza, bonitas playas.

—¡Vaya!, has estado en más sitios que yo en mi propio país.

—También tengo bastantes más años que tú —observó acercándose la copa para beber. Ambos permanecemos en silencio—. Supongo que fuiste a Múnich a aprender alemán —dijo finalmente.

Entonces le hablé de mí, de mis estudios y de mi trabajo en Múnich. Intenté hacerlo de forma que pareciese interesante, suponía que su vida nada tenía que ver con la mía y lo último que pretendía era aburrirle. Él me escuchaba con interés, haciendo alguna que otra pregunta y sugerencia.

—Después de aprender alemán, que ya lo hablas bastante bien, podías estudiar italiano... aquí.

—Me temo que no estoy haciendo una gira, aunque me encantaría, pero debo volver y buscar trabajo.

—¿Te espera alguien?

—Mi familia, claro.

—Claro.

—¿Y qué hay de ti?, hablas muy bien español.

—Más o menos. Por mi trabajo me gusta relacionarme en el idioma de mi interlocutor y hago lo que puedo.

—Debes de llevar una vida muy interesante como promotor, coleccionista y marchante de arte... Al menos eso pone en tu tarjeta.

—Sí —sonrió—. Bueno, aunque todo eso suene rimbombante, mi vida es sencilla. Todo esto ha tenido una evolución lógica. El arte me ha acompañado

desde que era niño, crecí rodeado de cuadros y antigüedades de mi familia. Era un destino marcado desde antes de nacer.

—No tendrás nada que ver con la Galería Borghese^[33], ¿no? —bromeé.

—¡Ojalá! —rio a carcajadas—. A un nivel muchísimo más modesto, mis primeras adquisiciones fueron creaciones contemporáneas. Me extasiaba mirando aquellos lienzos que colgaban de las paredes, me pertenecían. No tenía una preparación específica en Historia del Arte; me licencié en Economía y Comercio, pero comencé a hojear y leer con interés catálogos y libros de arte. Con el tiempo me hice asiduo de galerías y museos, y visitaba todas las exposiciones de fondos antiguos que podía. Pero no quiero aburrirte, el tema me apasiona y cuando empiezo a hablar no me doy cuenta de lo pesado que puedo llegar a ser.

—No te preocupes por mí, solo soy una aficionada, pero me gusta de lo que hablas. Sigue, por favor.

—Mi madre siempre coleccionó porcelana, joyas. Nuestras obras las solemos prestar a museos internacionales, y aunque al principio me daba un poco de temor el hecho de que salieran de la casa familiar, luego me reconfortaba la idea de que todo el mundo pudiese disfrutarlas.

—¿Qué tipo de artistas prefieres?

—Me gustan las colecciones de artistas que reflejan el espíritu de su tiempo, conversar con ellos, captar sus inquietudes y aquello que les fascina; pero esto, lógicamente, solo es posible con los contemporáneos, a los antiguos solo se les puede conocer a través de su legado. Respondiendo a tu pregunta, para mí el arte no tiene fronteras; así que viajo constantemente sin ponerme límites ni categorías.

De repente se giró hacia la barra e hizo un gesto al camarero.

—¿Hasta cuando estás en Roma?

—Nos vamos el lunes por la mañana.

—Entonces, es hora de almorzar —dijo levantándose de la mesa—. Vas a conocer un sitio que te gustará.

Dejando que caminase delante de él, salimos del local. Nos dirigimos hasta su coche, un descapotable color bronce dorado que se encontraba estacionado a un par de calles.

—Pensaba que no se podía aparcar en el centro.

Acababa de arrancar el motor.

—Los residentes con permiso, sí.

Conducía rápido por las estrechas calles, pero aquello no era nada comparado con la velocidad que tomamos al salir a la carretera.

—¡Veo que te gusta correr! —grité mientras intentaba sujetar mi cabello que volaba con brío.

—¡Mucho!

Pasados unos minutos comenzó a ir más despacio.

—No quiero que me eches la culpa de llegar despeinada —dijo mientras me guiñaba.

Bajo el intenso azul del cielo primaveral podía sentir la calidez del sol que a aquellas horas comenzaba a avivarse. Nos encontrábamos a las afueras, en un entorno privilegiado repleto de floridos jardines, desde donde se disfrutaba de unas impresionantes vistas de la ciudad de las siete colinas, destacando a lo lejos la maravillosa cúpula de la Basílica de San Pedro. El maître, de un aspecto tan distinguido como el más ilustre de los comensales, nos acompañó hasta una mesa que tenía como fondo la bonita panorámica. Me complacía oírlos hablar en italiano, la musicalidad de su idioma siempre me había resultado encantadora. Llamó mi atención las obras de arte que colgaban de las paredes y pensé que no era de extrañar que a Andrea le gustase ese lugar. La decoración la completaban originales tapices y candelabros de bronce del

siglo XVIII, según pude saber a través de sus comentarios, en los que especificaba cada detalle de lo que nos rodeaba. El local contaba asimismo con un lujoso salón de fumadores donde se exponía una colección de pinturas orientales. La delicada porcelana y fina cristalería procedían de renombrados talleres artesanales de la región. Disponían de una extensísima carta de vinos y también de agua. Dejé que decidiera los platos por mí, además del hecho de que él los conocía y tenía sus preferencias, me pareció que se deleitaba al hacerlo. Me gustaba escucharle, era ameno, tremendamente desenvuelto y locuaz. Por mi parte, en esta ocasión, opté por interesarme abiertamente por su vida; precisamente no era tiempo lo que me sobraba.

—Supongo que tendrás descendientes a los que involucrar en tu colección.

—No tengo descendientes directos, pero mi sobrina, a la que he tenido bajo mi tutela desde los diez años, espero que consiga sentir el amor por el arte y la cultura que he intentado inculcarle con mi ejemplo.

—Tienes hermanos entonces.

—Tenía. Mi único hermano falleció junto a su mujer en un accidente de tráfico hace quince años.

—Lo siento.

—Mi mujer también iba en el coche —añadió sin alzar la vista de la servilleta que manipulaba.

—Cuanto lo siento, no era mi intención traerte recuerdos tristes.

—No te preocupes, ha pasado mucho tiempo y está superado, solo que sigue siendo duro recordarlo. Hacía un año que nos habíamos casado, lo hicimos muy jóvenes y todavía no teníamos hijos; en cambio mi hermano mayor tenía una niña de la que me encargué desde aquel momento.

—Entonces será como una hija para ti.

—Por supuesto, la quiero muchísimo. Para ella fue difícil superar la ausencia de sus padres, pero el tiempo todo lo cura y ahora es una chica

fantástica. Tal vez le hemos consentido demasiado entre mi madre y yo, y es un poco caprichosa, pero tiene buen corazón. Ella me ayuda con la fundación, en Múnich. Su madre era alemana y desde hace unos años vive allí. Por ese motivo voy de vez en cuando, y también por negocios, claro. Tenemos muy buenas relaciones en Alemania y hay que cuidarlas.

—Debe de ser un trabajo muy enriquecedor el vuestro... desde el punto de vista cultural, quiero decir.

—Y desde el otro también, no lo puedo negar. Pero sí, personalmente me llena por completo. Me involucro en financiar proyectos artísticos buscando a los autores y sus obras, y en ocasiones son ellos los que me proponen sus proyectos y solicitan mi ayuda. Claro que en todo esto la labor de la galería es fundamental, es un eslabón en la cadena con quien negociar toda la parte económica.

—¿Viajas a España también por tu profesión o solo lo haces por turismo?

En aquel momento nos servían los helados.

—Por ambas cosas —sonrió—. España es una tierra espléndida con un patrimonio artístico y cultural donde se funden la tradición y la innovación. Por otra parte, ahora conozco a una española preciosa e interesante como su tierra —añadió mientras me daba a probar su sorbete de limón—. Y ahora, ¿adónde te gustaría ir? ¿Hay algún lugar que quieras visitar y aún no lo hayas hecho?

—No quiero abusar de tu amabilidad ni de tu tiempo.

—¡Es fin de semana!, dispongo de todo mi tiempo para acompañarte.

—Tal vez hay alguien que te espera...

—No hay nadie... siempre que tú quieras que te acompañe.

—Pues sí, hay un sitio al que me gustaría ir... Ostia Antica.

Era la visita que nos habían recomendado Fabrizio y Vincenzo para la

tarde, además de ser un sitio en el que habría mucha gente. Las horas pasadas con aquel hombre a ritmo de su interesante conversación y su registro de voz grave y homogénea, habían hecho que tomara confianza, pero debía ser prudente. Mientras recorríamos los restos arqueológicos, me contó la historia de aquella antigua ciudad de la costa del mar Tirreno, que funcionó como puerto de la antigua Roma. Se ubicaba en la boca del río Tíber y la mayoría de los edificios visibles databan del siglo III a.C. En un principio pudo ser fundada con propósito de defensa militar, pero con el tiempo se convirtió en un muelle comercial. Contaba con todos los servicios que requería una urbe de su tiempo, además de un famoso faro, un gran teatro, termas públicas y un servicio de bomberos. Con la caída del Imperio romano, declinó lentamente, siendo finalmente abandonada en el siglo IX, debido a repetidos saqueos e invasiones por piratas árabes. Sus habitantes se mudaron a una nueva localidad llamada Gregoriópolis. Durante la Edad Media, los ladrillos de los edificios de Ostia fueron utilizados para otras construcciones, como la Torre de Pisa. Posteriormente, ya en época barroca, los arquitectos locales saquearon mármol para la construcción de los Palacios de Roma, y más tarde llegarían exploradores extranjeros en busca de estatuas antiguas.

Cuando finalizó nuestra visita, caí en la cuenta de que no habíamos encontrado a las chicas, aunque la verdad era que no había insistido en buscarlas. Tampoco había pensado en Gerhard, en todo el día, lo cual era un gran avance. Me llevó hasta la pensión y quedó en que me recogería a la noche para invitarme a cenar.

Vestido corto, el único que había llevado al viaje; zapatos de tacón, solo para salir de noche; cazadora negra, apta para todo momento; cabello ondulado, gracias a los utensilios de los que nunca se separaba Almudena; y un toque de color borgoña en los labios con el que trataba de aparentar más

edad. Estuve poco tiempo en la pensión, lo justo para descansar un rato, ducharme y todo lo demás. Lo cierto es que no coincidí con mis amigas, pero les dejé una nota para que no se preocupasen diciéndoles que todo había ido bien. Al bajar le encontré esperando en la calle; se dejaba caer levemente sobre su coche y daba una última calada a un cigarrillo antes de arrojar la colilla al suelo. Con camisa y americana de un negro absoluto, vaqueros desgastados, y el cabello menos alborotado que horas antes, me pareció un hombre con gancho y muy atractivo. Le advertí que aunque el lugar donde habíamos almorzado me había parecido excelente, también disfrutaba comiendo una pizza en un sitio sencillo, sin pretensiones. «Tomo nota», me había dicho antes de comenzar a circular, esta vez despacio.

La gente volvía la cabeza al vernos pasar.

—Este es el precio de ir en un convertible, todos te miran —reconoció al notarme un tanto incómoda—. Pero después del invierno es una gozada sentir el aire en la cara, oler los jazmines al pasar y contemplar este bonito cielo estrellado.

Tenía toda la razón, era una sensación única.

Cenamos en una acogedora trattoria de ambiente informal y cocina tradicional. Mi comportamiento empezaba a ser espontáneo, mucho más que aquella mañana en la que me había sentido encorsetada bajo una pose artificial que yo misma me había empeñado en adoptar. Ahora bromeaba y reía abiertamente. Cuando salimos al exterior me agarré de su brazo, los adoquines estaban matando mis pies sobre aquellos tacones, y noté que le resultaba agradable mi contacto. Paseamos un rato por aquellas románticas calles, a veces iluminadas y a veces en la semioscuridad, hasta llegar sin darme cuenta a la Fontana di Trevi.

—Me dijiste que ya habías estado aquí antes de esta mañana —dijo mientras nos abríamos camino entre la gente.

—Sí, vinimos de noche, nos lo aconsejó nuestra casera.

—Y supongo que arrojarías la moneda.

—Claro, es una tradición, ¿no? Ahora sé que algún día volveré.

Entonces, metiendo la mano en su bolsillo extrajo un par de monedas y deslizó una entre mis dedos.

—Vamos a hacerlo juntos —propuso mientras nos colocábamos ambos de espaldas a la fuente—. Sujétala con la mano derecha y lánzala sobre tu hombro izquierdo ¿Preparada? ¡Ahora!

Nuestras monedas cayeron al agua.

—¡Cuántas monedas tuyas habrán ido a parar al fondo de esta fuente!

—Alguna que otra, pero lo importante son las que has lanzado tú.

—Pues ya llevo dos.

—Según la tradición, si es una, regresarás a Roma; si son dos, tendrás un romance con un italiano —añadió burlón— y si son tres... te casarás con él.

—¿Pretendes tener un romance conmigo?

—Anda, ven. Vamos a tomar algo.

Nos separaba una ligera mesita redonda y el etéreo fulgor de una pequeña vela. El local, de reducidas dimensiones, música suave y luz tenue, invitaba a la proximidad. Hacía rato que me miraba sin decir nada. Chasqueé los dedos ante él y sonrió.

—Eres guapísima, aunque lo que te digo no es ninguna novedad para ti, claro —dijo en voz baja.

—Siempre es nuevo si lo dice otra persona.

—Otra que no es quien tú quieres —continuó en el mismo tono.

—No quería decir eso.

—Pero se te ha escapado, tu subconsciente habla por ti.

—No te confundas, el significado de lo que he dicho es simplemente que

con cada persona todo es nuevo, incluso tratándose de las mismas cosas. A todos nos pasa, a ti también; con tu edad habrás conocido a muchas mujeres e imagino que con cada una lo vivirás de distinta manera —veía como jugaba con su vaso de whisky—. Espero no haberte molestado, ya hoy he hablado de más trayéndote recuerdos tristes.

—No, claro que no. Es solo que se me había olvidado que puedo ser tu padre.

—Te puedo asegurar que no te pareces en nada a mi padre —bromeé y conseguí arrancarle una sonrisa.

—Tienes toda una vida por delante, aprovéchala. Ahora te parece que nunca te harás mayor, pero ocurre, créeme. Entonces llega un día en que miras atrás y recuerdas con melancolía tu juventud y como sentías que el mundo giraba a tu alrededor.

—¡Vamos, vamos! Habla el señor mayor que ha llegado al final de sus días. ¿Tú te has mirado al espejo antes de salir de casa? Eres un bombón; madurito, eso sí, pero mucho más interesante que la mayoría de los de mi edad.

Lo había dicho con intención de animarle, pero al ver su expresión comprendí que había estado bromeando todo el tiempo.

—Me gusta pensar que eso es realmente lo que piensas de mí y no ha sido solo por consolarme. Ahora veo que funciona.

—¡Tú tienes más tiros dados!

—¿Qué significa eso?

—Que sabes mucho, Andrea.

—A parte de la broma, que espero no te haya molestado, lo que te decía de aprovechar tu juventud es cierto y te lo digo como un consejo de señor mayor.

—No me ha molestado, pero ahora ya sabes lo que pienso de ti. Y te diré

más, no me importa. Eres divertido y seguramente con muchas experiencias gracias a tu profesión y a tu tipo de vida. Llevas una existencia acomodada, desplazándote a la velocidad del rayo en uno o varios coches que todos admiran, y seguramente vivirás en una casa fabulosa con servicio y mayordomo, que supongo es el señor tan correcto y estirado que me atendió al teléfono.

Tras esto último le hice reír con ganas.

—Bueno, tú también sabes lo que pienso de ti, que eres guapísima.

—¡Bah! Eso no es nada interesante.

Salimos del bar de madrugada y caminamos hasta el coche. Antes de poner en marcha el motor, se dirigió a mí.

—Quiero que sepas que por lo que he podido conocer de ti en estas horas, me pareces toda una mujer, a pesar de tu juventud y de que aún te quedan muchas experiencias por vivir. Eres ante todo inteligente y muy sensata; demuestras empatía por los demás y un gran interés por temas que a pocos jóvenes atrae, como es el arte, en todas sus manifestaciones. Miras a tu alrededor con ansias de conocer y aprender de la arquitectura, la pintura, la escultura; te gusta averiguar la historia de lo que ves. Tienes una gran sensibilidad y eso te hace adorable. No quería despedirme y que te marches pensando que lo único que me atrae de ti es tu aspecto. Aquella noche en que íbamos disfrazados me acerqué porque tiraste de mí como un imán, ver tu soledad rodeada de tanta gente me cautivó. La forma en que me hablaste me sedujo, por eso te entregué mi tarjeta, no creas que voy dando mi teléfono por ahí a todo el mundo. Cuando Enrico, mi correcto y estirado ayudante, me dijo que habías llamado, fue toda una sorpresa para mí y me ilusioné. Luego, cuando te vi llegar esta mañana me pareciste preciosa; me sentí un poco mal porque eras más joven de lo que había pensado, pero hablando contigo has

hecho que me olvidase por completo de ese detalle.

Al oír aquellas bonitas palabras me acerqué a él y le besé en los labios. Nos miramos a los ojos durante unos segundos que me parecieron llenos de magia. Giró la llave y comenzó a conducir despacio; parecía que ninguno de los dos deseaba que aquella noche terminase. Cuando llegamos a mi pensión, en el discreto silencio de la apretada calle, no estaba segura de qué palabras emplear antes de despedirme de él para siempre.

—He pasado un día inolvidable, has sido el perfecto anfitrión y solo tengo palabras de agradecimiento. Ahora sé por qué el destino hizo que nos cruzásemos en aquella fiesta, nos tenía preparado estos momentos. Me gustaría...

Rozó con sus dedos mis labios.

—Tal vez el destino nos tiene preparado algo más. ¿Por qué no te quedas conmigo estos días, hasta que regreses a Múnich?

Podía notar como aquella ciudad me envolvía con su magia, como si formara parte de un cuento de hadas lleno de romanticismo. La suave brisa que rozaba mi cabello me traía el inconfundible aroma de las noches blancas de primavera. Era tan tentador que por un momento me hizo olvidar mi pesar de los últimos días, pero no había hecho este viaje para terminar en los brazos de un desconocido. No había sido ese mi propósito y por nada del mundo deseaba más complicaciones.

—Esto podría ser un sueño, pero he de volver a la realidad y seguir mi camino —aseguré sin demasiado convencimiento.

Abrí la puerta del vehículo, pero cuando me disponía a salir, me detuvo.

—Esto es realidad y el camino lo eliges tú.

Con todos mis recursos mentales intentaba convencerme a mí misma.

—Lo siento, debo irme.

Soltó mi mano y comencé a caminar hacia el portal. Con cada paso que

daba en un sentido, mi deseo de hacer exactamente todo lo contrario aumentaba con fuerza. Crucé el umbral, me parecía que volaban los minutos, pero en solo cuestión de segundos me giré con rapidez y corrí de nuevo hasta la puerta. Salí a la calle y grité su nombre. Su coche había empezado a alejarse. Frenó de golpe y dio marcha atrás. Al llegar adonde me encontraba permaneció quieto, aguardando.

—Llévame contigo —dije con firmeza.

Entonces bajó del coche y me besó, bajo la atenta mirada de las estrellas.

Nos desplazamos hasta las afueras de la ciudad. Hablamos poco, era el momento de soñar y no había lugar para nada más. El roce de sus manos, su olor, el calor de su cuerpo, eran para mí algo nuevo que iba descubriendo con cada segundo que pasaba a su lado. Cerraba los ojos y el penetrante sonido de su voz me transportaba a sensaciones nunca vividas, todo era distinto y a la vez tan familiar... Llegamos a la entrada de una elegante casona rodeada de un extenso jardín iluminado. Bajamos del coche y la bordeamos hasta encontrarnos de frente con las luces de una piscina. Su aspecto era tentador, lástima que a esas horas hiciera frío. Accedimos al interior a través de un amplio porche donde varios butacones rodeaban una estufa de leña. Accionó el interruptor de la luz y nos encontramos en un moderno salón de altísimos techos y paredes cubiertas de obras de arte contemporáneas, posiblemente parte de aquellas primeras adquisiciones que había mencionado. Subimos por una escalera de anchos peldaños de madera y al llegar a la parte superior, una impresionante vista de la diáfana sala hizo que reflexionase por primera vez sobre el hecho de que me encontraba con él sola en aquel alejado caserón. Llegamos hasta su dormitorio, en el ático, donde una innovadora chimenea, en cuyo interior se disponían varias filas de velas, dominaba gran parte de la habitación. Durante todo el recorrido había permanecido tras de mí, arropándome entre sus brazos, pero en aquel momento hizo que me girase y

me besó. De nuevo volvían a asaltarme las dudas, aquellas que minutos antes me habían hecho entrar en la pensión.

—No tienes que hacer nada que no quieras —me susurró antes de tomarme de la mano—. Ven.

Me llevó a una enorme habitación con un jacuzzi en el centro. Abrió los grifos y poco a poco comenzó a subir el nivel del agua. De un cajón extrajo una caja con bolas aromáticas que fue vertiendo en su interior. Bajó la intensidad de la luz y salió. Unos minutos después, una casi imperceptible música instrumental comenzó a sonar. Al cabo regresó con un par de toallas.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó mientras acariciaba mi mejilla.

Me encontraba confusa.

—No sé.

—Te voy a traer un licor de chocolate que te va a encantar. Vuelvo enseguida.

Cuando hubo desaparecido de nuevo, miré a mi alrededor. No había duda de que sabía cómo crear ambiente. La bañera se iba llenando y el arrullo de las burbujas incitaba a sumergirse entre ellas. Introduje la mano en el agua caliente. Allí dentro debía haber algún tipo de calefacción, empezaba a sobrarme la cazadora. Me senté sobre un clásico sillón de lino y me descalcé; sentía los pies doloridos. En aquel momento entró con un grueso vaso de cristal lleno de hielo picado y el referido licor.

—Veo que poco a poco te vas acomodando. Relájate, te dejo sola; yo voy a darme una ducha.

Permanecí durante unos minutos en el sillón. Probé la bebida; era muy oscura y de un intenso sabor a chocolate. Lentamente me fui desprendiendo de las medias y el resto de la ropa, hasta que finalmente me metí en aquel cálido baño que Andrea había preparado para mí. Intenté hacerle caso y traté de aflojar los músculos y esparcir la mente. Creo que perdí la noción del

tiempo, pero no debía haber transcurrido demasiado cuando llamó a la puerta.

—¿Qué tal?, ¿todo bien? —quiso saber desde el otro lado.

—Pasa —dije alzando la voz.

Vestido de blanco impoluto, camisa y pantalón fluido de lino, se acercó hasta el jacuzzi con un vaso idéntico al mío, aunque con distinto contenido.

—No te estarás quedando dormida.

En aquel momento me puse en pie y permanecí durante unos segundos frente a él, sin dejar de mirarle a los ojos. Él sostuvo mi mirada; luego comenzó a contemplar mi cuerpo recorriéndolo lentamente.

—¿Puedes acercarme la toalla, por favor?

Él, obediente, la cogió de detrás y tras desdoblarla, la colocó sobre mis hombros. Sujetándola contra mí salí al exterior mientras las gotas de agua se perdían sobre la alfombrilla. Observaba mis movimientos con atención, sin perder el más mínimo detalle; entonces dejé que la toalla se deslizase hasta caer a mis pies. Prudente, se acercó poco a poco, como si dudara de mi reacción. Pero yo no dudaba, ya no. En ese momento sabía exactamente lo que quería.

Desperté con los rayos del sol y el canto de los pájaros. Necesité unos segundos para recordar donde me encontraba. A mi lado, Andrea dormía plácidamente; desnudo, con las sábanas enrolladas a sus pies. Yo tampoco llevaba nada. Me levanté con cuidado y me acerqué a un mirador desde el que se veía la piscina. Al fondo, solo campo, árboles y flores silvestres. Me coloqué el vestido y salí de la habitación. Debíamos estar solos, porque no se oía ningún ruido en la casa. Mientras descendía los escalones por donde habíamos subido la noche anterior, observaba con detenimiento los cuadros que decoraban la pared; debían pertenecer al mismo autor ya que todos tenían algo que los hermanaba. Me fui acercando uno a uno y efectivamente así era.

Esta debía ser la escalera que subía a la parte trasera de la casa, y al fondo, a través del corredor, se veía otra más ancha que sería la principal. La estancia de la planta baja se dividía a su vez en otras dos más pequeñas. En una de ellas, de forma cuadrada, varios sofás se miraban alrededor de una gran mesa de café; y en la otra, dos muebles de diseño similar exhibían objetos curiosos y fotografías. Había una de mayor tamaño en la que Andrea, con traje y completamente afeitado, recibía un trofeo de manos de un hombre con barba y cabello blanco. Se encontraban ante un fondo de color azul intenso en el que se podía leer: «Premio de Arte y Mecenazgo...»; había algo más pero no era legible. En otra instantánea más pequeña se veía a una joven abrazada a él; ambos estaban sonrientes. Me acerqué a la imagen, me pareció conocer a la chica... pero no, no era posible... ¡El subconsciente me debía estar jugando una mala pasada!

—Es Diana, mi sobrina —dijo de repente a mi espalda. Me giré sobresaltada—. Buenos días —susurró cariñoso antes de besarme— ¿Cómo estás?

Estaba paralizada, pero mi cabeza, en cambio, procesaba la información como una CPU^[34], a toda velocidad.

—Muy bien.

Él me abrazaba meloso mientras la chica de la foto aparecía una y otra vez ante mis ojos.

—¿Has descansado? —insistió sin dejarme ir.

—Sí, mucho —afirmé dirigiéndome hacia la cristalera—. Tienes una casa preciosa.

Intentaba desviar su atención a otro punto que no fuese yo.

—Solo has visto una pequeña parte, ¿quieres que te la enseñe?

—Gracias, pero ya es tarde y debo regresar.

—Entonces, ¿no vas a quedarte conmigo unos días? Pensé que anoche

habías cambiado de opinión.

—Solo en parte; es cierto que quería estar contigo, pero ahora tengo que marcharme y seguir mi camino, como te dije.

Parecía desconcertado.

—Está bien, como quieras. Aunque no te irás sin antes desayunar.

Se dirigió a una zona de la casa donde no habíamos estado, y yo le seguí. Cruzamos varias puertas correderas de anchas hojas, desde las que pude ver un lujoso comedor que conectaba con la cocina. Preparó café y de una caja de cartón extrajo varios croissants.

—¿Estas solo?.. en la casa.

—Afirmativo, a las dos posibles respuestas. Los fines de semana, excepto cuanto tengo algún compromiso en casa, lo dejo libre al servicio. Y en cuanto a la otra, en estos momentos no estoy con nadie.

—En realidad solo me refería a la primera, pero te agradezco la aclaración.

—¿Y tú?.. Y me da igual si tienes o no servicio —bromeó.

—He tenido pareja hasta cuatro días antes de venir.

—Ya... E imagino que vuestra separación debe haber sido un poco turbulenta.

—¿Por qué? ¿Me ves preocupada?

Intentaba transmitir falta de emoción.

—Porque de lo contrario, no te habrías refugiado anoche en mis brazos.

No supe responder, aunque me costaba admitirlo, tenía razón.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Aquella noche en el baile, ¿estabas con él? —insistió sin darse por enterado.

—Aquella noche en el baile estaba con unos amigos.

—Y le esperabas a él.

Le miré con rabia.

—Por favor, te he dicho que no quiero seguir hablando del tema.

—Solo respóndeme a una última pregunta. Me gustaría saber, y esto sí me afecta directamente, cómo te sientes esta mañana después de haberte acostado conmigo mientras estás enamorada de otro.

Me mordí el labio con incomodidad. No imaginaba por qué le interesaba tanto mi vida si todo lo que restaba para decirnos adiós eran como mucho un par de horas.

—¿La verdad?, ni yo misma lo sé.

—Entonces sigues enamorada de él.

—He pasado la noche contigo porque me gustas, me sentía atraída por ti y, lo admito, porque quería quitármelo de la cabeza. Supongo que ya he respondido lo que querías oír; ahora, por favor, dejemos esta conversación, no me encuentro bien hablando de esto.

El tono que había empleado me desagradaba incluso a mí. Pensé que él no lo merecía y traté de arreglarlo.

—Posiblemente no nos volvamos a ver... Ha sido maravilloso, al menos para mí, y no me gustaría pasar los últimos minutos que estemos juntos hablando de otro. Creo que es momento de disfrutar lo que estamos viviendo, sin más. Entre nosotros no hay ningún tipo de problema, no esperamos nada el uno del otro, y eso es... fantástico. Ojalá siempre fuera así, pero desgraciadamente...

—¿Sabes una cosa?, creo que no me resultaría difícil llegar a enamorarme de ti. A mí ni a muchos otros.

—Me lo tomaré como un cumplido y espero que eso sea así en general — dije riendo— de lo contrario la que lo va a tener difícil voy a ser yo.

Él también rio.

El convertible, como Andrea lo llamaba, llegaba a la puerta de la pensión

sobre las cuatro de la tarde. En realidad me había costado abandonar su casa y ahora me ocurría lo mismo al despedirme de él. Se acomodó en su asiento para verme mejor; sonreía. Yo también, aunque en el fondo me sentía triste, el sueño romano llegaba a su fin. Aquel idilio que había durado la cuarta parte del viaje inaugural del Titanic, había sido perfecto. Sabía que si llegara a prolongarse aparecerían irremediamente los malentendidos, las discusiones, los celos, la infidelidad...

—Creo que ya te he dicho todo lo que siento en estos momentos, aunque hay algo que quiero que sepas —dije colocándome en su misma posición—. Como mínimo, durante los próximos días te echaré de menos. Si el tiempo que se extraña a alguien es proporcional al que se ha compartido, por unas veintiocho horas que hemos pasado juntos, no está mal, ¿no?

Se echó a reír.

—Desde que te vi la primera vez sabía que tenías algo especial; eres ingeniosa, especialmente en los momentos en que uno no sabe que decir. Sé que ambos nos recordaremos durante algún tiempo o tal vez siempre, el tiempo mismo lo dirá. Si me lo permites, te voy a pedir algo; conserva la tarjeta con mi teléfono, nunca se sabe. Pase lo que pase y sean las circunstancias que sean, quiero que este pequeño hilo que ahora nos une, no se rompa.

—Puedes estar seguro que por mi parte no se romperá el hilo ni tu tarjeta... Ahora me marcho.

—Te acompaño a la puerta —dijo saliendo del coche.

—Las despedidas son difíciles —reconocí intentando sonreír—. Lo mejor es hacerlo y ya está. Hasta la vista, Andrea. Espero que todo te vaya bien.

—Ci vediamo, principessa. ^[35]

Comencé a subir los primeros escalones de la entrada.

—¡Aspetta!^[36]—gritó.

Tiró de mi mano y me besó. Ahora sabía lo que era un beso de despedida; algo que te agitaba el alma sin contemplaciones. Luego desapareció sin mirar atrás.

Al llegar a la habitación, las chicas preparaban las maletas. Me miraron con expectación. Almudena tomó la iniciativa.

—¿Y bien?

—Todo bien.

—¿Dónde has estado?, estábamos preocupadas —dijo de mal humor.

Yo había empezado a quitarme los zapatos.

—He pasado la noche con él.

—¡Te has acostado con él! —gritó Carmen desde el otro lado de la habitación—. ¡Pero si no le conoces de nada, Elena!

—Eso da igual —aseguró Almudena— lo importante es que no sabíamos nada de ti.

—Os dejé una nota.

—Existe algo que se llama teléfono, ¿lo sabías?

—Déjala, mujer. Le hacía falta divertirse un poco, para eso vinimos aquí, ¿no? Además, nosotras también hemos tenido esta noche nuestra diversión...

—Solo te voy a hacer una última pregunta, si quieres contestas —intervino de nuevo Almudena—. ¿Por qué te has acostado con él?

Acababa de quitarme el vestido y me había sentado en la cama. Respiré profundamente antes de contestar.

—Quería saber lo que siente Gerhard haciéndolo con mujeres que no le importan.

—¿Y ya lo sabes?

—Solo sé lo que siento yo.

—¿Y qué es? —quiso saber Carmen acercándose a mí.

—Que sigo enamorada de él —respondí con voz apagada, casi inaudible.

Capítulo 18. Encadenados

A esas horas de la mañana el metro estaba muy concurrido. Arrastrando la maleta y con la bolsa colgada del hombro me resultaba complicado moverme entre el gentío, y me pregunté por qué demonios no había cogido un taxi. Suponía que en nuestro afán por economizar había ciertos elementos que desechábamos de antemano sin tan siquiera considerarlos. Pero ya estaba allí abajo y no había remedio; un poco más de esfuerzo y me encontraría fuera de la zona conflictiva. Al subir al autobús en Hurras conseguí ocupar un asiento y respiré aliviada. Era jueves y regresaba a casa tras los días pasados en Florencia, una ciudad llena de encanto que no había dejado de maravillarnos con cada una de sus obras maestras. La capital toscana evocaba la fastuosidad de su papel desempeñado en el desarrollo de la cultura y el arte renacentista. Pequeña y hermosa a la vez, nos resultó sencillo recorrerla a pie y saborear su encanto. Pero el viaje había terminado y tocaba enfrentarse de nuevo a la realidad. Los días sin reglas ni limitaciones formaban ya parte del pasado, de un pasado demasiado cercano todavía para olvidar, pero que me esforzaba por mantener como un tesoro escondido que no debía ver la luz. A pesar de todo ello, había algo que no podía ignorar; algo que de manera fortuita había creado un lazo de unión entre mi aventura romana y el hombre que todavía hoy y por mucho tiempo seguiría en mi corazón. Si no hubiese visto aquella foto en casa de Andrea, mis sentimientos en uno y otro sentido serían los mismos, en realidad no cambiaba nada; pero el destino había traído hasta mí un descubrimiento: la sobrina de mi emperador romano, Diana, era la ex pareja de Gerhard, y posiblemente, cada día estaba más segura de ello, la misma que había pasado con él la noche de su cumpleaños.

Giré la llave y entré en casa, en esa casa que había tardado en considerar como mi hogar. Al tiempo que dejaba el equipaje a un lado, Ines salía a mi encuentro.

—¡Aquí está por fin nuestra viajera italiana! —exclamó con alegría al verme.

—Hola Ines, de nuevo aquí.

—¿Qué tal?, imagino que muy bien.

Me acerqué a ella y le di dos besos.

—Han sido unos días inolvidables, ha merecido la pena.

—Me alegro, y espero que además te hayan servido para meditar y aclarar tus ideas. Ven, pasa —dijo abriéndome camino hacia el comedor. Un bellissimo ramo de flores adornaba la mesa de cristal—. Lo han traído esta mañana temprano, es para ti.

Las flores, rosas blancas de tallo largo, se ajustaban entre sí formando un delicado conjunto que Ines se había encargado de colocar en un jarrón de cristal.

—Son treinta y una rosas, las he contado —al ver que yo no mostraba el más mínimo interés, añadió— ¿No vas a mirar la tarjeta?

Me acerqué sin demasiada decisión; un pequeño sobre blanco asomaba tímidamente. En su interior, una nota manuscrita que leí para mí.

No sabes cuánto me arrepiento de lo sucedido. Te ruego que me permitas darte una explicación antes de que tomes ninguna decisión. Te quiero.

Gerhard.

Ante la expectación de Ines, lo hice de nuevo para ella.

—Es triste que tenga que ser en estas circunstancias cuando me dice que

me quiere —pensé en voz alta.

Recordaba los momentos de intimidad en los que habría deseado oír esas dos palabras por encima de todas las cosas, pero nunca habían llegado.

—A veces hemos de estar a punto de perder a alguien para darnos cuenta de lo que significa para nosotros —hablaba con pesar, como si mi asunto con Gerhard le hiciese remover sensaciones propias—. Te ha estado llamando, pero no había nadie en casa. El viernes por la noche le dije que te habías ido a Italia con tus amigas; quiso saber cuándo regresabas y le dije que lo harías hoy.

—Me gustaría poder controlar mis sentimientos, pero me temo que a pesar de todo, y aunque no consiga perdonarle, le sigo queriendo... Y ahora creo que voy a subir y organizar todo aquello —dije señalando las bolsas.

—¿No te lo llevas arriba?

—Me llevo la nota; las flores, si no te importa, prefiero dejarlas aquí, combinan con el salón.

Me parecía que Ines estudiaba mi comportamiento y finalmente me comprendía.

Intenté ocupar el resto de la mañana deshaciendo la maleta y lavando a mano alguna de la ropa que había llevado al viaje. Había dormido durante toda la noche en el trayecto de vuelta y estaba despejada... Demasiado para evitar pensar en aquellas palabras escritas de su mano en una nota impoluta, como ya nunca estaría nuestra relación. Mis lágrimas habían quedado olvidadas en una calle de Roma, entre sus piedras, perdidas como las ilusiones con las que había fantaseado en su compañía. Sentía que yo también le había fallado en esa noche italiana de sabor a chocolate y sensaciones encontradas. Pero no era lo mismo y lo sabía; un acto de venganza, aunque vana, llevada por el dolor y el rencor, no era comparable con planear sin remordimientos una traición. No me arrepentía de nada, de hecho había

sentido aliviado mi rencor hacia él. Andrea, sus besos y el tacto de su piel estaban más presentes en mi cuerpo y en mis recuerdos que el propio Gerhard; aunque entendía que sería algo efímero que terminaría por diluirse.

Ines se marchó pronto, pero estaría de vuelta antes de que regresaran los niños de su viaje a Mallorca. Me encontraba buscando algo que leer cuando sonó el teléfono. No podía saber de quién se trataba hasta que no levantase el auricular, pero mi temor a enfrentarme a lo inevitable hizo que mi corazón comenzara a latir con fuerza.

—¿Kaiser? —dije de forma tan débil que dudé ser oída.

—¿Elena?

Era él.

—¿Sí?

Resopló al oír mi voz.

—He esperado tanto este momento que ahora no sé por dónde empezar —por primera vez desde que le conocía, le notaba inseguro—. Solo te pido que me permitas terminar antes de colgar, por favor... ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—Me ha dicho Ines que has estado en Italia.

—Sí.

—Me gustaría verte y hablar contigo, necesito darte una explicación.

—Lo que tu necesites ahora ya no es problema mío —repliqué con voz apagada, pero firme.

—Elena, lo único que me atrevería a pedirte en estos momentos es que oigas lo que tengo que decirte; luego tendré que aceptar tu decisión... Por favor... ¿Tienes esta tarde un rato para que nos podamos ver?

No sabía si estaba preparada y durante un instante dudé; luego pensé que no podía prolongar por más tiempo esta situación y cuanto antes le dejase hablar, antes terminaría todo.

—Sí.

—¿A qué hora te viene bien?

—Supongo que saldrás tarde del trabajo.

—Saldré del trabajo cuando tú me digas.

—No es necesario, esta tarde no tengo nada previsto.

—Entonces, ¿te recojo a las ocho?

—No, no hace falta que me recojas, quedamos en algún sitio en el centro.

—Como tú quieras. ¿Te parece bien en Marienplatz?, ¿dónde siempre?

—Me parece bien.

—Gracias, Elena.

Mis pulsaciones fueron bajando de intensidad. No imaginaba con que excusa iba a justificar lo injustificable. Tal vez pretendía continuar con sus mentiras sin ser consciente del daño que me hacía, de lo contrario, es que nunca le había importado lo más mínimo. Bajé al comedor y busqué un tranquilizante en el armario de Ines, lo iba a necesitar. En el centro, el ramo perfecto que parecía haber sido creado para aquel lugar. Suponía que sus treinta y una rosas debían tener algún simbolismo, pero en esos momentos ni quería, ni me sentía capaz de averiguarlo. Recordé nuestra primera cita en la plaza, ahora sentía la misma intranquilidad de aquella tarde, pero por distintos motivos. Entonces era la atracción por lo desconocido, hoy, muy a mi pesar, porque sabía demasiado. Ahora tocaba ser fuerte; por muy decaído que estuviese mi ánimo no debía bajar la guardia y aunque no me apeteciera en absoluto, me arreglaría y maquillaría para hacer visible que era capaz de continuar sin él y mantener mi dignidad.

Eran las ocho en punto cuando el vagón efectuaba su parada en Marienplatz. Recorrí los metros finales del último corredor y subí la escalera a la plaza. No quise mirar hacia el lugar donde él debía estar, sabía que era

puntual; de manera que caminé fingiendo reparar en la gente que me cruzaba al paso. Cuando faltaban pocos metros miré al frente y allí estaba, con la mirada fija en mí, expectante. Su media sonrisa dudaba entre hacerse completa o debilitarse hasta desaparecer tras una abatida mueca; al ver mi expresión, optó por lo segundo. Su primera intención fue acercarse, pero rápidamente reculó.

—Gracias por haber venido —dijo con toda la delicadeza que fue capaz.

—Bien, aquí me tienes, solo espero no arrepentirme.

—Por mi parte haré todo lo posible para que eso no ocurra. Creo que es mejor que vayamos a un lugar donde podamos hablar tranquilamente, ¿estás de acuerdo?

Afirmé con la cabeza. Le notaba nervioso. Hizo un gesto para que le acompañase y empezamos a caminar. Lo hicimos en completo silencio, un silencio deseado por mi parte y aceptado con resignación por la suya, hasta llegar al lugar donde se encontraba aparcada una moto de gran cilindrada con dos cascos atados.

—No iremos demasiado lejos, pero será mejor que te lo pongas —sugirió sujetando ante mí el más pequeño.

No me agradaba la idea, pero no quise poner las cosas más difíciles y acepté. Mi firme decisión de no tener el más mínimo contacto físico con él, se vio truncada cuando al salir del centro aceleró con la suficiente energía como para verme obligada a agarrarme con fuerza a su cuerpo. Era consciente de que acababa de oír la primera mentira de la tarde; su promesa de que no iríamos demasiado lejos se convirtió en una excursión en toda regla. Finalmente paramos en la puerta de un bar en las afueras y nos dirigimos a una de las mesas que estaba situada en un rincón del local. Inmediatamente, un camarero vestido rigurosamente de negro se acercó a nosotros. Me sentía enojada por el largo trayecto que acabábamos de hacer y no quería beber

nada, pero él, ignorando mi negativa, pidió al empleado lo mismo para los dos. Estaba incómoda, aquel escenario no era donde había imaginado que tendría lugar nuestra conversación.

—No he aceptado venir para tomarme una copa contigo, entenderás que no me apetece lo más mínimo ¿Qué pretendes trayéndome aquí?

—Siento que estés a disgusto, no es lo que pretendía, solo intentaba poder hablar con tranquilidad. Si quieres nos vamos a otro sitio.

—Déjalo, con tanto paseo se hace tarde. Estoy aquí porque has insistido, yo no te pido ninguna explicación; por mi parte todo está dicho y los hechos hablan por sí solos.

—Elena, voy a contarte paso a paso todo lo que ocurrió aquella noche, con la única intención de que puedas comprender lo que hice, o al menos sepas la verdad, porque imagino que debes pensar cosas horribles sobre mí. Solo te pido que me escuches hasta el final.

Tras un silencio sepulcral, respiró hondo y empezó su relato.

—El miércoles por la noche Alfred me llamó para que el día de mi cumpleaños fuésemos a tomar algo con unos amigos. En realidad, lo que me apetecía era estar los dos solos, pero tampoco quise ser desagradable y quedé en que lo hablaría contigo. Cuando te llamé al día siguiente, me dijiste que ya habías quedado en que yo me iría directamente al salir del trabajo y allí nos encontraríamos. El viernes tuve problemas de todo tipo, y cuando por fin terminé, me encontraba todavía nervioso. No estaba preparado para lo que alguien me dijo y que nunca habría querido oír. Te habían visto el miércoles por la tarde con tu amigo Alberto en Lindwurmstrasse, cerca del hospital universitario. Según sus palabras textuales, había flipado viendo como os morreabais.

—¡Eso no es cierto!

—Te siguieron, y luego fuisteis a una cervecería donde continuasteis con

vuestra escena, sin importaros la gente que había allí.

—Te digo que es mentira lo que te han contado —insistí con rabia.

—¿No es verdad que te has visto con él y me lo has ocultado?

—Le he visto, sí, y no te dije nada; simplemente porque tenías celos de él y pensé que no había nada malo en ello. Hemos quedado para hablar de Harald, trabajan en el mismo hospital y nos encontramos el día en que me dio el golpe en la cabeza. Desde entonces, cuando ha sabido algo que me podía interesar, me lo ha contado, pero no ha habido nada más. Quien quiera que sea te ha mentado intencionadamente, porque la forma en que me he comportado con él no da lugar a ningún tipo de duda; solo es un amigo, nada más... De lo que tengo la certeza, y eso no me lo ha contado nadie, es de lo que vi aquella noche con mis propios ojos.

—Estaba dolido y en ese momento no me veía capaz de enfrentarme a ti —continuó como si no me hubiese oído—. Hablé con Alfred y le dije que saldría tarde y no podría ir. Estuve bebiendo solo por ahí y cuando me sentí con valor, decidí acercarme y pedirte explicaciones. Pensé que estarías con ellos, pero ni siquiera habías acudido a celebrar mi cumpleaños. Entonces recordé lo que me dijiste por teléfono, de dejarlo mejor para el sábado, y me volví loco. Te imaginé con él. ¡Claro!, ¡ahora lo entendía!, preferías estar con él aquella noche.

—No puedo creer lo que estoy oyendo; la engañada he sido yo y ahora quieres hacerme culpable de todo.

Hice ademán de levantarme, pero me sujetó la mano con fuerza... Luego la soltó.

—Espera hasta el final, por favor.

La inercia me pedía salir de allí, pero necesitaba conocer ese final y le hice caso.

—Allí estaba Diana, la chica de la discoteca por la que me preguntaste.

Hacía tiempo que no sentía nada por ella, pero aquella noche necesitaba su compañía. Seguí bebiendo, tanto que no era capaz de llegar solo a casa; entonces ella se ofreció a acompañarme. Al salir a la calle y caminar me despejé un poco y conseguí llegar hasta el portal. Hubo un momento en que ella me besó y le correspondí.

Podía visualizar la escena como si se volviese a reproducir.

—Sé que lo que voy a confesarte puede acabar con lo nuestro, pero no podría seguir contigo si te mintiera, no me lo perdonaría —llevó el vaso a su boca y lo apuró hasta el final—. Subimos hasta mi casa y lo hicimos allí, en el pasillo. Mi único pensamiento era castigarte y aquello me hacía encontrarme mejor. O eso creía yo, porque al terminar, todo lo que sentí fue asco de mí mismo. Quería estar solo; me tumbé en la cama y le pedí que se marchara. Debí dormir toda la noche, al despertar entraba mucha luz por la ventana. Entré en el baño y en el espejo había escrito con pasta de dientes, «hijo de puta». No me había comportado bien con Diana, lo sabía, pero no era ella quien me importaba. Me di una ducha, y cuando entré en el comedor y vi los farolillos, las velas, mi regalo y la nota, me entraron ganas de llorar... Abrí el frigorífico y allí estaba tu tarta, la que con tanto cariño habías hecho para mí. Tuve sentimientos encontrados, primero, una alegría infinita, porque todo aquello significaba que me querías y esa noche no habías estado con nadie. Pero inmediatamente me di cuenta de que algo había pasado a última hora para que no estuvieras allí, esperándome... Ahora sabía que había metido la pata, por mi locura, por mis celos, y que posiblemente te había perdido. Imaginaba que me habrías visto en algún momento con ella y que nunca me lo perdonarías.

Tuvo la intención de rozar mi mano sobre la mesa, pero se detuvo.

—Te he llamado cada día. Te quiero, Elena. No me importa lo que me contaron de ti y... ese. Si me aceptas y empezamos de nuevo, podemos

olvidarnos de todo. Estamos hechos para estar juntos, lo sé, y creo que tú también. Entiendo que no puedas perdonarme ahora, pero con el tiempo te demostraré que eres lo más importante para mí.

Le había odiado tanto que había reunido las fuerzas necesarias para reprogramar mi vida y seguir adelante, aun sabiendo que de nada me serviría. Pero al tenerle cerca todo lo demás dejaba de tener importancia, simplemente desaparecía como tocado por su magia. Ahora que había conocido la locura que me hacía temblar, sabía que quizá no volviese a sentir algo así el resto de mi vida. A pesar de ello no me podía permitir flaquear, también era consciente de que no me lo perdonaría a mí misma. Con una entereza que incluso a mí me sorprendió, terminé de beber el contenido de mi vaso y me puse en pie.

—Como me pediste, te he oído y te he dejado terminar. Ahora, ¿quieres hacer el favor de dejarme en casa?

Le había cogido desprevenido. Tras su confesión y aquel derroche de buenos propósitos sabía que esperaba algo más. Pero no le di tiempo a reaccionar, comencé a caminar hacia la salida. Cuando llegamos a la moto, me agarró del brazo.

—Dame otra oportunidad y te juro que no te arrepentirás.

Hice que me soltara. Estaba furiosa.

—¿Es que no puedes intentar perdonarme?

—A ver si eres capaz de hacerlo tú y de olvidar de un día para otro lo que te voy a contar. Y te pido, por favor, que me dejes llegar hasta el final. Después de sentirme como una imbécil, utilizada, menospreciada y engañada, decidí irme con mis amigas a Roma. Allí conocí a un italiano por el que me sentí atraída. Hice algo que en otras circunstancias jamás habría hecho, me acosté con él tras haber pasado juntos solo unas horas. No fue un momento en el pasillo, ni me di asco de mi misma, fue algo bonito y placentero. Pasé con

él toda la noche y desperté desnuda en su cama. No me llamó hija de puta, todo lo contrario, me dijo que no le sería difícil enamorarse de mí. Fue solo una noche que nunca se repetirá, de hecho, no nos volveremos a ver. ¿Sabes por qué lo hice? Quería saber lo que obtenías a cambio de acostarte con mujeres por las que no sentías nada... entre las que me encontraba yo. Ahora sí que estamos en paz, ojo por ojo. Aunque hay una diferencia, tú creíste a alguien en vez de confiar en mí; yo, en cambio, reaccioné ante la realidad.

Hablé con crudeza, intentando causarle el mayor dolor posible. Mientras lo hacía, veía como se le descomponía el semblante y eso me alentaba a continuar hurgando en la herida. No dijo nada; endureció la mandíbula y se colocó el casco. Luego arrancó el motor. Yo hice lo mismo y me subí tras él. En esta ocasión algo me dijo que me agarrase fuerte desde el principio. Hizo una salida desquiciada poniéndonos en peligro a ambos. Conducía como un kamikaze adelantando a los coches sin la menor precaución y casi rozando a los que venían en sentido contrario. Pasé tanto miedo que le di golpes y pellizcos tratando que frenara, quería bajarme; pero fue en vano. Con el corazón en un puño llegamos a mi casa. Al quitarme el casco sentí mareo; lo coloqué sobre su pierna y él lo sujetó sin mirarme, con la visera bajada... Entonces me dirigí hacia la casa mientras oía como salía de nuevo a toda velocidad.

Ya en mi habitación, me senté en el borde de la cama y dejé caer la cabeza entre mis manos, estaba destrozada. No había lágrimas, solo un gran vacío. Pero debía ser fuerte; aunque me partiera el alma la idea de no volver a verle, era lo mejor, no podíamos continuar de esa manera. Nos habíamos hecho daño de manera premeditada y aquella espiral de resentimiento no nos llevaría a nada bueno. Me quedé preocupada de que pudiese tener algún accidente por el camino sabiendo que la culpable de su estado era yo. Estaba asombrada de la calma que había aparentado todo el tiempo; entonces recordé

el tranquilizante que me había tomado antes de salir de casa, el mismo que me hizo dormir aquella noche.

Almudena me telefoneó muy temprano. Era viernes y hasta el domingo continuábamos de vacaciones. Joseph, su jefe, iba a Núremberg a la escuela de vuelo en la que era profesor, y le había ofrecido a Almudena llevarla si le apetecía pasar el día allí. Me recogerían en una hora. Di un salto de la cama y empecé a prepararme, necesitaba ahuyentar mis fantasmas de alguna manera. Traté de recordar la dirección del sobre que Aileen me había enviado y que ahora tenía la policía. La había leído más de una vez, pero no estaba segura... Por el camino terminaría de visualizarla.

Mi reencuentro con Anna y Maxi fue breve pero elocuente. De su fugaz paso por Mallorca les había encantado el buen clima y las calas de la isla, donde habían pasado la mayor parte del tiempo. Anna, como no podía ser de otra manera, había disfrutado con la comida; en especial con «un plato de arroz amarillo con muchas cosas», cuyo nombre había olvidado, y «un riquísimo bollo relleno de chocolate y liado en forma de caracol». Por cómo hablaban, comprendí que habían ido solo con Harald.

Sentada en el asiento trasero del coche de Joseph contemplaba el hermoso paisaje que se revelaba a nuestro paso. La fascinante música barroca de los Conciertos de Brandemburgo acariciaba mis oídos por primera vez. Para su composición, Bach había utilizado un amplio espectro de instrumentos de orquesta en distintas combinaciones. En el *concerto grosso*, que se correspondía con los números dos, cuatro y cinco, un pequeño grupo de solistas se confrontaba con una orquesta completa. En cambio, los conciertos uno, tres y seis, se correspondían con el *ripieno concerto*, que consistía en un trabajo de ensamble sin distinciones ni facetas solistas.

Nos dirigíamos hacia una ciudad antigua de gran belleza y con una historia apasionante. Fue elegida por Hitler como sede para los congresos anuales del partido nazi, a los que acudían cientos de miles de militantes y simpatizantes de todo el mundo. Posteriormente, por su valor simbólico, entre otros motivos, sería el lugar donde un tribunal internacional de crímenes de guerra haría rendir cuentas a los que apoyaron su política, entre los escombros de una de las poblaciones que sufrió mayor número de bombardeos. Rodeada de bosques, sus fortificaciones medievales, las iglesias góticas, los coloridos mercados y el castillo sobre la colina de la antigua ciudad imperial, eran en la actualidad tan asombrosos como en sus momentos de mayor esplendor.

Nos dejó en el centro y quedamos en que nos recogería a última hora de la tarde; ese era el tiempo de que disponíamos para realizar una rápida panorámica de la ciudad. Provistas de un plano y un callejero que habíamos conseguido en la oficina de turismo, pedí a Almudena ir en primer lugar a buscar la dirección que guardaba en mi memoria y luego nos dedicaríamos a hacer el recorrido. No sin esfuerzo llegamos a la calle que buscábamos. La casa, un antiguo edificio de dos plantas, parecía haber sido rehabilitada recientemente. Investigué el buzón, pero los nombres que figuraban no me decían nada; Bauman, el apellido de Aileen, correspondía al marido. Las cortinas estaban recogidas, a pesar de ello no conseguía ver a nadie en el interior. Almudena insistía en que no sabía que esperaba encontrar, estábamos perdiendo el tiempo y era mejor continuar. No quise abusar de su paciencia y le hice caso. Habíamos cruzado un bonito parque, y mientras nos detuvimos a consultar el plano, oímos de repente una voz infantil que me llamaba. Una chiquilla se acercaba corriendo hacia nosotras; era la pequeña Eva.

—¡Hola bonita!

—¿Qué haces aquí?

Una señora llegaba jadeando.

—Eva, te tengo dicho que no salgas del parque sola y mucho menos para acercarte a desconocidos —en ese momento se dirigió a nosotras—.
Disculpen, mi nieta es muy impulsiva.

—Es Elena, abuela.

La mujer nos miró con reserva.

—No tengo el gusto, lo siento.

—Es nuestra vecina, ella cuida de Maxi.

—¡Ah!, sí, cariño. Recuerdo que me has hablado de ella.

Mi amiga y yo habíamos permanecido en silencio hasta entonces.

—Encantada de conocerla. Ella es Almudena. Hemos venido a pasar el día y conocer la ciudad.

—¿Y Maxi? —quiso saber la niña.

—Maxi está muy bien, te echa de menos.

—Yo también, pero papá dice que me tengo que quedar aquí.

—Eva, querida, ¿por qué no vas con tu abuelo? Te está esperando —
propuso la señora.

—Está bien, pero nos quedamos un rato más... ¿Vale, abuela?

—Claro, hija. Anda, despídete de Elena y ve con tu abuelo.

—Adiós, Elena.

Se acercó a darme un beso y se marchó corriendo de nuevo en dirección a un banco donde un señor de aspecto envejecido nos observaba.

—Siento lo de su hija —me dirigí a la mujer.

—Gracias. Es muy duro, no se puede imaginar cuanto; pero hemos de disimular nuestro dolor con Eva, intentamos que vaya superando la ausencia de su madre.

—No tuve suficiente tiempo para conocerla bien, pero la apreciaba.

—Quería quedarme a solas con ustedes para preguntarles qué se sabe por

allí, aquí no nos dicen nada nuevo y el tiempo va pasando. No he vuelto a hablar con Ines después de lo del marido... —pareció morderse la lengua antes de seguir—. Ella es otra víctima, aunque ha tenido más suerte que mi Aileen.

—No sabemos nada, nos interrogaron a todos y poco más.

—Es desesperante, estoy segura de que no tienen ni idea de por dónde seguir. No puedo creer que después de tanto tiempo no hayan descubierto nada. Por nuestra parte, mi marido y yo hemos dicho todo lo que sabíamos... aunque a veces me da la impresión de que no nos hacen caso.

—A lo mejor, el hecho de encontrarla en la nieve lo dificulta todo más.

—A mi hija no la mató alguien por casualidad, quien lo hizo tenía algún oscuro motivo, lo sé —hablaba con frustración—. No la atacaron sexualmente ni tampoco para robarle, tenía todas sus cosas y dinero en el bolso. No obstante les avisé de que faltaba algo, pero por más que he insistido creo que no le dan importancia.

—Quiero pensar que si descartan algo será porque lo han estudiado bien.

—Aquella mañana la vi antes de marcharse; no estaba bien, llevaba unos días extraña. ¡Pobre hija!, no se merecía esto —aunque se esforzaba por contenerse no pudo evitar que le temblara la voz—. Se había puesto una gargantilla que le había regalado Gunther el año anterior por su cumpleaños; se la ponía a menudo, aunque a mi hija le gustaba variar. Bien, pues cuando la encontraron no apareció por ninguna parte.

—¿Y si se perdió en la nieve?

—Es posible, pero no lo creo; tenía un cierre de seguridad y no se le pudo caer sola.

—Usted piensa que quien lo hizo se la pudo llevar.

—Sé que no tiene mucho sentido, pero lo cierto es que por la mañana salió de casa con ella y nadie sabe dónde está... —miró hacia el banco del parque

—. Me tengo que marchar, parece que mi marido está fatigado y querrá ir a casa.

—Mucho gusto el haberla conocido y espero que lo resuelvan pronto; de verdad.

—Lo mismo le digo, a las dos.

Sonrió a Almudena y empezó a alejarse con paso cansado. En aquel momento recordé algo que había visto hacía tiempo.

—¡Un momento, señora! —grité a su espalda y se volvió hacia nosotras—
¿Cómo era la gargantilla?

—Era muy delicada; de oro blanco, con un corazón.

—¿Y cómo era el corazón?

—Era también de oro blanco y tenía dos pequeños diamantes... ¿Lo había visto?

—No, era solo curiosidad, gracias.

Le mentí; sí que lo había visto, pero no en el esbelto cuello de su hija.

Almudena y yo regresamos agotadas tras haber pasado el día recorriendo Núremberg a pie. No le hablé de la gargantilla, pero sí de mi encuentro con Gerhard. Le pareció del todo equivocado que le hubiese contado lo que pasó con Andrea, pero ya estaba hecho y además no me arrepentía en absoluto. Si él esperaba mi perdón, yo esperaba que fuera capaz de pasar página y empezar de nuevo como me había dicho. Aunque lo cierto era que no dejaba de pensar en cómo estaría. Su reacción había sido mucho peor de lo que esperaba y ahora sentía que podía ser el final. La explicación que me había dado sobre su comportamiento era creíble, aunque seguía manteniendo mis dudas. En primer lugar, quién y por qué le había mentado sobre mí. Efectivamente, quien fuera me había visto aquel día con Alberto, pero se había inventado todo lo demás. El hecho de que Gerhard hubiese sentido

celos tampoco me extrañaba, llevaba meses alimentándolos sin motivo. No alcanzaba a comprender por qué Alfred le había dejado beber pensando que me había olvidado de su cumpleaños, por mucho que hubiese querido guardar mi secreto. Y por último, la aparición tan conveniente de Diana... eso era lo que más me hacía sospechar.

Cuando por fin conseguía dejar a un lado este tema, aparecía Aileen y su collar. Yo sabía dónde estaba, al menos lo había visto después de su asesinato. Y si era cierto lo que Harald me había confesado y se había deshecho de la llave antes del registro, no podía ser otro excepto Gunther quien lo había colocado en la caja de música.

Habían finalizado las vacaciones. Era lunes y tocaba asumir obligaciones con la mejor disposición posible. Llevaba varias horas despierta; tras dedicar el fin de semana a descansar, había conseguido recuperar fuerzas y tomar una decisión; por la tarde iría a la policía e intentaría hablar con el inspector. Pensé que se lo debía a aquella mujer destrozada por la muerte de su hija, y algo me decía que podía ser importante. Desayuné despacio, saboreando el croissant que Ines me había dejado sobre la encimera de la cocina. Después de llevar a Maxi decidí caminar hasta casa, a pesar de las nubes no parecía que fuera a llover. Me calmaba salir a pasear, en la calle los problemas adquirían otra dimensión menos trágica. Al doblar la última esquina antes de llegar a casa, me sobresalté: Gerhard estaba en la puerta junto a su moto.

—¡Hola! —saludó cuando me acercaba.

Me pareció que estaba de buen humor.

—Hola.

Le miré de arriba abajo. Con aquel traje impecable y el cabello revuelto del casco no podía estar mejor.

—Me he escapado del trabajo. Quería verte.

—Pues aquí me tienes.

—Me preguntaba si podía pasar... —yo dudaba—. Sé que no hay nadie.

No demasiado convencida, giré la llave y pasamos al interior. Hice que permaneciésemos en el recibidor.

—Ahora que ya me has visto supongo que no habrás venido hasta aquí solo para esto.

Intentaba parecer fría, pero la verdad era que me estaba quemando por dentro.

—Me hiciste una pregunta y ahora te respondo. No, no he podido olvidar de un día para otro lo que me contaste. Imagino que lo mismo que tú... He sido capaz de odiarte durante todo el fin de semana, a ti y a tu italiano, pero estaba en el trabajo y no era capaz de concentrarme en nada. O venía a verte o me pasaría el día en blanco.

Acercó su mano y rozó la mía; yo no la retiré. Se fue acercando poco a poco mientras podía oír su respiración.

—El vago recuerdo que tengo de aquella noche es nefasto, gracias que estaba lo suficientemente bebido para olvidarlo. Para ti, en cambio, supongo que será más difícil.

—Lo es.

—Elena... Si me dejas estar a tu lado crearé nuevas imágenes para ti, crearemos juntos una realidad en la que no habrá sitio para nadie más. No creas, mi imaginación me juega malas pasadas... Además, contigo he aprendido a leer entre líneas y deducir, porque cada vez que te enfadas te inventas palabras. Pero lo importante es que aquí estamos los dos y eso debe significar algo —sonrió acariciando mi mejilla—. Sé que tú también me quieres, aunque seas demasiado orgullosa para reconocerlo, o tengas miedo de que pueda herirte de nuevo.

—No quiero tener que pasar otra vez por algo parecido, porque entonces sí

que no habría vuelta atrás.

—Entonces eso quiere decir que... comenzamos de nuevo.

Le brillaban los ojos y a mí me reconfortaban sus palabras. Se aproximó más.

—Quiero que el último beso que recuerdes sea el mío —continuó en voz baja.

Empezó a besarme; prudente, como la primera vez. A medida que ganaba confianza aumentaba su afán y me mordía los labios... unos labios generosos que se sublevaban contra su dueña. Mis manos actuaban por sí solas y se acercaban a él ignorando mi temor. Luego el miedo se imponía de nuevo y me hacía retroceder. Él era consciente y persistía con una delicadeza arrolladora.

—Quiero que el último tacto que recuerdes sea el mío.

Yo también lo deseaba, abrazarle, tocarle, sentir el afecto de su piel mientras bailábamos una danza tentadora que nos llevaba hacia un camino sin retorno. Con los ojos cerrados veía dos siluetas abrazándose en la oscuridad, nunca desaparecerían. Cuando fui consciente de lo que estábamos haciendo ya era demasiado tarde y no quería parar. Sobre aquellos escalones tan cotidianos, recibía sus caricias con ansia, la misma que percibía en todo su cuerpo. Poco a poco retiraba mi ropa con mimo, mientras yo apretaba con fuerza los ojos para borrar la visión que volvía una y otra vez. Podía sentir el placer que me daba su roce y su calor que poco a poco iba encendiendo mi piel apagada... tanto que me abandoné a los sentidos. Les liberé de las ataduras que yo misma les había impuesto y dejé que volaran.

—Quiero que el último hombre que recuerdes sea yo —arrullaba a mi oído haciéndome el amor—. Te quiero a ti, con lo bueno y lo malo —confesaba mientras me amaba, con lentitud, con una calma que se iba abriendo camino hacia lo más recóndito de mi ser, que empezaba a agitarse como un potro

desbocado—. Dilo —me pidió en un susurro. Sabía lo que deseaba, pero todavía me negaba a dárselo. No podía entregarme completamente, había algo que debía mantener a salvo—. Dilo —repitió con más fuerza en medio de la exaltación. ¡No podía dárselo todo! ¡No! ¡Me quedaría indefensa!— ¡Dilo! —clamó fuera de sí.

—¡Te quiero! —grité finalmente con rabia y ya sin aliento.

Oí su risa agotada, y mirándome de una forma como nunca lo había hecho, murmuró:

—Estamos encadenados y los dos lo sabemos.

Capítulo 19. La caja de música

Mis pasos resonaban a través del largo pasillo de la Jefatura de Policía. Caminaba firme y erguida, afrontando con decisión la reunión que tendría lugar en breves minutos. No era nuevo para mí el camino hacia la oficina del inspector Goldstein, aunque ahora se me antojaba más corto. Solía ocurrirme, mi memoria me traicionaba magnificando aspectos del pasado, tanto si eran buenos, como malos. Estaba preparada para oír palabras de desaprobación de aquel hombre de hielo que no me miraba con buenos ojos, pero había dejado de importarme si con ello podía ayudar. Prefería hacer las paces con mi conciencia a continuar ocultando una indiscreción. La subinspectora Waas me había citado a última hora de la tarde. A través de las persianas venecianas veía como el personal trabajaba en los distintos departamentos. Desde niña me había sentido atraída por la investigación criminal y todo lo relacionado con la resolución de enigmas y situaciones complicadas, pero a estas alturas suponía que la idea folletinesca que yo podía tener de este mundo distaba mucho de la realidad. Al llegar a la gran sala donde había esperado sentada la primera vez, pregunté a un empleado que me pareció menos ocupado que el resto, y amablemente, me condujo hasta el despacho.

La subinspectora se acercó a saludarme mientras que su superior lo hacía desde detrás de su mesa.

—Tome asiento, por favor —dijo indicando el sillón que había ante mí—
¿Y bien?, me ha dicho Erika que deseaba vernos.

—Así es —respondí una vez acomodada—. No es mi intención entretenerles, pero he sabido algo que les puede interesar, al menos eso espero.

—Le oímos.

—Hace unos días estuve dando un paseo por Núremberg y casualmente me encontré con la madre de Aileen... Bueno, en realidad, cuando supe que iría allí, recordé la dirección del sobre que les entregué y fui a buscar la casa. Llámeme curiosidad, no sé. No sabía exactamente qué esperaba encontrar, pero cuando había desistido y me marchaba, Eva, la hija de la difunta, me reconoció y se acercó. Iba con la abuela, una señora muy amable con la que estuve hablando. Me dijo que el día en que su hija desapareció, llevaba una gargantilla de oro blanco con un corazón rematado por dos diamantes, pero que nunca fue encontrado —el inspector asintió para que continuara—. Bien, pues yo sé dónde está esa gargantilla. Al menos dónde estaba el día veintidós de diciembre, después de que ustedes realizaran el registro en la vivienda.

—Continúe —insistió el hombre.

—Está o estaba en el ático, dentro de una bonita caja de música junto a unos pendientes de esmeraldas.

—¿Está usted segura de que se trata de la misma? —preguntó su compañera.

—Según la descripción que me dio la señora, es la misma, a no ser que tuviese dos iguales. Me dijo que había sido un regalo del marido y que solía llevarla a menudo.

—¿Cómo pudo usted ver lo que había en el ático dentro de una caja de joyas?, según tengo entendido su cometido era únicamente recoger el correo y regar las plantas —intervino él con suspicacia.

—Es cierto, no formaba parte de mi cometido; es más, ahora considero que fue una intromisión en la intimidad de estas personas, pero lo hice. Era el último día que entraba en la casa, Ines y yo habíamos quedado con Gunther en que le devolveríamos la llave. Mi habitación en la casa contigua está en el ático, pero con una escalera fija que sube desde la planta baja. Quise ver

cómo era aquel cuarto tan oculto a la vista de todos. Me sorprendió comprobar que era como el mío, bonito y luminoso. Cuando iba a bajar de nuevo, me llamó la atención la caja que les he mencionado, y la abrí. Sé que no estuvo bien, pero ya no puedo dar marcha atrás.

No dije toda la verdad, en realidad había subido en otras ocasiones a la buhardilla y se trataba de la segunda vez que miraba en el interior del joyero, pero este punto no era útil para el caso y podía perjudicar mi credibilidad.

—Veamos —comenzó el más duro de ambos— dice que eso ocurrió después del registro.

Respondí afirmativamente.

—¿Quién sugiere usted que la colocó allí?

—Se supone que solo entrábamos el marido y yo.

—¿Y por qué no pudo ser usted quien la colocara?

—Porque a estas alturas, supongo que ya comprobaron en la guardería que estuve allí la mañana del asesinato, dos veces, y el resto del día con el pequeño Maxi, a quien no podía dejar solo. No tuve tiempo material para ir y volver a Núremberg. El hecho de que la gargantilla llegase a mis manos, colocarla allí y ahora venir a contárselo a ustedes, sería surrealista, ¿no les parece?

La policía miró con seriedad hacia su compañero mientras éste se levantaba desde el otro lado de la mesa y salía a la antesala. Al cabo regresó cerrando la puerta tras de sí.

—Hay que pedir de nuevo la orden del juez —declaró dirigiéndose a la subinspectora—. Bien, señorita Morey, le agradecemos su colaboración y esperamos que se encuentre localizable por si le necesitamos.

—Gracias, su información puede sernos de ayuda —convino ella con amabilidad y me acompañó a la puerta.

En aquella ocasión no tenía ganas de caminar, lo había hecho por la

mañana y ya hacía tiempo que había anochecido. Por hoy había tenido suficiente, el encuentro inesperado con Gerhard y reconocer ante la policía que era una fisgona, habían llenado mi cupo de emociones para un solo día. El autobús iba completo y me fui abriendo hueco entre la gente hasta llegar al final. En una de las paradas quedó un asiento libre, y un hombre y yo nos empeñamos en cedernos mutuamente el sitio. Insistió tanto que terminé ocupándolo. Había rozado con mi bolso al pasajero que iba en el asiento contiguo y le pedí disculpas. Algo había aprendido desde el minuto uno de mi llegada a este país, podían ser muy cabezotas, y daba fe de ello, pero su educación, en general, era patente. Hacía rato que me observaba, pero se esforzaba por disimularlo. Nos encontrábamos en la última parte del recorrido cuando, de repente, se dirigió a mí:

—Veo que ya habla nuestro idioma.

—Si —respondí confusa.

—No me recuerda, pero yo a usted sí.

Entonces le miré con detenimiento y me asaltó la duda. Era buena fisonomista y de hecho era posible que le conociese de algo, pero en ese momento no acertaba a saber de qué.

—Hace unos meses coincidimos en este mismo autobús y recuerdo haberle dicho algunas palabras que usted no entendió.

Abrí la boca sin poder evitar la sorpresa. Ahora comprendía por qué me había estado mirando.

—¡Dios mío!, ¡usted es aquel señor!.. ¡Claro que me acuerdo! Me sentí muy mal, de verdad. En realidad sabía algo, pero no le presté atención desde el principio y luego ya no conseguí comprender de qué me hablaba.

—Yo me sentí un poco avergonzado, no se lo voy a negar, pero veo que ahora habla usted alemán bastante bien.

—Bueno, al menos bastante mejor, gracias.

En ese momento anunciaban mi parada.

—Yo me bajo aquí, me alegro de habernos encontrado de nuevo... y de haberle entendido —bromeé.

—Yo también. Espero que le vaya bien.

Era cierto, había aprendido a hablar alemán... entre otras cosas.

Era miércoles por la mañana y planchaba en el sótano. El ajetreo proveniente de la calle me hizo subir y mirar a través de la ventana de la cocina. En aquel momento llegaba el inspector acompañado de Gunther y entraban en la vivienda; varios agentes les siguieron. Iba a tener comienzo un nuevo registro. Habían transcurrido treinta y seis horas desde mi entrevista en la jefatura. Regresé al sótano, estaba un poco nerviosa; temía que no encontrarán la gargantilla o que Gunther supiera que era yo quien le había implicado. Me alegré de que ese día Maxi no hubiese ido a la guardería; solo era un leve resfriado, pero así no tendría que salir de casa y encontrarme con ellos. No estuvieron mucho tiempo, al terminar mi faena ya se habían marchado.

Aquella noche recibí la visita de Gerhard. Se presentó en casa sin avisar, algo totalmente fuera de sus costumbres. Desde nuestra última reconciliación habíamos hablado varias veces. Ambos intentábamos que todo fluyese de manera natural, pero había quedado un poso de todo lo ocurrido que aún estaba ahí, solapado con nuestras muestras de cariño, pero presente. Suponía que solo era cuestión de tiempo el que llegase a desaparecer. A la mañana siguiente debía volar a Berlín; el fin de semana tendría lugar una exhibición de automóviles de menor índole que la que se venía desarrollando en Frankfurt, pero importante para su marca. Los días previos tendrían lugar reuniones entre profesionales del sector y él asistiría en nombre de una de las centrales de mayor producción de los últimos años. Cuando le vi llegar me

puse ropa de abrigo por encima y salimos a tomar algo por la zona. Aunque Ines estaba al tanto de las últimas novedades, pensé que sería mejor esperar un tiempo antes de que volviese a entrar en casa; todo era aún muy reciente y sabía lo imprudentes que podían ser los niños. A pesar de todo lo anterior, lo nuestro se estaba convirtiendo en algo parecido a una relación formal. Le noté preocupado. Se aproximaba el fin de semana y no le gustaba la idea de dejarme sola. Aquello tenía un nombre: desconfianza; pero no le podía culpar, yo también la sentía y trataba de que no se notase. Al despedirnos, sin que hiciera falta que me lo pidiera, le dije que le quería.

A la mañana siguiente hablé con mis padres. Hacía tiempo que había decidido mantenerles al margen de mis idas y venidas con Gerhard, y prácticamente ni le mencionaba. Pero ese día mi madre me preguntó por él. A pesar de estar a más de dos mil kilómetros de distancia era difícil engañarla; a veces pienso que podía percibir lo que me ocurría simplemente por el tono de mi voz. Le dije que solo éramos amigos, pero sé que no me creyó. Aún así lo dejó estar y me hizo ver que la había convencido.

Apenas me había separado del teléfono cuando sonó. Enseguida reconocí su voz, era la madre de Aileen. Tras mostrarle mi interés por Eva, la mujer no se anduvo por las ramas.

—Elena, estoy muy disgustada con usted —dijo con seriedad.

—¿Por qué?

—Anoche detuvieron a Gunther, aunque supongo que usted ya lo sabrá. Cuando le hablé de la gargantilla de Aileen no me dijo nada de que la había visto, ¿y no cree que merecía ser la primera en saberlo?

—Tiene razón, así debía haberlo hecho. Pero aquel día me sentía confusa, había pasado algún tiempo y dudaba de que fuera la misma.

—Mire, no voy a entrar en el hecho de que no tendría que haber registrado

en una casa que no es la suya, pero ahora mi yerno tiene un gran problema.

—No sabía que estaba detenido... Aunque si es inocente no tendrá nada que temer.

—Ya ha dado todas las explicaciones que debía dar, la cuestión es que la policía no le cree.

—¿Y usted sí?

—Le conozco y sé que quería mucho a mi hija, él no sería capaz de hacerle daño y mucho menos... —dejó sin terminar la frase—. Temo que el verdadero asesino esté todavía libre y dejen de buscarlo porque piensen que ya lo tienen.

—Siento mucho todo esto, de verdad. En ningún momento quise perjudicar a nadie, tan solo lo hice por ayudar. No me parecía bien ocultar a la policía un dato que yo conocía y que, por lo que me contó, a usted le preocupaba, eso es todo. Por otra parte, lamento haber subido al ático y haberme inmiscuido en algo que no era de mi incumbencia. Pero, créame, si me he visto envuelta en esta trama no ha sido por mi culpa.

—No entiendo que tiene usted que ver en este asunto familiar.

—Sinceramente, yo tampoco, pero me temo que ambas nos quedaremos sin saberlo.

—No sé qué quiere decir.

—A veces las personas son más complicadas de lo que pensamos...

—No creo que esté usted ayudando en absoluto, es más, pienso que está desviando la investigación de la policía, no sé por qué motivo —insistió de mal humor.

—Pues yo creo haber actuado correctamente, y eso me basta. Confío en que el caso se resuelva pronto, por su bien y el de todos. Y ahora, si me disculpa, debo ir a recoger a Maxi.

—Solo espero que se dé cuenta del daño que ha ocasionado y se deje de

insinuaciones que no llevan a ninguna parte. En cuanto a mí, no se preocupe, no le entretendré más. Adiós, buenos días.

Me sentí mal, muy mal. Si hubiera podido retroceder en el tiempo, jamás me habría entrometido en la vida de aquellas personas, pero ahora tenía que asumir las consecuencias y esta era una de ellas. Pensé que había llegado el momento de poner mi punto final en este asunto. No me volvería a involucrar en nada que tuviera que ver con él, ya había tenido suficiente.

A orillas del lago Kleinhesseloher disfrutaba de mi plato preferido de salchichas: Weisswurst^[37] con un poco de mostaza dulce, Sauerkraut^[38] y el siempre apetecible Bretzel. Era una magnífica mañana de sábado en la que, como nosotros, cientos de personas acudían a la hora del almuerzo a uno de los Biergärten más conocidos de la ciudad: Seehaus im Englischen Garten. La marca de cerveza que servían pertenecía a la empresa alemana Paulaner, que había sido fundada en el siglo XVII por los frailes Mínimos del claustro de Neudeck ob der Au, y llevaba el nombre de Francisco de Paula, fundador de la orden y cuyo retrato se mostraba en el logo. No muy lejos, un grupo de músicos bávaros amenizaban la comida bajo el tan esperado sol de primavera, que en estas fechas se convertía en un componente social de la vida múniquesa. Carmen, Almudena y yo habíamos estado paseando desde temprano por las veredas del Englischer Garten y luego nos habíamos reunido con Paco, Rosa, Alberto y su hermano David. En días como hoy recordábamos las largas jornadas que solíamos compartir a nuestra llegada al país. Poco a poco nos habíamos ido distanciando hasta sentir que ya nada era como antes.

Después de que Almudena se hubiera marchado para verse con Adler, nos acercamos a descansar a una de las verdes praderas del parque, desde donde podíamos oír el murmullo del arroyo y las voces de los niños mientras

correteaban. Rosa comentaba con Paco y Alberto la clasificación de España para la Eurocopa de fútbol, que ese año tendría lugar en Alemania Federal. Carmen jugaba al póker con David. Como no me interesaba ni lo uno ni lo otro, me tumbé sobre el césped. Al rato se acercó Alberto.

—¡Qué bien se está aquí!

Entreabrí un ojo para mirarle, pero los rayos de sol solo me dejaban ver una silueta oscura.

—No eres aficionada al fútbol, ¿eh? —continuó mientras se dejaba caer a mi lado.

—Pues no. A pesar de eso me gustaría que ganara España. ¿Y a ti?

—Alemania, lo siento.

Hice un gesto de desaprobación.

—En fin, ahora mismo mi gran preocupación es estar aquí viendo las nubes pasar.

—¿Te ocurre algo? Llevas toda la mañana como esas nubes, pasando.

Le miré; yacía boca arriba con los ojos cerrados. Pensé que lo mejor era decírselo, estábamos lo suficientemente distanciados de los demás como para que no nos oyesen.

—Tuve un problema con Gerhard porque alguien le dijo que nos vieron besarnos.

—¿A quién?

—A ti y a mí.

Se incorporó y me miró arrugando la frente.

—¿Cómo?

—Habla bajo, no quiero que nos oigan. Túmbate otra vez y disimula.

Hizo lo que le pedía.

—¿Recuerdas la última vez que nos vimos?, ¿en el hospital? Pues algún conocido suyo nos vio y nos siguió hasta la cervecería. Luego se inventó esa

historia.

—¿Eso te lo ha dicho él? —preguntó ladeando la cabeza hacia mí.

—Sí, claro.

—¿Y tú le crees?

Debía reconocer que éste era uno de los motivos por los que me gustaba hablar con Alberto, lo hacía sin tapujos y solía dar en el blanco. Permanecí callada unos instantes sin saber que contestar.

—Supongo que sí.

—¿Tiene algún motivo para mentirte respecto a eso? ¿Te ha dicho, por casualidad, que no quiere que nos veamos?

—No, no me ha dicho nada de eso, aunque sé que no le gusta y desconfía. En cuanto al motivo para habérselo inventado... sí que lo tiene, pero no creo que haya sido capaz de llegar tan lejos.

—Por lo que veo sigues enamorada de él.

—Qué le voy a hacer —reconocí encogiéndome de hombros.

—Sinceramente, creo que hay demasiado misterio alrededor de tu novio. Primero un amigo te dice que no te fíes de él, que es un calavera; y ahora, es él mismo quien te cuenta una historia poco creíble sobre nosotros. Dejando a un lado lo enganchada que puedas estar de él, ¿no crees que todo esto es un poco raro?

—No te quito la razón, yo misma desde fuera lo vería como tú, pero su comportamiento no concuerda con lo que estás pensando. Además, es un tío muy sensato, de verdad.

—¿Y qué crees tú que estoy pensando?

—Pues supongo que es un mentiroso y que está jugando conmigo.

—¿Realmente crees que lo pienso yo?, o es lo que tú no puedes dejar de pensar.

De nuevo acertaba. Intentaba a toda costa ignorar la otra posibilidad, pero

había momentos en los que se imponía con tal lucidez que no era capaz de pasarlo por alto. Gerhard podía haberse inventado premeditadamente todo aquello para justificarse. Por otra parte, aquella mentira me estaba condicionando hasta el punto de intentar evitar a Alberto

—¿Sabes qué?, no voy a estar supeditada a él ni a nadie. Tampoco sé yo lo que él hace ahora por ahí.

Me miró incrédulo durante unos instantes.

—¿Y?

—Que no hago nada reprobable por el hecho de estar contigo, somos amigos —anuncié como si se tratara de una novedad. Durante unos instantes se produjo un silencio embarazoso—. ¿Y a ti? ¿Cómo te va con Anette?

—Pasamos juntos casi toda la semana, en el trabajo y en casa.

—¿Y ahora?, ¿dónde está?

—Suele ir los sábados a casa de sus padres, cuando no tiene guardia. Como ya te comenté en otra ocasión, los fines de semana desconectamos el uno del otro. Es cuestión de salud emocional, no pasa nada, nos ayuda a empezar la semana con más ganas.

—Vale. No pretendía hacerte sentir incómodo —dije mientras me sentaba sobre los talones.

—Contigo me siento cómodo, no te preocupes. Demasiadas cosas sé de tu vida como para ponerme estirado con la mía. ¿Qué vas a hacer luego?

—Supongo que veré la televisión hasta que me entre sueño.

Había empezado a refrescar y comencé a desdoblar mi chaqueta.

—Vente conmigo y nos vamos de marcha, te invito.

—Gracias, pero no me apetece salir esta noche, estoy cansada.

—Bien, pues te recojo mañana por la mañana y ya se nos ocurrirá algo. Te prometo dejarte en casa después de comer.

—Vale, aunque tampoco hay que correr tanto —bromeé mirándole de

rejo.

Los demás empezaban también a recoger. Unas nubes habían ocultado totalmente el sol y advertían de una inminente lluvia.

Al salir de la Volkshochschule me fui directamente en dirección a casa. Llevaba unos días que no me encontraba bien y todo lo que deseaba era tomar un baño caliente, meterme en la cama y descansar. La clase de hoy había sido diferente, el profesor había buscado la confrontación proponiendo un tema de conversación delicado, y algunos habían llegado a acalorarse tanto que tuvo que hacer uso de su buen humor para mediar. Nos encontrábamos a mediados de mayo y el curso terminaría a final de junio, quizá era ese el motivo por el que estábamos tan alborotados. Sentada en el autobús me abstraía contemplando los tintes rosas y anaranjados del atardecer, y pensaba en mi regreso a España. Inevitablemente este pensamiento llevaba emparejado otro menos agradable; el momento de separarme de Gerhard para siempre. Me gustaba fantasear con la posibilidad de que él me pidiese que me quedase, pero en realidad me atemorizaba la idea y el propio miedo me hacía mirar hacia otro lado. Después de todo lo pasado, estábamos bien. Nos divertíamos juntos sin necesidad de nadie más y preferíamos nuestra mutua compañía por encima de todo. Lo ocurrido había propiciado el hábito de vernos casi a diario, a pesar de la distancia y los horarios. Había cambiado su costumbre de telefonarme por las noches para hacerlo a distintas horas cada día. Era una sorpresa muy agradable, pero intuía un motivo que no me gustaba. Durante su viaje a Berlín estuvo muy interesado por lo que yo hacía y con quién. No mencioné a Alberto, y le mentí sobre el domingo que pasé con él. En cuanto a mí, trataba de olvidar lo suyo con Diana; la «ex» por fin tenía nombre y apellido, incluso una conmovedora historia tras ella.

En las últimas dos semanas había tenido una sensación extraña, como si alguien estuviese controlando mis movimientos. No conseguía ver a nadie en concreto, pero había momentos en que me sentía vigilada. Llegué incluso a pensar que Gerhard había contratado a un profesional para que me siguiera, pero luego me decía a mí misma que no podía volver a pensar tales disparates sobre él. En ese estado de cosas también había descartado por completo a la policía. Conforme me acercaba a la casa me pareció distinguir de lejos el coche de Gunther. Desde el día del registro y su posterior detención no le había vuelto a ver. Supe que lo habían puesto en libertad a las pocas horas, como en el caso de Harald, pero nada más. Ante la posibilidad de cruzarme con él, aligeré el paso; sabía que nunca había despertado su simpatía y después de lo ocurrido imaginaba que yo era la última persona a la que querría ver. Durante el camino había terminado de oscurecer. Daba los últimos pasos buscando la llave dentro de mi bolso; odiaba la sensación de impotencia al no encontrar lo que ponía en su interior cuando más lo necesitaba. Por fin me disponía a introducir la llave en la cerradura, cuando noté que una mano presionaba mi hombro. Di un sobresalto; estaba detrás de mí, y contrariamente a lo que había temido, me sonreía.

—¡Grüss Gott!

—¡Grüss Gott! —respondí sofocada.

—Siento haberte asustado. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú? —le tuteé al igual que él a mí, a pesar de no haberlo hecho nunca ninguno de los dos.

—Te puedes imaginar, pero hay que reponerse, no tenemos otra opción —había abandonado su sonrisa, pero no su simpatía—. He llamado antes y no había nadie.

—Estarán al llegar.

Miré la llave que había estado a punto de utilizar con la intención de dar

por concluido el saludo y poder entrar.

—¿Sabes?, creo que una de las plantas se está marchitando, no sé si es por falta de agua o por todo lo contrario. Tú las mantenías perfectas, se ve que tienes buena mano.

—Yo no diría tanto.

—¿Tienes un minuto?, me gustaría enseñarte cuál es para que me aconsejes —yo dudaba—. Si es molestia, no te preocupes, ya me apañaré. Pero sentiría mucho perderla, significa mucho para mí.

—No sé nada de plantas, me limité a regarlas como me indicó... Aileen —al decir su nombre ambos cambiamos el gesto—. Está bien, te diré como yo lo hacía.

Le seguí y entramos en su casa. Caminó delante de mí hasta llegar al salón; todo estaba tal como ella lo había dejado. Un escalofrío me hizo estremecer. Entonces se dio la vuelta; el rostro amable de hacía unos instantes había desaparecido, y empezó a acercarse de manera intimidante. Permanecí inmóvil durante unos segundos, me había cogido desprevenida y tardé en reaccionar. Luego empecé a correr hacia la salida, pero con dos de sus pasos me alcanzó. Me sujetó con firmeza rodeándome con los brazos por la espalda; en ese momento supe que me soltaría cuando él lo decidiera. Era inútil luchar, nuestras fuerzas estaban totalmente desequilibradas.

—¿Qué quieres de mí, Gunther?

Intentaba aparentar seguridad, aunque en realidad me temblaban las piernas.

—¿Tú qué crees?

Intentaba separar aquellos brazos de acero sin el menor resultado. Apreté con más fuerza y me levantó del suelo hasta llevarme de nuevo al salón. Una vez allí, me soltó. Aproveché para darme la vuelta y me empujó contra la pared.

—¡Como no me dejes ir, gritaré!

Me clavaba los dedos con tanta rabia que me hacía daño.

—¡Hazlo!, nadie te va a oír. Al lado no hay nadie y la casa más cercana está a muchos metros... ¿Sabes el infierno por el que estoy pasando? ¡No tienes ni idea! —gritaba con la mandíbula rígida y los ojos llenos de fuego—. ¿Quién te crees que eres para hurgar en las cosas de mi mujer y luego acudir a la policía con argucias para inculparme?

Con el antebrazo me presionaba sobre la base del cuello. Si no hacía algo pronto me iba a desmayar, empezaba a faltarme el aire. Intenté hablar, pero me dio una arcada. Aflojó levemente y fui recuperando el aliento.

—Si hubiera sido otro quien colocó la gargantilla en la caja, ¿no habrías querido que se supiera?

—¡Pero tú sabías que era yo quien la había puesto allí! ¿Qué pretendías? ¡Dime! ¿Qué pretendías? —me zarandó con violencia.

—Yo no te conozco... intentaba ayudar... Solo intentaba ayudar a encontrar quién la mató. Era una pobre mujer a la que apreciaba...

—¡Y yo la amaba!

Con la cabeza agachada intentaba controlar las lágrimas que luchaban por salir. Luego miró hacia el techo y expulsó el aire. Finalmente me liberó.

—Lo siento —dije en un susurro—. Nunca pretendí hacer daño a nadie. He llegado a sospechar de todos los que me rodean y estoy avergonzada.

Comencé a caminar lentamente hacia la puerta. Antes de salir me dirigí de nuevo a él, que permanecía inmóvil, hundido.

—Forma parte de la investigación y no puedo decir nada más, pero algún día sabrás que sin pretenderlo me he visto implicada en todo esto.

—En el fondo yo he sido el responsable —reconoció de repente mientras me veía ir.

—Todos cometemos errores.

—Nunca me lo perdonaré.

Hablaba para sí mismo. Recordé el diario e imaginé su dolor. Crucé el hall y salí.

Al cerrar detrás de mí la puerta de casa, entorné los ojos y exhalé un suspiro de alivio. Había pasado miedo, como nunca hasta ahora. Subí a mi habitación, preparé la bañera y me sumergí en el agua caliente y jabonosa.

Capítulo 20. Podría ser el fin

Era casi la hora en que Gerhard me recogería para ir a desayunar. La noche anterior me había quedado con los niños mientras Ines salía con un amigo; esa era la forma en que ella había llamado a un compañero con el que yo estaba segura que había algo más. En los últimos días la veía ilusionada de nuevo, como cuando preparaba las cenas de los viernes con Harald, en que parecía no existir nada más importante. Yo también lo estaba. Por la noche iríamos a cenar con unos amigos de Gerhard; algo sencillo que para mí suponía el retorno a la calma y a los hábitos saludables. Todavía eran visibles los moratones que Gunther me había hecho unos días atrás, solo que ahora iban adquiriendo una tonalidad verdosa que tardaría días en desaparecer. No había comentado a nadie el incidente, ni siquiera a Gerhard. Sabía de antemano lo que me diría y no estaba dispuesta a señalar a aquel hombre de nuevo; me hacía cargo del infierno por el que debía estar pasando.

Hacía un par de días que había confirmado mis sospechas: me estaban siguiendo. Podía asegurar que era un hombre, pero no había conseguido verle lo suficientemente bien como para identificarle. Era significativo que sólo le había descubierto por las tardes o noches, nunca durante el día. Quien fuera ya conocía mis movimientos y sabía que mi actividad por las mañanas consistía meramente en llevar y recoger a Maxi de la guardería, lo cual no debía ser de gran interés para nadie. Tampoco le había visto durante el fin de semana mientras estaba con Gerhard, por lo que había decidido aceptar que se trataba de alguien contratado por él para saber con quién me veía entre semana. Aquello no era nada bueno, pero tampoco lo eran mis mentiras sobre Alberto, y empezaba a ser consciente de ello.

Me recogió en su coche y fuimos a una clásica cafetería que abría sus puertas cada mañana a las nueve en punto, ni un minuto antes ni después. A esa hora, fieles a la cita marcada en sus agendas, comenzaban a acudir los clientes habituales de cada sábado. Sabía que no eran los mismos de los martes o los viernes, y que con toda seguridad el próximo sábado cada uno de ellos volvería a ocupar su mesa y consumir alguno de los apetecibles pasteles que guardaban sus vitrinas; todos menos Gerhard y yo. También empezaba a contagiarme mis costumbres, y una de ellas era no repetir como norma los mismos sitios. Luego fuimos a hacer algunas compras por los almacenes del centro. Me convenció para que me probase un estiloso vestido que alguien como yo solo usaría muy ocasionalmente, pero que ante su insistencia, terminé llevándome. Al llegar a casa preparamos el almuerzo, entre bromas, como siempre. Seguía llevando su llave junto a la mía, aunque no entraba en mis planes volver a usarla nunca más. En cierto momento me cogió del hombro y no pude evitar una queja de dolor.

—¿Te he hecho daño?

—No, es solo que me duele un poco el brazo.

Aproveché el momento para alejarme, había tratado de hacerlo durante toda la mañana por temor a que averiguara lo sucedido. Él permaneció en el mismo lugar mirándome con recelo.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que me estás evitando? ¿Qué pasa, Elena?

Aunque nuestra situación parecía normal, aún no lo era, y debía solucionar el malentendido de inmediato. Me desabroché la blusa y dejé que se deslizara por los brazos hasta quedar recogida en mis manos.

—¿Quién te ha hecho eso? —exclamó atónito.

—No te preocupes, no es nada. El color es muy llamativo, eso es todo.

—¿Quién te ha hecho eso, Elena? —repitió tenso.

—Gunther.

—¿Quién demonios es Gunther?

—Mi vecino, el marido de Aileen.

Le narré lo ocurrido. Con delicadeza, volvió a subir la camisa hasta cubrir mis hombros.

—Tenías que habérmelo contado y te habría acompañado a denunciarlo. ¿No te das cuenta que no puedes continuar permitiendo este tipo de comportamientos? Primero te golpean en la cabeza, ahora te hacen esto. ¡Realmente no sé qué se han creído éstos!.. ¿Por qué me ocultas estas cosas y no me permites que cuide de ti?

—No quería preocuparte.

—¿Y crees que ahora no estoy preocupado? Elena, por favor, tú no tienes nada que ver con el asesinato, no es asunto tuyo.

—Puedes estar tranquilo que ya he aprendido la lección.

—Siento haber dudado de ti, es solo que no quiero que haya secretos entre nosotros, no es bueno.

Yo pensaba lo mismo y justamente estaba haciendo todo lo contrario. En aquel momento, al sentirle tan cercano y comprensivo, decidí ser sincera con él.

—Hay algo que quiero que sepas... —empecé titubeante—. No te lo he dicho por temor a equívocos, pero he visto a Alberto en alguna ocasión — noté como todo él se ponía tenso—. Entre nosotros solo ha habido y habrá amistad, de eso puedes estar completamente seguro.

—Entonces, ¿por qué me lo has ocultado?

—Ya lo sabes, después de la mentira que te contaron sobre nosotros me da la impresión de que sigues dudando.

Se dirigió hacia el otro extremo de la habitación. Le veía pensativo.

—Está bien, es amigo tuyo, y aunque me haga sentir mal, no tengo ningún

derecho a decirte con quien puedes o no relacionarte. Prefiero que confíes en mí y me lo digas, a fin de cuentas acabo de pedirte que no haya secretos entre nosotros.

Los días pasaban rápido, demasiado. Cuanto más se acercaba el final mejor me sentía aquí, y aunque me moría de ganas por ver a mi familia, la idea de quedarme iba haciéndose sitio en mi cabeza. Gerhard y yo habíamos dado un paso más y había conocido a su madre y su abuela. Los cuatro pasamos juntos un fin de semana en su casa. Fueron encantadoras y me trataron como si me conocieran de siempre; aunque yo al principio me mostrara un poco distante. Estaban al tanto de algunos detalles sobre mí que Gerhard les había contado. Su madre era una mujer preciosa, joven, delgada y no demasiado alta. Su pasado de bailarina clásica no podía pasar desapercibido viendo a su espalda mantenerse recta en todo momento, como si alguien tirase de ella hacia arriba. Su andar era seguro, con piernas firmes y decididas cuyas rodillas rotaban ligeramente hacia el exterior. Intuía una férrea autodisciplina solo disimulada por los años que llevaba alejada de su profesión. Gerhard se le parecía en los suaves rasgos de su rostro, aunque como hombre habían evolucionado a una apariencia más severa. Comprobé que su exquisita educación, que tanto me había llamado la atención desde el principio, se trataba de algo natural aprendido desde la cuna. El trato con una y otra se ajustaba al retrato de familia que me había hecho en su día; con su madre era afectivo, pero no cabía duda de que la figura materna la desempeñaba su abuela, una mujer cuyo carácter fuerte y exigente se suavizaba con solo mirar a su nieto. Se cuidaron bien de hacer algún tipo de comentario que no se ajustara al más estricto presente, como si los tres hubieran hecho un pacto de silencio al respecto. Físicamente mantenían las distancias, como la mayoría de los alemanes, pero yo sabía que en muchos

casos era pura fachada.

En aquellos días ocurrió algo. Una de las veces en que salimos los cuatro a la calle, tropecé con el hombre que me había estado siguiendo. Por primera vez le pude ver de cerca, pero no con claridad, pues llevaba gafas de sol y se cubría la cabeza con una gorra. Era más bien bajo en relación a la media, aunque de complexión fuerte. Cuando se dio cuenta de que le había reconocido, desapareció y no le volví a ver. Si también me seguía durante el fin de semana Gerhard no podía estar detrás de aquello, no tenía sentido. A partir de entonces empecé a estar atenta y también a preocuparme; aquel hombre vigilaba todos mis pasos.

Días después recibí la llamada de Alberto. Quería que nos viéramos.

—Estoy muy liada, Alberto. ¿Qué querías? —respondí sin muchas ganas.

—Tengo noticias del hospital que te pueden interesar.

—Te lo agradezco, de verdad, pero he decidido que no quiero saber más del tema. Hace unas tres semanas tuve un altercado con mi vecino y creo que es mejor que me distancie.

—En realidad solo quería que supieras que la policía ha estado en el hospital hablando con Harald y Agnes. A parte de eso, podíamos tomar una cerveza.

—He estado pensando sobre esto... y creo que es mejor que no quedemos a solas. Sabes que me gusta tu compañía, no es la primera vez que te lo digo, pero...

—Pero él ha ganado.

—No sé a qué te refieres... En cualquier caso no es él, soy yo.

—Ha ganado el amor sobre la amistad. Lo comprendo, no creas, te entiendo perfectamente.

—No sé si me estoy equivocando, pero debo actuar como me gustaría que

hicieran conmigo, quiero ser justa.

—Ojalá que te vaya bien a partir de ahora, de verdad, no me gustaría que te hicieran daño... ¡Pero bueno!, ¿qué digo? Tu sabes defenderte muy bien solita, ¡y pobre del que se atreva! —bromeó.

—Gracias, Alberto. Ahora te vas a quedar más tranquilo.

—En realidad empezaba a acostumbrarme a los líos en los que andas metida...

No supe que más decir.

—Hasta pronto, amiga.

—Hasta pronto.

Me sentí fatal. Parecía que le había estado utilizando; primero para dar celos a Gerhard, luego como un hombro amigo, y ahora que ya no le necesitaba, prescindía de él. Pero no era así, y esperaba que él lo supiera. Aunque me costaba demostrar mis sentimientos, mi interés por él, en algún momento, había llegado a superar la amistad. Ahora las circunstancias me obligaban a elegir, y muy a mi pesar, era algo que había hecho mucho tiempo atrás.

A pocos días de que comenzara oficialmente el verano, el Biergarten de la Hofbräuhaus se convertía en una parada obligatoria para los que deambulábamos por la ciudad. Los viejos castaños compartían la historia de sus muros desde su discreta presencia, descubriéndose como un oasis en medio de un entramado desierto de asfalto. Mis amigas y yo nos habíamos reunido aquel sábado para almorzar después de varias semanas sin vernos. El día anterior me había despedido de Gerhard hasta el lunes. Su padre había tenido problemas de salud e iría a visitarlo. Me pidió que le acompañara, pero ese domingo debía trabajar. Después de comer, dimos un paseo y fuimos al cine. A pesar de que las horas de luz se prolongaban, al finalizar la película se

había hecho de noche. Nos despedimos con la habitual promesa de vernos más a menudo y bajé al metro. En compañía casi llegaba a olvidarlo, pero al quedarme de nuevo sola miraba con preocupación alrededor en busca del individuo que me acechaba. Aquella mañana me había parecido distinguirlo entre la gente, pero se había esfumado como por arte de magia. No dejaba de pensar en quién podía tener motivos una vez descartado Gerhard. Al subir al autobús empecé de nuevo la ronda; no había muchos hombres, pero sospechaba de todos. De unos porque me miraban, y de los que no lo hacían porque pensaba que intentaban despistarme. Empecé a descartar a los que tenían barba, pero luego pensé que podía utilizar una falsa. Estaba empezando a obsesionarme. Esa manía mía de callármelo todo tarde o temprano me iba a causar problemas. Llegó mi parada y me tranquilicé al ver que nadie bajaba. Continué por la acera, era más seguro que cruzar el descampado. No había caminado mucho cuando miré tras de mí y vi a un hombre en la distancia. No tenía la menor idea de dónde había salido, pero lo cierto era que se acercaba. Comencé a acelerar la marcha mientras oía como él también lo hacía. Mi respiración se agitaba, no tanto por la premura de mis pasos como por el miedo. Nunca me había parecido tan larga la distancia hasta la casa. Entonces ocurrió algo que me hizo recobrar el aliento; un vecino salía en ese momento de un portal. No había tiempo que perder, ya casi estaba llegando. Se metió en un coche y arrancó el motor, justo cuando yo conseguía encontrar las llaves y abría la puerta de la casa. Al ver que llegaba jadeando, Ines me miró sorprendida desde la cocina. No tuve más remedio que contarle mis sospechas. Ambas nos acercamos a la ventana, pero no conseguimos ver a nadie. Tras asegurarse de que al día siguiente sería prudente y no abriría la puerta a ningún desconocido, nos fuimos a dormir. Aquella noche, aconsejada por Ines, tomé una decisión; el lunes hablaría con la policía, no podía continuar así.

En esta ocasión el inspector decidió venir a casa a verme. Había hablado el día anterior con Gerhard, pero no le dije nada, lo haría a su regreso, en persona. Le encontré preocupado por su padre y no quise añadir otro problema. Maxi estaba en la guardería y era un momento propicio. Goldstein y la subinspectora Waas llegaron al poco tiempo de recibir mi llamada.

—Bien, señorita Morey, explíquenos con detalle qué es lo que ha ocurrido —empezó el policía tras hacerles pasar al salón.

Les describí lo que había observado aquellos días hasta terminar con lo sucedido la noche del sábado.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser?

—No.

—¿Le ha comentado esto a alguien?

—Solo a Ines, me vio llegar el sábado asustada. Fue ella quien me sugirió que hablase con ustedes.

Ambos permanecían sentados en el sofá mientras yo lo hacía en un butacón frente a ellos. El jefe prosiguió.

—Después de que detuviésemos a Gunther Bauman ¿lo ha vuelto a ver?

Durante unos instantes dudé sobre informarles del incidente en su casa, pero finalmente decidí no ocultarles nada más.

—Sí. Hace unos días, y me pidió explicaciones sobre lo que les conté de la gargantilla.

Cruzaron miradas entre sí.

—¿Qué quiere decir exactamente con «explicaciones»?

No tuve más remedio que decirles la verdad. El inspector parecía molesto.

—¿Por qué no le ha denunciado?

—En realidad no me hizo nada y pensé que ya había tenido bastante con la pérdida de su mujer.

—Mire, después del tiempo transcurrido desde que apareció el cuerpo de la señora Bauman, entiendo que puede haber suspicacias respecto a la investigación. No somos ajenos a la impaciencia de la familia por encontrar al culpable, es lógico; pero no olvide que aunque oficialmente no exista tal, tenemos motivos para seguir sospechando de su entorno, como le expliqué en nuestra entrevista en la jefatura. Para nosotros, de momento, todos ustedes están en el punto de mira, incluida usted, para serle sincero. Hemos de barajar todas las posibilidades, que son muchas.

Permanecí en silencio. Oírle hablar de ese modo me hacía sentir insegura.

—Ahí fuera hay alguien que cometió un asesinato, señorita Morey. No es un asunto baladí. Debe estar preocupada y alerta, por su seguridad.

—Entonces ¿qué me sugiere que haga?, ¿qué no salga a la calle?

—Por supuesto que no, pero evite en lo posible ir por lugares solitarios o de noche. Nosotros ya estamos sobre aviso y trataremos de que nada pueda ocurrirle.

Miré el reloj, se acercaba la hora de recoger al pequeño.

—Bien —dijo mientras se ponía en pie— le dejamos que siga con sus deberes. No olvide nada de lo que le he dicho y por supuesto no hable con nadie sobre este asunto. Nadie absolutamente debe saber lo que está ocurriendo.

—Ines está al tanto —repliqué detrás de ellos mientras se dirigían hacia la salida.

—Eso ya es inevitable, pero no cuente a nadie más lo que hemos hablado hoy aquí. Es de suma importancia, espero que lo comprenda.

—No se preocupe, así lo haré.

El verano había llegado y con él, el calor. Los parques se convertían en improvisadas playas donde los muniqueses se relajaban tomando el sol sobre

el césped. Aunque la mayoría usaba ropa de baño, no faltaba el nudista aventajado que no dudaba en exhibirse ante la indiferencia del resto. Debía de hacerme con un protector solar; el mejor bronceado que había conseguido durante mi primer día consistía en una franja roja en el centro de cada pierna, y ya empezaba a picar. El escenario había cambiado por completo, los bares permanecían abiertos hasta tarde llenando de idas y venidas las desoladas noches de meses atrás.

Habían transcurrido menos de dos semanas desde la visita de la policía, tiempo en el que no había vuelto a ver ni rastro de aquel hombre. Siguiendo las pautas marcadas por el inspector, evitaba los lugares solitarios y no salía sin compañía después de oscurecer. Tampoco había dicho nada a Gerhard y suponía que si todo iba bien como parecía, nunca llegaría a enterarse. Era sábado por la noche e íbamos camino de reunirnos con mis amigos. Gerhard conducía en silencio, sabía que no le apetecía demasiado.

Cuando llegamos a la Bella Italia estaban todos. Por un momento recordé como un flashback nuestras primeras cenas; no había pasado tanto tiempo, pero ahora lo veía como algo lejano que nunca se volvería a repetir. Rosa y Paco regresaban a España, y en breve lo haríamos los demás. Me sorprendí al oír a Gerhard decir algunas frases en español; no lo hacía mal, a pesar de no haber vuelto a reanudar aquellas primeras clases en su casa. Cuando le felicité por sus avances se limitó a guiñarme. Paco fue el primero en ponerse en pie y dirigirnos unas palabras, luego le siguió Rosa; entretanto, no me pasaron desapercibidas las miradas incómodas entre Gerhard y Alberto.

Fuimos a un bar de copas cerca de allí. Recordé viejos tiempos con mis compañeros de la Escuela de Turismo, y las tardes de primer curso en que Brigitte, la profesora, nos maldecía en su idioma sabiendo que estábamos en el bar de abajo viendo nuestra serie de televisión favorita. Había llegado el momento de afrontar el futuro más inmediato, que para la mayoría consistía

irremediablemente en encontrar trabajo. La pareja que se marchaba lo intentaría en Canarias o Baleares, donde la demanda de profesionales del sector era mayor; Carmen prepararía unas oposiciones; y Almudena probaría suerte de nuevo como *au pair*, pero esta vez en Inglaterra. Hacía rato que había perdido de vista a Gerhard, nos habíamos separado casi al llegar, pero entonces le vi; unos metros más allá conversaban él y Alberto. Me pareció que lo hacían de manera cordial. Mi primera intención fue acercarme a ellos, pero luego pensé que si les daba tiempo quizá concluiría aquella estúpida rivalidad de una vez por todas. Nunca llegué a saber de lo que hablaron aquel día.

Había llegado nuestro último día en la Volkshochschule. A Arabela se le saltaban las lágrimas y los demás nos burlábamos de ella tachándola de sensibilera. Nos habíamos dedicado a compartir nuestros respectivos proyectos y de paso practicar el Futur I o futuro simple, y el Futur II o futuro perfecto. En el primer caso, el más común, una de sus diferentes funciones consistía en expresar una intención de la que no se tenía seguridad de que fuese a llevarse a cabo. Me temía que en aquellos momentos mi vida estaba sumida en ese futuro incierto que definía la gramática alemana. Lo que estaba por venir realmente era desconocido para todos, incluso para aquellos que hacían gala de una férrea voluntad de decisión; pero en mi caso me estaba limitando a dejar el rumbo de mi vida en manos ajenas. Debía tomar de nuevo las riendas, y para ello tenía que analizar de la manera más objetiva posible mi situación personal. El único motivo por el que sería capaz de instalarme definitivamente en este país, era Gerhard; aquello era indudable. Por otra parte, llegaba el momento y tenía que actuar. En primer lugar, enviar gran parte de mis cosas por correo a España, de lo contrario me tendría que quedar a trabajar otro año para poder pagar el exceso de equipaje en el avión.

En segundo lugar, sacar mi billete; se acercaba la época de vacaciones para muchos alemanes y los vuelos a mi país estaban muy solicitados. No podía esperar más; las dudas, las indecisiones, los días de eterna espera llegaban a su fin y no veía en Gerhard ninguna intención de decidir a corto plazo. De repente, el murmullo general me sacó de mis reflexiones: la clase había terminado y nos íbamos todos juntos a tomar algo.

Cenamos en una agradable terraza y luego acordamos continuar la noche en un club del que era asiduo nuestro profesor y donde nos harían descuento en las copas. Después de meses asistiendo a clase cada semana, nuestro único cometido en aquel momento consistía en pasarlo bien. Conseguí olvidarme de todo lo que me había estado preocupando durante días y no reparé en la hora. Se había hecho tarde; algunos decidieron continuar en otro lugar y el resto nos despedimos.

Los locales cerraban sus puertas como medida para no molestar al vecindario, y cuando salimos a la calle no había nadie. Caminé un par de manzanas acompañada de Arabela y otra chica, y antes de separarnos me indicaron la boca de metro más cercana. Aceleré el paso con cuidado de no resbalar sobre el pavimento mojado por el rocío. Habían pasado unos minutos cuando comencé a oír pasos detrás de mí, pero al volverme no había nadie. Continué lo más deprisa que pude; me decía a mí misma que había sido una imprudente olvidando la advertencia de la policía. Luego intentaba animarme suponiendo que solo era consecuencia de mi imaginación, ya que cada vez que me paraba a escuchar, dejaba de oírlos. Tragué saliva, respiré hondo y, sin aflojar la marcha, empecé a barajar posibilidades. Pensé en gritar, pero en realidad aún no tenía motivo y me tomarían por una borracha o una loca. Miraba los portales de los edificios y todos estaban cerrados. Temía haberme perdido, la distancia al metro se me hacía demasiado larga. Miré de nuevo hacia atrás y en esta ocasión le vi. Un hombre, cuyo aspecto no me resultaba

desconocido, me seguía. Sin otra opción, empecé a correr. No estaba segura de hacia dónde debía hacerlo, pero la cuestión era escapar de allí y encontrar a alguien. Estaba sofocada y aún sentía los efectos del alcohol. Al doblar la esquina apareció de repente otro hombre que de lejos parecía caminar hacia mí. En un primer momento respiré aliviada, pero luego, conforme se aproximaba, comprobé que se trataba del mismo. Ahora se había parado en medio de la acera; podía sentir el corazón a punto de estallar. Empecé a volver sobre mis pasos y corrí en dirección contraria mientras le sentía cada vez más cerca. Di varios traspies y me alcanzó; se lanzó sobre mí y ambos caímos al suelo. Primero impacté con las rodillas y al tratar de apoyar las manos, resbalaron, golpeándome la cara contra la acera. El fuerte dolor me hizo perder unos segundos que él aprovechó para iniciar un forcejeo mientras yo intentaba liberarme. Parecía que también se escurría y conseguí ponerme de nuevo en pie, pero una patada en la espalda me dejó sin respiración y caí de nuevo. Cogiéndome con violencia por los brazos, me arrastró hasta lo que debía ser la trasera de un local cubierta por una techumbre. Tiró de mí con tanta fuerza que me golpeó la cabeza contra el muro y casi perdí el conocimiento. Entonces colocó sus manos alrededor de mi cuello y empezó a apretar los dedos contra mi garganta. Apenas me quedaban fuerzas para apartarle; lo intentaba con ansia, pero notaba que el aire dejaba de entrar en mis pulmones... Me pareció oír un golpe seco que no me dolió, y a continuación, me desvanecí.

Capítulo 21. La resolución del caso

Podía sentir el calor del sol en mi piel. De fondo, el sonido del mar y el romper de las olas. Oí mi nombre y abrí los ojos; era Gerhard. Se acercaba con el cuerpo mojado sacudiendo la cabeza, mientras las diminutas gotas saladas que desprendían sus cabellos iban a parar a mi rostro. Me sonreía, e imaginaba que su sonrisa era como una preciada flor que crecía al borde de un precipicio; solo alguien valiente sería capaz de hacerse con ella, pero eso ya lo sabía. Debía ser un sueño porque en Múnich no había playa. Seguro, era un bonito sueño de los que uno no querría nunca despertar, pero tenía que hacerlo, no dejaban de llamarme. Una inquietante señal se repetía una y otra vez y me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Buscaba a Gerhard, pero ya no podía verle; de hecho no conseguía ver nada. Tenía algo en la cara, algo que me cubría la boca y la nariz. Me costaba respirar y el dolor en la garganta hacía que casi no pudiese tragar. Había mucha luz al otro lado de mis párpados, pero estos no se abrían. Necesitaba ver lo que había allí; no conocía la voz que pronunciaba mi nombre con tanta insistencia. La cabeza me iba a estallar... Tenía que abrir los ojos, debía intentarlo una vez más. Parecía que por fin lo iba a conseguir, pero aquella luz cegadora me obligaba a cerrarlos de nuevo.

—Tranquila, ya está segura. Todo ha pasado... ¿Puede oírme?

Claro que podía oírle, y también aquella sirena que martilleaba mis sienes.

—Elena, venga, un esfuerzo más. Intente abrir los ojos.

De acuerdo, probaría otra vez.

—Bien, Elena, muy bien ¿Puede verme?

Más o menos le veía, pero no sabía cómo hacérselo saber. No podía emitir

sonido alguno y tampoco lograba mover un músculo. Con gran esfuerzo pude por fin accionar algunos dedos de la mano derecha.

—Bien, poco a poco. Va en una ambulancia, le llevamos al hospital. Le han atacado, pero está bien. Todo irá bien, ¿de acuerdo?

Bien, al menos tenía un dato relevante, esta persona no había faltado a clase el día que enseñaron la palabra «bien». Y algo importante, seguía viva; aquella idílica playa no formaba parte del sueño eterno. Ahora estaba despierta y debía serenarme, parecía que lo peor ya había pasado. Empecé a ampliar mi campo de visión y efectivamente aquello debía ser el interior de una ambulancia. La cara amable que me había hablado ahora también me sonreía. Yo le correspondí, aunque temía que con la mascarilla no me vería.

—¡No se mueva! —gritó sujetándome los brazos— tiene puesto un collarín. Sé que todo es muy aparatoso, pero cuanto más quieta esté, mejor.

A ratos estaba despierta y a ratos dormía; no podía evitarlo, mis párpados caían sin control. Llegamos al hospital; me movían de un sitio a otro, me hacían pruebas con distintos aparatos, y de nuevo me dejaban en paz. Desperté en una habitación con menos luz que la ambulancia. ¡Gracias a Dios! Estaba en una cama y aún llevaba la mascarilla, pero el cuerpo me había dejado de doler. Entraban y salían personas de la habitación; no las conocía, pero todas me llamaban por mi nombre. Finalmente, caí en un sueño profundo.

Lo primero que vi fue el rostro sonriente de Gerhard. Soñaba de nuevo, aunque ahora estaba vestido y seco. Aquello no era la playa, se veía que habíamos cambiado de escenario. La claridad del día entraba por la ventana.

—Buenos días, preciosa —hablaba casi en un susurro— ¿Cómo estás?

—¿Dónde estamos? —logré decir con la garganta maltrecha.

Así no conseguiría hacerme oír. La mascarilla me molestaba y quise

quitármela.

—Es mejor que te la dejes puesta.

Pero no le hice caso y tiré de ella hacia abajo. Respiré profundamente y me sentí aliviada.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en el hospital. ¿Recuerdas algo?

Alguien se acababa de acercar por el otro lado. Era Ines, y también me sonreía.

—Recuerdo que... alguien me seguía.

Ambos se miraban.

—¿Y nada más? —ahora era Ines quien hablaba.

—Sí, me tiró al suelo... me pegó... y...

—Gracias a Dios todo ha pasado y ahora estás a salvo —dijo Gerhard mientras se acercaba a besarme en la frente—. No te esfuerces o te dolerá más la garganta.

—Intentó matarme.

—Lo sabemos, Elena. Luego vendrá el inspector y podrás hablar con él. Mientras tanto, procura descansar y no alterarte. Como te ha dicho Gerhard, ya ha pasado todo y dentro de lo magullada que estás, al menos no hay huesos rotos, y el golpe en la cabeza no ha sido peligroso. Los médicos insisten en que es fundamental que descanses, todo lo demás puede esperar.

—¿Lo han cogido? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí, se lo han llevado detenido. Ahora duérmete de nuevo.

Les hice caso y me dejé llevar por aquel sueño que tiraba de mí.

Corría cuanto podía, pero mis fuerzas empezaban a flaquear y casi no me quedaba aliento. Intentaba gritar, pero lo único que conseguía era cansarme aún más. Sería mejor dejarlo y correr, correr todo lo rápido que alcanzasen

mis piernas. Me parecía ver a gente asomada, pero nadie acudía en mi auxilio. Creo que no sabían lo que ocurría, ignoraban que un hombre quería matarme, de lo contrario alguien me ayudaría. La calle parecía no tener fin y mi perseguidor no cesaba en su empeño. No podía más, tenía que parar. Con las manos apoyadas sobre las rodillas intentaba recuperar el aliento... entonces me alcanzó. Rodeaba mi cuello oprimiendo sin piedad, me estaba ahogando. Un grito angustiado salió de mi cuerpo que se revolvía con furia.

—Tranquila, Elena. Estás bien.

Era la reconfortante voz de Gerhard. Sus manos cariñosas colocaban de nuevo mi cabeza sobre la almohada.

—He tenido una pesadilla —balbuceé con la boca seca.

—¿Tienes sed?

Hice un gesto afirmativo y acercó a mis labios un vaso de agua. El dolor al tragar era insoportable, parecía que mi garganta se había cerrado casi por completo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó tras colocar de nuevo el vaso sobre la mesilla.

—Creo que bien.

Miré mi brazo, varios tubos de goma salían de la vía hasta el gotero.

—Te han puesto antiinflamatorios y calmantes.

—Dame un beso.

Se acercó con cuidado y me besó suavemente.

—Me he llevado un gran susto. Ines me telefoneó esta mañana temprano, me dijo que te habían atacado y que estabas en el hospital. Hasta que te vi y hablamos con los médicos, no respiré tranquilo.

—¿Dónde está Ines?

—Se ha tenido que marchar; dejó a los niños a cargo de una vecina. Me dijo que vendría luego.

Se había sentado en el borde de la cama y cogía mi mano entre las suyas.

—¿Y tú? Deberías estar en el trabajo.

—Hoy me he tomado el día libre, de modo que no te queda otra que aguantarme —bromeó.

—Fue horrible.

—Lo sé, nos contaron lo ocurrido. Estuvo a punto de matarte, pero la policía llegó a tiempo. El jefe... Goldstein ha dicho que vendría en cuanto pudiese. Deben estar con el individuo que te atacó.

—¿Has visto al inspector?

—No, al parecer estuvo aquí de madrugada.

En ese momento entraron dos enfermeras y pidieron a Gerhard que esperase fuera. Después de tomarme la presión arterial y la temperatura, entró el médico. Me estuvo reconociendo y me explicó con detalle cada una de las contusiones que había sufrido. Por último dijo que mi garganta presentaba edema de tejido blando muscular y de ligamentos, puntos rojos de los vasos sanguíneos rotos por la presión y edema laríngeo causante de la ronquera que tardaría días en desaparecer. No había que lamentar daños mayores y posiblemente a final del día me darían el alta. Cuando se hubieron marchado entró de nuevo Gerhard en la habitación, aunque enseguida nos volvieron a interrumpir, traían mi almuerzo. Se ofreció a ayudarme, pero con mi insistencia conseguí que fuese a comer algo; desde que Ines le avisó no se había movido de allí, ni siquiera para desayunar.

No sin esfuerzo, tomé un poco de sopa y medio yogurt. Intentaba arrastrar la mesa con la bandeja hacia un lado cuando se asomó a la puerta Alberto. Llevaba bata blanca, estaba de servicio.

—Por poco no lo puedes contar —dijo mientras se acercaba hasta la cama—. Acabo de enterarme, me lo ha dicho Anette. ¿Cómo estás?

—Mejor.

—¿Ha venido Harald?

—No, al menos que yo sepa. Ines si ha estado aquí.

—Supongo que no ha podido, en verdad no le he visto en toda la mañana. Hoy hay una movida extraña en mi planta, pero no he conseguido enterarme de nada, parece que nadie quiere hablar.

Pensé que estaba de nuevo con sus intrigas.

—Menos mal que estás bien, Elena... —tuvo la intención de tocar mi mano, pero cambió de opinión— ¿Has hablado con la policía?, parece ser que han detenido al tipo que te agredió.

—Aún no ha venido nadie por aquí, y no sabes las ganas que tengo de que alguien me informe de lo que pasa.

En ese momento, detrás de Alberto, vi como Gerhard se volvía a marchar después de acercarse hasta la puerta. Nos había visto hablando, pero ni siquiera había entrado.

—¿Te han dicho hasta cuando estarás aquí? —quiso saber sin percatarse de nada.

—Creo que me iré luego, a la tarde; la verdad es que me encuentro bien.

—Cuando te vayas a casa tendrás que tomar calmantes —aseguró mirando las bolsas que colgaban del gotero—. Lo que tienes puesto ahora es fuerte.

—Me gustaría levantarme.

—Venga, eso está hecho. Te vendrá bien.

Retiró la mesa con los restos de la comida y se acercó lo suficiente para que pudiese sujetarme a él. Me sentía un poco mareada. Tras permanecer un par de minutos con los pies colgando fuera de la cama, me puse en pie y empecé a caminar por la habitación. Suponía que los que practicaban lucha libre experimentarían la misma sensación, pero en mi caso apenas sentía dolor. Me dejó sentada en el butacón y se marchó; debía prepararse para una intervención que comenzaba en unos minutos. Prometió pasar a verme

cuando finalizara. Al rato entró Gerhard en la habitación. No parecía enojado.

—Espero que no te haya molestado que viniese a verme Alberto. Su novia se enteró de que yo estaba aquí y le avisó —dije a propósito.

—¡Ah!, ¿pero tiene novia?

—Es médico también y casi viven juntos.

—No, no me ha molestado. Es normal que venga a verte, es amigo tuyo.

Se sentó a mi lado.

—¿Qué tal te encuentras levantada?

—Bien, me encuentro bien —respondí mientras le cogía la mano—. Y ahora, mejor.

Desperté en mi cama, en casa. Aquella noche había podido comprobar que Alberto estaba en lo cierto, me dolía todo. En mi maltratado cuerpo había pocos centímetros que no presentasen contusiones, cortes o desolladuras. Tenía la nariz y el ojo derecho hinchados, y debajo de este, una franja de color azul se extendía hasta el pómulo. Había salido del hospital bien avanzada la tarde. Gerhard se quedó conmigo hasta dejarme acostada y luego se había marchado; a primera hora tenía una importante reunión de trabajo. Ines había explicado lo ocurrido a los niños de la manera más sencilla posible, y les había anticipado que en un par de días estaría de nuevo bien. Maxi quiso quedarse a dormir conmigo «para cuidarme», había dicho, pero Ines se lo había quitado de la cabeza. Al día siguiente no iría a la guardería, lo cual le alegró; aunque lo pasaba bien con los otros niños, de vez en cuando le gustaba quedarse en casa. Había hablado con Berta y vendría a media mañana por si necesitaba algo. Ines tenía exámenes en la escuela.

Permanecí en mi habitación hasta el mediodía acompañada de Maxi y Berta, que a ratos subía a vernos. Más tarde recibí la llamada de Gerhard y la de Alberto. Este me había aconsejado hablar lo menos posible. Bajé a comer

cuando llegó Ines del trabajo, y al terminar el almuerzo recibimos la visita del inspector y su inseparable compañera. Había esperado tanto este momento que cuando estábamos a punto de oír lo que los policías tenían que contarnos, las piernas me temblaban.

En primer lugar expresaron su tranquilidad al saber que no había sido nada grave y pronto me recuperaría. Luego, el semblante del hombre se tornó serio.

—Señorita Morey, cuando nos informó de sus sospechas de que la estaban siguiendo pusimos a dos agentes de paisano para que la custodiasen, ya que temíamos por su seguridad. Siento enormemente que algo fallase y llegáramos demasiado tarde. La agresión de la otra noche podía haberle costado la vida y estaba en nuestras manos evitarlo, pero ahora no sirve de nada lamentarse.

No podía creer que el gélido inspector tratase de disculparse conmigo.

—Diversas averiguaciones nos habían llevado a suponer una conexión con el caso de la señora Bauman, y las evidencias físicas encontradas en el cadáver han sido vitales para poder establecer una correlación entre su atacante y la persona implicada.

—¿Quiere decir que es el mismo hombre que la asesinó? —pregunté perpleja.

—Efectivamente. La víctima sufrió un ataque violento del que se defendió con vehemencia. Tras el análisis forense se detectaron numerosas muestras en el cuerpo que no coincidían con ninguna de las personas investigadas. Para que me entiendan, disponíamos de material probatorio, pero de nadie con quien relacionarlo. Al cotejarlo con el detenido se determinó que el ADN coincidía.

—¿El ADN?

La técnica de la huella genética es un método innovador altamente fiable

que permite identificar al responsable de un crimen, pero su aplicación en la solución de casos judiciales se remonta solo a un par de años atrás. Por otra parte, el tiempo requerido para este tipo de análisis es considerable, aunque en esta ocasión podemos decir que han trabajado contra reloj —dijo mientras hacía un gesto de complicidad hacia la policía—. Como comprenderá ese ha sido el motivo por el que no hemos podido venir antes a verla. Hemos tenido mucho trabajo en las últimas horas, de hecho, aún no hemos pasado por casa.

—¿Y quién es ese hombre? —quiso saber Ines que se había sentado junto a mí.

—Se trata de un sicario con un amplio historial delictivo; un mero instrumento en manos de quien realmente lo planeó todo. Nunca creímos la coartada de su marido... supongo que aún lo es —Ines confirmó con desagrado—. Imaginábamos que su actual pareja mintió para encubrirle.

—¿Pretende decirnos que Harald fue quien?...

—No exactamente, señora Kaiser. La señorita Agnes Weber mintió, ciertamente. Sabía que todas las sospechas recaían en él, pero también sabía que era inocente.

Ines y yo nos miramos confusas.

—Su intención era contraer matrimonio una vez que se separase de usted y que, a su vez, fuese nombrado director del hospital en el que ambos trabajan. Pero comenzó a sospechar que el señor Kaiser se veía con otra mujer. Entonces contrató a un antiguo conocido, un hombre de pocos escrúpulos al que no iban las cosas demasiado bien y andaba necesitado de dinero. Debía seguir a su novio y comprobar si estaba en lo cierto. Efectivamente, descubrió que éste se relacionaba a la vez con su vecina.

Ines negó con la cabeza mientras se llevaba la mano a la frente. El policía continuó.

—Le pidió explicaciones y él le dijo que todo había terminado. Al parecer

así era, pero había un problema, Aileen Bauman esperaba un hijo de él. Este había tratado que abortase, sin éxito. Ella se había marchado a Núremberg a casa de sus padres para aclarar sus ideas, y el día veintinueve de diciembre quedó allí con él. Intentó convencerle, pero él había elegido y le dijo que amaba a otra mujer, Agnes Weber.

—No debería estar aquí oyendo todo esto, me pone enferma; pero quiero conocer el final —protestó Ines incómoda.

—Lo siento señora Kaiser, pero creo que deben saber la verdad. Para la señorita Weber aquello no era suficiente; si esta mujer daba a luz y todo se hacía público, arruinaría sus planes con respecto a su novio y sus logros profesionales. Al parecer, es de dominio público que debido a ciertas ideologías retrógradas por parte de la actual dirección del hospital, nunca llegaría a ocupar tan ansiado cargo si el tema se llegaba a conocer. Por lo tanto, encargó a su amigo que la hiciera desaparecer. El día uno de diciembre este la siguió hasta el bosque y allí la estranguló. Pensó que estaba muerta, pero solo había perdido la conciencia. Luego la llevó hasta el borde del precipicio y la arrojó. El resto ya lo conocen.

Ines reaccionó antes que yo.

—¿Harald sabía algo de todo esto?

—No. Supo que ella le mandó a seguir a él y nada más. La señorita Weber le ha exculpado de todo. Esta mañana hemos hablado con él y créame, estaba muy afectado con la noticia.

—Cuando Aileen se entrevistó conmigo aquella mañana, posiblemente ya la seguía su asesino.

—Seguramente, pero no solo eso, aquel día por la tarde también se vio con su marido, el señor Bauman —aseguró el inspector.

—Y entonces fue cuando se hizo con la gargantilla —añadí.

—Sí. Tuvieron de nuevo otra discusión. Según nos contó él, ella le

confesó que estaba embarazada de otro hombre, del que estaba enamorada. Se maldijeron el uno al otro, y finalmente ella se quitó la cadenita que él le había regalado y la tiró al suelo con desprecio. Él la recogió y luego la guardaría en la caja de música.

—¡Pobre hombre!

—Después del incidente con el marido, la señora Bauman se dirigió al bosque. Solía ir hasta allí cuando necesitaba estar sola y pensar; no podía imaginar que alguien acabaría con su vida en aquel lugar.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?

—Usted estaba al tanto de circunstancias que podían incriminar a la autora intelectual del delito... aunque quizá no era consciente de ello. Ella sabía que estaba colaborando con nosotros y que había tenido acceso a, llamémosle, elementos cruciales para el caso. Era su forma de cerrar el círculo y no dejar cabos sueltos. Pero precisamente ése fue su error.

Me temía que Ines se haría preguntas sobre lo que yo podía saber; preguntas que en este momento ni yo misma era capaz de responder. El policía pareció salir en mi ayuda dando un giro al asunto.

—No crean que ha sido fácil —prosiguió—. Durante todo este tiempo hemos estado analizando cada hipótesis, y había muchas. Cada uno de ustedes había tenido contacto con ella en los días previos, y tampoco tenían coartadas fiables, excepto usted, señorita Morey. He de reconocer que ha sido su imprudencia la que nos ha llevado directamente al asesino.

—Y casi no lo cuento —aseguré tocándome el cuello.

Ines estaba en silencio. Se le veía pensativa.

—¿Ella ha confesado? —dijo de repente.

—Ante las pruebas inequívocas que teníamos del ejecutor, este decidió revelar quién le había contratado. Ella, aunque al principio lo negó, luego se vio acorralada; teníamos suficientes argumentos que el propio asesino había

aportado: conversaciones telefónicas, pagos, e incluso testigos que les habían visto juntos. No tuvo más remedio que admitirlo. Podía haber continuado negándolo todo hasta el juicio, pero creo que necesitaba liberarse; su último encargo le estaba pesando.

—En fin, Bastian —intervino su compañera—. Si están aclaradas todas sus dudas, creo que ya es hora de que vayamos a casa.

—Sí, será lo mejor —convino este poniéndose en pie—. Todos necesitamos descansar.

Caminaron hacia la salida seguidos de Ines y de mí.

—Espero que ahora que todo está aclarado pueda seguir adelante con su vida, señora Kaiser. Sé que le ha tocado muy de cerca y no ha sido fácil para usted —se despidió el inspector en la puerta.

Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Señorita Morey, he de admitir que no confiaba en usted; de hecho, ha demostrado ser una insensata desobedeciendo las pautas que le di. A pesar de todo, le agradezco sinceramente su cooperación. Se recuperará pronto, es usted joven.

A lo largo de aquellos meses había sido objeto de su frialdad y su actitud distante, pero preferí quedarme con aquella última sonrisa que me dedicó antes de salir.

El armonioso movimiento de los remos que hacían avanzar la embarcación formaba parte del escenario perfecto: la quietud de un cielo azul con leves pinceladas blancas, la verde hierba y los árboles a la orilla del lago. Tras las gafas de sol observaba como Gerhard remaba sin esfuerzo ayudado de sus firmes brazos de nadador aficionado. Nos encontrábamos en medio de un pulmón verde de más de trescientas hectáreas de extensión que años atrás había sido utilizado por la armada antes de pasar a formar parte del

aeropuerto. Tras la Segunda Guerra Mundial muchos de los escombros de la ciudad fueron traídos a la zona, convirtiéndose estos en las actuales colinas de Olympiapark, el parque olímpico de Múnich, que había sido construido para los Juegos Olímpicos de 1972. En el presente, durante los meses de verano, se utilizaba como lugar de esparcimiento donde poder caminar, correr o pasear en bicicleta a través de sus larguísimos senderos. Las instalaciones, que incluían piscina cubierta, pista de hielo, salas de conciertos, anfiteatro, acuario y restaurantes, eran aprovechadas al mismo tiempo para todo tipo de eventos. Pero entre todo lo demás, destacaba su estadio olímpico y el diseño futurista del techo de su carpa, con forma de tienda de campaña. La villa había sido tristemente conocida por el atentado terrorista que tuvo lugar durante la celebración de los juegos: el secuestro y asesinato de once integrantes del equipo de Israel a manos del comando palestino Septiembre Negro, que reclamó la liberación de más de un centenar de presos palestinos.

Estábamos a principios del mes de julio y era domingo. Habían transcurrido varios días desde mi intento de asesinato y aún me resultaba difícil pronunciar esta palabra. Me despertaba en mitad de la noche aterrorizada y envuelta en sudor, viendo como la imagen de aquel hombre aparecía una y otra vez. Gerhard me abrazaba hasta lograr tranquilizarme, y en aquellos momentos supe, por primera vez, que mi sentimiento hacia él era distinto a todo lo que había conocido hasta entonces. Aunque no continuase formando parte de su vida en el futuro, deseaba con todas mis fuerzas que fuera feliz.

Le había reproducido casi en su totalidad el relato del inspector; todo menos la parte en la que yo era consciente de que alguien me seguía, porque estaba segura de que no me perdonaría habérselo ocultado. Después del paseo en barca subimos a Olympiaturm, la torre de la televisión. Desde su plataforma de observación se podía contemplar el parque a vista de pájaro.

No lejos de allí se situaba la fábrica de BMW y su museo. Me comentó que en esta época había muchos turistas, pero que al terminar el verano me llevaría un día para enseñármela con detalle, y así, de paso, conocería su lugar de trabajo. Aquello lo había dicho con tal naturalidad que parecía haber olvidado que en menos de dos meses me marcharía definitivamente a España.

El paquete estaba preparado, a lo largo del día vendrían a recogerlo. Abrigo, anorak, botas, bufandas, guantes, gorros, calcetines, suéteres de lana y algunas cosas más habían tenido cabida en la gran caja de cartón que había conseguido en el supermercado. Su envío a España resultaba más asequible de lo que había pensado, y además, me daba tranquilidad. Había dado el primer paso, y ahora, ligera de equipaje, me resultaba más fácil tomar decisiones. Fuera cual fuera mi lugar de residencia para el próximo año, tarde o temprano me desplazaría a dar un fuerte y largo abrazo a mi familia, lo necesitaba. Les había ocultado tantas cosas que me habían ocurrido últimamente, que echaba de menos sus palabras de cariño y su apoyo incondicional.

Aquella mañana Harald vino a verme. Lo hizo expresamente para poder hablar conmigo a solas. Tenía buen aspecto, aunque no me pasó desapercibida la profunda tristeza de sus ojos.

—Veo que vas preparando tu regreso a casa —dijo al ver el bulto junto a la puerta de entrada.

—Me voy con el doble de lo que vine.

—¿Puedo pasar?

—Es tu casa.

—Creo que ya no. Estás sola, ¿verdad? —quiso asegurarse antes de continuar.

—Sí, dentro de poco iré a recoger a Maxi. ¿Nos sentamos?

—Tú primero.

Encendió un cigarrillo y tras expulsar el humo, añadió.

—Sigues sin fumar —hice un gesto afirmativo—. Me alegra ver que estás bastante recuperada, aunque la voz aún...

—Sigo ronca.

—Desaparecerá, ya verás. Y el cuello... —se aproximó para verlo de cerca— está bastante bien ¿Sigues tomando los antiinflamatorios?

—Me dijeron que los tomara durante diez días.

—Lo siento, Elena —dijo de repente—. Sé que lamentarlo ahora no sirve de nada, pero a estas alturas es todo lo que puedo hacer.

—Bueno, por lo que dijo la policía tú no sabías nada.

—¡No comprendo cómo he podido estar tan ciego! ¡Claro que no sabía nada!, pero he estado alimentando a un monstruo...

—Me imagino que cuando estamos enamorados de una persona somos más vulnerables a sus mentiras.

—No es eso lo que me reprocho. Es algo mucho peor y de lo que tengo mi parte de culpa. Sin quererlo te coloqué en su punto de mira. Fui el culpable de que te viera como un peligro para nosotros.

—No te entiendo.

—La noche del sótano estaba con ella. Pensaba que no había nadie y vinimos juntos a coger algunas cosas de abrigo. Cuando bajaste la escalera, ella se anticipó y te golpeó. Caíste inconsciente y le recriminé lo que acababa de hacer. Le pedí que se marchara, pero comenzaste a despertar y en ese momento sentí miedo. No quería que Ines y los niños lo supieran, así que tomé la decisión de dejarte de nuevo inconsciente para que no la vieras. Hice que llamara a un taxi y se fuera a casa. Cuando me recriminaste mi actitud y me dijiste que sospechabas que no estaba solo, se lo conté a ella. También que me habías descubierto registrando en casa de Aileen, y que al disponer de

una llave de la casa podías saber mucho más. Luego, alguien te vio hablando con tu amigo Alberto en el hospital y se lo dijo. Pensaba que la espiabas, y cuando se dio cuenta de que estabas colaborando con la policía, te convertiste en su próximo objetivo.

—No sé qué decir, Harald ¿Qué esperas de mí contándome todo esto?

—¿Acallar mi mala conciencia?

—Sé que no eres responsable de la muerte de Aileen, pero en cierto modo...

—Dilo, no te reprimas. Ha sido culpa mía.

—Ahora que todo ha terminado te puedo decir que conocía su diario.

—¿Y?

—Estoy al tanto de todo.

Me resultó extraño que no le sorprendiera mi confesión.

—No te equivoques. Conocías su versión, que no tenía necesariamente que corresponder con la realidad. Que haya perdido la vida no la convierte en la única víctima. Ella también era egoísta y no le importaba hacer daño a los demás.

Se levantó de repente y caminó a través del salón.

—Sí. Me siento culpable, me repugno a mí mismo por todo el daño que he sido capaz de hacer. Empezando por mis hijos, por Ines, a la que he engañado una y otra vez; y también a Aileen y el hijo que esperaba. Mi ambición me ha llevado a todo esto y me odio por ello. Tendré que cargar con ese peso el resto de mi vida y no me atrevo a mirar a los niños de frente, no soy lo que esperaban de mí; pero ya es demasiado tarde para rectificar.

—No puedes cambiar lo que ha ocurrido, Harald, pero sí eres dueño de lo que hagas a partir de ahora. Sabes que Anna y Maxi te adoran, a pesar de todo, y algo saben. Ellos te necesitan más que nunca. En cuanto a mí, imagino que nunca pasaría por tu cabeza que algo así podía llegar a ocurrir,

de lo contrario, quiero pensar que habrías hecho todo lo posible para evitarlo.

Miré el reloj, no quería retrasarme.

—Déjalo, yo iré por mi hijo; se lo debo.

—Se alegrará mucho, ya lo sabes.

—A la vuelta lo dejaré en la entrada. Tal vez no te vuelva a ver, al menos no como ahora, y quiero agradecerte que hayas cumplido con tu cometido todo este tiempo. Podías haberte alejado de aquí cuando las cosas empezaron a complicarse, en cambio fuiste responsable y dignificaste tu trabajo... el que un día desprecié.

Comenzó a caminar hacia la salida.

—Me marcho... Adiós, Elena —dijo antes de salir.

—Adiós, Harald.

Una vez finalizadas las clases en la Volkshochschule disponía de mayor tiempo libre, y me había dedicado a echar un vistazo a las oportunidades reales que tenía de poder encontrar un trabajo. Había conseguido perfeccionar considerablemente mi alemán, hecho que debía agradecer sobre todo a mi relación con Gerhard; si no hubiera estado con él no habría aprendido ni la mitad. A pesar de que cuando llegué lo hablaba peor que la mayoría de mis compañeros, ahora tenía un nivel tan bueno como el de Paco. Una opción podía ser conseguir trabajo en un hotel, y otra, convertirme en guía turística. Podía intentarlo entre las empresas que había en Múnich, e incluso, como me había comentado Gerhard en alguna ocasión, crear la mía propia. Llegado el momento, sabía que él me ayudaría a conseguir lo que decidiera, pero el final se acercaba y me daba cuenta de que no estaba seguro.

Había barajado una y otra vez la posibilidad de hablarle con sinceridad y exponerle mis dudas, pero lo último que pretendía era forzar la situación.

Cuando alguien estaba convencido de lo que quería, iba a por ello sin demora, sin medias tintas, y lamentablemente no parecía ser el caso de Gerhard. Cabía la posibilidad de que Alfred tuviera razón y su amigo huyera de cualquier tipo de compromiso. No era lo mismo salir varios días a la semana con una chica que compartir la vida con ella; máxime en mi situación, en la que dependería económicamente de él, al menos en un principio. Pero entonces, ¿por qué insistía tanto en que le dejase cuidar de mí? No tenía respuestas, debía admitir que Gerhard seguía siendo un rompecabezas. Me hubiera gustado pedir consejo a mi familia, pero siendo ajenos a los últimos acontecimientos, no lograrían entender nada.

Paco y Rosa nos habían comentado que con un mes de antelación era suficiente para asegurarnos nuestros billetes de avión, ellos lo habían hecho sin ningún problema. Por lo tanto, esperaría. Todavía tenía por delante unas tres semanas, y si la situación no avanzaba, iría a la agencia de viajes con Carmen y Almudena.

El viernes por la tarde fui a tomar café con ellas. Habían recibido postales de Fabrizio y Vincenzo; tenían pensado viajar a España a final de septiembre y esperaban verse allí los cuatro. No pude evitar pensar en Andrea. ¿Volvería a Múnich antes de que me marchase? Tal vez, pero aunque así fuera no nos volveríamos a encontrar, yo así lo había querido. No quise darle mi teléfono ni mi dirección, la de aquí ni la de España; yo en cambio, aún conservaba su tarjeta. No sabía muy bien para qué, igual que cuando la guardé en mi cartera la noche en que nos vimos por primera vez. Cada cierto tiempo volaba hasta aquí para visitar a su sobrina, Diana. Desconocía si ella y Gerhard se habían vuelto a ver. Al contrario de Alberto, del que sí habíamos hablado y con el que incluso habíamos compartido cena y copas, el nombre de Diana había desaparecido de nuestro vocabulario. En el fondo seguía teniendo mis dudas sobre ellos dos, pero ya nada podía hacer, todo estaba dicho.

Desde primeras horas del domingo se podía respirar el agitado ambiente deportivo que se extendía por toda la ciudad. Grupos de hinchas se agolpaban en los andenes del metro o empezaban a llenar las terrazas de los Biergärten, apurando las últimas horas antes de que se celebrase la final de la Eurocopa de fútbol que enfrentaría a la Unión Soviética y los Países Bajos. Hacía un par de meses que había tenido lugar el encuentro entre las selecciones de Alemania Federal y España. Gerhard y yo por un lado, y el resto del grupo por otro, habíamos hecho apuestas; incluso alguno había acudido al estadio para verlo en directo. El triunfo fue para los alemanes y Gerhard aún me lo recordaba, mientras yo trataba de ignorarle desviando la conversación hacia otro tema menos bochornoso para mí. Cuando me acompañó a casa por la noche tuve un mal presentimiento. Me daba miedo que fuéramos tan felices, algo así no podía durar. Tuve la amarga certeza de que no le volvería a ver, y me equivoqué, pero no del todo.

Capítulo 22. La despedida

El autor, con trazo firme y decidido, conocía a la perfección la anatomía de los animales, ya que no se apreciaban rectificaciones. Una vez seleccionado el espacio, marcaba el contorno con grabado y añadía el color. El trabajo de los polícromos de la gran sala había sido considerado como la obra de un único maestro que supo plasmar su personalidad en cada uno de los dibujos. La luz natural debía ser insuficiente, por lo que habría recurrido a elementos artificiales, concretamente al fuego, para poder llevarlo a cabo. Como combustible para las lámparas utilizaría el tuétano de los huesos rotos encontrados, que junto con una mecha de fibras vegetales producía una iluminación cálida y sin humos ni olores. Las líneas negras que configuraban las siluetas se habían realizado con carbón vegetal. Para las figuras habría empleado pigmentos minerales secos o mezclados con agua, y como aglutinante, posiblemente grasa animal. Se presentaban varias posibilidades en cuanto a la forma de aplicación de la pintura: con los dedos, directamente o cubiertos con gamuza; con algún utensilio en forma de pincel; con un palo de extremo machado; o soplando la pintura a modo de aerógrafo. La sensación de realismo se conseguía aprovechando los relieves naturales de la roca, que creaban la ilusión de volumen, movimiento y expresividad.

Nos encontrábamos en el interior de La Cueva de Altamira reproducida en el Deutsches Museum.

—Nunca había estado aquí —reconocía Gerhard al salir de la sala.

—Pues ya era hora.

—Tú eres de por allí, ¿verdad? No, espera, más al sur —su gesto era burlón—. Lo digo porque igual eran parientes tuyos... A lo mejor de ahí

viene tu afición por el impresionismo.

—Estás muy gracioso esta mañana —repliqué dándole un pellizco en el trasero.

—¡Ay!

—¿Nos vamos?, llevamos aquí dos horas y empiezo a estar mareada.

—Claro, ya volveremos otro día —convino pasando su brazo sobre mis hombros.

Transcurrían las últimas horas del domingo y Gerhard me hacía compañía en casa mientras cuidaba de los niños. Al día siguiente salía hacia Frankfurt, donde asistiría durante las próximas dos semanas a un curso para directivos organizado por la empresa. Habría preferido quedarse en la central y participar en los actos previos al lanzamiento de la primera creación de la BMW Technik GmbH^[39]: el BMW Z1. Un diseño descapotable con chasis monocasco de acero, cuya solución estilística más llamativa consistía en dos puertas retráctiles hacia abajo. Imitaba a las versiones tradicionales, con un motor de seis cilindros y ciento setenta caballos de potencia, que podía alcanzar los doscientos veinticinco kilómetros por hora. Se trataba de prototipos cuya vida a menudo no iba más allá, y en el mejor de los casos llegaban a la producción en serie. El nombre de este modelo, Z1, provenía de «Zukunft», cuya traducción al español era «futuro». Se comercializaría en una corta tirada de miles de unidades, y en caso de no prosperar, al menos serviría para inspirar nuevos rasgos y tecnologías para los posteriores modelos de calle.

Tenía pensado aprovechar esos días para pasar el tiempo libre con su padre.

—Ojalá pudieras venir, cuando le conozcas te va a gustar... y tú a él, de eso estoy seguro.

—Por como hablas de él debe ser una persona interesante.

—Lo es, y muy inteligente... Dicen que me parezco a él...

Maxi, que había desplegado toda la artillería pesada en mitad del salón, intervino para llamar nuestra atención.

—No paráis de hablar ¡y el ejército enemigo está entrando en el fuerte!

—Aquí el muchacho intentaba anotarse un punto diciendo que se parece a su padre.

—Yo también me parezco a papá, ¿verdad Elena?

—Tu padre no está mal, pero tú eres más guapo.

—Y seré tan grande como él —anunció poniéndose en pie y señalando con la mano hacia el techo.

—Lo serás, pero solo si te vas ahora mismo a dormir. Si no descansas no podrás crecer tanto como él.

De momento parecía haberle convencido y aproveché para avisar también a Anna de que había llegado la hora de despedirse de su amiga Cindy.

—¿Sabes, Elena? Por una parte estoy deseando tener vacaciones, pero por otra no, porque eso significará que ya te queda poco tiempo para marcharte —me comentaba Maxi mientras se subía a la cama.

—No seas tonto, Elena se irá de todas formas y las vacaciones son las vacaciones —oímos decir a Anna desde el otro extremo de la habitación.

—¿Ves?, tu hermana tiene razón, y podrás aprovechar para levantarte tarde y quedarte en pijama jugando hasta que se te antoje.

—¿Te digo un secreto, Elena? —preguntó cuando estaba a punto de marcharme.

—Dime, cariño.

—No me importaría levantarme temprano todo el año si te quedases con nosotros —dijo casi en un susurro.

Me acerqué a él y hablé bajito a su oído.

—Te voy a decir otro secreto: a mí tampoco me importaría quedarme. Y ahora a descansar, que tengas dulces sueños.

Había bajado la intensidad de la luz. Sonaba la música jazz que le gustaba oír a Harald; pero no era él sino Gerhard quien me esperaba con los brazos abiertos en medio del salón. Me acerqué y dejé que me abrazara, luego comenzamos a bailar lentamente.

—Te voy a echar de menos —dije sin apartarme de él.

—Yo también a ti, pero son solo dos semanas y hablaremos a diario. ¿Tardará mucho en llegar Ines?

—No creo, se fue temprano. ¿Por qué lo dices?

—Me muero de ganas de darte un beso, pero sé que te gusta mantener las distancias cuando estamos aquí.

—Eso era antes de... el suceso en la escalera —insinué con malicia.

Me miró contrariado.

—¿Suceso?

—¿Acto?, ¿episodio?, ¿escena?... como prefieras.

—Yo diría que fue un maravilloso encuentro de los que dejan orgasmos memorables.

—Suena bien.

—Habrá que repetirlo.

—Seguro, pero me temo que el escenario tendrá que ser otro.

—Ya se nos ocurrirá alguno.

Ines no tardó demasiado en llegar; se le veía contenta y sin ganas de irse a dormir. Nos quedamos los tres conversando hasta que salió el tema de Aileen. Muy a mi pesar, se había convertido en un asunto recurrente que yo

prefería empezar a olvidar.

—Menos mal que todo terminó y ya estás bien —concluyó Gerhard.

—Sí, menos mal, fuiste muy valiente —añadió Ines—. Recuerdo cuando te vi la primera vez, me pareciste tan frágil... Pero luego has demostrado tener una gran fortaleza física y mental. Si yo hubiera sospechado que me estaban siguiendo, me habría encerrado en casa; tú, en cambio, continuaste con tu rutina sin decir nada.

Temí mirar a Gerhard.

—¿Cómo que no dijo nada? —luego se dirigió a mí—. ¿Es que tú lo sabías?

Ines se dio cuenta inmediatamente de que había metido la pata e intentó arreglarlo, pero ya era demasiado tarde.

—No exactamente, se lo imaginaba. ¿Pero cómo iba a ocurrirle algo así?, esas cosas solo pasan en las películas.

—Nadie supone que le están siguiendo a no ser que haya visto algo.

Yo permanecía en silencio sopesando si decirle la verdad.

—Al principio solo eran sensaciones, pero luego tuve la certeza.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó de mal humor.

Ines no se atrevía a pronunciar una palabra.

—Se lo conté a la policía y me pidieron que no lo supiera nadie más. Temían por mi seguridad.

—Ya veo. Pues por poco no llegan a tiempo.

Era evidente que estaba molesto. Lancé una mirada a Ines y comprendió que prefería quedarme a solas con él. Se despidió de nosotros y subió a su habitación.

—Creo que yo también me voy.

Empezó a caminar hacia la puerta.

—Espera, Gerhard. Déjame que te explique.

—No hay nada que explicar, está claro que sigues sin confiar en mí.

—Gerhard, por favor — rogué en voz baja.

—¿Cuánto tiempo hacía que lo sabías?

—Una semana... no sé, no lo recuerdo exactamente. Todo era confuso y no quería preocupar a nadie.

—Tú y tus manías de no preocupar. ¿Te seguían también cuando estabas conmigo?

—Sí.

—Y a pesar de eso me lo ocultaste.

—Eso fue luego. Al principio pensaba que eras tú, por eso no tenía miedo y no te dije nada.

Habíamos llegado hasta el hall, pero se volvió al oír esto último.

—¿Qué quieres decir con que pensabas que era yo?

—Desde que te contaron lo de Alberto sabía que no confiabas del todo en mí y supuse que habías contratado a alguien para que me siguiera. Luego, cuando supe que tú no tenías nada que ver, la policía me dijo que lo mantuviera en secreto.

Me miró con impotencia.

—No puedo creer que después de todo este tiempo seas capaz de sospechar algo así de mí. Aquí hay algo que no funciona. Desde que te vi por primera vez he intentado protegerte, pero tú no has hecho más que alejarte de mí una y otra vez. Ya no sé qué hacer, Elena. Nunca confiarás en mí.

—Estabas mal por tu padre y cuando me llamaste no quise darte más motivos de preocupación.

—Adiós —se despidió saliendo a la calle.

—Gerhard, perdóname, he sido una tonta. Lo siento —dije siguiéndole.

—Ya es tarde.

Comenzó a subirse en la moto y antes de colocarse el casco me miró.

—Mañana me voy y me alegraré mucho de no verte ni hablar contigo. No me llames o te colgaré el teléfono. Dentro de dos semanas hablaremos.

Se aseguró el casco y tras poner en marcha el motor, se fue. Permanecí inmóvil viendo como se alejaba; lo hice incluso después de haberle perdido de vista.

Había pasado la tarde de aquel martes con mis amigas. El día anterior Ines me había mostrado su arrepentimiento por la inconveniencia de su comentario; yo la tranquilicé restándole importancia y le aseguré que a Gerhard pronto se le pasaría el enfado. Sabía que no sería así, pero ella no era culpable. Al llegar a casa me esperaba en el salón con su taza de descafeinado mientras los niños jugaban arriba.

—¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

—Elena, hay novedades —empezó sin preámbulos—. Como ya sabes, pensábamos viajar a Turquía a final de agosto, pero hoy hemos ido a hacer la reserva y ya no quedaban plazas para esa fecha, por lo que hemos tenido que adelantar el viaje. Nos iremos el diecisiete de agosto y regresaremos el treinta y uno.

—¡Vaya! —dije sorprendida.

—Sé que no era lo previsto, me gusta preparar las cosas con antelación, pero hasta hace unos días la policía no me ha dado libertad para salir del país. En cuanto a ti, todo sigue igual, puedes quedarte aquí hasta final de agosto como habíamos pactado.

—Me quedaría sola, y a lo mejor volvéis después de que me haya ido.

—Es posible, aunque existe otra opción. Aún no has sacado el billete de avión, ¿no?

—No, pensaba ir a final de mes.

—Si lo prefieres, puedes adelantar tu regreso, y así podremos darte una despedida como mereces —sonrió—. Serían solo dos semanas, y yo te abonaré el mes completo, por eso no hay problema.

Me quedé pensativa, la noticia me había cogido por sorpresa.

—Decidas lo que decidas a mí me parecerá bien. Lo siento, de verdad; sé que esto seguramente alterará tus planes, pero como bien sabes ha sido un año difícil para todos y ahora parece que poco a poco podemos pensar en otras cosas.

—Lo sé, y te entiendo, es solo que... En realidad no es tanto tiempo. Creo que me marcharé antes, no me atrae la idea de quedarme aquí sin vosotros.

—No tienes que decidirlo ahora, piénsalo tranquilamente.

—Eso haré, ya te contaré.

—Bien... Por otra parte quería que supieras que he empezado a salir con un compañero de trabajo.

Sonreí. Ella me miró con curiosidad.

—Ya lo había imaginado, además te veo más alegre.

—Poco a poco estoy consiguiendo olvidar a Harald. Siempre existirá entre nosotros el vínculo de nuestros hijos, además en ese aspecto no tengo ninguna queja, pero por lo demás...

—Te lo mereces, y por lo que veo has dejado de fumar de nuevo.

—Sí, y espero que esta vez sea la definitiva.

—Y también vuelves a preocuparte por tu dieta.

—¿Cómo lo sabes?, ¿si no como aquí?

—He empezado a ver de nuevo tu refresco de naranja.

—Ja, ja, ja. Eres muy observadora.

No le respondí, no era necesario. Cualquiera se habría dado cuenta viendo cómo iba dejando botellas abiertas por toda la casa, como en los buenos tiempos.

Decidí ir al día siguiente a comprar el billete, y me acompañó Almudena. Se lamentaba de que no podríamos volver a casa juntas. Yo también, aquel sería mi primer viaje en avión y además lo haría sola. En la agencia de viajes tuvimos que esperar cerca de una hora a que nos atendieran, estaban rebosados de trabajo. En el sur del país las vacaciones escolares se extendían desde principios de agosto hasta mediados de septiembre; con motivo de evitar aglomeraciones en cada zona se fijaban en distintas fechas. Cuando por fin nos tocó a nosotras, la empleada empezó a buscar un hueco en las apretadas listas de vuelos a España; para mediados de mes no quedaba nada, todo estaba prácticamente completo, a excepción del primer y el último día. Almudena me animaba a que me fuese con ella... Tenía que tomar una decisión, había gente esperando. Finalmente dejé a un lado mis dudas y saqué mi pasaje para el vuelo Múnich-Málaga del martes uno de agosto, dentro de trece días. Acaba de acortar en un mes mi estancia en Alemania.

El fin de semana nos reunimos en Marienplatz, sería mi última noche con lo que quedaba del grupo. La próxima en marcharme era yo, pero de manera progresiva también lo harían Pilar, Almudena y Carmen, que permanecería hasta mediados de septiembre. A pesar de las ausencias aquella fue para mí la mejor de las veladas. Solíamos ser más auténticos cuando veíamos cercano el final; supongo que porque dejaba de importarnos lo que los demás pensarán de nosotros ahora que ya no nos volveríamos a ver. Promesas de reencuentro hubo muchas, aunque todos sabíamos que el tiempo las terminaría borrando.

No sabría decir que fue lo que me atrajo hasta el bar de copas de Maximiliansplatz; aquel en el que había visto actuar al Bob Marley de tez blanca como la nieve. Les propuse ir allí con la excusa de que cada noche había buenas actuaciones, pero la realidad era que deseaba enfrentarme a los

malos recuerdos que me traía el lugar. Unimos varias mesas para acomodarnos todos. Un grupo irlandés no tardó en comenzar su interpretación, y acompañados de su violín, guitarra y flauta alegre hicieron sonar una relajante música celta. Cuando nos disponíamos a marcharnos noté que alguien me observaba desde la barra. Miré sin disimulo, ella también lo hacía; era Diana. Después de unos largos segundos sin que ninguna apartara la vista de la otra, continuó haciéndose arrumacos con su acompañante. Me dio la impresión de que lo hacía a propósito, quería que la viera. Lo normal habría sido tener algún tipo de resentimiento hacia ella, a fin de cuentas había sido la tercera protagonista de aquella nefasta noche, pero no fue así.

Alberto me propuso acercarme a casa. Dejamos primero a Pilar y luego continuamos camino hacia Solln. Me miraba de reojo.

—No he querido preguntarte delante de estos por tu príncipe azul. ¿Deja que te vayas, sin más?

—No sabe que me voy, al menos tan pronto. Está fuera, en un curso de la BMW, y no le he dicho nada. En realidad estamos... está enfadado conmigo y no quiere saber nada de mí hasta su vuelta.

—Habéis pasado más tiempo cabreados que bien.

—Amores reñidos son los más queridos... o algo así; como Anette y tú.

—También hay amores que matan. Y Anette y yo nos llevamos bien.

—Pues me alegro por vosotros...

—A lo mejor voy a visitarte algún día. Mi madre lleva varios años sin ir por Málaga y ya es hora de ir a ver a nuestros abuelos.

—Pues dame un papel que te anotaré mi dirección y mi teléfono.

—Mira por ahí delante, debe haber alguno.

Después de escribir mis señas, añadí en el medio folio:

Has sido el mejor amigo que ni en sueños habría imaginado encontrar

aquí.

Lo doblé en dos partes y lo guardé en el compartimento delantero.

—Debe ser larga tu dirección —sugirió mirándome durante unos segundos.

Sonreí.

—Sí, es un poco larga.

Al llegar a casa bajó del coche y me acompañó hasta la puerta.

—Bueno, Elena, este es el final.

—No hables así que me voy a poner triste.

—Anda, dame un beso —se inclinó y aproveché para rodearle con mis brazos. Él también lo hizo y permanecemos abrazados durante unos segundos. Cuando nos separamos caían dos lágrimas por mis mejillas—. ¡Eh!, no hay que estar tristes, es solo un hasta luego.

—Estoy un poco sentimental, eso es todo.

—Espero que las cosas te salgan como tú deseas, de verdad. Si vuelves por aquí, llámame o no te lo perdonaré —dijo sujetando mis manos.

—Si vuelvo alguna vez, no dejaré de hacerlo. Adiós, Alberto.

—Adiós, Elena. Hasta siempre.

Subí con cuidado la escalera y cerré tras de mí la puerta de mi habitación. Descorrí las cortinas y miré hacia la calle. Abajo, Alberto me miraba junto a su coche. Se despidió con la mano y el gesto risueño.

Los niños andaban excitados, esperaban con ansia las vacaciones y hacían preguntas sobre su viaje. No podía contarles mucho porque nunca había estado en Turquía, pero les aseguraba que lo pasarían en grande. Iban acompañados de una amiga de Ines, también separada, y de sus dos hijos de edades cercanas a Anna. Se trataba de un viaje organizado con estancia en un

hotel acondicionado con todo tipo de distracciones para los más pequeños.

Me había costado hacer que Maxi fuese a la guardería aquella mañana. Berta limpiaba las habitaciones y yo veía la televisión en el sótano, delante de la tabla de planchar. Había telefonado a mis padres para informarles de mi regreso anticipado; tendrían que ir hasta Málaga a recogerme, pero su alegría era tal que habrían venido a Alemania si se lo hubiera pedido.

Cuando Berta terminó su faena y le dije que sería la última vez que nos veríamos, empezó a llorar. Las lágrimas inesperadas de aquella mujer me conmovieron, no imaginaba que hubiera llegado a tomarme tanto cariño. Seguramente yo también a ella, solo que en mi caso las despedidas se estaban convirtiendo en algo habitual. Aunque por más que lo intentaba no conseguía imaginar el momento en que diría adiós a Gerhard definitivamente; era como si me negara a visualizar nuestra separación. Me habría gustado creer que aquello tenía algún significado esotérico, pero para bien o para mal solo confiaba en lo que veían mis ojos. Habían pasado diez días sin saber nada de él y su ausencia empezaba a ser insoportable. A pesar de todo debía ser justa; si yo no era capaz de confiar en él, no podía pedirle que apostara por lo nuestro.

Desde que había visto a Diana el fin de semana no había dejado de darle vueltas a una idea. Como norma siempre intentaba actuar de la forma correcta y hacer lo que se esperaba de mí, pero las veces que me había saltado la regla no me había ido mal. Ahora que estaba a punto de abandonar este país debía darme la oportunidad de seguir mi instinto, y éste me decía que tenía que hacer algo. Esa tarde me quedaría en casa con Maxi, pero al día siguiente lo intentaría, me lo debía a mí misma.

Era jueves, veintisiete de julio, ahora o nunca. Tras conseguir la dirección y el teléfono había llamado para saber si aquella tarde se encontraría allí. Me

deseaba suerte a mí misma, la iba a necesitar; un poco o mucho de humildad y grandes dosis de sinceridad eran las únicas armas con las que contaba para conseguir mi propósito. Al doblar la esquina contemplé un antiguo edificio rehabilitado al que se habían incorporado elementos constructivos modernistas. Su magnífica portada con dos cuerpos recordaba la grandiosidad de otra época. El hall de entrada estaba presidido por un robusto muro de piedra en el que se podía leer: Fundación Borguese de Arte Contemporáneo.

Sin permitirme la más mínima duda me dirigí a la recepción, donde una estilizada mujer de mediana edad me miró tras unas lentes de estilo retro.

—¿La señorita Diana Borguese, por favor?

—¿Tiene usted cita?

—No.

—En ese caso me temo que no podrá atenderla. Puedo darle cita para la próxima semana.

—Para entonces no estaré aquí, me marcho a España en un par de días... Lástima, estaba muy interesada en verla... Si fuera tan amable de anunciarme... es posible que tenga un hueco y pueda recibirme, dígame que no la entretendré.

—Está bien. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Elena Morey.

—Puede sentarse si lo desea —propuso indicándome una escultura de mármol en la que después de mirar con atención, descubrí un banco que parecía formar parte de la propia figura.

Observé como hacía una llamada notificando mi presencia. Durante unos segundos se mantuvo a la escucha; finalmente colgó el aparato y se dirigió a mí.

—La señorita Borghese está ocupada en este momento, pero si no le importa esperar en unos minutos podrá atenderle.

Le agradecí el gesto y mirando hacia el interior de lo que debía ser una exposición, pedí permiso para pasar.

—Adelante, pase usted.

La extensa nave rectangular estaba dividida por paneles murales donde se exponían varias series de obras de gran formato. El viejo suelo de piedra se veía especialmente desgastado en un lateral de la sala, formando lo que podría haber sido un antiguo pasillo que en la actualidad no llevaba a ningún sitio. Unas cuantas personas observaban las pinturas con detenimiento, mientras que otras se paraban ante las originales esculturas de reducido tamaño que salpicaban el pasillo central. Pensé en lo que estaba a punto de ocurrir. Me había preparado lo que le diría, aunque estaba convencida de que cuando estuviese frente a ella no sería capaz de reproducir nada de aquello, al menos, no como lo había imaginado. En otra tesitura me habría dedicado a recorrer la sala y disfrutar de su contenido, pero me encontraba demasiado tensa como para poder valorarlo; de modo que tras dar un improductivo paseo, regresé de nuevo al banco de la entrada y esperé. No podría decir con exactitud cuánto tiempo permanecí allí sentada; empezaba a parecerme una eternidad cuando la recepcionista se acercó a mí.

—Si es tan amable —dijo con cortesía y comenzó a caminar mientras la seguía.

Al llegar a los ascensores me indicó que en la segunda planta preguntase de nuevo en el mostrador. En esta ocasión una mujer más joven me hizo pasar a una diminuta sala de espera. Temí perpetuarme en el edificio, pero inmediatamente se abrió la única puerta y apareció Diana. No pareció ni mínimamente sorprendida al verme. Su rostro serio mostraba curiosidad; supuse que aquél había sido el único motivo por el que había accedido a recibirme. No dijo nada, se limitó a mirarme. Sabía que no me lo iba a poner fácil.

—Hola Diana —saludé poniéndome de pie. Al ver que no respondía decidí continuar—. Imagino que te extrañará mi visita, y lo primero que pasará por tu mente será decirme que no tienes nada que hablar conmigo; pero te agradecería que me dedicases unos minutos, para mí es muy importante.

—No sé qué puedes querer de mí, pero está bien, pasa —resolvió indicándome el interior de su despacho.

Se trataba de una habitación fría e impersonal, donde la única licencia afectiva que se había permitido era una foto familiar en la que aparecía sonriente junto a Andrea y un cachorro de golden retriever. Tras colocarse detrás de su despejada mesa de trabajo me indicó que tomase asiento. Su vestuario, profesional donde los hubiera, consistía en chaqueta de color grisáceo con botones negros, blusa blanca y falda negra. A pesar de no llevar apenas tacón, era bastante más alta que yo. Nunca la había tenido tan cerca, pero ahora con lo que ya sabía encontré en ella algunos rasgos de su tío, aunque su piel tan blanca hiciera difícil imaginar su parentesco.

—Tú me dirás —comenzó en tono neutro rompiendo el denso silencio.

Era consciente de que su reacción dependería principalmente de mis primeras palabras, por lo que debía escoger las más adecuadas.

—No voy a andarme con rodeos, Diana. Lo único que tenemos en común no es precisamente algo amistoso, pero intentaré hacerme comprender. Como ya sabes tengo una relación con Gerhard desde hace unos meses, y en pocos días me marcharé de nuevo a España. No querría irme sin saber exactamente qué es lo que he vivido todo este tiempo. Cuando te vi por primera vez hablando con él en el Club P1 quise saber qué era lo que había entre vosotros; nunca ha sido mi intención romper nada que él pudiera tener con otra. Me dijo que estuvisteis juntos durante un año, pero que ya habíais terminado. No volvimos a hablar de ti hasta... después de su cumpleaños.

Hice una pausa para comprobar cuál era su actitud, y al menos me escuchaba con atención.

—Durante estos meses ha habido muchas dudas y falta de confianza por las dos partes. En cierta ocasión Alfred, vuestro amigo, me advirtió de que Gerhard era un mentiroso y que acostumbraba a utilizar a las mujeres sin la menor intención de compromiso con ninguna. Pensé en dejarle, pero la forma en que se comportaba conmigo no se correspondía con lo que me había contado, de manera que continuamos. Luego supe lo que ocurrió entre vosotros la noche de su cumpleaños, pero decidí perdonarle. Posiblemente cuando me vaya todo se terminará, pero necesito conocer la verdad, por dura que ésta sea, y saber de una vez por todas si os habéis seguido viendo, porque si es así me retiraré sin hacer ruido.

Me había oído pacientemente, pero su rostro era infranqueable. Hubo un largo silencio que habría deseado rellenar con más argumentos, pero comprendí que nada de lo que pudiese añadir haría cambiar su postura.

—¿Has terminado? —preguntó finalmente.

—Creo que sí.

—Entonces, si no te importa, estoy muy ocupada; por lo que te agradecería que te marchases —dijo poniéndose en pie.

Había tropezado con un muro. No podía hacer nada más aparte de irme de allí con la satisfacción de haberlo intentado. Decepcionada, me levanté del asiento que por tan poco tiempo había ocupado y comencé a caminar hacia la puerta. La abrí, pero antes de salir me dirigí de nuevo a ella.

—Sé que has debido de quererle mucho e imagino que lo has tenido que pasar mal. Para ti no seré más que una extraña que se ha entrometido y ha terminado fastidiando lo que había entre vosotros. Si ha sido así, lo siento, créeme. Todos hemos sufrido, incluido Gerhard, lo sé. A pesar de que me vaya de esta manera, no eres mi enemiga, ni siquiera una rival, solo una

mujer que se enamoró de la persona equivocada, supongo que igual que yo.

Salí al hall y tras ver como la recepcionista me miraba con indiferencia, presioné el botón del ascensor. Tardó bastante en llegar, al subir había comprobado que se movía con lentitud. Ya en su interior, mientras esperaba a que se cerrase la puerta, apareció de repente Diana y con paso ligero se colocó a mi lado. Comenzamos a descender.

—De acuerdo, tal vez tengas razón —comenzó—. No quiero que pese sobre mi conciencia algo de lo que no estoy orgullosa. Efectivamente, cuando nos viste hablando aquel día todo había terminado entre nosotros, pero yo no lo quería aceptar. He intentado de todas las formas posibles que lo vuestro fracasase, pero una y otra vez lo habéis superado. La noche de su cumpleaños fui consciente de la realidad; Gerhard te quería a ti, era así de simple, y debía abandonar de una vez aquella obstinación que me había llevado a hacer cosas imperdonables. Vi vuestra foto en la mesilla, tus cosas en el armario, tu ropa, tu maquillaje... Él estaba dormido, había bebido mucho y me pidió que me fuera. Me hizo sentir mal, entré en el baño y vi tu cepillo de dientes junto al suyo... Nunca, en más de un año que estuvimos juntos, me mostró el menor interés en que dejara nada mío en su casa. No sabía de qué me sorprendía, ya le había visto con anterioridad como te miraba, ojalá me hubiese mirado a mí así...

El ascensor había llegado a la planta baja y estábamos al comienzo de la gran sala. No había nadie cerca. Yo me limitaba a oír sin poder creer del todo su repentina franqueza.

—Le odié en aquel momento, pero luego comprendí que yo me lo había buscado por querer forzar algo que no existía más que en mi imaginación. Él nunca me había mentado, jamás me hizo creer lo que no era; todo lo contrario, fue honesto desde el principio. Gerhard no es como te han hecho creer, tal vez su sinceridad le haga parecer a veces presuntuoso, pero es tal

cual, no esconde nada. Eso y todo lo demás que tú bien conoces fue lo que hizo que me enamorase de él y estuviese tan ciega de no darme cuenta de que no era correspondida, al menos no como hubiera querido.

—Pero Alfred...

—Ten cuidado con él, no es lo que parece. Te ha estado mintiendo, a ti y a él. También a Gerhard le ha hablado mal de ti y ha intentado ponerlo en tu contra.

—¿Por qué?, no lo entiendo.

—Yo pensaba que era para ayudarme a recuperarlo, a fin de cuentas ya era amigo mío antes de que Gerhard llegase a Múnich; pero me he dado cuenta de que solo lo hacía por su propio interés.

—¿Qué ganaba él separándonos?

—Alfred es pintor, no se dedica a otra cosa y pretende vivir de ello. Mi tío es promotor y mecenas de artistas noveles, y quería que lo patrocinase. Intentó que yo intercediera por él, y qué mejor forma de conseguir mi apoyo que ayudándome a lograr lo que yo más deseaba. He sido una estúpida, confié en su amistad, pero me he dado cuenta de que todo era mentira; solo le importaba su jodida carrera.

—Entonces lo que me dijo sobre Gerhard no es cierto.

—No, todo estaba preparado. Te haría creer que había utilizado a sus otras parejas para que te distanciaras de él, pero no lo hiciste. Luego concebimos un plan para el día de su cumpleaños: Gerhard se había sincerado con él y sabía que tenía celos de tu amigo médico, ése era su punto débil y lo utilizó. Os había visto juntos y se inventó todo lo demás; sabía que cuando se lo contase a Gerhard reaccionaría. Luego te llamó para decirte que saldría tarde del trabajo y no acudiría a la fiesta, pero no era cierto, y allí estaría yo para acompañarle a casa. Le tenías preparada una sorpresa y nos verías llegar juntos, pero nada salió como habíamos imaginado, no como yo esperaba.

Parecía pensativa... Alzó la barbilla y respiró hondo. Luego continuó.

—Por eso sé que él te quiere, después de todo esto sigue enamorado de ti. Se lo ha confesado a Alfred y éste se ha dado prisa en comunicármelo como último intento por quedar bien conmigo; pero ya es tarde, ha estado jugando con los tres.

En ese momento un grupo de personas se acercaba a través del pasillo central.

—Tengo que marcharme, me esperan.

—No te entretengo más. Gracias, Diana.

—¿Me das las gracias después de todo lo que te he contado?

—Precisamente por eso... Una última pregunta, ¿qué piensa tu tío sobre su pintura?

Me miró con expresión burlona durante unos segundos.

—Que es una pueril copia pretenciosa en papel para matar moscas.

Había avanzado unos pasos cuando se giró dirigiéndose a mí de nuevo.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Yo también sé cosas de ti —respondí guiñándole un ojo.

Me dedicó una sonrisa y caminando erguida, desapareció entre la gente.

Estaba agitada cuando salí a la calle. Había entrado en estado de euforia y necesitaba exteriorizarlo de alguna manera. En ese momento me sentía capaz de todo. Habría deseado ir a casa de Gerhard y abrazarle hasta que se me acabaran las fuerzas, pero me temía que tendría que descargar mi adrenalina de otra forma... ¡Alfred! Todo mi sufrimiento, el de ambos, había sido en vano y él era tan responsable como Diana, o quizá más. No le había importado traicionar a su amigo con tal de conseguir su fin. Sin pensarlo dos veces dirigí mis pasos hacia la galería de arte donde le vi por primera vez; aquel era el único lugar donde se me ocurría buscarle. Recordé que me había

dicho que expondría en verano. Cuanto más me aproximaba más repugnancia sentía hacia él, pero debía canalizar mi rabia de la mejor manera posible. No podía aparecer allí sin más, y luego ¿qué? A pesar de ello continué, y al llegar encontré la sala cerrada. Había gente trabajando dentro. Entonces vi el cartel; su exposición se inauguraba al día siguiente por la tarde.

Esa noche me costó dormir, no conseguía tranquilizarme. Por la mañana mi primer pensamiento fue hacia Gerhard, en estos días podía haber tomado una determinación. Tenía que contárselo todo, mi descubrimiento aclaraba muchas cosas y él debía conocer la verdad. Imaginaba su reacción, lo ansiaba tanto que no podía esperar hasta el lunes a su regreso. Busqué la agenda donde tenía anotado el teléfono de su padre y marqué, pero inmediatamente colgué. No podía hacerlo, había dicho que no quería hablar conmigo y ni siquiera me daría opción a explicarme. Volví a guardarla en el cajón y llevé a Maxi a la guardería.

Mirándome en el espejo daba un último repaso a mi aspecto. El original vestido para eventos especiales que Gerhard me había regalado era perfecto para la ocasión. También lo eran sus pendientes de brillantes y los zapatos de tacón que en cierto momento se había propuesto que llevase. Sonreí, se podía decir que era «la versión Gerhard de Elena», y me habría gustado que pudiera verme; en cierta manera estábamos representados ambos. Había estado practicando toda la tarde, nunca había hecho algo así y debía realizarlo de manera contundente y sin dudar. Utilicé el perfume que Ines me regaló en Navidad y me esmeré en el peinado. Se podía decir que estaba preparada, al menos de manera física; mi mente la prepararía durante el camino.

Era curioso cómo la gente le prestaba a uno más o menos atención dependiendo del aspecto que llevase. Cuando el bien vestir y la elegancia se

imponían, no solo se conseguía atraer las miradas masculinas, también notaba cómo las mujeres me observaban. Me sorprendió que incluso me cedieran el asiento en el metro, tal vez quien lo hizo pensaba que con aquellos tacones no podría resistir mucho tiempo de pie. A lo largo del recorrido pensé en volverme a casa en más de una ocasión, pero sabía que luego me arrepentiría. Era una de las últimas noches que pasaba en aquel país, una preciosa y cálida noche de verano que había imaginado muy distinta, pero las circunstancias me habían llevado hasta allí. Ya casi estaba llegando; respiré hondo y me dije a mí misma: «Por nosotros, Gerhard».

Podía ver la luz a través de los grandes escaparates de la galería, como la primera vez. Era el momento perfecto, el evento se encontraba en todo su apogeo. Al pasar al interior varios camareros discurrían con sus bandejas ofreciendo bebidas a los asistentes. Con la cabeza bien alta crucé entre los corrillos de esnobs que en esta ocasión ya no me intimidaban. No era la chica en vaqueros a la que una vez miraron con suficiencia, hoy podía encajar perfectamente en su círculo. Miré alrededor; tenía curiosidad por esa nueva versión impresionista que él mismo había calificado como «más subjetiva». Efectivamente se trataba de algo que a los ojos de un neófito podía parecer novedoso, pero entonces recordé la opinión de Andrea. Cuando me encontraba en mitad de la sala, le vi; era el centro de atención de un pequeño grupo que reía sus bromas. Me acerqué hasta ellos; uno de los hombres que sonreía con una copa en la mano, se hizo a un lado tras mirarme de arriba abajo. Alfred se sorprendió al verme.

—¡Elena!, ¡has venido! —se le notaba incómodo.

—Por nada del mundo me perdería tu nueva apuesta. No imagino con qué rebuscada invención nos vas a sorprender —añadí con ironía— ¿No vas a darme un beso?

—¡Cómo no! —dijo acercándose a mí sin la menor gana. Se inclinó

ligeramente.

Entonces lo hice. Cerré mi puño y con un leve retroceso cogí fuerza para asestarle un puñetazo en su cara encendida por el sol. Utilicé todas mis fuerzas, y al hacer impacto noté como su cabeza cedía ante el golpe. Fue sonoro, no lo había esperado. Nunca olvidaré la expresión de su rostro maltrecho, mezcla de confusión y dolor. Después de algunas voces de desconcierto, el silencio imperó en el salón. Alfred, con la mano sujetándose la mandíbula, estaba paralizado.

—Espero que en otra ocasión te lo pienses antes de traicionar a tus amigos, que por cierto no los mereces —y mirando alrededor con desagrado, continué—. Me pediste que viniera para darte mi opinión; pues bien, lejos de la genialidad y rebeldía que pretendes demostrar alejándote del academicismo, te diré que todo esto no es más que una pueril copia pretenciosa en papel para matar moscas.

Entonces me dirigí al resto que permanecía sin salir de su asombro.

—Si quieren admirar verdadero arte, salgan de aquí y búsquenlo en otro sitio.

Caminé hacia la salida ante la mirada atónita de los invitados. Bajé los escalones y crucé la puerta de la calle. Debía continuar fingiendo hasta desaparecer por completo de su vista, y cuando estuve lo suficientemente lejos, me detuve y cerré los ojos por el dolor. No podía mover la mano, la notaba entumecida; pensé que seguramente me habría roto algo. Respiré hondo e intenté tranquilizarme, debía haber supuesto que no iba a ser lo mismo que golpear el cojín de mi habitación. Aunque, después de todo, no había estado tan mal; objetivo conseguido. Ahora estaba preocupada por mi mano, empezaba a ponerse morada. Me obligué a moverla y comprendí que los huesos estaban en su sitio, de lo contrario no conseguiría abrir y cerrar los dedos como lo estaba haciendo. Eso sí, necesitaba un calmante urgentemente.

Busqué una farmacia abierta y les expliqué que me había dado un golpe. Me aconsejaron una pomada y un analgésico antiinflamatorio. Les pedí un poco de agua y allí mismo me lo tomé. En mi plan para esa noche había incluido celebrarlo si todo iba bien, pero la verdad era que solo pensaba en llegar a casa. Después de ponerme el pijama y retirar el maquillaje, embadurné mi mano con la pomada y busqué un vendaje.

Gerhard, ¿por qué no me llamabas?

—¡Estás loca, Elena! ¿Cómo se te ocurrió hacer algo así? —preguntaba Carmen desconcertada tras cortar con las manos un trozo de Bretzel.

Les había contado a mis amigas mi visita a la fundación de Andrea y la conversación con Diana, además de mi aventura de la noche anterior. Era sábado y tomábamos unas cervezas en el Biergarten de Chinesischer Turm. Unos chicos tonteaban con nosotras desde lejos.

—Desde luego no podrás decir que te han quedado cosas por hacer este año —comentaba Almudena mientras los observaba tras sus gafas de sol—. ¿Habéis visto al de la camisa blanca?, es una monada.

—Sí, muy mono, pero a mí ya no me queda tiempo.

—A nosotras sí —replicó Almudena con descaro.

—Pues creo que deberías telefonear a Gerhard y contárselo, o lo vas a tener que hacer desde España —opinó Carmen.

—Ella sabe manejarlo, no te preocupes.

—Oye, ¿qué ha sido de Adler? —quiso saber Pilar.

—Es un capullo, no quiero ni nombrarlo.

—Entonces, ¿habéis terminado?

—Totalmente, prefiero estar sola este mes; o con el de la camisa blanca...

Carmen permanecía atenta mientras masticaba con ansia el último pedazo de Bretzel.

—Pues a mí me gusta el moreno de la camiseta roja.

—Tienes hambre, ¿no? ¿Te acompaño a por algo de comida? —dije tras beber de la jarra que compartía con Almudena.

—No puedo, tengo que adelgazar antes de volver; este invierno no he parado de comer.

—A mí me ha pasado lo mismo, debe ser por el frío... o la ansiedad... No sé —convino Almudena.

Pilar asentía desde el otro lado de la mesa.

—Pues a mí el otro día me hicieron daño los quesitos estos que vienen en porciones.

—¡Uf!, esos son muy pesados, a mí no me gustan nada.

—Lo malo es que me comí una caja entera.

Las tres nos miramos.

—¿Cuántos vienen en la caja?

—No lo sé, creo que unos diez.

—No, son dieciséis —replicó Almudena—. Bueno, depende de la marca.

—¡Joder, Pilar! ¿Cómo no te vas a poner mala?

—Ya lo sé, son muchos, pero me encantan; mejor dicho, me encantaban, ahora me dan asco.

—No me extraña —rio Carmen.

—Chicas, voy un momento al aseo —dijo Almudena de repente.

—Y entre nosotras y el aseo se encuentra el de la camisa blanca, ¿no? —insinué con malicia mientras la veía atusarse el cabello.

—No tengo culpa de que esté en medio.

Amaneció nublado y con un viento que no presagiaba nada bueno. Faltaban cuarenta y ocho horas para mi partida. La noche anterior había estado haciendo las maletas y a pesar de todo lo que había enviado por

correo, me costó cerrarlas. Entre los regalos que había comprado para mi familia, llevaba varias cajas de especialidades de Mozart Pasteten; unos pasteles de praliné y *nougat*, rellenos de mazapán, avellanas y pistachos. No había podido resistir a la tentación de empezar una caja que había terminado en los últimos días. Me encontraba nerviosa, quedaba muy poco tiempo y lo que más me importaba estaba aún en el aire. Si permanecía en casa corría el riesgo de coger una indigestión, de modo que me vestí y acudí al lugar donde nos veríamos con los chicos del Biergarten. Almudena había regresado del servicio acompañada de dos de ellos.

No sirvió de nada, era absurdo fingir un interés que no tenía. Pasé con ellos un rato y luego me dirigí a casa de Gerhard. Sabía que no estaría, era domingo y hasta el día siguiente no regresaba de Frankfurt. Utilicé la llave que aún guardaba y pasé al interior. El silencio me hizo sentir bien. Lentamente fui recorriendo las habitaciones donde solíamos estar juntos; con detenimiento, como si pudiera impregnarme de los momentos pasados entre sus paredes, de su olor, de su innegable presencia a pesar de estar lejos de allí. Había pensado llevarme mis cosas, pero luego decidí que en realidad no las necesitaba; la mayoría eran regalos suyos y si no iba a estar con él, me sobraban. Puse música, lo que me disponía a escribir sería largo. Al buscar unos folios entre sus cosas encontré un libro y un cuaderno de ejercicios de un curso de español. El cuaderno casi lo había terminado. Enseñaba conceptos prácticos que se complementaban con varios casetes de pronunciación que no encontré. Ahora comprendía sus avances, había estado estudiando sin que yo lo supiera. Sonreí, nunca dejaría de sorprenderme. Tras sentarme cómodamente ante las hojas en blanco, comencé con lo que sería mi carta de despedida.

Tenía mucho que narrarle, pero deseaba ser concisa y clara a la vez; así pues, comencé por el principio, por la noche navideña en que su amigo

Alfred me advirtió sobre él. Esperaba que de esta forma comprendiera el motivo de mi desconfianza. A continuación le reproduje casi literalmente mi conversación con Diana y lo que ambos habían tramado desde el principio con el fin de separarnos. También el plan trazado para la noche de su cumpleaños. No omití nada, excepto la apreciación subjetiva de ella sobre que estaba enamorado de mí. Para finalizar, le expliqué con detalle cómo me vestí y preparé para acudir a la exposición de pintura y lo que allí ocurrió:

...

Lo hice por nosotros y no me arrepiento, a pesar de tener desde entonces la mano vendada. Para tu información, mi puñetazo le dolió y mucho, en la cara y en su orgullo.

Aunque he intentado que no te dieras cuenta, creo que sin mucho éxito, te quiero, como nunca he querido a nadie. Me enamoré de ti desde nuestro primer beso tras aquel baño frío en la sauna. ¡Qué le voy a hacer, soy una sentimental!

Ahora que me quedan pocas horas aquí no querría irme nunca de tu lado. Pero si no volvemos a estar juntos al menos me gustará saber que lo vivido en estos meses ha sido verdadero, y nuestros sentimientos reales.

Pase lo que pase nunca te olvidaré.

Elena.

P.D.: Por diversos motivos he tenido que adelantar mi regreso a España. Mi vuelo sale este martes a las once de la mañana.

Antes de marcharme miré por última vez nuestra foto y me sobrevino una oleada de emociones encontradas: no me había equivocado respecto a él, era una persona íntegra cuyo comportamiento conmigo había sido irreprochable... pero me lamenté de que fuera demasiado tarde. Dejé la llave

junto a la carta, y con serenidad, salí de la casa.

Aquella mañana todos andaban excitados, era el último día de clase para los niños y también para Ines. Me habían advertido de que no preparase comida, y al mediodía me llevaron a un bonito restaurante de las afueras. Fueron las últimas horas que pasé junto a los chicos; cuando llegamos a casa los esperaba Harald para llevárselos unos días. Creo que Ines lo dispuso de esa manera para evitar escenas al día siguiente, en particular por Maxi. Era consciente de que se había encariñado conmigo e intentó manejar la situación con la mayor naturalidad. Ya en la puerta, Maxi se agarró a mí con fuerza.

—Adiós, Elena.

—Que disfrutes de tus vacaciones, pequeñín. Y compórtate bien, que tú sabes hacerlo —dije conteniendo el nudo que me apretaba la garganta.

—Ya no soy tan pequeñín, ayer nos medimos y he subido varios centímetros.

—¡No seas exagerado! —protestó la hermana—. Un par de ellos como mucho... Adiós, Elena —dijo desde el camino—. Me alegro de haberte conocido, después de todo no ha estado tan mal, incluso diría que ha sido guay.

—¿No me das un beso?

Se acercó hasta mí y me besó, aunque sin demasiado entusiasmo.

—¡Elena! —gritó Maxi antes de subir al coche—. Me ha dicho mamá que a lo mejor vuelves por aquí; espero que vengas a visitarnos.

—Así lo haré, puedes estar seguro.

Harald me deseó buen viaje desde el coche. Apenas había cruzado un par de frases con la que aún era su mujer. Luego se marcharon. Ines y yo pasamos el resto de la tarde en el jardín hasta que oscureció. El olor a jazmín me recordó el día de mi llegada y los interrogantes de entonces sobre lo que

estaba por venir. Ines trató de darme ánimos.

—Has hecho lo que estaba en tu mano. Ahora debes estar tranquila, lo que tenga que ser, será. No se deben forzar las cosas porque al final todo regresa al lugar que le corresponde. Piensa en que vuelves a casa con los tuyos y alégrate; el futuro es incierto, créeme.

Eso fue lo que intenté hacer. Había esperado durante todo el día su llamada, incluso que apareciese de repente por casa, pero no lo hizo. Antes de acostarme hablé con mis padres y quedamos en vernos al día siguiente. Me resultaba extraño, hoy estaba aquí en la que había sido mi habitación durante los últimos once meses y mañana dormiría a más de dos mil kilómetros en mi cama de toda la vida. Pensando en ello y en mucho más, caí en un profundo sueño.

Desde bien temprano estaba en casa Almudena. Con las vacaciones de los niños su horario había cambiado y quiso acompañarme. Me ayudó a terminar de recoger mis cosas y entre Ines y ella bajaron mis maletas; aún no podía hacer esfuerzos con la mano. No había tenido más remedio que decirle a Ines la verdad de lo ocurrido, cualquier mentira habría resultado poco creíble. A ella le pareció divertido y se lo contó a los niños, y por unos instantes me convertí en su heroína. Desayunamos las tres juntas y nos pusimos en camino; Ines nos llevaría al aeropuerto.

Aún no habíamos salido de la ciudad cuando de repente empezó a salir humo del cenicero del coche.

—He dejado de fumar, lo prometo —se apresuró a decir—. Alguien debe haber metido una colilla sin apagar... Será solo un momento.

Paró a un lado y salió del coche con el recipiente humeante y lleno.

—No te lo pierdas, lo está volcando en una papelera. ¡Va a salir ardiendo!
—comentaba Almudena desde el asiento de atrás.

—Lo que no entiendo es cómo ha empezado a arder de pronto.

—Una de dos, fuma a escondidas o el novio lo hace por los dos. ¿Has visto la cantidad de colillas?

—No me extrañaría que no lo hubiese vaciado en meses.

En ese momento entraba de nuevo. Se le veía contrariada.

—No te preocupes, Ines, vamos con tiempo suficiente —dije intentando calmarla.

—Ya está, solo espero que no salga ardiendo la papelera.

No quise mirar hacia atrás, pero imaginaba la cara de Almudena.

Al llegar al aeropuerto fuimos juntas a facturar las maletas y luego Ines se despidió.

—Bueno, Elena, llegó el momento. Espero que tengas un buen viaje y saluda a tus padres de mi parte.

—Gracias por tu apoyo en los momentos difíciles. Gracias a las dos —dije mirando de reojo a mi amiga— no me he sentido sola y los ratos malos han sido más llevaderos. En cuanto a los buenos, me los llevo conmigo bien guardados.

—Este ha sido un año de altibajos... en mi caso más bajos que altos —sonrió—. Pero lo importante es haberlos superado y estar hoy aquí. Y no hay nada que agradecer, tú también me has ayudado y te has llevado muy bien con los niños, que para mí es muy importante.

—Claro que sí —convino Almudena—. Tenemos que estar alegres, para nosotras ha sido toda una experiencia y muy positiva.

—Me dijiste que te ibas a quedar, ¿no es así? —quiso saber Ines.

—Sí, hoy tengo tiempo libre y la acompañaré un rato más.

—Bien, pues entonces me marcho y os dejo despediros, que tendréis mucho de qué hablar... Escíbeme, no te olvides de nosotros.

—Eso nunca.

Ambas nos abrazamos.

—Buen viaje.

Permanecemos en silencio viéndola marchar.

—Parece buena persona —comentó mi amiga.

Yo la seguí con la vista hasta que desapareció.

—Lo es.

Nos dirigimos al control de pasajeros.

—Supongo que no has tenido noticias de él.

—Supones bien. Intento no pensar, pero la verdad es que no hago otra cosa desde que me desperté. No dejo de mirar a todas partes esperando a que aparezca.

—¿Y si no ha visto tu carta?

—Me aseguré de dejarla bien a la vista.

—A lo mejor no ha vuelto aún; tampoco te dijo exactamente el día que regresaba.

—Sí que me lo dijo, llegaba ayer... seguro.

—¿Sabes una cosa?, tampoco estáis tan lejos. A lo mejor cualquier día va a verte; fíjate en Alejandro, ¿recuerdas?

La miré fijamente durante unos segundos con la sonrisa forzada. Habíamos llegado y nos pusimos en la cola. Cuando solo quedaban un par de personas delante de mí, me volví hacia ella.

—Ahora nos toca a nosotras despedirnos.

—No me mires con morriña que en un mes nos vemos. Ahora a ver qué hago yo este tiempo aquí sola.

—No creo yo que te quedes tan sola... ¿Y el del otro día?, ¿cuál era su nombre?

—Me ha dado su número de teléfono, a lo mejor le llamo.

—No te aburrirás, seguro. Bueno, me voy.

Nos abrazamos durante unos segundos.

—Escríbeme y me cuentas cómo te va —dije dirigiéndome hacia el control.

—¡Hecho!, ¡y tú también! —gritó al lejos.

La sala de espera más próxima a la puerta de embarque estaba a rebosar; ahora comprendía la dificultad para conseguir billete. En su mayoría se trataba de viajes familiares. Cada vez que sonaba la megafonía ponía toda mi atención, no se oía bien y temía despistarme. Para mí todo era nuevo y la tensión que esto me creaba hacía que me olvidase por momentos de Gerhard. Me decía a mí misma que era una ilusa; me encontraba en una zona restringida donde solo se permitía el acceso a los pasajeros y no hacía más que mirar hacia el fondo del pasillo. Intenté concentrarme en el encuentro con mis padres, ya quedaba menos. Finalmente notificaron la salida y un aluvión de personas se apresuró a formar cola. Yo hice lo mismo y preparé la tarjeta con la documentación. Después de un tiempo de espera, comenzamos a avanzar. Miré por última vez hacia atrás antes de pasar por el mostrador y luego emprendí el largo camino hasta el avión. Al subir la escalerilla, un miembro de la tripulación consultó mi tarjeta y me indicó el pasillo. El chico que iba delante de mí me ayudó a colocar la bolsa en el compartimento; entretanto la gente iba y venía situándose en sus respectivos asientos. Llegado el momento de despegar, la azafata nos informó de que debíamos colocarnos los cinturones de seguridad. Presa de mi afán por mirar al exterior, me inclinaba con impaciencia hacia la ventanilla. El hombre que ocupaba el asiento que yo habría deseado, me habló por primera vez.

—Veo que le gusta echar un vistazo... siéntese aquí, le cedo mi sitio. A mí me da igual.

—Muchas gracias, pero no se moleste.

—No es molestia, de hecho prefiero no mirar. No me gusta volar, ¿sabe?

—En ese caso...

Nos cambiamos y nos ajustamos los cinturones. Arrancaron los motores y comenzamos a desplazarnos. El avión empezó a acelerar y noté como el señor a mi lado se ponía tenso. Apreté mis manos sobre los brazos del sillón y me dejé llevar por las sensaciones. No sentí miedo, tenía tanto dolor dentro que no había cabida para nada más. Alcanzamos la altura necesaria y dimos un giro pronunciado: allí abajo estaba Múnich, la ciudad que me había enamorado. Posiblemente nunca volvería, pero estaba segura de que siempre la recordaría. Sin poder retenerlas por más tiempo, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos.

Habían dado permiso para desabrocharnos los cinturones y las azafatas empezaban a moverse a lo largo del pasillo. De repente, una de ellas se acercó a mí.

—¿La señorita Elena Morey? —preguntó con ese tono amable que manejaba con desenvoltura.

—Sí —respondí intentando secar mis lágrimas con disimulo.

—Esta carta es para usted.

Luego, y con la misma actitud, se dirigió al hombre que me había cedido el sitio.

—Caballero, ya se puede desabrochar el cinturón.

Éste pareció salir de su recogimiento y reaccionó aclarándose la garganta. Miré el sobre, era de la compañía aérea. Estaba cerrado y tuve que romper uno de sus lados para extraer una hoja manuscrita de su interior. Parecía la letra de Gerhard y busqué el final; estaba firmada con la letra G. Mis manos temblaban cuando empecé a leerla.

Elena, siento haber llegado tarde, pero acabo de regresar de Frankfurt y he conducido hasta el aeropuerto haciendo esas con la moto.

Seré breve porque la azafata me apremia. Antes de leer tu carta estaba seguro de que no quería continuar separado de ti; estos días han sido muy duros porque deseaba llamarte, pero por otra parte debía mantener mi palabra. Si hubiera sabido que te ibas habría vuelto inmediatamente.

Sé que necesitas ver a tu familia después de casi un año, y lo comprendo; por eso espero que te empapes bien de su cariño y disfrutes de su compañía, porque antes de que se acaben mis vacaciones iré a verte y espero que regresemos juntos. Lo nuestro solo acaba de empezar y aún nos queda mucho camino por andar.

Te quiero, amor mío.

G.

Por cierto, no te preocupes por Alfred, le igualaré el otro lado de la cara, recuerda que soy zurdo.

Una sonrisa infinita se dibujó en mi rostro. Alcé la vista y vi como se acercaba la auxiliar que me había entregado la nota. Me sonrió.

—Me alegro haber sido portadora de buenas noticias. Quien quiera que sea debe resultar muy convincente, porque ha conseguido que mi compañera la acercara hasta el avión saltándose el reglamento.

Y dirigiéndose al pasajero junto a mí:

—Caballero, ¿se encuentra usted bien? ¿Desea tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien —pero su semblante expresaba todo lo contrario.

Miré hacia abajo, Múnich había desaparecido. No importaba, ahora sabía

que volvería. A pesar de todo y de lo incierto que pudiese ser el futuro, había algo de lo que estaba completamente segura: nunca olvidaría aquellos once meses de mi vida.

[1] Editorial alemana especializada en recursos de idiomas. En este caso se trata de un diccionario monolingüe en alemán utilizado habitualmente por estudiantes con un nivel avanzado en la lengua.

[2] Escuela donde se dan cursos de integración dirigidos especialmente a inmigrantes para cualificarse lingüísticamente.

[3] República Federal Alemana (RFA).

[4] República Democrática Alemana (RDA).

[5] Serie de televisión británica que muestra un show cómico de variedades y parodias humorísticas de muñecos. En España se conoció como Los Teleñecos.

[6] Organización militar, policial, política, penitenciaria y de seguridad de la Alemania nazi. Establecida en 1925 como guardia personal de Adolf Hitler, entre 1929 y 1945, bajo el mandato de Heinrich Himmler, pasó a convertirse en una de las más grandes y poderosas organizaciones dentro del Tercer Reich.

[7] Uno de los cuatro casos que existen en la gramática alemana dependiendo de la función que tiene la palabra en la oración. Los otros casos son: Nominativo, Acusativo y Dativo.

[8] Siglas que corresponden a Bayerische Motoren Werke, Fábricas bávaras de motores, en español.

[9] Segundo sencillo del álbum What's going on de 1971. El tema se convirtió en un himno de dolor en relación con el medio ambiente. Su autor fue uno de los componentes fundamentales del sonido Motown antes de ser asesinado a la edad de cuarenta y cuatro años a manos de su padre tras una fuerte discusión.

[10] Vino blanco italiano, espumoso, seco o extra seco, protegido como DOC: Denominación de Origen Controlada.

[11] Río de Baviera que nace en los Alpes Austríacos, atraviesa la ciudad de Múnich y desemboca en el Danubio.

[12] Terraza típica de Baviera donde se sirve cerveza como producto principal y donde el cliente puede llevar y consumir su propia comida, pagando solamente por la bebida. Su carácter de jardín exige que se encuentre en zona verde y al aire libre, siendo procurada la sombra mediante grandes árboles.

[13] Saludo proveniente del clero católico del siglo XIX que, junto con sus variantes, ha sido durante mucho tiempo la forma de saludo más común en el sur de Alemania y Austria. Se usa indistintamente para dar los buenos días, buenas tardes o buenas noches.

[14] Compositor, guitarrista y músico de jazz estadounidense con una amplia discografía que incluye el álbum Low Ride, lanzado en 1982.

[15] Niños colocad las botas fuera, mañana viene San Nicolás ...

[16] Composición de Henry Mancini para Audrey Hepburn y su papel en la película Desayuno con diamantes, ganadora del Oscar a la mejor canción original.

[17] Término inglés que consiste en cuidar a uno o varios niños de manera temporal. Aunque puede ser un empleo remunerado para cualquier edad, normalmente es una actividad realizada por quinceañeras demasiado jóvenes para un trabajo regular. En español, hacer de canguro.

[18] Pequeña moneda alemana cuyo valor era la centésima parte de un marco alemán (Deutsche Mark). Desapareció con la introducción del euro en el año 2002.

[19] Uno de los grandes almacenes más importantes de Europa. También llamado Galería Kaufhof.

[20] Casa del Arte. Museo localizado en la calle Prinzregentenstrasse 1, en el límite con el Englischer Garten. Fue construido entre 1934 y 1937 como primer edificio de propaganda del Tercer Reich. Ha tenido diferentes usos, como galería de arte, oficinas, depósito, como espacio alternativo o para alojar exposiciones itinerantes. Desde 1983 alberga en su sótano el Club Nocturno P1, célebre en la alta sociedad múniquesa.

[21] En español: ¡Excelente! ¡El amor mueve el sol y las estrellas, nunca se cansa y gobierna sin reglas!

[22] En español: ¡El genuino Tiramisú de Fausto!

[23] En español: Es importante recordar que con la paciencia se adquiere la ciencia, Roma no fue construida en un día. Tiempo al tiempo.

[24] Los doce pares craneales son nervios encefálicos simétricos que comunican el encéfalo con distintas zonas periféricas como la cabeza, el cuello, el tórax y el abdomen.

[25] Bacanales: fiestas en honor a Baco (dios del vino en la mitología romana), en las que se bebía sin medida, cuyo nombre ha quedado asociado a las orgías romanas.

Saturnales: festividad en honor a Saturno (dios de la agricultura), en la que se celebraba un sacrificio en el Templo de Saturno y un banquete público, seguido por el intercambio de regalos y un ambiente de carnaval que desplomaba las normas sociales. Se trataba de Navidad y Carnaval a un mismo tiempo.

Lupercales: fiestas que, en la Antigua Roma, se celebraban el 15 de febrero. Su nombre deriva de "lupus", animal que representa al dios Fauno. Los Lupercos, o sacerdotes adolescentes amigos del lobo, se reunían este día en el monte Palatino, donde comenzaba una fiesta de iniciación en la edad adulta.

[26] Tipo de pan salado retorcido en forma de lazo que forma parte de la comida típica alemana, especialmente en Baviera.

[27] Deutsches Museum von Meisterwerken der Naturwissenschaft und Technik: Museo de Ciencia y Tecnología, situado en una isla formada en la ribera del río Isar, en Múnich. Catalogado y reconocido como el más grande y uno de los más visitados del mundo en este tópico. Se estima que para recorrer la totalidad del museo es necesario invertir alrededor de ocho días.

[28] Lago de tamaño considerable localizado en Baviera, al sudoeste de Múnich. Es el quinto lago más grande de Alemania y de él nace el río Würm.

[29] Las cuatro estaciones, en español, es el título de un libro de cuatro conciertos para violín y orquesta, La Primavera, El Verano, El Otoño y El Invierno, del compositor italiano Antonio Vivaldi.

[30] ¡Estas chicas son alemanas!

[31] Cantautor romano de pop, rock y baladas románticas. Reconocida figura de la escena musical en Europa e Hispanoamérica por ser uno de los artistas italianos que más discos ha vendido a nivel mundial, así como por su voz nasal, que ha sido su distintivo a lo largo de su carrera.

[32] Conjunto de edificios situados en el Foro Romano, donde se conservaban las tabulae publicae, o tablillas de cera utilizadas como apoyos de escritura, de las que toma su nombre. Se utilizaban para conservar las leyes, los decretos, los tratados promulgados por los magistrados y otros archivos del Estado, transcritos en las tabulae.

[33] Museo de arte situado en los jardines de Villa Borghese, Roma. Una de las pinacotecas esenciales y de visita obligada en la ciudad. Conserva una parte sustancial de la colección Borghese de pintura, escultura y antigüedades, la cual fue iniciada por el cardenal Scipione Borghese (1576-1633), sobrino del papa Paulo V.

[34] Siglas de Central Processing Unit, unidad central de procesamiento. Se trata del hardware dentro de un ordenador que interpreta las instrucciones de un programa informático mediante la realización de las operaciones básicas aritméticas, lógicas y de entrada/salida del sistema.

[35] Hasta luego, princesa.

[36] ¡Espera!

[37] Literalmente: «salchicha blanca», es una salchicha muy consumida en Baviera. Se elabora con carne de ternera y cerdo finamente picada, a la que se añaden especias. Como casi todas las salchichas blancas alemanas se sirve cocida.

[38] Conocido como «chucrut», es una comida típica de Alemania, Alsacia, Polonia y Rusia que se prepara haciendo fermentar las hojas de col en salmuera. Se emplea en la mayoría de los casos como guarnición y debido a todas las bacterias que posee, beneficiosas para nuestro organismo, es considerado uno de los alimentos pro bióticos por excelencia.

[39] División de BMW creada en 1985 y destinada a la creación y desarrollo de prototipos.